José Consuegra Higgins

OBRAS COMPLETAS

José Consuegra Higgins

TEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

Obras completas - Tomo 1
Temas económicos y sociales
José Consuegra Higgins

Edición
Universidad Simón Bolívar
Carrera 54 No. 59-102
www.unisimonbolivar.edu.co
Barranquilla

Impresión
Editorial Mejoras Ltda.
Calle 58 70-30
editorial_mejoras@yahoo.com
Barranquilla

Primera edición: julio 2002
Segunda edición: abril 2007

Printed and made in Colombia

José Consuegra Higgins

TEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

OBRAS COMPLETAS

PRÓLOGO

José Consuegra Higgins, humanista en la economía

Por Jorge Emilio Sierra Montoya
Director de La República, *primer diario económico de Colombia*

En este primer tomo de las Obras Completas que en buena hora empiezan a editarse, José Consuegra Higgins reúne sus libros básicos, fundamentales, en materia económica, como economista que es.

Y lo es en grado sumo, claro está. No sólo por el hecho, bastante significativo por cierto, de su reconocido prestigio nacional y mundial en tal sentido, sino sobre todo por las ideas expuestas acá con esa lucidez que le caracteriza, la penetración crítica en los complejos temas de "la ciencia lúgubre", y el lenguaje sencillo, en extremo didáctico (propio del Maestro que ha sido a lo largo de su vida), e incluso un lenguaje bello, castizo, consecuencia lógica de la amplia formación literaria del autor.

Ahora bien: ¿qué hay de singular en esta obra? ¿Qué la diferencia de los demás, de tantos otros economistas de prestigio, como para merecer su

compendio en tan enorme esfuerzo editorial? A tales interrogantes intentaré responder a continuación, si bien las respuestas se encuentran ahí, en los numerosos libros de Consuegra Higgins, que de antemano nos invitan a la lectura.

Hacia una teoría propia

Para empezar, Consuegra propugna por una teoría económica propia de América Latina. Éste es su mayor aporte a la ciencia económica del continente, la cual se remonta, debe remontarse, a los antecedentes precolombinos, en las culturas indígenas, sobre los cuales realizó investigaciones donde ha sido, sin lugar a dudas, auténtico pionero.

Ello es novedoso en nuestro medio, a decir verdad. Porque lo común, en cambio, es que nuestros economistas asuman sólo la actitud pasiva, repetidora, de textos extranjeros, cuya validez juzgan absoluta, irrefutable, aunque dichos análisis giren en torno a sus pueblos de origen, altamente industrializados, no a los nuestros, víctimas todavía del atraso y el subdesarrollo.

Él se opone, por tanto, a la visión extranjerizante, sometida, dependiente, de la mayor parte de nuestros círculos académicos, en especial universitarios, si bien sus críticas están sustentadas en una tesis de veras incuestionable: La economía no puede ser ajena a la historia, a diferencia de cuanto pretenden los econometristas en boga, para quienes los hechos económicos se reducen a un simple juego matemático, estadístico, donde las personas, los fenómenos sociales, no parecen contar para nada.

En otras palabras, la teoría económica propia de América Latina debe tener puesta la mirada en la historia, en nuestra historia, desde el pasado indígena (de ahí su culto a Indoamérica, para emplear la célebre expresión de Haya de la Torre) hasta hoy, por lo cual los latinoamericanos estamos llamados a construirla.

Esa es la mayor responsabilidad de los intelectuales latinoamericanos. Responsabilidad que por fortuna asumieron, en la convulsionada década del 60, un destacado grupo de economistas reunidos en México, quienes promovieron la creación de una revista para luchar, en el campo de batalla ideológico, por tan encomiable misión. La revista Desarrollo Indoamericano, *ha sido dirigida desde entonces por Consuegra Higgins, cuya consigna es clara: "Por la formulación de una teoría para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina".*

Nuestra historia, insistimos. Una historia que cruza por la figura estelar de El Libertador Simón Bolívar (cuyas ideas económicas también fueron develadas por Consuegra en uno de sus libros) y que en nombre de la libertad, de los sagrados derechos humanos, le permite u obliga a atacar las dictaduras que durante décadas se han extendido a lo largo y ancho de la región, tanto como al imperialismo de Estados Unidos.

Su análisis económico, entonces, guarda estrecha relación con la historia, pero también con la política, de la que es inseparable —a su modo de ver— la economía como ciencia social. Y es que el imperialismo norteamericano a que aludimos es sinónimo de neoliberalismo, de apertura y globalización en las actuales circunstancias, siempre al servicio de intereses foráneos, extranjeros, para consolidar la dependencia que padecemos desde los ya lejanos tiempos coloniales.

Con lo cual llegamos al corazón del pensamiento económico de Consuegra Higgins, pilar de la teoría propia, auténtica, de América Latina: la teoría de la dependencia y el subdesarrollo estructural, formulada también por otro economista colombiano de talla continental, Antonio García, su profesor y amigo en la Universidad Nacional, con quien fundara —al lado de Gerardo Molina— el Partido Socialista de Colombia.

Conviene hacer algunas menciones al respecto.

Subdesarrollo y dependencia

Si la objetividad es regla de oro en la actividad científica y por ende en la ciencia económica, hay que admitir el hecho evidente del subdesarrollo de nuestros pueblos latinoamericanos, manifiesto en los altos grados de pobreza que ratifican a diario organismos como la Cepal.

El subdesarrollo es pobreza, sí. Y es subdesarrollo cultural, como que la falta de una teoría propia demuestra el atraso al respecto. Y es estructural, con raíces profundas, históricas, de la que ninguna manifestación social es ajena.

Pero, la causa principal del subdesarrollo es la dependencia, una dependencia a su vez estructural, absoluta, que ha de identificarse primero, como paso inicial para intentar destruirla, es decir, para lograr la plena liberación de nuestros pueblos.

Hay una salida, en consecuencia. ¿Cuál es? Según Consuegra, el socialismo democrático, en lo político, dentro de una economía planificadora (él fue padre de la planeación regional en Colombia, recordémoslo).

Los principios económicos marxistas, que dieron origen a las revoluciones soviética y cubana, aún le sirven de guía, no obstante su rechazo a los regímenes totalitarios que coartan la libertad y atentan, en ocasiones, contra la dignidad de la persona humana.

Lo ético, pues, constituye el fundamento último de su doctrina económica. Al fin y al cabo el bienestar del hombre y de la sociedad, o el desarrollo mismo de los pueblos más allá de su mero crecimiento económico, es el fin que persigue la ciencia económica, al decir de las modernas teorías del desarrollo, de la microeconomía contemporánea y de la administración de empresas que identifica al capital humano como el principal factor competitivo.

Es en nombre de la ética, de los valores, de la libertad y la justicia social, que la voz de Consuegra se levanta contra los afanes imperialistas, en defensa de los pueblos latinoamericanos, y en busca de la identidad cultural, de la historia local o regional, de las expresiones folclóricas, y hasta de la descentralización, aquella que ha quedado reducida a letra muerta en las normas constitucionales.

Ahí se opone, en fin, a la postura positivista que pretende, desde Kant, aislar al conocimiento científico del plano ético, moral, por considerar que éste es subjetivo, contrario a la citada objetividad científica. La ciencia sin moral es un atentado a la naturaleza humana, mejor dicho.

El espíritu moralista de Consuegra —que podría remontarse a su ídolo de juventud, como liberal de izquierda: Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo asesinado en 1948— es igualmente inseparable de sus concepciones económicas, ratificando así su dimensión humanista, de intelectual a carta cabal, para quien ninguna bella manifestación espiritual del ser humano le es extraña.

El Maestro

En mi libro sobre Consuegra Higgins —galardonado como La mejor biografía del año 2001 por la Asociación Internacional de Escritores y Artistas, de Estados Unidos—, mientras expongo con amplitud las ideas anteriores, resalto ante todo su condición de maestro, no sólo por su actividad docente en numerosas universidades de Colombia y el exterior, sino también por las enseñanzas (siempre —repito— en lenguaje didáctico) contenidas en sus múltiples libros.

Es un maestro en materia económica, como lo es —sin perder su carácter de economista— en temas de historia, política, moral y literatura, los cuales serán divulgados en los siguientes tomos de sus Obras Completas.

Más aún, detrás del maestro, del intelectual o humanista en que hemos insistido, está el hombre, el mismo que rinde culto a la amistad, que exalta a la vida dentro de la más sana filosofía vitalista, que es un gran promotor cultural para llevar a la práctica su anhelo de contribuir a la redención de los sectores populares por medio de la educación (la mayor prueba de ello es la fundación de la Universidad Simón Bolívar, en Barranquilla), y que se entrega con amor a los suyos, entre quienes doña Anita, su esposa, ocupa el puesto de primacía, ganado con creces a través de los años.

"Busco a un hombre", decía con escepticismo un filósofo griego, consciente de la dificultad para hallar a un ser humano en el pleno sentido de la palabra. Pues bien: quienes conocemos a Consuegra Higgins, podemos afirmar que lo hemos encontrado. Su obra es un cabal reflejo de su vida, como ésta ha sido también fiel (pensemos en el socialismo democrático, que nunca ha traicionado) a sus hondas convicciones.

Porque detrás de su juicio implacable contra la pobreza de nuestros pueblos está la que él padeció y presenció en su pueblo de infancia, Isabel López, al tiempo que su sueño por la libertad y la justicia social de América Latina se confunde con el cielo abierto, despejado, del Caribe, sólo agitado por el rumor de las olas del mar...

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO CONTEMPORÁNEO

Conferencia dictada el día 9 de abril de 1987,
ante los miembros de la Academia Nacional
de Ciencias Económicas de Venezuela

Señor Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas,
Señor Presidente del Banco Central de Venezuela,
Señor Embajador de Colombia en la hermana República de Venezuela,
Amigos, compañeros de las Academias de Historia de Venezuela
y de Ciencias Económicas,
y amigos todos

EN VERDAD, yo he tomado esta tarde la decisión de regresar a mi Barranquilla a redoblar los esfuerzos en el trabajo intelectual, para ver si puedo de esta manera merecer tanta bondad, tanta generosidad de mis amigos venezolanos, particularmente en estas frases de la bienvenida que me han dado esta tarde; pero voy a rogarles que me disculpen que no responda a las características de esta sala que exigen el máximo de seriedad en la exposición, para que me permitan hacer una charla o un diálogo de amigos, informal, como creo que deben tratarse los temas propios de la economía, que de manera equivocada nuestros científicos sociales o técnicos, a veces enredan con el abuso de terminología o de signos y expresiones matemáticas, cuando en verdad estas cosas son más bien sencillas y exigen la máxima claridad.

Antes de iniciarla, permítaseme unos segundos para hablar de lo que mencionaba el doctor Maza Zavala, la colección de "Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina", que se está editando en

Bogotá, con el propósito de divulgarla, frustrada por cierto, en América Latina; esta es una señal de la situación que padece nuestro subcontinente y que tanto preocupó al Libertador. La casa editorial Plaza & Janés, y se lo reclamaba al representante de ella en Venezuela, importa libros de la casa matriz en Barcelona de autores extranjeros, o sea no latinoamericanos. Lo mismo hace la casa representante de esta editorial en Lima, como acabo de comprobarlo, y lo he comprobado aquí, y en las otras capitales; pero ninguna de estas agencias intenta ni le importa distribuir los libros de los latinoamericanos que publica la propia editorial en algunas de nuestras ciudades; seguimos en la misma situación de la Colonia, cuando cada una de las capitales tenía comunicación directa con las ciudades importantes de la metrópoli, pero de ninguna manera se permitía la intercomunicación de esas capitales entre sí.

Esa Colección, como los otros esfuerzos que hago, es para tratar de responder a la osadía de tomar el nombre del Libertador para bautizar nuestra modesta universidad en Barranquilla, y también para poder compensar en algo el llamarme bolivariano, el tener el altísimo honor de considerarme bolivariano, lo cual, naturalmente, todos los días nos obliga a responder a su legado tratando de hacer algo en favor de su cumplimiento, por lo menos en la divulgación de su pensamiento y la valoración de su obra.

Quiero mencionar un detalle que me ha llenado de satisfacción al encontrar esta tarde aquí a un personaje del que estuvimos tratando de saber de su vida desde hace bastante tiempo.

Hace unos quince años el gran investigador argentino Oreste Popescu me hizo saber que en Bolivia un José Consuegra había escrito en 1948, o sea cuando yo estudiaba economía (dos años después estuve en Venezuela en calidad de exiliado voluntario) un libro sobre un tema que precisamente yo

traté unos treinta años después en el muy conocido libro *El Control de la Natalidad como arma del imperialismo*, que fue muy difundido hace ya algunos años y sigue todavía editándose.

Algún día de estos pasados mi amigo el Presidente de la Sociedad Bolivariana Mario Briceño, gran académico, me envió un recorte donde otro José Consuegra, de Venezuela, escribía una novela, y era reconocido como gran periodista. Sucede que los dos José Consuegra son uno solo y él está aquí, y ni él sabe cuánto lo valoramos los investigadores del pensamiento social latinoamericano, por ser uno de los pioneros de la teoría de la población, y de los primeros que se atrevieron a refutar con lucidez y argumentación feliz las tesis maltusianas, como me atreví yo, posteriormente, con las tesis neo-maltusianas, y él me decía que no tenía un ejemplar de su libro para obsequiármelo, y yo le respondí: Pero yo tengo diez fotocopias de su libro que están en todas las bibliotecas de la Universidad Simón Bolívar, y en mi biblioteca particular, porque desde Bolivia me las enviaron los corresponsales de la revista *Desarrollo Indoamericano*.

El renombrado Oreste Popescu, que es tal vez la máxima autoridad como erudito e investigador en América Latina, acaba de publicar un volumen dentro de la colección de la Antología para demostrar que la teoría cuantitativa de la moneda se originó en nuestro subcontinente, mientras nuestros técnicos, nuestros economistas, van a Estados Unidos a especializarse en teoría monetaria y a considerar que es necesario partir al extranjero para saber de las especulaciones alrededor de los problemas del dinero y de los precios; resulta que ahora sabemos con absoluta seguridad que dicha teoría fue expuesta con lucidez extraordinaria por los economistas españoles radicados en la América Latina y por propios criollos latinoamericanos, mucho antes de que apareciera el pensamiento de la escuela mercantilista, cuarenta años antes de la presentación del economista Bodin, que es

reconocido en todos los textos de economía, particularmente de doctrinas económicas, como el padre de la teoría cuantitativa de la moneda.

Más aún, demostramos los economistas latinoamericanos, con Oreste Popescu a la cabeza, que la exposición de Matienzo, de Juan de Matienzo, en la Bolivia actual, y antiguo Perú, como la de varios economistas que formaron una escuela, compañeros de él en labores de tipo judicial, fue más clara y en realidad sí puede considerarse como un cuerpo orgánico teórico, porque mientras el señor Bodin da como causa de lo que hoy podríamos llamar inflación, y que él llamaba escasez, no sólo a la cantidad de oro y de plata en circulación, sino también a los monopolios, y en esto yo lo acepto como pionero de mis tesis, de los planteamientos teóricos que esbozaré esta tarde, hablaba también de los gastos de la oligarquía de entonces, de los cortesanos y de los problemas del comercio internacional; más aún, el señor Bodin hablaba de moneda metálica de oro y plata, mientras que Matienzo va a referirse al dinero lo mismo que los ilustres miembros del Tribunal de Charcas, al dinero que es una concepción más amplia, y naturalmente de máximo contenido económico.

Se atreve a decir Popescu, y yo considero que tiene toda la razón, que en el siglo XVI en Bolivia existió una escuela que toma el nombre de Escuela de Chuquisaca integrada por los miembros de la Audiencia de Charcas, los Magistrados. Escuela porque ellos no presentan de manera accidental y episódica sus puntos de vista sobre el problema de los precios de la mercancía sino que lo recogen en un pequeño tratado que envían al Rey de España y defienden con toda claridad sus tesis, como hasta entonces no lo había hecho ningún grupo de economistas, ni economista en particular.

Pero no solamente son Pedro Ramírez López de Ero y Pérez de Recalde los que pudiéramos llamar precursores, al lado de Juan de Matienzo, de la

exposición de la teoría cuantitativa, sino que también en todos los relatos de los cronistas como en el caso de Ciesa de León y de los escritores de la época, el caso del padre De las Casas, se hace mención de la relación de la cantidad de dinero con el precio de las mercancías. Nadie antecede con tanta claridad a Matienzo ni a sus compañeros de audiencia, si se menciona el caso de algunos personajes anteriores que observaron estas relaciones de fenómenos pero que no se dedicaron a presentar un examen riguroso del fenómeno; sea el caso de Copérnico, que en uno de sus famosos libros habla del problema de los precios y también de San Antonio de Florencia, que según menciona Popescu es tal vez el más lejano de los inquietos investigadores que deduce algo relacionado con el tema.

La verdad es que Juan de Matienzo, según los analistas de la historia peruana, (él tiene varios biógrafos) no ha sido considerado y valorado en su magnitud como gran pensador de una época de suma importancia en la historia del pensamiento latinoamericano; él escribió un famoso libro, el libro sobre el Perú, que ha sido muy divulgado y traducido, y escribió el libro en latín *Comentarios*, unos comentarios que tenían nombres largos y que podemos reducir con la primera palabra; son unos comentarios sobre disposiciones reales. Matienzo era un jurista y la mayoría de sus libros están dedicados al estudio de los temas jurídicos, aunque también Popescu lo encuentra como personero brillante de la teoría del justo precio.

Sin embargo, ningún autor, tal vez porque no le correspondía, no era su materia, había encontrado en el gobierno del Perú, el famoso libro, ni en las *Comentarias*, en latín *Comentarios*, nada que tuviese que ver con el pensamiento económico. Se necesita que los economistas dediquen tiempo a este análisis, haciendo traducir primero los libros del latín para extraer su contenido económico, y es ahora cuando sabemos esta gran verdad, o sea, nosotros tenemos un gran economista de origen español, como lo fue también

De las Casas de origen español, y tal vez ellos juntos aparecen necesariamente, como los padres de nuestra teoría económica. Son los primeros analistas de los problemas del desarrollo latinoamericano que con una gran fuerza se enfrentan a la realidad para denunciarla, como es el caso de De las Casas.

En lo que a nosotros nos interesa de Matienzo ahora podemos decir que él, porque aparece como un autor ordenado, extremadamente ordenado, es el padre de la teoría cuantitativa de la moneda. Ahora, ¿por qué Matienzo y por qué los economistas de la Audiencia de Charcas pueden analizar estos fenómenos y hoy son considerados pioneros? Simplemente porque se encargan de estudiar la realidad concreta.

Nosotros los economistas nos la pasamos, repitiendo frases, especialmente los izquierdistas y marxistas, relacionadas con la importancia de la realidad. Yo repito frases extraordinarias no solo de Marx sino también de pensadores del capitalismo, como el caso de Gatho, que decía que la realidad desborda la imaginación y es más importante; pero nada de eso, no estudiamos nuestra realidad para deducir conclusiones sino que nos limitamos a leer los textos extranjeros de acuerdo con la alineación que nos corresponde: Si estamos dentro de las líneas del capitalismo toda nuestra formación es a través de los autores norteamericanos o europeos, y si estamos en la línea del socialismo, todavía peor. Porque limitamos el conocimiento de la Ciencia Económica, como hacen los profesores de América Latina, a un librito que, tengo entendido, fue escrito en la Unión Soviética para obreros, el famoso libro de Nikitin, y yo los llamo tanto a mis profesores de la Universidad Simón Bolívar como a los colegas de otras universidades de Colombia, y a los colegas de Cuba, *Nikiteros*.

Nadie se atreve, pues, a escarbar en la realidad concreta para deducir plan-

teamientos teóricos que correspondan a nuestro paisaje y a nuestra conveniencia, sino que muy cómodamente nos limitamos a esperar que desde afuera los países con economías distintas dominantes, que naturalmente tienen que presentar una exposición distinta a nuestras conveniencias porque es lo que a ellos conviene, para nosotros repetir como loros lo que nos dicen.

¿Y qué pasa con estos auditores de Charcas? Observan un fenómeno que sólo podría darse en América Latina, y por eso aquí tenía que esbozarse la teoría cuantitativa, por la abundancia de dinero. Comprueban que los precios de las mercancías valen en Lima cuatro veces más que en el Potosí porque ellos están al lado de Potosí que es la mina monstruosa, gigantesca, que abastece el mundo de plata; están, pues, en el centro de la producción del oro y de la plata que invadió a Europa y convulsionó el mundo, particularmente el mundo monetario. Como, también, observan que los precios en Sevilla son menos caros que en Lima y que en Potosí, y por eso dicen ellos en su español antiguo: *a do ay dinero* los precios serán más altos, y comenzarán a deducir que el precio de las mercancías depende de la masa monetaria y de la cantidad de dinero que se encuentre en circulación, exactamente igual como lo hará posteriormente el señor Bodin. Pero, como les digo, de manera limitada, pero con más seguridad, en cuanto al análisis de las causas que los economistas de la etapa mercantil europea hasta extenderse a algunos economistas que pudiéramos considerar clásicos o pre clásicos, como es el caso de Hume.

Las exposiciones de Matienzo son completas. ¿Qué pasa después? Que más tarde esta teoría monetaria se va enriqueciendo con nuevos análisis. Se van considerando otros fenómenos, pero siempre conservan la misma presentación. Por ejemplo, en la *ecuación de cambio* los economistas involucran otros conceptos, como son la velocidad de la moneda, las transacciones y

los propios precios en sí. Es la época del pensamiento del equilibrio, del *laisser faire*, de los métodos espontáneos que consideraban que el desarrollo se daba sin necesidad de la intervención del Estado; y con más optimismo van a pensar que en realidad nunca puede concebirse una situación de devaluación de la moneda permanente o de subida permanente de los precios, porque el fenómeno monetario cuantitativo, así como afecta a los precios, afecta a las transacciones, creando una situación favorable en la oferta, vale decir, en la producción, para buscar más tarde la compensación y el equilibrio. Pero al fin y al cabo es la misma teoría monetaria expuesta por los economistas hispanoamericanos.

También vemos cómo, por ejemplo, Keynes en su análisis, a pesar de que hace esfuerzos y pretende ser original con un nuevo planteamiento teórico, a la larga es un expositor más de la teoría cuantitativa, lo único es que él es más refinado y en vez de hablar de una demanda global habla de una demanda efectiva para referirse a un consumo dado y a una inversión dada. Pero en verdad es mucho más peligroso en su concepción de lo que se ha llamado la inflación de costos, porque, aunque él parte del precepto de que la inflación moderada es correcta y lleva hacia la ampliación, a la recuperación en los períodos de marasmo para beneficio del empleo pleno, que era lo que a él le importaba como economista de un país desarrollado, y que jamás pensó en países subdesarrollados ni cosa por el estilo, la verdad es que viene a echarle la culpa del problema a los asalariados, o sea, los trabajadores que son los que, según él provocan la inflación. Porque no hay ningún autor, por más radical capitalista que sea, que no acepte que la inflación es la situación económica que permite hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, y que, como yo planteo en mi libro, la inflación ha venido a ocupar el puesto que antes se le asignaba en la literatura marxista, e incluso en la capitalista (porque toma otro nombre, como valor agregado, que es lo mismo) a la plusvalía absoluta y a la plusvalía relativa. Si antes se consi-

deraba que la acumulación, la concentración encontraba el vehículo más eficaz en la plusvalía absoluta y la relativa, en nuestros días, particularmente en los países donde el sindicalismo ha obtenido algún grado de desarrollo y de organización que le permita cierta intervención como grupo de presión, el agente fundamental de la acumulación se encuentra en la inflación; es a través de la inflación donde se dan las grandes ganancias, las grandes utilidades que sirven para la acumulación.

En el área de planteamientos extranjeros, digamos el caso del área socialista, del marxismo, Marx expuso una teoría contraria al planteamiento cuantitativo o de lo que podíamos llamar de la inflación, su famosa teoría de la circulación. La teoría de la circulación expresaba que la suma total de los precios y de la velocidad de la moneda exigía una determinada masa monetaria, o sea invertía el planteamiento conocido dentro del orden de la teoría cuantitativa.

Sin embargo, lamentablemente, Marx pensó que esto era posible nada más para las monedas metálicas y tiene otro planteamiento teórico que es la famosa teoría de la circulación monetaria, de las monedas que pudiésemos llamar simbólicas, distintas al oro y a la plata. Con la exposición de esta teoría, según mi concepto, Marx peca de metalista, de cuantitativista, o sea, tal vez sin él proponérselo, aparece como brillante expositor de la teoría que hoy podríamos llamar del sistema capitalista. Marx, como lo considero yo, no puede superar la influencia del momento. Casi todos los autores que él cita en su famoso libro *El Capital*, son los más autorizados exponentes de la teoría metalista y de la teoría cuantitativa, y tal vez por el apego a su famosa teoría sobre el valor trabajo, el valor intrínseco de la moneda, llega a pensar que sus tesis sólo son valederas cuando se trata de una moneda metálica que puede presentar las características de una mercancía con valor de uso y valor de cambio: El oro, naturalmente, es tal vez una de las

manifiestas mercancías que puede presentar estas características de valor de uso y de valor de cambio, y lo mismo puede darse con la plata, cosa que no sucede con la moneda papel, con el papel moneda, la moneda simbólica, porque naturalmente es muy fácil suponer que una moneda que contiene un miligramo de oro puede ser símbolo de una cantidad, digamos, de diez bolívares en la circulación nacional, y una moneda que tiene cinco miligramos de oro, puede ser símbolo para las transacciones por valor de cincuenta bolívares, por respaldo de esa moneda en las transacciones, esto es muy fácil; porque se supone que para un miligramo de oro se necesitó una cantidad x de trabajo para obtenerlo, y para obtener cinco miligramos hipotéticamente se necesitaron cinco veces más esfuerzos y horas de trabajo, lo que no sucede en una moneda simbólica, fiduciaria, donde, por ejemplo, un billete de cinco bolívares se hace con el mismo esfuerzo y a lo mejor con el mismo costo de un billete de cincuenta bolívares, por lo tanto tiene la misma representación de valor trabajo.

Lo que no se le ocurrió a Marx, y es lo que yo comento en mi libro, es lo que más adelante vamos a suponer cuando consideramos que estas monedas simbólicas, que son moneda, están representando el valor del trabajo nacional, el valor de la producción material, y que un billete de cinco pesos, en forma proporcional representa un respaldo a una x cantidad del valor de la producción nacional como lo representará un billete de cincuenta bolívares, o sea unas cinco, diez veces más; pero de todas maneras, es una moneda y tiene un respaldo tal como lo tenía la moneda metálica porque está simbolizando el valor de la riqueza nacional.

Este es el planteamiento moderno. Lamentablemente los cuantitativistas y metalistas no lo consideraban así, ni tampoco Marx, y llegaban a pensar que sólo el oro y la plata eran símbolos porque tenían valor trabajo, por lo tanto eran los únicos que podían ser moneda. Yo no acepto esto y digo: Y

qué tal si la Unión Soviética no hubiese tenido oro para respaldar su rubro o cualquier otro país del mundo. De todas maneras se pone una moneda en circulación que simbolizará y representará el valor total o la parte alícuota de la producción nacional. Porque de la otra manera sería descartar la existencia de una moneda si no existiese el respaldo en oro, como muy bien lo dicen los propios autores norteamericanos que yo cito. Tanto la moneda como el oro como símbolos monetarios son equivalentes que cumplen un papel en un período de la historia y que pueden pasar de moda como han pasado.

El oro ya no es símbolo internacional. Ninguna moneda está respaldada en su poder adquisitivo por su valor en oro. Ya eso pasó, el patrón oro pasó a la historia desde la Segunda Guerra Mundial y desaparecerá también en las transacciones internacionales. La última moneda, poderoso medio de cambio internacional que se apartó del patrón oro, como ustedes saben, fue el dólar hace algunos años.

En el campo latinoamericano nos encontramos con otro hecho fundamental: Se expone aquí en nuestro territorio, tal como se hizo con la teoría cuantitativa, *la teoría estructural de la moneda*. La Cepal, un organismo de las Naciones Unidas con sede en Santiago de Chile, pero con representación en toda la América Latina, que ha sido dirigida en el pasado, por cierto por un venezolano*, se encargó de analizar la realidad concreta de nuestros países, estudiar sus problemas de dependencia, sus graves problemas estructurales, y se apartó de la tradición para decirnos con toda autoridad que el problema del precio de las mercancías exigía un análisis distinto al tradicional. Fue así como el mexicano Juan Noyola por primera vez, y después una serie de economistas brillantes, todos ellos han sido redactores, al lado

*Se refiere al Dr. José Antonio Mayobre, ilustre economista venezolano fallecido.

de Maza Zavala, de Malavé Mata, de Mieres, etc., de la Revista *Desarrollo Indoamericano*, digamos el caso del gran Raúl Prebisch, de Celso Furtado, de Sunkel que es tal vez quien escribe el ensayo más interesante recogiendo todo el legado de la teoría cepalina, etc., una serie de economistas van a presentar un nuevo enfoque que se acomoda a nuestra realidad y a considerar que, distinto a lo que planteaba la teoría tradicional que encontraba como agente prioritario de la situación de la inflación a la demanda, en verdad quien cargará con la culpa será la oferta.

Invierten el fenómeno, y dicen: Hay subida de precios, desequilibrio en la economía monetaria, no porque aumente el circulante de manera tan radical como lo expresaban los economistas hasta ahora, sino porque la rigidez de la oferta, la limitación de la oferta, la inflexibilidad de la oferta facilita el proceso a consecuencia de fenómenos estructurales, entre los cuales sobresalen la forma de tenencia de la propiedad territorial y del capital, y a las cuales se suma también otros hechos de carácter exterior, como es el caso de la relación de cambio y el deterioro permanente que se da en esta área del comercio internacional. Es, pues, un enfoque distinto y se expone en América Latina.

Malavé Mata ha escrito un libro, que no sé si aquí en Venezuela es tan apreciado como en Colombia, sobre el análisis de la inflación, donde resume con bastante tino y autoridad la teoría cepalina y hace un inventario de su aporte comparándolo con la teoría cuantitativa, para dejar claridad sobre sus diferencias. Esta es una teoría que responde a nuestra realidad, porque son hechos que tienen que ver con nosotros. Sabemos que en nuestras economías la oferta es rígida y no se conmueve como pensaban los expositores de la teoría de la ecuación de cambio, de manera espontánea, a través del modelo de la subida de los precios, estimulando a la oferta con la ampliación de la producción, etc.; no sucede así, y entre nosotros por más

que la masa monetaria aumente, dadas las estructuras prevalecientes, hay una total inflexibilidad en la oferta y no habrá equilibrio, sino por el contrario, generación de inflación, de subida permanente de los precios. Lamentablemente, las salidas de la Cepal como organismo oficial internacional, no tienen la firmeza (me refiero a sus recomendaciones de política económica), de su exposición teórica general y devienen en planteamientos desarrollistas, reformistas, en los consejos que dan a los países de América Latina, que impidieron que sus planteamientos teóricos tuvieran algún resultado positivo. Por lo demás, los estructuralistas que se presentan a lo largo como heterodoxos, distinto a la ortodoxia de la teoría cuantitativa, hablan de estas presiones estructurales y circunstanciales, pero también de mecanismos de propagación, para concluir que a la larga la superación de la demanda sobre la oferta incidirá en la subida de los precios, o sea que al lado de su aporte tan importante van a presentar unos planteamientos de sabor cuantitativo, por los que se les clasifica con mucha razón de heterodoxos.

La verdad es que debemos mucho los economistas latinoamericanos a este conjunto de investigadores que por primera vez inventarió la situación de América Latina, hizo mención con claridad de estos fenómenos que antes eran intocables, para considerar el gran papel que juegan las estructuras como causales de subdesarrollo y de dependencia.

Es interesante ver, y lo menciono aquí entre paréntesis, que economistas coloniales cartageneros, como he dicho yo en algunos de mis libros, de la época pre-bolivariana, en la antesala de la revolución, (por cierto que esos economistas después entraron al proceso revolucionario en Cartagena, De Narváez y De Pombo, dos grandes economistas que son la máxima expresión del pensamiento económico colombiano en la época de la Colonia) hablan con la misma terminología en el análisis de los problemas económicos de su tiempo, oíganlo bien, de la relación del deterioro de los precios, las

relaciones de intercambio, como lo hizo 200 años después la Cepal, y van a pedir en su momento (en el momento que escriben son economistas al servicio de la Corona, uno de ellos es Cónsul de la Corona en Cartagena) una estrategia propia para la América Latina, con la política de la sustitución de importaciones y la explotación de nuestros recursos para nuestra propia conveniencia. La primera Sociedad de Amigos del País que se funda en América Latina, y que tiene como sede a Mompós, una olvidada, triste y melancólica ciudadela de Colombia, que fue muy importante en la época Colonial, allí en las exposiciones de esos economistas se plantean estas tesis que hoy nos sorprenden y que creemos que son muy novedosas.

Estoy absolutamente seguro que cuando terminemos esta charla, el profesor Maza Zavala, Mieres o cualquiera de los académicos, me va a decir que lo mismo sucedió con los economistas venezolanos, españoles o criollos que aportaron tanto y que nosotros desconocemos por efecto de esta dominación y de esta dependencia.

En frente de estos planteamientos, y me atrevo hoy a hablar de ello porque ya está en prensa un libro de un economista salvadoreño titulado *El origen latinoamericano de la teoría de la moneda y de la inflación*, o sea, no se refiere sólo a la teoría cuantitativa sino también a la teoría estructural y a la teoría de los precios. Yo he presentado lo que he considerado la tesis o teoría de los precios en la interpretación de la inflación, todo lo contrario del planteamiento tradicional que considera a la masa monetaria como agente, con las arandelas de la velocidad y de todas las demás especulaciones que quieran agregársela, pero al fin y al cabo a la masa monetaria como agente del valor intrínseco de la moneda, de su poder de cambio y del fenómeno de las variaciones de los precios. Yo considero que la inflación se genera en los precios, que no tiene nada que ver con la cantidad de dinero.

No hay un libro en el mundo, por más que se digan revolucionarios enemigos del imperialismo, del capitalismo y agentes de un devenir, de una organización distinta, socialista, todos los libros en la exposición de los fenómenos de la moneda conocidos hasta ahora aceptan la teoría cuantitativa y los más claros en esta presentación son los documentos soviéticos o chinos radicales.

En este sentido los manuales atribuyen toda la responsabilidad al manejo fiscal y al manejo monetario en manos de la banca central y de la banca privada. Alguna vez burlándose, medio burla, medio risa, me decía un gran banquero colombiano, ahora en desgracia, que fue hombre dominador de las finanzas en gobiernos pasados: "Leí su libro y estamos muy agradecidos, porque nos libera a los banqueros de la responsabilidad". Yo considero que la cantidad de dinero que hay en circulación corresponde realmente a la necesaria y así ha sucedido en todas las etapas de la humanidad, porque ella aparece dada la suma de los precios de las mercancías que entran al mercado. O sea, invierto totalmente el fenómeno: La inflación es un fenómeno de precio, no de moneda, y siempre y como lo consideraba Marx, pero que se aparta en su análisis posterior de su teoría primitiva, siempre las mercancías entran al mercado con un valor, las mercancías no adquieren valor por efectos de manos ocultas ni de efectos contrarios de oferta y demanda.

Los productores en todas las circunstancias dominan, más aún en la etapa actual de concentración del capital, de alto grado de monopolio en la economía capitalista y de dominio absoluto de la oferta en las economías socialistas. De este planteamiento muy primitivo que apenas esbozo aquí, porque necesitaría explicarlo, deduzco una serie de lo que, no sé con qué autoridad yo llamo leyes, para pensar que en toda circunstancia el dominio de los mercados por parte del agente productor o vendedor es el responsable de la subida de los precios y que, por ejemplo, hasta en la economía de guerra, que son las que se presentan como máxima expresión o ejemplo de las

inflaciones galopantes siempre ha sucedido: El Estado emite dinero en situaciones anormales bélicas, porque los precios de las mercancías que necesita adquirir exigen mayores movimientos de las máquinas productoras de billetes; no es por su cuenta que el Estado se arriesga a emitir dinero, es porque hay una circunstancia anterior que lo obliga, y es la suma total de los precios, es el nuevo nivel que va adquiriendo la mercancía, y esto en todas las circunstancias.

Si nosotros aceptamos, por ejemplo, la teoría cuantitativa con todas sus variantes, estaremos también aceptando que los asalariados, y todos los trabajadores son agentes, como lo dice la teoría burguesa, de la situación inflacionaria a través de lo que hemos mencionado como teoría espiral salario; el trabajador, el consumidor, es el pobre responsable, es el ama de casa que va al mercado y que agita la demanda, crea la situación de demanda que pudiéramos llamar, en términos de Keynes, efectiva, o de la demanda general, la responsable, a pesar de todos sus gritos y sus llantos diariamente y su protesta contra el alza del costo de la vida, de la canasta familiar, ella es la única responsable, como si cuando ella se presentara al supermercado o al mercado no encontrara ya unos precios establecidos por los agentes dominadores de la oferta, que son los que determinan la situación que consideramos inflación, o sea movimientos ascendentes en los precios de las mercancías en general.

Este es el planteamiento teórico que considero responde con claridad irrefutable a una época de grandes monopolios: Nadie puede osar decir que se da en nuestras economías capitalistas una libertad de empresa, ni una competencia perfecta, cuando los propios economistas del sistema, los autores norteamericanos, hacen ver con claridad que cuando se presenta un comprador a cualquier parte ya allí le han indicado lo que debe consumir, porque hay unos medios de comunicación que normatizan su conducta de consu-

midor, la calidad del producto, las condiciones en que debe consumir, y los precios a que debe consumir, hasta el punto de que los que ya pasamos de los 50 años digamos por ejemplo, aquí muy local, pero para quitarle un poco de tirantez a la exposición, por más que protestamos por conseguir unos calzones holgados que nos permitan agacharnos, nos obligan a colocarnos los pantalones apretados de los modistas afeminados de Francia que nos traen aquí con las marcas extranjeras. Luego, no existe el poder del consumidor del que hablaban los teóricos del pasado. Eso es ya una falsedad, es el poder del vendedor y la humillación del pobre comprador sometido a una presión diaria.

Ahora en las economías socialistas existe exactamente igual o peor, porque allí hay una centralización absoluta. Es el Estado el único dueño monopolista que impone las condiciones. En buena hora los propios economistas de los países socialistas se han dado cuenta de las fallas de su modelo exagerado en la centralización de la planificación, que ha dado como resultado la quiebra de sus economías, o por lo menos los golpes tremendos de sus economías comparadas con el desarrollo de economías capitalistas. Es el caso, por ejemplo, de China, ya que hablamos de pantalones, donde se obligó nada menos que a mil millones de chinos a tener el mismo vestidito, y ¿quién iba a protestar? Entonces allí no se podía hablar de un poder ni una ingerencia de una masa consumidora, porque era un poder absoluto, omnímodo, que determinaba las condiciones de producción, porque allí todo está nacionalizado. Mi conclusión, pues, es que la inflación es un fenómeno de precio y, por lo tanto, se puede dar en el sistema capitalista como en el socialista.

Pensábamos unas décadas atrás que esto era un patrimonio exclusivo de la economía capitalista, e incluso así lo llegué a exponer en mi libro que no ha sido modificado. Hoy consideramos que había un poquito de falta de claridad

en la exposición central y en la realidad, y nos lo han demostrado los hechos, que son, como dicen en el argot popular, tozudos.

Ahora se están quejando los chinos de su situación inflacionaria, y de la subida de precios. Los soviéticos, que son en eso tan cuidadosamente dogmáticos, aceptan que han tenido subida de precios en las últimas décadas. Ahora, en el gobierno de Gorvachov, han aceptado ya esa crítica y la gran presión inflacionaria que se ha dado en otras economías, por ejemplo, en Polonia y otros países. Allí no puede hablarse que ha habido un aumento de moneda porque eso lo domina totalmente el Estado, ni que ha habido una emisión arbitraria de circulante. Allí hay una realidad: Que los precios han subido porque el Estado ha modificado los precios, y si el Estado modifica los precios se da una situación de inflación. Este es un planteamiento distinto que naturalmente tiene, como es fácil suponerlo, sus consecuencias y sus salidas de tipo profundamente revolucionario. Porqué si aceptamos que el precio de la moneda, su poder adquisitivo y el precio de las mercancías son consecuencia del mal manejo de las economías monetarias, bastan unos correctivos manipuladores. Si todo fuera porque el Banco Central, en disposiciones oficiales determina un aumento del circulante o amplía la cobertura de la creación de la emisión secundaria que corresponde a la banca comercial a través de los créditos, basta simplemente con parar las máquinas emisoras de billetes, o aumentar la tasa de redescuento o la tasa de interés, como se consideraba antes; o, directamente, practicar una intervención a la banca comercial para evitar la expansión innecesaria o imprudente del circulante. O sea, puede haber corrección en la economía capitalista, particularmente en la economía subdesarrollada, del fenómeno de la inflación. Si fuera por la vía monetaria nosotros consideramos que no lo habrá jamás, por el contrario, a medida que se desarrolle y amplíe el ámbito de acción de la economía capitalista la inflación será un fenómeno mucho más familiar, porque el sistema vive, convive y se genera en él,

tanto que el propio Keynes con una gran honestidad acepta las bondades de la inflación, para poder superar el marasmo en el ciclo económico, en el período crítico, el período de la crisis. Entre nosotros, sería más absurdo que en la economía capitalista, como dicen nuestros demagogos, nuestros políticos para obtener votos, que van a hacer que en su gobierno disminuyan los precios de las mercancías; esto sería simplemente absurdo, porque una baja de los precios de las mercancías en una economía capitalista representa simplemente un hecho que afecta las posibilidades de lo que llamaba Keynes "eficacia marginal del capital". O sea, los cálculos y posibilidades que tienen los empresarios para ampliar su radio de acción, ampliando la producción, creando más trabajo, más demanda, más oferta, etc. Es decir, una baja del precio contrae inmediatamente la producción y crearía una situación de marasmo, tal como se pensó hipotéticamente en siglos pasados, en el análisis del ciclo económico.

La inflación es un fenómeno de precios y sólo podrá superarse cuando los agentes manejadores del precio de las mercancías y del mercado puedan a su vez también manejar y estabilizar los precios. ¿Cómo sucederá? ¿Podrá suceder en la economía capitalista? ¿Podrá suceder en la economía socialista? Ya eso sería tema para otras investigaciones.

Lo importante en estas especulaciones es que quiero responder a un viejo refrán oriental, que cito en alguno de mis libros, que dice que uno puede dudar de lo que ve, y de lo que toca, pero nunca puede dudar de lo que hace con sus propias manos. Yo pienso, y eso puede ser la razón de mi presencia aquí, y lo que puede justificar sus esfuerzos, que mientras nosotros no entremos por nuestra propia cuenta a indagar nuestros problemas y a formular nuestros planteamientos teóricos para dar respuesta a todas las deficiencias, a todos los problemas del subdesarrollo y la dependencia, no podemos salir adelante. Como también, si no respondemos al legado de Bolívar, de

conocernos, de unirnos, de integrarnos. No podemos de ninguna manera formular una teoría económica o social defensiva, que nos permita en cualquier sistema encauzar nuestro desarrollo para beneficio propio, porque algunos piensan de una manera muy simplista que todo el problema se debe a la existencia del sistema capitalista en nuestros países subdesarrollados. Yo voy un poco más allá, y aunque conceptúo al socialismo como una etapa superior en el desarrollo social de los pueblos, pienso que si no nos preparamos con la formulación propia de nuestra teoría, si no hacemos con nuestras propias manos la estrategia defensiva, mañana seremos los países subdesarrollados y dependientes del sistema socialista.

Muchas gracias.

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO COLOMBIANO

Presentación

TUVE LA OPORTUNIDAD DE ESCUCHAR las dos intervenciones del maestro José Consuegra que forman parte de este libro, y que le dan su nombre. El primero fue con motivo de la entrega del título de Economista Benemérito que le concedió la Sociedad Colombiana de Economistas, y el segundo como respuesta a mis palabras el día del veinticinco aniversario de la fundación de la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena.

El primer escrito es una especie de examen general del aporte auténtico de los personajes que, desde la Colonia hasta nuestros días, se comprometieron en la delicada tarea del análisis científico de los problemas económicos del país, para dejar la huella de sus sugerencias doctrinarias. Es nada más que un esbozo, como corresponde al rigor del discurso, pero con el mérito de servir de pauta para los que quieran comprometerse con la necesaria tarea de redactar el volumen, que tanta falta hace en los predios académicos, sobre la historia y desarrollo de las ideas económicas colombianas. El segundo es menos esquemático, y se refiere con exclusividad al legado de cinco grandes economistas de Cartagena.

Puede decirse que la significación de estos ensayos se desprende de su originalidad. Hasta ahora en Colombia poco se ha hecho en el escrutinio del pensamiento económico como tal. La mayor parte de las obras publicadas tienen como tema

central la historia de los hechos económicos y la mención de personas, ha sido en el contexto de esta materia. Por cierto que la literatura en este campo es abundante y digna de todo encomio. Bastaría, para dar fe de lo anterior, mencionar los valiosos estudios de L. E. Nieto Arteta, Liévano Aguirre, Caballero Escobar, J. Jaramillo Uribe, A. Tirado Mejía, Gerardo Molina, G. Hernández Rodríguez, Germán Colmenares y otros.

El análisis de las doctrinas sociales exige una erudición y un compromiso. Porque para sopesar el contenido de una tesis se necesita un conocimiento mínimo de la materia tratada con el objeto de valorar el enunciado. Especialmente para distinguir si se trata de algo original, o de adecuada importancia, que responde a las conveniencias de un pueblo o de una nación. Por ejemplo, el juicio crítico que lleva a cabo el profesor Consuegra sobre cinco pensadores cartageneros que, en una u otra forma, jugaron cierto papel relevante en el destino de nuestra región o del país, permite evaluar su instrucción y su postura ideológica. Consuegra definitivamente está del lado de los que se han definido por la estrategia defensiva y autónoma. De ahí la admiración que despliega por los estadistas y pensadores que intentaron superar la dependencia ideológica, para pensar en términos de un realismo conveniente.

E interesante resulta el inventario. Porque, pese al sometimiento alienante que obliga acatar todo lo extraño sin discernir su espíritu, la verdad es que siempre la insurgencia ha estado presente. Para el caso de Cartagena nada más estimulante para nosotros los economistas profesionales, que poder apreciar, por conducto de una crítica autorizada, que hombres de la talla de José Ignacio de Pombo, Antonio de Narváez, José María Castillo y Rada, Rafael Núñez y Manuel María Madiedo, son dignos exponentes de un pensar vernáculo, ajustado a las conveniencias que el desarrollo económico exigía en los tiempos en que les tocó desempeñarse.

Pero en términos generales las observaciones del maestro Consuegra sirven para

saber que ha existido y existe un pensamiento económico nacional, que va desde las audaces sugerencias de los mandatarios coloniales, se afirma y esclarece con los hacendistas de los primeros tiempos de la República, y se mantiene en nuestros días a través de muchos investigadores que se apartan de los manuales extranjeros, para razonar en términos propios.

Y es esa una tarea difícil y en desventaja. La dependencia, como recuerda el autor, doblega y dogmatiza. Ya tal vez por eso sea digno de mayor aprecio todo lo que se adelanta con rasgos de independencia.

Por lo demás, como economista y cartagenero, participo de su argumentación clara e irrefutable, y pienso que ya es hora de que nuestra respetable Sociedad Colombiana de Economistas rectifique, y acoja las sugerencias del maestro Consuegra. Es esta una revaluación necesaria.

Siguiendo el antecedente de su libro anterior, Las Ideas Económicas de Simón Bolívar, *ha considerado oportuno recoger en la segunda parte de este volumen algunos de los artículos que todos los lunes se vienen publicando en el diario* El Heraldo, *de Barranquilla. No son notas escritas a la ligera, ni para cumplir las apremiantes demandas del trajín del periodismo. Porque no obstante de responder a la sencillez apropiada de este género literario, se trata de escritos cortos respaldados por un rigor y un cuidado en el tratamiento de cada uno de los temas. Sin pecar de apologista, puede conceptuarse que el autor moviliza ideas, y en muchos casos sienta precedente doctrinario. Por algo forma parte él del grupo de economistas valiosos de América Latina, y se le tiene al lado de Antonio García, como figura representativa de las promociones contemporáneas de cientistas sociales de Colombia.*

ALFONSO OSORIO RICO
Decano de la Facultad de Economía, Universidad de Cartagena

Cartagena, marzo de 1984

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO COLOMBIANO

El pensamiento económico colombiano es abundante y con buena dosis de originalidad. No me refiero a la divulgación de las teorías que llegan de ultramar y que, en manos de sus conocedores se transcriben o se difunden en la cátedra. Aludo al razonar que se atiene a una realidad, para buscar el mejor provecho del trabajo y los recursos naturales disponibles, o que deduce enunciados en favor de situaciones más favorables.

En este sentido el pensamiento económico se inicia con la transferencia oral de los aborígenes, que a través de la tradición y los preceptos legales, difunde o determina los métodos más apropiados para la obtención de bienes. Gracias a ese pensamiento, que es vasija receptora de experiencias de siglos, la agricultura es capaz de utilizar terrazas, andenes y canales de riego que facilitan los cultivos intensivos para lograr conveniencias más allá de la limitada productividad del latifundio español.

La economía indígena era ejemplar en su tiempo. Los autores destacan la producción especializada de acuerdo a las posibilidades de las regiones y tribus que condicionaban el intercambio. La sal, el algodón, el oro, el pescado, el maíz, etc., fueron motivo de trueque simple, o de mercados más amplios en las ferias periódicas. Para entonces el trabajo lo era todo y la propiedad comunal regía el destino del pueblo. No se conocía el hambre, y aunque ciertas formas de individualidad se iniciaban en el campo político, la sencillez

y equidad predominantes respondían a una orientación particular en el manejo de la actividad económica.

El conquistador genocida arrasó el proceso e impuso modalidades para su exclusivo provecho. Sin embargo en la propia Colonia surgen observaciones alejadas del contexto oficial, a pesar de que se expresan dentro de la oficialidad. Por ejemplo, una vez concluida la etapa de exterminio masivo de la población indígena, los gobernantes claman por el poblacionismo, como estrategia segura del desarrollo. Se fomenta la inmigración de negros para explotar las minas y cultivar los campos, y hasta se llega a contravenir los privilegios de la política económica de la metrópoli, e interceder, en algunos casos, por el ideario del librecambio, o, en otros, por la defensa del provecho de una manufactura propia.

Contrario a lo que piensan algunos intérpretes equivocados del subdesarrollo del presente, desde 1729 Antonio Manso se dirige a su rey para hacerle saber que es éste un país rico, de abundancia en todo. Y, con tino, descubre la razón de la miseria: Si en Antioquia y Chocó, anota en su *Relación de Mando*, se carece de prosperidad es, sencillamente, porque el fruto de su labor se va para otras partes. Sus palabras textuales son: "Y aunque parece contradicción haber dicho que (el oro) se saca a cargas y que la gente es pobrísima, no hay ninguna, porque el oro se saca de minas de propiedad de vecinos de Popayán, los cuales le envían a labrar a la Casa de Moneda. Estas porciones reducidas a doblones vuelven a salir sin dejar más utilidad al lugar que la que queda al Tesoro de la Casa de Moneda que la labra, con que agotadas las minas sólo sienten los extraños la utilidad".

Y en el análisis a las formas de tenencia de la propiedad, que con tanto interés se estudia en nuestros días en el ámbito estructural del subdesarrollo,

el mismo Manso fustiga al latifundio como "otra de las causas universales de la pobreza del Reino y sus habitadores". Las grandes extensiones de tierra en manos de religiosos y el préstamo de dinero con altos intereses, denuncia con valor, motivan la miseria. Décadas después, en 1776, Manuel de Guirior vuelve a mencionar el asunto, al referirse a los dueños "de inmensas tierras que no labran, ni permiten que otros las cultiven, quedándose yermas, sin que el común o los particulares logren las ventajas" que prometieron al entrar a usufructuarlas. Para Guirior los obstáculos a las exportaciones de los productos criollos, como frutos, maderas, mulas y cebos de La Guajira y otras regiones dieron origen al contrabando. Observación ésta digna de recordarse, porque siempre el comercio ilícito se inicia en las trabas a la importación. Entre nosotros sucedió lo contrario: La conducta restrictiva colonial a todo ensanche de explotación económica interna, obligó al cambio de excedentes nacionales por mercadería foránea. También Guirior hace mención de la multitud de pobres y mendigos que vagan por las calles de Bogotá carentes de trabajo porque la tierra circundante tenía dueños. Eran los mismos gamines y desocupados de estos días de falacias neomalthusianas, y, sin embargo, apenas la capital contaba con 16.233 habitantes aledaños a una sabana fértil, sin urbanizaciones ni poluciones en sus ríos. Guirior se adelanta en sesenta y cuatro años a Federico List en la exposición de tesis proteccionistas. En el apogeo del liberalismo rechaza la división internacional del trabajo, para afirmar que "siempre que no hubiese un obstáculo insuperable conviene que cada Reino y Provincia se mantenga con lo mismo que produce, sin mendigar de fuera la provisión ni erogar dinero que salga fuera del Distrito".

En los albores de la independencia surge una pléyade de economistas con criterios definidos y acertados conceptos. Pedro Fermín de Vargas, pese a sus resabios centralistas y prejuicios raciales, en su *Memoria sobre la Población del Reino*, tiene el acierto de sopesar la relación existente entre

la densidad poblacional y el desarrollo económico. En sus *Pensamientos Políticos* adelanta un inventario de las posibilidades de la agricultura, el comercio y la industria, salpicado de optimismo. Fray Diego León traduce el *Discurso sobre la Economía Política*, de Juan Jacobo Rousseau, que genera en el pensar económico un efecto parecido al que produjo en el campo político la traducción de Nariño de los *Derechos del Hombre*.

Por su parte, José Ignacio de Pombo emerge como precursor de la teoría de la política económica nacional. En sus escritos abundan deducciones estratégicas en favor de la agricultura y la industria. Sus conceptos sobre la riqueza son más que revolucionarios y correctos. Para él la actividad humana es la fuente única de la prosperidad de un país. "La riqueza de un país, dice en su Informe de 1810, no consiste ni en la extensión de su territorio, ni en su fertilidad, ni en la variedad y aprecio de sus producciones, ni en el número de los hombres... sino en su trabajo productivo." En esta materia saca provecho de Smith, pero sin caer en las redes del librecambio. Y así lo reconoce cuando cita al escocés en su loa al trabajo como fuente del valor, pero apartándose de él, a renglón seguido, en la defensa de la protección creadora: "Recibimos de otras partes, y es vergonzoso el decirlo, el azúcar, el cacao y el tabaco que consumimos, que nos llevan sumas inmensas todos los años, cuando podríamos proveernos de dichos frutos si los cultivásemos, y atraernos por ello grandes riquezas", razonaba con certeza. De Pombo arremete contra la estructura impositiva colonial, para tildar a la alcabala de gravosa, impolítica y bárbara. Lo mismo hace con los diezmos, primicias, sisas, y todas las demás cargas tributarias que afectaban al consumo y la exportación, y que "envilecen y aniquilan a los indios y son causa de su ignorancia y miseria".

Para entonces Antonio de Narváez y la Torre es el gran visionario del desarrollo. Agricultura, educación y aumento de población son, para él, los pilares

del desarrollo social. El comercio, la agricultura, la industria, la educación y la población, decía, son como eslabones o anillos de una cadena que para formarlas es necesario que se unan. De Narváez es el analista económico colonial más afirmativo en la defensa de lo nuestro para conveniencia nuestra. Sus alegatos recogen las tesis que hoy toman el nombre de sustitución de importaciones. Y hasta se adelanta en casi dos siglos a los cepalinos al denunciar, con las mismas palabras, el deterioro en las relaciones de intercambio entre la Nueva Granada y España. En su *Relación* como Gobernador de la provincia de Santa Marta y Riohacha solicita que se instalen fábricas que procesen el algodón y produzcan las telas que se importan.

De Narváez y De Pombo se complementan en sus juicios. Son radicales y visionarios. Conocen las teorías exóticas pero con los pies puestos en la realidad vernácula. El camino hacia el progreso, pensaban, es la educación del pueblo. "Las fábricas que nos hacen principalmente falta, decía De Pombo, son las de la sabiduría". Escuelas en todos los pueblos, colegios y universidades, periódicos, imprentas y Sociedades Económicas de Amigos del País, eran sus propuestas.

En plena lucha liberadora el genio de Bolívar señala los caminos de la autenticidad. Sus ideas económicas determinan pautas. Tal vez su mayor aporte se desprende de sus conceptos sobre la integración. Ante todo Bolívar expone una estrategia defensiva, que corresponde a todo un proceso histórico. Es el signo del rasgo latinoamericano, en cuyo suelo se ensaña la presencia del expoliador extranjero de todos los tiempos. En Colombia, o en América Latina, una tesis económica fuera del contexto defensivo carece de validez. La aceptación como infalible de lo foráneo es la entrega. La Economía Política es una ciencia social, vale decir, histórica, política y

espacial. Por eso cada hipótesis emana de una situación concreta, de un grado particular de desarrollo. De ahí que lo conveniente a un país, dados sus logros en las diferentes etapas del crecimiento, y sea cual sea el sistema político predominante, no puede ser, necesariamente, valedero para otro. Y mucho menos cuando se trata de situaciones distintas o antagónicas, como es el caso de los dominantes y dependientes, de los desarrollados y subdesarrollados.

Con Castillo y Rada se inicia una escuela de meritorios hacendistas que se extiende hasta el presente. Castillo y Rada es el verdadero organizador de la Hacienda en la recién nacida República. En sus *Memorias* solía decir que "el mejor gobierno es siempre el mejor administrado". Es un convencido. Hereda la persuasión de su tío Antonio de Narváez, y en sus propósitos de erradicar el vetusto andamiaje tributario colonial choca con Santander y con el propio Bolívar. Desde Barranquilla, en carta dirigida a Santander, aconseja, por primera vez, la emisión del papel moneda, y siempre consideró el carácter de la hacienda pública en relación directa con los servicios del Estado, las necesidades de la colectividad y el crecimiento económico del país. De ahí que entendiera al proteccionismo no desde el punto de vista fiscal sino como "un medio poderoso de fomentar la agricultura, las manufacturas y el comercio". El legado de Castillo y Rada lo recogen otros hacendistas al estilo de su sobrino-nieto José María Rivas Groot, el poeta de las Constelaciones y autor de los *Asuntos Económicos y Fiscales* y Rafael Núñez, Esteban Jaramillo, Manuel Alvarado, Leopoldo Lascarro, Abel Cruz Santos, Guillermo Hernández Rodríguez y Carlos Lleras Restrepo.

En el siglo XIX y comienzos del XX la literatura económica es pingüe y, en algunos casos, precursora. En el quehacer político se tiene el buen tino de mantenerse en contacto con la disciplina económica. Por eso los Caro, Ospina, Camacho Roldán, dejan sus *Escritos Económicos*, y Carlos Calderón

Reyes publica en Madrid su *Cuestión Monetaria*. Para el campo académico, o puramente especulativo, Manuel Madiedo y Ezequiel Rojas publican obras voluminosas. Madiedo en *La Ciencia Social*, aunque inclinado en demasía hacia la argumentación moral y religiosa, toma actitudes afirmativas en el bosquejo de las oligarquías y los hoy llamados grupos de poder. Para la autoridad sabedora de Popescu, *Los Fundamentos de la Ciencia Económica*, de Juan Manuel Pabón, es el "primer tratado de economía matemática de América Latina", y *Los Juegos de Azar y la Especulación*, de Rafael Torres Mariño, publicados en 1933, anteceden en once años a los escritos de Morgenstern y Neumann sobre la "Teoría de los Juegos", para situar al autor "como glorioso precursor colombiano de una de las más importantes contribuciones contemporáneas a la ciencia económica".

El pensamiento contemporáneo satisface exigencias mínimas. Ante la avalancha de la dependencia cultural e ideológica, se toman posiciones y se exponen tesis que comprenden lo más idóneo de nuestro inventario. En las últimas décadas la inquietud por el conocimiento y divulgación de la ciencia económica responde al quehacer universal: Se organizan las escuelas de economía, se crean las sociedades de economistas y se fundan revistas especializadas. Popescu conceptúa que Colombia tal vez sea el país del subcontinente donde se han escrito más textos de Economía Política. Yo tengo en mi biblioteca los de Jorge Cárdenas Nannetti, Guillermo Torres García, Fabio Gómez Jaramillo, Antonio García, Hernán Echavarría Olózaga, Bianor García, Abel Cruz Santos, Pedro Bernal Jaramillo, Ramón Abel Castaño, Iván Romero Mendoza y Oreste Popescu (quien lo escribió en la Universidad Industrial de Santander). Y todos ellos son apropiados para el conocimiento general de las leyes y enunciados de la Economía. Como lo son también los textos de Maza Zavala y Manuel Pernaut (de Venezuela); Zamora y Aguilar (de México); de Aguirre (del Ecuador); de

Furtado y Barros de Castro (del Brasil); de Pinto y Baltra Cortés (de Chile), y de tantos otros, y desde enfoques ideológicos variados, de América Latina. Sin embargo, la miopía que engendra la provechosa comodidad del alineamiento o el dogmatismo ideológico, no permite, en algunos, ir más allá de los manuales (y no como complemento, sino con exclusividad) de autores de las grandes potencias capitalistas o socialistas, ya se trate de los estudios de Samuelson, Boulding, Friedman o Nikitin.

En el análisis de la historia económica, Luis Eduardo Nieto Arteta utiliza el método marxista con bastante acierto. En su *Economía y Cultura en la Historia de Colombia* pone fin al dominio de los historiadores puros de relatos acomodados a las conveniencias de sus clases sociales detentadoras del poder. Él mismo tiene conciencia de su aporte cuando declara en el prólogo que quiere contribuir con su obra a la definición de una nueva interpretación de los hechos de la historia colombiana. Los fenómenos económicos y las relaciones sociales de producción comienzan a tenerse en cuenta como causas del quehacer político. En cuanto a la política económica y el razonar de sus estrategos, se interpreta emanada de unas estructuras particulares, y de los provechos que de ellas se desprenden. Esta línea de conducta es seguida en buena parte con la disciplina de la óptica económica, por Liévano Aguirre, Jaramillo Uribe, Ospina Vásquez, McGreevey, Gerardo Molina, Colmenares, Mario Arrubla, Melo, etc.

El despertar de los pueblos dominados por el imperialismo se manifiesta entre los estudiosos con la misma intensidad de otras regiones. Las causas del subdesarrollo comienzan a indagarse. Economistas y sociólogos interpretan de acuerdo con sus formaciones ideológicas e intereses de clase. En esta etapa el más original es Antonio García, polifacético, maestro de juventudes y escritor fecundo. García funda el Instituto de Ciencias Económicas que poco después habría de convertirse en la Facultad de Economía de la

Universidad Nacional. A través de sus cuarenta y cinco libros y centenares de ensayos incursiona, con autoridad y sapiencia, en casi todas las materias propias de la ciencia económica. En sus *Bases de Economía Política* el maestro García diseña los rasgos de una teoría de los sistemas (enunciando sus principios generales en un momento en que aún estaban en embrión los estudios sistemáticos), y analiza el proceso histórico del capitalismo en el mundo contemporáneo. (Por cierto que corresponde a otro colombiano, hace apenas unos meses, esclarecer la polemizada confusión del modo de producción intermedio entre la sociedad colectivista primitiva y la esclavitud en el Norte de África y el Oriente Medio. Me refiero al jurista Arturo Valencia Zea, quien en su último libro *Origen, Crítica y Desarrollo de la Propiedad Privada*, argumenta, con rigor histórico y validez científica, en favor de un sistema económico estatal). García es precursor de una economía de defensa, y en su obra abundan las hipótesis de protección integral valederas para un desarrollo independiente. En el estudio de los problemas colombianos sigue la línea de conducta de Alejandro López y López de Mesa, indagando en los archivos pero recorriendo el territorio nacional. En los últimos años García se especializó, si así podría decirse, en el tema agrario. Muchos fueron los libros editados en diferentes países sobre estructuras agrarias y los alcances de las reformas de las dos décadas pasadas. Pese al silencio de una prensa, que apenas si mencionó a hurtadillas su muerte, Antonio García forma parte ya de la galería de los grandes pensadores sociales de América Latina, al lado de Prebisch, Furtado, De Castro, Maza Zavala, Aguilar, Silva Herzog, Mariátegui, Sunkel, y todos esos otros, tan familiares a ustedes, pero a quienes quiero recordar para rendirles también un homenaje de admiración.

Orlando Fals Borda, sociólogo de profesión, indaga directamente en el campo para descubrir raíces y deducir determinantes. Isidro Parra Peña, en la línea estructuralista, olisca a la inflación y al crecimiento deformado; Silva

Colmenares lleva a cabo el inventario de los monopolios para dejar al descubierto la magnitud de la concentración y la falsedad de la competencia. Jorge Child, Raúl Alameda, Méndez Munévar, Jaime Sierra, Arias Osorio, discípulos de García, al lado de Kalmanovitz, Daza Roa, Fernández Rivas, Gaviria... con responsabilidad y constancia, dan a conocer, de manera periódica, sus observaciones críticas y sus enunciamientos teóricos. A sus nombres hay que agregar los de Curie y Popescu, que han escrito aquí, entre nosotros, lo mejor de su obra.

No es gratuito, pues, que se hable de un pensamiento económico colombiano, si para tal concepto se exige la autenticidad emanada del estudio de una realidad concreta. Y, a lo mejor, ese patrimonio es mucho más considerable de lo conocido por mis limitaciones. Ya decía un erudito refiriéndose a la América Latina —y para el caso particular de Colombia es igual— que sus archivos siguen cubiertos de polvo, con una riqueza cultural escondida más valiosa que todo el oro, la plata y demás recursos que expoliaron los colonialistas en el pasado y continúan expoliando el imperialismo y los dominantes en el presente.

Pero, si ha existido un razonar con pretensiones de respuesta a los problemas y a los retos del desarrollo, ¿por qué las dificultades y el atascamiento?

Esta pregunta que podría hacer quien escucha un discurrir apologético, no es difícil de aclarar: En las economías dependientes las explicaciones más satisfactorias casi nunca se tienen en cuenta en la impenetrable urdimbre de las estructuras sometidas y de lo prevaleciente. Detrás de cada suposición hipotética se refugia una ideología que responde a un compromiso. En las organizaciones sociales de clases las interpretaciones y supuestos son disímiles como las clases mismas. Puede que algunas veces, como así sucede realmente, muchos analistas esbocen tesis de certidumbre y validez, pero si

ellas chocan con el andamiaje de lo establecido, apenas si quedan en el papel como una constancia o como un legado aprovechable en un devenir más promisorio. Por lo demás, los tiempos actuales son difíciles, y la dependencia cultural o ideológica facilita el dogmatismo esquemático y la intolerancia que se desprende de los intereses creados, mientras cierra los caminos a las posibilidades del encuentro con una idiosincrasia y un destino propios.

Y sin pecar de exagerado, lo cierto es que en todos los tiempos, y aunque con distintos enfoques, se ha respondido a interrogantes relacionados con la defensa de lo solariego y el mejor aprovechamiento de lo existente. Podría hasta minimizarse el aporte. Pero queda el mérito de ser nuestro. Porque, como acertadamente decía Neruda, el destino de estos pueblos depende de sus hechos y de su pensamiento. En nuestros días en las universidades, que es donde mejor se cuenta con condiciones adecuadas para la investigación —por razón del oficio, relativa autonomía, cuerpo de analistas de tiempo completo, material bibliográfico e inquietud política de la juventud estudiosa— la actividad creadora formula enunciados interpretativos de los hechos económicos. Así, a la inflación se le diagnostica como un fenómeno estructural y de precios; al subdesarrollo y la dependencia se le indaga en el marco histórico de las relaciones del capitalismo; el provecho, o no provecho de los recursos naturales se involucra en los limitantes del dominio monopolista de las multinacionales, o en la inadecuada propiedad de la tierra; a los bajos niveles de ingreso, inversión y producción, se le asigna origen en deterioros constantes de las relaciones comerciales con el exterior, pago de intereses, flujo de divisas por concepto de servicios, en fin, más allá de la simplicidad cómplice de supuestos círculos viciosos. Se ha valorado también el papel de la integración regional como medio para industrialización a escala, y no ha dejado de verse en el proteccionismo condicionado un instrumento racional para lograr el incremento de los sectores. Pero, además,

el nuevo pensamiento económico responde a las grandes perspectivas de liberación nacional y de justicia social. A la Economía Política se le entiende ahora no como disciplina neutra y universal que estudia la producción, y distribución de bienes en sí y por sí, sino como ciencia profundamente humanística, espacial, histórica, política y previsora, en cuyas posibilidades recae la responsabilidad del bienestar de un pueblo. Claro está que este concepto altruista se presume sujeto a una organización social adecuada. Pero debe ser anhelo y compromiso de todo economista honesto.

IDEAS ECONÓMICAS DE CINCO CARTAGENEROS

ALGÚN TIEMPO ATRÁS recibí ciertas observaciones acerca de la escogencia, por parte de la Sociedad Colombiana de Economistas, de una especie de patrono para festejar su día. Para ese suceso una vez más se puso en juego el centralismo excluyente que ignora o menosprecia. Y los grandes economistas cartageneros, cedieron el paso, a lo mejor sin la previa consulta de los aportes que ameritaran el juicio, al investigador colonial Pedro Fermín de Vargas, que no pudo en su obra escrita superar prejuicios ni valorar tácticas en pro de un aprovechamiento propio de lo propio. Pedro Fermín de Vargas, en sus *Pensamientos Políticos y Memorias sobre la Población del Nuevo Reino de Granada*, que es su único e importante legado en el campo del análisis económico y demográfico, peca por vasallo, regionalista y desairoso del ancestro vernáculo. Bastaría para respaldar el argumento, con transcribir algunos apartes que sintetizan el meollo de su examen: "La facilidad con que se mantienen las gentes de las tierras cálidas del Virreinato las hacen del todo indolentes y perezosas... Entre estas gentes no hay, pues, principio alguno moral, ni físico, que les haga impresión sobre el miserable estado en que viven. Bajo de esta idea cualquiera conoce el poco escrúpulo que hará en estas gentes el mantenerse de lo ajeno, la ninguna fe que observan en sus pactos y la poca utilidad que saca la Colombia y la Metrópoli de estos vasallos". Para don Pedro Fermín, lo que ahora y en todos los tiempos del derecho liberador de los pueblos, es acto positivo, como sería el caso de la resistencia al tributo y la ideología que subyuga, resultaba un estigma. Y

su miopía climatológica-centralista lo llevaba al exabrupto de condenar la fundación de nuestras ciudades, al decir que "Cartagena y Mompós, por yerros físicos de sus fundadores que no tuvieron en cuenta los conocimientos necesarios para la salud y bienestar de sus moradores, no gozan, aún después de casi trescientos años, de toda la salubridad precisa para su adelantamiento". Es tanta la malquerencia por la Costa, que ni nuestros alimentos auténticos, digamos el pan que se hace del maíz y de la yuca, y no del trigo venido de Europa, se escapó de su desprecio: "En Cartagena y riberas del Río Grande de la Magdalena, escribe, se come el bollo, uno de los alimentos más groseros que se conocen, herencia de los indios Bárbaros". Don Pedro Fermín inicia con sus *Pensamientos* el sentir anticosteño que predomina en la capital y actúa como una penosa realidad que pone en duda la justicia e integración indispensable para un país en su lucha contra el subdesarrollo y la dependencia.

Pedro Fermín de Vargas desprecia a la raza indígena mientras luce de extranjerizante. "Para aumento de nuestra agricultura, conceptúa, sería igualmente necesario españolizar nuestros indios. La indolencia general de ellos, su estupidez y la insensibilidad que manifiestan hacia todo aquello que mueve y alienta a los demás hombres, hacen pensar que vienen de una raza degenerada que empeora en razón de la distancia de su origen".

En el aspecto eminentemente económico el razonar de Pedro Fermín de Vargas constituye la antítesis del juicio de los analistas cartageneros de entonces. Para él, como bien lo buscaba e imponía la estrategia expoliadora de España, estos territorios debían ser siempre exportadores de materia prima e importadores de manufacturas. Pero en verdad lo que más le preocupaba era que llegaran a Bogotá los productos de consumo extranjeros. De ahí que su ponderado alegato en favor de la infraestructura estuviese viciado por el objetivo final: Propendía por mejores caminos, pero, era, simplemente,

para facilitar lo que hoy se conoce con el nombre de un desarrollo hacia afuera: "si se limpiara el camino de Carare... llegarían a la capital los géneros de España mejores, y más baratos...". Y, como para que no quedase duda, más adelante agrega que la Nueva Granada debía ser "exportadora de materias primas para las fábricas de la Península".

Contrario a esos pareceres los economistas de Cartagena y la Costa serán portavoces de conductas defensivas, en muchos casos precursoras de estrategias que en nuestros días alimentan esperanzas en los propósitos de superar atascamientos. Ha de tenerse en cuenta que en Mompós se fundó la primera Sociedad Económica de Amigos del País de América Latina, en 1784, para seguir Cartagena el ejemplo en 1787. Estas organizaciones, que cumplieron papeles significativos tanto en el aspecto del fomento de la agricultura, la industria y la tecnología, como en el posterior apoyo a la causa de la independencia, fueron después objeto de promoción oficial, por parte del propio Libertador. Precisamente, la sociedad de Mompós, contó desde sus inicios con la presencia en su seno de José Celestino Mutis y de los dos más sobresalientes economistas de ese entonces, los cartageneros Antonio de Narváez y la Torre y José Ignacio de Pombo. Las primeras iniciativas de estas agrupaciones fueron la búsqueda de un mayor rendimiento en los sembrados, lo que hoy se denomina productividad, a través de la selección de semillas, estudio de los suelos y estímulos especiales a los campesinos. Se garantizaban precios de sustentación y se recompensaron a los inventores y usuarios de máquinas para el procesamiento de las materias primas. Y con visión latinoamericana, la Junta momposina del 28 de noviembre, se comprometía con la publicación periódica de sus acuerdos para "que se hagan públicos y esparzan en este Reino y los demás de América por lo que conducirá al bien del Estado y utilidad común, estimulando los ánimos en estos vastos dominios...".

A José Ignacio de Pombo, que nace en Popayán pero escribe su obra, establece su hogar y muere en Cartagena después de abrazar la causa de la independencia, hay que distinguirlo como el padre de la teoría de la política económica colombiana. Sus puntos de vista es lo que más se acerca a las conveniencias de una economía sometida. Incursiona con fortuna en las hipótesis, y sabe combinar la especulación teórica con la práctica. Cree en los recursos disponibles de su tierra, y sopesa la importancia de lo autóctono. Cuando se refiere al indio, sea por caso, sabe descifrar la razón de su situación social: "El tributo de los indios, denuncia en su *Informe del Real Consulado de Cartagena de Indias a la Suprema Junta Provincial de la Misma*, que los envilece, que los aniquila, y es causa de su ignorancia y miseria...".

De Pombo responde a las más avanzadas concepciones de los economistas clásicos, al valorar al trabajo como la fuente única de la riqueza. Más allá de los criterios fisiocráticos y liberales que parecían dominar a las inteligencias despiertas de la América española, y que, incluso, perduraron hasta mucho tiempo después, opina que "es también una verdad constante, que la riqueza de un país no consiste ni en la variedad y aprecio de sus producciones... sino en el trabajo productivo...". Y conocedor, como era, de las doctrinas de Adam Smith, saca de su *Riqueza de las Naciones* lo apetecible del sector manufacturero en las metas del desarrollo, pero sin caer en la trampa de la especialización internacional del trabajo, ni mucho menos en la de los costos comparativos que siete años más tarde expondría David Ricardo en sus *Principios de Economía Política y Tributación*. "La verdadera utilidad de la industria, aceptaba, no es solamente lo que mejora o aumenta el precio de las cosas; transformándolas o creando, digámoslo así, otras nuevas, sino porque este valor, como observa el sabio Smith, es el precio del trabajo de los hombres, que se han empleado y ocupado en sus diferentes preparaciones, hasta llegar a aquel estado, esto es, del labrador que la cultivó, del que la condujo al beneficio, etc., y así su utilidad está en la razón del

mayor número de aquellos que ocupa, y que por consiguiente alimenta".

De Pombo, como De Narváez, y a diferencia de De Vargas y tantos otros, aboga por una producción nuestra y para provecho nuestro. Más de ciento cincuenta años antes de la Cepal y de los estrategas contemporáneos del subcontinente, denuncia, con las mismas palabras de hoy, el deterioro de los precios en la relación de intercambio, y plantea la sustitución de importaciones.

Ahora se suele distinguir entre crecimiento y desarrollo, y en muchas de las teorías interpretativas del subdesarrollo se le atribuye prioridad a la educación. Ya los tiempos de mercantilismo con su principio mítico del sobrante parecen lejanos. Por eso es admirable que De Pombo tuviese un criterio tan diáfano acerca del encargo de la educación: "Las fábricas que nos hacen principalmente falta, las que son capaces de sacarnos de la actual miseria, las que remediarán todos nuestros males, y las que nos proporcionarán las de la industria que deseamos, son fábricas de sabiduría". Y con una aspiración aún no cumplida, reclamaba escuelas para educar a todos los habitantes de esta provincia. Escuelas de minerología, botánica, zoología, química, etc. "Escuelas de dibujo, y de matemáticas en esta ciudad, en Mompós, y en el Corozal, porque sin estos conocimientos no puede haber buenos artesanos, ni hacer progreso la industria, ni florecer las bellas artes".

De Pombo fustiga el andamiaje impositivo colonial. A la alcabala la tilda de "bárbara", y al mazamorreo de injusto.

El cartagenero Antonio de Narváez y la Torre aprovecha su mandato en la provincia de Santa Marta y Riohacha para legar deducciones de Economía y política económica de una validez universal. El estilo de De Narváez y la

Torre es claro, comprometido y subyugante. Su posición es digna, aunque se desempeña como funcionario de la Corona. La producción agrícola, por ejemplo, no sería para exportarse, sino para transformarla acá en busca del valor agregado. Al igual que lo quiso Hamilton, y lo acogió Federico List en 1840, sugiere que los productos sean procesados en los territorios donde se cosechan.

De Narváez es poblacionista. Diez años antes del alegato de Malthus pone de presente que la naturaleza sin el hombre que lo explote no cumple sus funciones. "Las tierras por sí solas, por inmensas, ricas y fértiles que sean nada valen, si no se cultivan y, aprovechan su fertilidad, y riquezas haciéndolas producir, y esto es claro que no puede hacerse sin un número de hombres proporcionado a su extensión... Sin agricultura no puede haber comercio, y sin población no puede haber agricultura". Son, remataba con gracia, "tres eslabones, o anillos de una cadena que para formarla es necesario que se unan".

De Narváez reclama la presencia del negro, y no como ser inferior, sino, por el contrario, por sus virtudes en el trabajo. En el contexto de la vergonzosa realidad de la mano de obra esclava de la época, al decir de su prologuista Sergio Elías Ortiz, propone, con adelanto de más de un siglo, las transacciones en especie, a manera de trueque simple, para burlar la estrechez limitativa del patrón oro, tal como se aspira en el presente en el marco de la dependencia del patrón divisa.

Tal vez el inventario de recursos de la región costeña más completo fue obra de De Narváez. En nuestro suelo se cultivaban y extraían variedad de productos, casi cercanos a los límites de la autarquía. Hoy, sin embargo, las tierras fecundas de la Sabana de Bolívar y del Sinú, apenas albergan la ganadería extensiva, en buena parte en manos de latifundistas foráneos. Y el carbón y el níquel regatean sus beneficios al habitante de su área.

En la era independiente José María Castillo y Rada repunta como el organizador de la hacienda pública.

Nadie más autorizado para enjuiciar el valor de un hacendista que un buen hacendista. Abel Cruz Santos así lo hace y encuentra en Castillo y Rada el personaje de su época en la disciplina más importante en un nuevo estado que necesitaba y exigía del orden financiero para asegurar la estabilidad política y social. La ciencia económica tenía que serle familiar a Castillo y Rada. Era sobrino, y amigo personal, de Antonio de Narváez, y había heredado de él su vocación nacionalista.

Para Castillo y Rada la administración, en los asuntos oficiales, lo era todo. "La excelencia del Gobierno, solía decir en sus *Memorias*, se estima por la bondad de la administración. El mejor gobierno es siempre el mejor administrado". Tanto es su empeño, que hasta a veces choca con Santander y el propio Libertador. Y es bueno que en este campo se escuche a Santander para poder distribuir con equidad laureles. Raimundo Rivas observa que en nada debe regatearse a Santander su muy merecido calificativo de organizador de la victoria. Pero siempre hay que dejar un sitio de honor para quien "organizó la hacienda, creó las contribuciones, contrató y manejó los empréstitos". Y esto es tanto más necesario cuanto el propio Santander, pese a las diferencias políticas que tuvo con su compañero y colaborador, así lo reconoce. En diciembre de 1826, Santander le escribe a Bolívar: "Yo hace mucho tiempo que no me meto en la hacienda nacional porque estoy aburrido de hablar de ella. Castillo, todo, todo lo ha manejado, empréstitos, rentas, etc.; de modo que nada sé, ni he querido saber de ella. Veré a Castillo para que nos saque de apuros". Y al año siguiente, al retirarse del mando, le ratifica su reconocimiento en carta rica en elogios.

Castillo y Rada responde al momento histórico. Aprecia en su contenido

ecuménico el pensamiento económico del Libertador. Bolívar fue exponente de un razonar defensivo. Para él el futuro dependía de lo que se hiciese con lo propio y para provecho de lo propio. En este sentido no podía copiarse lo ajeno sin medir sus consecuencias. Castillo y Rada se apresura a romper con el pasado interno, pero sólo acogiendo de fuera lo beneficioso. Por eso sus tesis sobre proteccionismo, dinero y gestión son dignas del análisis. Es pionero del papel moneda. Desde Barranquilla expone sus tesis en su favor en 1820. Con su coterráneo Rafael Núñez comparte primicerios. Inquietudes, por cierto, que no entendía Santander. Pero ellos contaban con antecedentes, pues en el "Estado libre de Cartagena se cumplieron ensayos" parecidos. En el esplendor del librecambismo, Castillo y Rada hace del razonar proteccionista un instrumento adecuado para el desarrollo, más allá del simple beneficio fiscal. Sus palabras son: "Las aduanas no sólo son fuente de una renta cuantiosa, sino también medios poderosos de fomentar la agricultura, las manufacturas y el comercio". Con este enfoque se dejaba a un lado la especialización internacional del trabajo que los voceros del sector comercial, y los idiotas útiles del liberalismo de todos los tiempos, no han dejado de acoger para gracia del subdesarrollo y la dependencia.

Castillo y Rada confía en la Hacienda, pero no de manera pasiva. Su concepto es progresista y cabal. Invierte el criterio tradicional y burdo. El gasto no iría a depender del ingreso. En una nueva concepción de economía estatal de servicio, "las obligaciones contractuales del Estado serían los factores determinantes del gasto público". Para responder a ese compromiso arremete contra el vetusto sistema impositivo legado por la Colonia. Sabe que los tributos indirectos agobiantes fueron causa de la insurrección criolla desde la epopeya de Galán. Por eso patrocina en el Congreso de Cúcuta el impuesto a la renta y explica la justeza del impuesto directo. Sus palabras, que aparecen en la página 20 de su *Memoria* de 1823, son: "Las directas igualan a los Ciudadanos en la contribución, como son en los derechos; y esta igualdad

no es grata ni provechosa a ciertos hombres que acostumbrados a no hacer desembolsos en beneficio de la república querrían sacar todas las ventajas de la independencia, dejando todas las cargas sobre la clase que nunca pudo evitar las contribuciones, y sobre las cuales pesan cruelmente las indirectas". La Ley del 30 de septiembre de 1821 es significativa y revolucionaria. Los jornaleros e indígenas quedan exceptuados, y los viejos sistemas se dejan atrás. La disposición se complementa, debido a las dificultades de recolección, con la Ley del 4 de mayo de 1825, y la del 11 de mayo de 1826, que introduce la modalidad industrial o de patente. Hernández Rodríguez recuerda cómo Castilla y Rada en su *Memoria* de 1826 "adopta la tesis de la universalidad, generalidad y progresividad del impuesto".

Corresponde a Rafael Núñez volver por los fueros de su paisano, al restituir procedimientos abandonados. Núñez continúa la tradición hacendista de los cartageneros en el siglo XIX. En sus manos se anida la responsabilidad de conductas vejadas por los emisarios de la entrega. Mosquera, que se enorgullecía del obsequio de una espada que le hizo el Libertador, pero que tan lejano estuvo de sus idearios económicos, permite, al final, la quiebra de la obra de Santander, vale decir, de Castillo y Rada. Florentino González, el señorito septembrino formado en Inglaterra, vino, como ahora lo hacen igual los "niños de Chicago", a imponer el credo "lessaifairiano". Sus tesis son tal vez el más elocuente testimonio de la dependencia intelectual en el transcurso del pensamiento económico colombiano: "La Europa, piensa sin rubor, con una población inteligente, poseedora del vapor y de sus aplicaciones, educada en las manufacturas, llena su misión en el mundo industrial dando diversas formas a las materias primeras. Nosotros debemos también llenar la nuestra; y no podemos dudar cuál es, al ver la profusión con que la Providencia ha dotado esta tierra de ricos productos naturales. Debemos ofrecer a la Europa las primeras materias, y abrir la puerta a sus

manufacturas para facilitar los cambios y el lucro que traen consigo... Proteger los artefactos que la Europa y la América del Norte pueden enviar a precios baratísimos... sería un contrasentido económico imperdonable... en favor de ciertos industriales nuestros que en nada contribuyen al fomento de la riqueza nacional".

El resultado de esa infeliz postura, como bien lo han descrito Liévano Aguirre y Nieto Arteta, fue la ruina de la industria y la artesanía. El Estado y su capacidad interventora quedaron arrinconados y, en el caso de la explotación del tabaco, los antiguos beneficios pasaron a manos de una élite plutocrática criolla y extranjera.

Núñez es la antítesis del divulgador o del copión sometido. Entiende la economía como debe ser, como ciencia social, histórica, espacial y dialéctica. No cree en postulados absolutos ni en leyes infalibles, y, mucho menos en "manos ocultas" que predestinan y encadenan. "Las verdades son siempre relativas, porque dependen del tiempo y de la medida en que se aplican", solía argumentar. En este sentido él mismo es fruto de los cambios: El estudio de la realidad concreta y los hechos de la historia, lo despojan del bobalicalismo iluso e imitador para enraizarlo a la tipicidad de lo vernáculo. En sus conceptos sobre el dinero puede apreciarse esta semblanza de su personalidad: Los primeros criterios sobre la *moneda mercancía* fueron suplidos por otros más acordes con las exigencias.

En su primer discurso como Presidente de Colombia Núñez estremece la audiencia. En pocas palabras expone su programa para volver por los fueros de una política económica defensiva, que se había visto estropeada por el librecambio. Había dicho: "Mi discurso será mi programa"; y así quedó instituido. Se establece el proteccionismo, se funda un banco estatal y emisor y se reorganiza la administración pública. Los conceptos de Núñez sobre el

desarrollo dejan atrás el neofisiocratismo de los grupos oligárquicos (liberales y conservadores) de comerciantes y banqueros: "Los tiempos actuales, escribía, son de trabajo industrial, de creación de valores y de distribución equitativa de los mismos entre la gran masa de los ciudadanos...".

Núñez se yergue por encima de la camarilla que hasta entonces malgastaba las posibilidades del despegue. De ahí la oposición de los intereses afectados. Al Banco Nacional le concede el derecho exclusivo de la emisión, y a los lacayos del librecambio les da lecciones de objetividad económica. Si los ingleses son librecambistas, observa, es porque esa estrategia conviene a su industria, que puede exportar sus productos con precios altos, mientras necesita importar materias primas al menor costo posible. Son argumentos que aún se repiten por parte de los economistas, pero que tienen la gracia de haber sido expuestos en tiempos de predominio infalible del librecambio. Castillo y Rada cuando esbozaba sus tesis proteccionistas lo hacía con tanta lucidez que sus principios doctrinarios todavía no se han cumplido cabalmente en nuestro país. Él las entendía de manera integral para beneficio de la industria, el comercio, las artes y la agricultura. Núñez va más lejos y engloba también a la comunidad en su conjunto. Fueron ellos, con Soto, los que más se acercaron al ideal de un proteccionismo plurilateral, condicionado y planificado.

Hay una frase de Núñez que es indispensable sopesar en su exacto valor por parte de los economistas profesionales. "En mi concepto, le comenta a un amigo, la Economía Política lleva el pomposo nombre de ciencia sin merecerlo". Se refería él a la doctrina económica liberal de aceptación en el medio como verdad absoluta depositaria del bagaje científico de esa disciplina. Y desde este punto de vista tenía razón. Porque se trataba tan sólo de enunciados valederos para algunas circunstancias, y acordes con las conveniencias de los países industrializados. De ahí que agregara con acierto

aleccionador: "Todo lo demás de la ciencia (económica) se refiere a la contemplación de hechos que se verifican en cada país, teniendo en cuenta antecedentes de causa, tiempo y lugar, que para cada país tienen que ser distintos". Núñez, con autenticidad y compromiso independiente, al igual que los economistas latinoamericanos contemporáneos que se empeñan en formular la teoría de la estrategia de un desarrollo autónomo, esbozaba una definición dialéctica de la Economía. De ahí que pusiese freno al predominio de las leyes naturales, y diera validez a la intervención reguladora. Y es por eso por lo que abandona la costumbre dineraria prevaleciente de la moneda metálica, y descarta el automaticismo regulador y el imaginado flujo y reflujo del oro a través del comercio internacional, e impone su propio dogma para abrirle el camino a la emisión del papel moneda. Hoy resulta curioso que después de tantos esfuerzos a favor de la originalidad, la discusión continúa y, como en el ayer, en la cátedra se repiten sin reserva, o se aplican en la política monetaria, por recomendación de organismos internacionales de crédito, teorías o prácticas enunciadas por los estrategos de las economías dominantes. Es el caso del cuantitativismo que prevalece en sus diversas variantes como intérprete del poder adquisitivo o la cantidad normal de numerario, siempre, aunque de lejos, acorde con el respaldo de oro o de divisas que genera el comercio internacional. Contrario a ese parecer, como ustedes saben, yo he expuesto la tesis que subordina la cantidad de dinero necesaria para la circulación a la suma de los precios, y que elucida su simbolismo y respaldo, como medio de pago y equivalente del cambio, en la representación total o alícuota del tratado de un país o de una región.

Tanto en lo nacional como en lo internacional Núñez otorga al uso del crédito un juicio progresista. En lo interno intenta condicionarlo, con prioridad, al fomento de la producción; al externo le concede utilidad si los intereses no son mayores de tres por ciento y siempre y cuando se usen en fines muy necesarios de la actividad productiva. Rafael Núñez se abandera del progreso

industrial, y goza cuando recibe informes sobre nuevas manufacturas. Facilita la instalación de las industrias, incluso al exonerar de impuestos a las maquinarias importadas. Por su política económica avanzada se le tilda de socialista, aunque en verdad apenas fue un reformador, pero reformador hacia adelante, y con un alto sentido de protección nacional. La fuerza de su pensamiento puede resumirse en su párrafo lapidario: *"Es hora de que nos salvemos entrando valerosamente en el camino de la emancipación económica, sin la cual quedará reducida a estéril retórica la emancipación política"*.

En los mismos años de Núñez, pero con un halo de religiosidad y utopía, Manuel María Madiedo dedica una parte de su vocación literaria al cultivo de la ciencia social. Su voluminoso estudio sobre la Cie*ncia Social*, es un alegato que se adelanta, como caen en cuenta sus reeditores de ahora, en treinta años a León XIII y su Encíclica *Rerum Novarum*, y, por cierto, con "algo más acabado y más profundo sobre la llamada doctrina social-cristiana, fundamentado en una formidable erudición".

Contrario a Núñez, el hombre de acción, el constructor, Madiedo se muestra como filósofo moralista, especie de Platón que propone un orden especial, pero dejando el andamiaje tal como está, para beneficio de los dominantes en decadencia. El uno ve las cosas como son y más convenientes; el otro como desearía que fueran. Casi siempre el estadista, como lo hizo Núñez con el modelo clásico, deja a un lado el rosado supuesto de la hipótesis, para resguardarse en lo concreto y favorable. Madiedo, más místico que realizador, anhelaba una organización social con el sello de la caridad y entendimiento, especie de socialismo católico. Pero en su extenso temario dedica buena parte a los temas económicos. Propiedad, distribución de la riqueza, impuestos, salarios, etc., forman parte de su análisis, y, en algunos

casos, con originalidad un tanto pintoresca. "El *dejad hacer* económico, dice, es tan malo como el *dejad hacer* en cualquier otro orden de ideas". Sin embargo justifica, con raciocinio sofístico, la concentración de la riqueza, al deducir que la instrucción, el saber y la cultura, dependen de ella. Propone una tasa impositiva directa más justa que la simplemente proporcional, y se adelanta a los teóricos del crecimiento puro, al convertir el propósito de la riqueza en demiurgo y objetivo prioritario. "Dadnos diez mil millones de libras esterlinas, escribe como iluminado, y veréis lo que haríamos, *dentro de muy poco tiempo*, del pobre país que se llama Nueva Granada". Y, claro está, bajo el signo de la religión. Porque al finalizar su obra, deja la siguiente constancia: "Nuestra teoría es una emanación del cristianismo; por eso lo llamamos en nuestro auxilio, contra los enemigos que él combate, que son los enemigos contra quienes combatimos nosotros".

Como puede apreciarse, me he limitado a cinco autores que expusieron ideas económicas en dos etapas distintas de la historia nacional. Sus conceptos no fueron idénticos, pero todos ellos tienen algo en común: Peculiaridad, seriedad en los juicios, y creación intelectual. Lo original es por sí mismo revolucionario y valioso. La actitud y la herencia legada por esos hombres es el reto para las generaciones presentes.

No es gratuito, cuando al iniciar estas palabras, he dicho que el aporte de los cartageneros del pasado adquiere, por su contenido defensivo y realista, tal vez lo más afirmativo en el discurrir económico. La toma de conciencia del valor de lo nuestro y la duda de lo extraño, sea cual fuese su vestimenta, involucra sus ventajas. Hay en la historia de estos territorios aledaños a Cartagena un pasaje que relata Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*: "Yo requerí, le hizo saber Anciso al cronista, de parte del rey de Castilla, a dos caciques de estos del Cenú, que fuesen del rey de Castilla, y

que les hacía saber cómo había un solo Dios... y que éste había venido al mundo y había dejado en su lugar a San Pedro... y éste al Santo Padre, quien como Señor del Universo, había hecho merced de toda aquella tierra de las Indias y del Cenú al rey de Castilla, y que por virtud de aquella merced, les requería que dejasen aquella tierra, pues les pertenecía; y que si quisiesen vivir en ella, como se estaban, que le diesen la obediencia...".

A la perorata del intruso, aquellos exponentes de la dignidad, respondieron: "El Papa suyo debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey, que pedía y tomaba la merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y dijeron que ellos eran señores de su tierra y que no habían menester otro señor".

A mi parecer, en ese diálogo está el reflejo de una situación que se inició brutalmente hace quinientos años, y que todavía se pone de presente en otras formas de explotación y dependencia, e invitan, en cada amanecer, al indagar y la denuncia.

OTROS COMENTARIOS SOBRE PERSONAJES DEL PENSAMIENTO SOCIAL COLOMBIANO

Recuerdos de Antonio García

Una tarde de enero de 1946 llegué a Bogotá a seguir mis estudios universitarios. Al día siguiente, en compañía de jóvenes gaitanistas amigos, fui a visitar al jefe. En Barranquilla había estado dirigiendo el semanario *Frente Nacional*, periódico vocero del movimiento insurgente. Gaitán preguntó qué pensaba estudiar y le respondí que derecho. Entonces me dijo: "Los abogados sobran en este país, en cambio son pocos los economistas. Tome esta tarjeta y llévela a Gerardo Molina, rector de la Universidad Nacional".

En la tarjeta me presentaba y expresaba sus sugerencias. El doctor Molina, a su vez, me dio una nota que debía entregar a Antonio García, director del Instituto de Ciencias Económicas.

Yo poco había oído hablar de economía. Mis inquietudes eran literarias, como correspondía a la formación de los bachilleres. Si acaso escuché algunas veces, en las conversaciones de los políticos, menciones sobre Esteban Jaramillo, u otros abogados reputados de financistas. Estaba un poco confundido, y aún más perplejo por la belleza de los jardines y arboledas de la Ciudad Universitaria.

Sin embargo cuando asistí a la primera clase de aquel profesor brillante, que hablaba con entusiasmo, del papel que le correspondía a la Economía

Política en la solución de los problemas de nuestros pueblos, comprendí mejor los consejos de Gaitán. Desde ese momento Antonio García fue maestro, guía y amigo. Nadie como él encarnaba el compromiso con la investigación científica, la pureza del magisterio y la fidelidad a unos idearios políticos. Estudioso de tiempo completo, era muestra elocuente de la capacidad creadora: Más de cuarenta libros escritos, y miles de conferencias dictadas. Metódico, como nadie, sabía aprovechar todos los instantes para justificar la razón de la vida.

Fue tanta la admiración que despertó en mí aquel sacerdote de la inteligencia, que seguí sus pasos en la cátedra y en la investigación. Más aún, con otros discípulos suyos, Jorge Child, Nicasio Perdomo, Alberto Silva, Aniano Iglesias, Luis Felipe Palencia Caratt, Juan Padilla Valdiri, Jaime Díaz Granados, entre otros, ingresé al Partido Socialista que, más que partido, era un motivo de encuentro de sus alumnos para seguir escuchando, en las noches y domingos, la palabra sabia de un auténtico maestro de juventudes.

El trabajo disciplinado de Antonio García le permitió ganarse el respeto de los científicos sociales del Continente. Es él, sin duda, el más destacado exponente del pensamiento económico colombiano en el siglo XX, y uno de los grandes de la ideología social de América Latina.

Hace apenas unos quince días estuve en Bogotá. La mañana de un sábado llegó Antonio García a saludarme al hotel donde me hospedaba. Juntos recorrimos la Séptima y visitamos la Librería Tercer Mundo. En una hora conversamos sobre los libros que publicaríamos este año.

Estaba, como siempre, con desbordante entusiasmo. Hoy sólo puedo decir, con la noticia de su muerte, que la ciencia económica colombiana perdió su primer cultor y yo me he quedado sin el compañero de inquietudes, de sonrisa ancha, y palabra autorizada.

Valencia Zea y el origen de la propiedad

Leer un libro es entrar a participar del mundo de emociones de su autor. Esta experiencia es más intensa cuando se tiene el oficio de escribir. Para que un libro sea digno de leerse debe ser portador de algo nuevo y original: Una tesis, un concepto, un análisis, un estado de ánimo, una creación. Tal opinión es valedera para la literatura científica e imaginaria. Incluso, los libros de historia y compendios divulgadores deben aportar el criterio interpretativo del autor, que amerite el esfuerzo.

En estos días he tenido en mis manos y al lado de mi almohada un libro llamado a jugar un papel importante en las doctrinas sociales. Y lo ha escrito un colombiano. Se trata del *Origen, Desarrollo y Crítica de la propiedad privada*, del jurista Arturo Valencia Zea. Pero no es un texto de derecho. Es una investigación científica que intenta superar los esquemas de los tratadistas europeos en la clasificación y estudio de los sistemas económicos. Para Valencia Zea existió un sistema *económico estatal* entre las etapas conocidas como colectivismo primitivo y esclavitud. Hasta ahora en los manuales de economía y sociología se han venido aceptando las agrupaciones, de teóricos socialistas o capitalistas, que permiten suponer que la propiedad privada siguió a la organización social de la prehistoria. En las 485 apretadas páginas de su estudio, el ya prestigioso publicista de derecho civil, se pasea por la historia de las primeras civilizaciones, para demostrar, con evidencia y convicción, que todas ellas practicaron un régimen donde las formas de producción predominantes emanaban de una organización especial, bajo la responsabilidad de un Estado en manos de gobernantes, sacerdotes y burócratas que cumplían funciones directivas en la distribución de los recursos y en la producción y reparto de la riqueza.

Para el caso nuestro, el doctor Valencia Zea deduce que la "organización

política de los incas era apenas un mero instrumento con el fin de que tuviera plena vigencia y eficacia un sistema económico estatal". En la descomposición de la sociedad primitiva del Medio Oriente los sacerdotes y antiguos jefes jugaron un papel importante. En las culturas mesopotámicas el sacerdote representaba los dioses, a los cuales pertenecía la tierra y demás riquezas. En las ciudades los templos se convirtieron en unidades económicas. El sistema de casas divinas, dice Gordon Childe, garantizó la explotación racional de la tierra, la conservación de los canales y la producción de excedentes para alimentar la nueva densidad poblacional. En Egipto el Estado justificó la posesión y control del subproducto mediante la realización de una infraestructura para beneficio de la colectividad. Hay dos clases sociales: Los campesinos y trabajadores y los gobernantes o *imakhus* "una abundante clase burocrática cuyo oficio era controlar la riqueza estatal y su subproducto social". Más tarde nace la costumbre de distribuir entre funcionarios, soldados y sacerdotes parte de la riqueza estatal, que a la larga se convertirá en propiedad privada. La génesis de la propiedad privada, pues, hay que encontrarla en las etapas últimas del sistema económico estatal. Porque las ciudades-estados aparecieron como representantes de las riquezas comunales de los antiguos grupos humanos.

La publicación del libro de Valencia Zea constituye un auténtico acontecimiento en los predios de la ciencia social latinoamericana. Además de que nuestros profesores y estudiantes encontrarán en él un volumen completo sobre los sistemas económicos con los puntos de vista del autor, defendidos con la valiosa fuente de los descubrimientos de la antropología y la arqueología, vienen a enriquecer el pensamiento social. Desde 1976 cuando por primera vez explicó sus deducciones en la Universidad Simón Bolívar, muchos han sido los ratos en que he escuchado, en Bogotá y Barranquilla, los planteamientos del profesor y maestro Arturo Valencia Zea. Pero ahora al leerlos con esmero, he vivido sus emociones y saboreado el recuerdo de su fructífera amistad.

Los economistas y Mompós

El historiador y buen amigo, doctor Vicente Pérez Silva me ha enviado fotocopia de las actas de la primera Sociedad Económica de Amigos del País que se organizó en Colombia y América Latina. Se trata de un documento digno de aprecio por su valor histórico y por su contenido doctrinario. La Sociedad se fundó en Mompós hace ciento noventa y nueve años, exactamente en septiembre de 1784. El texto original, en hermosa caligrafía de la época, se conserva en la biblioteca del presbítero Jaime Hincapié Santamaría, en Pasca, Cundinamarca.

Las Sociedades Económicas de Amigos del País fueron organizaciones respetables en su tiempo. Se iniciaron en Europa, y aunque en sus primeras etapas albergaban casi sólo a personajes intérpretes y voceros del colonialismo, en los tiempos oportunos de insurrección jugaron papel en las inquietudes libertadoras. Sin embargo, en todo instante estuvieron animadas de los más loables propósitos en favor del fomento de la actividad agrícola, industrial, comercial e, incluso, tecnológica. Tanto era así que el propio Libertador Simón Bolívar recomendó a los habitantes de las grandes ciudades que siguieran el ejemplo de agruparse para dar cumplimiento a los idearios que las caracterizaban.

La organización de Mompós nace grande en todos los aspectos. Recoge en su seno a las figuras más ilustres de la Costa y de Bogotá. A Ignacio de Narváez y la Torre y José Ignacio de Pombo —los dos más destacados economistas de la época colonial y pioneros en Colombia de una política económica defensiva— se les incorpora en condición de socios honorarios o correspondientes. Lo mismo sucede con José Celestino Mutis. Con visión integradora de la tierra costeña, extiende sus ventajas desde Riohacha y Valledupar hasta Cartagena, incluyendo a Barranquilla, Soledad y multitud de poblaciones. Don Andrés Bula la representaba en Soledad y Juan Fester en Barranquilla.

La primera iniciativa de la Sociedad es el cultivo del algodón. Se busca un mejor rendimiento de los sembrados, lo que hoy se denomina productividad, a través de selección de semillas y estudio de suelos. Se crean premios especiales para los campesinos que lograsen mejores cosechas, se entrega la tierra de los latifundistas fundadores, libre de renta, a los que quieran cultivarla, y se promueve la inventiva con recompensas a todos los que pongan en práctica el uso de máquinas para despepitar y prensar el algodón. Además, se garantizan precios de sustentación y la compra de las cosechas. En las sesiones siguientes la Sociedad extiende su mira a toda la América hispana. En la junta del 28 de noviembre se aprueba adelantar gestiones en pro de la publicación periódica de sus acuerdos para "que se hagan públicos y esparzan en este Reino y los demás de América por lo que conducirá al bien del Estado y utilidad común, estimulando los ánimos en estos vastos dominios...".

La obra de Mompós fue imitada años después en Cartagena, La Habana, Bogotá, etc. Y en nuestros días, aunque no con esos propósitos altruistas sino más bien como instrumento partidista y de poder oligárquico, también actúan agrupaciones con ese nombre. El año entrante se cumplirán los doscientos años de esta primera sociedad científica y de fomento. Interesante oportunidad, por cierto, para que la Sociedad Colombiana de Economistas rinda un homenaje a sus gestores. En todo caso yo estaré allí, en Mompós, con mi amigo Vicente Pérez Silva para expresar el testimonio de nuestra admiración por esos momposinos visionarios que supieron abrir surcos.

Padre nuestro, Bolívar

En el homenaje que me rindió la Sociedad Bolivariana del Atlántico, dije las siguientes palabras:

De todas partes del mundo recibo mensajes de mis amigos que hablan de

Simón Bolívar. Nunca antes se había cumplido una profecía de manera tan plena como en el caso de nuestro Libertador. En verdad, al pasar el tiempo no sólo su gloria sino su necesidad aumenta como la sombra al atardecer. Presagio éste por cierto paradójico, que nos obliga a pensar cuánta falta nos hace su luz cuando declina la brillantez del sol. Y es que Martí, ese otro coloso de la historia de la libertad, supo comprenderlo también cuando juzgó que lo que él dejó de hacer está aún por hacerse en la América Latina. Son estos, días de crisis y esperanzas. En las Malvinas el colonialismo inglés persiste en su agonía, al pretender asirse a un pasado de ignominia que es vergüenza de la humanidad. En Centro América la intervención imperialista norteamericana pretende continuar su conducta de dominio y vasallaje. Y la América Latina vuelve los ojos a Bolívar para intentar la unidad que tanto anheló y a la cual le dedicara sus últimos sueños y esfuerzos.

Donde quiera que los pueblos buscan una vida emancipada se venera a Bolívar. Cuando yo fui por primera vez a Curazao me sorprendió el respeto que allí se tiene por el héroe. Y después de indagar pude darme cuenta, que esa próspera isla, aparentemente habitada por la gente más feliz de estos contornos, como todos los pueblos desea gobernarse por sí misma, y encuentran en Bolívar un símbolo en sus aspiraciones íntimas. Lo mismo podría decirse de los vascos, que siempre han luchado por una autonomía capaz de facilitar en mejor forma la expresión de su nacionalidad. Se dice con frecuencia que el afecto vasco hacia Bolívar se relaciona con su origen. Pero cosa igual debió suceder en las regiones de España de donde fueron oriundos los San Martín, Santander, Sucre, y tantos otros. Además de ese detalle romántico debe pensarse que Bolívar, como descendiente vasco, toma en su palabra y obra, la dimensión de una esperanza para un pueblo que busca un camino independiente.

En el pasado se discutía quién era más importante, Bolívar o Napoleón. El

humanismo del presente no deja dudas: Los que entregaron su vida a la causa de la libertad superan a los que utilizaron la fuerza para oprimir otros pueblos. Por eso en nuestros días a Bolívar se le reconoce en el mundo como a una de las figuras más representativas del género humano de todos los tiempos. Tanta es la admiración presente, que hasta los equivocados conceptos sobre su persona del pensador social europeo de más influencia en el mundo socialista, Carlos Marx, han sido abandonados o refutados por sus propios partidarios para dejar constancia de la grandeza y los méritos revolucionarios de Simón Bolívar.

Hay que regresar al encuentro con Bolívar. Los pueblos de América Latina así lo exigen. El caso de Argentina es ejemplar. Durante mucho tiempo sus oligarquías se creían europeas. Pero en el momento de prueba hasta el gobierno socialista de Francia condenó su histórica actitud de intento de rescate de una parte de su territorio. Mientras, por otra parte, los pueblos de América Latina, indios y mestizos, cubanos o mexicanos, estuvieron presentes para dejar al descubierto el maridaje de las grandes potencias dominantes, con los Estados Unidos a la cabeza. Las palabras y juicios de Bolívar en el ayer sobre Inglaterra y Norteamérica volvieron a tomar actualidad para recordarnos la ruta a seguir.

Por esa hermosa realidad bolivariana, señores, gozamos tan hondo la dicha de sentirnos hermanos y de compartir el recuerdo obligante de nuestro padre Libertador.

La dependencia y el pensamiento colombiano

Alrededor del concepto de la dependencia se ha venido adelantando una polémica. La discusión del tema, en términos generales, no carece de importancia. En el campo del análisis e interpretación de los fenómenos que

aquejan a la economía latinoamericana, la discusión es saludable y necesaria. El problema radica en la actitud que pueda asumirse. Por ejemplo, algunos sociólogos e investigadores han creído, de manera equivocada, que el estudio de la dependencia se inicia con ellos a través de la observación y las experiencias que se lograron en la aplicación de estrategias de desarrollo hacia adentro, tomando como base la sustitución de importaciones, con el objeto de contrarrestar los efectos de la modalidad del desarrollo hacia fuera que se implantó en la etapa del capitalismo industrial.

La dependencia es un hecho histórico que acompaña al desarrollo de nuestros países desde el momento mismo que hacen su presencia en estas tierras los conquistadores. Y desde entonces también ha venido denunciándose. Apenas se iniciaba la etapa colonial, y ya el padre De las Casas enjuiciaba la expoliación y los tratamientos desiguales, que siglos después serían apreciados como hechos determinantes de atraso y dependencia. En los informes oficiales de los gobernantes de entonces, las menciones abundan. Para el caso colombiano, por ejemplo, Manuel de Guirior, en 1776, o sea antes que Hamilton y List, sostiene la tesis de que conviene a cada reino y provincia proveerse de todo lo que consume; y Antonio de Narváez e Ignacio de Pombo, ofrecen un legado fecundo de idearios en favor de la sustitución de importaciones, y llegan a condenar, utilizando las mismas palabras que después se apropiaría la Cepal, el deterioro de los precios en las relaciones de intercambio que se daba entre el comercio de España y nuestra región costeña. Por su parte, el Libertador Simón Bolívar describe en la Carta de Jamaica toda la complejidad de la dependencia de esos días puesta de manifiesto en la explotación de la riqueza y mano de obra, la producción de metales y materias primas, el consumo de manufacturas foráneas, etc.

El estudio de la dependencia está inmerso en todos los documentos económicos de América Latina, y en cada nueva etapa presenta características

particulares que exigen nuevas interpretaciones. Sería un error, como lo anota Alonso Aguilar, pretender descubrir el agua tibia, o circunscribir el origen de la dependencia a un momento histórico. Ni puede afirmarse que los problemas actuales se generan de manera exclusiva en la desbastación de la Conquista o en la explotación y dominio de la Colonia, ni a la subordinación actual se le puede otorgar la paternidad exclusiva del imperialismo.

Nadie puede ignorar lo que ha sucedido de la década del cuarenta hacia acá. El estudio ordenado y particular del subdesarrollo y la dependencia ha enriquecido la doctrina económica del tercer mundo. Pero en esta labor han estado comprometidos los economistas, políticos, sociólogos y hasta escritores de literatura de imaginación.

El estudio de la dependencia exige la superación de posiciones egoístas y dogmáticas. Ni puede ignorarse el rico legado de los que en toda nuestra historia han descrito la dependencia, ni debe negarse el valor de los aportes de los investigadores modernos. La dependencia ha existido y existe. Ahí está, desafiante y misteriosa, exigiendo su comprensión. Y no sabemos qué depare el futuro en las relaciones de las economías capitalistas e, incluso, en las socialistas, con diferentes grados de desarrollo. Mientras tanto, como concepto mínimo, hay necesidad de entender que la dependencia encuentra su razón de ser en estructuras e instituciones, como fruto de un proceso histórico en la dinámica del sistema capitalista. Es algo complejo, especie de malla que entreteje lo económico, comercial, financiero, político, tecnológico, cultural, ideológico, etc.

Políticos y teoría económica

De los muchos conceptos emitidos en la televisión por los candidatos presidenciales, quiero referirme a los expuestos por los doctores Gerardo Molina y Alfonso López Michelsen, en el campo de la economía.

Tal vez por el hecho de la improvisación y la cortedad del tiempo, los expositores no pudieron explicar con la necesaria exactitud los fundamentos de sus tesis. Por ejemplo, el maestro Molina, vocero de las ideas socialistas, al referirse al fenómeno de la devaluación, hizo saber que ella atenta contra los intereses del pueblo, por cuanto la subida del tipo de cambio de las monedas extranjeras se refleja en el precio de las mercancías importadas, y, por ende, en el costo de la vida.

Esos argumentos expuestos de esa manera tan simple, son, precisamente, los que esbozaron en el pasado los estrategas del librecambio europeo, y los que, una vez acogidos por los países llamados subdesarrollados, sirvieron para convertirlos en consumidores de manufacturas extranjeras y exportadores de materias primas. Contrario a lo anterior, los teóricos del proteccionismo, hacen de la devaluación, al lado de los aranceles y otras normas, una herramienta defensiva en la búsqueda del desarrollo de la industria nacional, del aumento de las exportaciones, etc. Nadie discute que sin devaluación y controles las mercancías foráneas entran y se venden en un país a precios menores. Pero esto significa, en estructuras económicas incipientes, aplastar la industria y la mano de obra nacional, limitar los ingresos, y atenerse a precarias especializaciones naturales. Y si el pueblo no tiene trabajo, ¿con qué dinero puede comprar las baratas mercancías extranjeras?

De seguro que el ilustre catedrático y pensador quiso decir más bien que la intervención del Estado, cuando se usa para devaluar con propósitos proteccionistas, debe extenderse al control de los precios de las mercancías de las actividades productivas favorecidas, con el objeto de impedir su incidencia en el poder de compra de los consumidores. Por lo demás, y bueno es aclarar esas confusiones, un país no es más poderoso económicamente que otro por el tipo de cambio de su moneda. Ni lo es Colombia más que el Japón, que tiene que entregar doscientos cincuenta yenes por dólar, ni Gua-

temala que Colombia, porque el quetzal mantenga una proporción de cambio menor que el peso.

Por su parte el doctor López Michelsen ha dado a entender que con la devaluación se podrá limitar la práctica del contrabando, y esto tampoco puede darse de manera automática si se descartan los controles a los precios de las mercancías nacionales, y de las extranjeras introducidas legalmente. Porque con la devaluación incondicional viene el abuso de productores e importadores que subirán precios para alimentar su nunca insaciable capacidad de lucro. Y si los precios internos aumentan a niveles superiores de los externos, el contrabando seguirá encontrando la oportunidad de existir. Máxime si a las medidas monetarias se le acompañan con una decisión moralizadora de los cuerpos policivos y de los funcionarios públicos.

Lo cierto es que en cuestiones de ciencia social la teoría no puede circunscribirse a enunciados particulares, sino que exige el rigor de estrategias integradas que aseguren el logro de objetivos.

La Política Económica y los discursos del Presidente Betancur

El siete de agosto, en la tarde de la posesión del señor Presidente, yo estaba en el Salón Elíptico del Capitolio Nacional. Antes de iniciarse el acto, el ambiente era más bien de perplejidad: Los parlamentarios no se sentían a gusto por el sitio que se les había asignado, en la parte posterior, mucho después de asientos separados a familiares de personajes que entrarían a formar parte del nuevo plantel burocrático.

Sin embargo las cosas comenzaron a cambiar a medida que el señor Presidente avanzaba en su emocionado discurso, una especie de poema de la

literatura política republicana. Y las reservas y expectativas terminaron cuando trató el tema de la política internacional, cuestionó la decisión equivocada y absurda del Gobierno anterior en el caso de las Malvinas, e hizo mención de la posibilidad del ingreso de Colombia al grupo de los no alineados. Hubo entonces una ovación general con rostros complacidos.

Ese día el señor Presidente habló de la Patria, de sus símbolos, de su paisaje, sus poetas y su historia. Estaba en lo suyo. Su vocación literaria, su estilo, su buen manejo de la prosa, y su agradable dicción de antioqueño culto, encajaban en una tarde soleada, con vientos frescos y alborozo de sus copartidarios que lo esperaban en la Plaza de Bolívar.

Ahora tengo en mis manos la edición del 2 de septiembre de *El Heraldo*, que recoge la alocución del señor Presidente, anuncio de su programa de gobierno, en el campo económico. La leo con sumo cuidado, pero me perturba. Aparentemente todo es simplista, diáfano y hasta bien dicho. Pero, como le sucedió a mi paisano, poco entiendo. Recuerdo que alguna vez, cuando todavía estudiaba en la Universidad, visité Isabel López, en una campaña política. Mi discurso lo preparé con cuidado, casi de memoria, con terminachos y giros aprendidos de Antonio García, Guillermo Hernández Rodríguez y Alfredo Vásquez Carrizosa, mis profesores. Uno de los contertulios aplaudía con entusiasmo, y cuando bajé de la tribuna, me dijo: ¡No comprendí nada, pero habló bonito!

En esta misma columna he dicho repetidas veces que la estrategia de la política económica responde a la teoría o concepto que se tenga sobre la causa de los hechos. El médico sólo puede recetar con fundamento en un diagnóstico. Y teníamos entendido que el señor Presidente no compartía las tesis cuantitativas recomendadas por la llamada Escuela de Chicago, y puestas en práctica, con los resultados desastrosos que se conocen, en Chile,

Argentina, Colombia, etc. Y no es así. Por el contrario, además de ese legado, su exposición recoge todo un galimatías de supuestos que se contradicen, fruto de las especulaciones teóricas de otros tiempos. La verdad es que la economía, como ciencia social, es muy difícil. Cada fenómeno puede ser explicado de variadas maneras, siempre de acuerdo con los intereses e ideología de su expositor. Por eso nunca debe hablarse ex cátedra.

Como pensaban hace siglos los mercantilistas, en Colombia, según el señor Presidente, hay inflación porque los medios de pago superan a los necesarios para la circulación monetaria. Lo que quiere decir que bastará con controlar correctamente las emisiones primarias y secundarias, para corregir el entuerto. Ortodoxia, acaba de exclamar Prebisch en España, ¡cuántas aberraciones se cometen en tu nombre! En este problema de la inflación, pues, nada tienen que ver las estructuras, la rigidez de la oferta, las formas de tenencia de la propiedad, el dominio de los precios por los monopolios, la dependencia exterior, etc. Todo el esfuerzo de la CEPAL, para sólo citar un organismo neocapitalista y de la ONU, con su análisis concreto de la realidad latinoamericana y su rechazo al resucitado monetarismo, nada tiene de validez. Se vuelven a repetir los postulados de la teoría cuantitativa, puestos en boga por las agencias internacionales de crédito. Naturalmente que no podría ser de otra manera, cuando, por ejemplo, se encarga del Ministerio de Agricultura al Presidente de la Sociedad de Latifundistas. Porque ir más allá del análisis cuantitativo, significa entrar en los predios de la fenomenología estructural, descubrir que producción y precios son manejados por un mismo agente, que la actividad productiva depende del trabajo, y que sólo puede cultivarse la tierra si está en manos de los campesinos. Y todo esto obligaría a pensar en reformas agrarias, que, por cierto, no se mencionan ni como referencia, en la intervención del señor Presidente.

En su intervención televisada, que es motivo de estos comentarios, el señor

Presidente intentó explicar el origen de las crisis. Tarea, hay que reconocerlo, bastante temeraria y arriesgada. Porque el fenómeno de las crisis económicas es uno de los temas que han dado más oportunidad para la especulación hipotética. Hasta el punto de que podría afirmarse que hay tantas interpretaciones como economistas. Sin embargo, casi todos los analistas parecen estar de acuerdo en aceptar que la crisis —que, según Haberler, es el punto de flexión de la curva ascendente, es decir, el paso de la prosperidad a la depresión— siempre está precedida, en el proceso del ciclo económico, por la fase de expansión, donde ha predominado el ritmo ascendente de los precios, a consecuencia de la abundancia de dinero y del ensanche de la demanda. El problema, en las economías subdesarrolladas, radica en el hecho de que en los últimos tiempos se ha venido dando inflación dentro de una situación de estancamiento. Las cosas, pues, son todo lo contrario de lo que piensa el señor Presidente. O sea, que hay crisis a pesar de la inflación.

El señor Presidente, en uno de sus párrafos, afirma que "hay crisis porque el mucho dinero hizo subir los precios... y esto trajo como consecuencia las altísimas tasas de interés, porque los productores van a los bancos y no lo encuentran, entonces pagan a quien lo tenga". Y más adelante agrega: "...hay crisis porque hay parálisis productiva, desequilibrio monetario, déficit fiscal, precios altos y desempleo creciente". Es todo esto un enredo difícil de entender para un profesor de economía.

Primero, había que recordarle al señor Presidente, que la interpretación monetarista de la crisis es apenas una en un sinnúmero de exégesis que se desprenden de ópticas exógenas, endógenas, intrínsecas, extrínsecas, nacionales e internacionales, bajo conceptos disímiles, como la sobreproducción, la contradicción del sistema, el subconsumo, la sobreinversión, la sicología del empresario, los factores morales, etc. Incluso el propio enfoque monetarista ofrece una variedad de exámenes: Hawtrey, por ejemplo, observa

a la crisis como un simple resultado de aumentos y disminuciones desproporcionados en la circulación monetaria; Wicksell, por su parte, se aferra a valorar la influencia de los circuitos ahorrativos, mientras otros, como anota Robertson, atribuyen más importancia a la creación de dinero nuevo, o a la actividad de dineros ociosos. En cuanto al interés, también más son los economistas que piensan que es, precisamente, su precio más bajo, y no el alto, el que provoca la crisis, por aquello de que una tasa ascendente estimula el ahorro, vale decir, a la oferta de dinero. El propio Keynes, en su hibridismo interpretativo de la inversión, apenas concede una importancia secundaria al interés, puesto que señala a la eficacia marginal del capital como el elemento activo en el auge. Y Hansen, de manera más radical, ha dicho: "Es verdad que la crisis puede eludirse por algún tiempo usando debidamente artificios crediticios, pero el derrumbe final no por ello deja de ser inevitable".

Todas esas apreciaciones, que se han formulado de manera exclusiva para economías capitalistas desarrolladas y dominantes, llegan a la conclusión de que la crisis es una perturbación propia del capitalismo, generada en su dinámica y contradicciones. Para el caso de las economías latinoamericanas los aportes, aunque variados, han estado ajenos a la simplicidad monetarista, para encontrar fundamento en la realidad estructural dependiente: A las características comunes de formas de tenencia del capital y la tierra, se suman, para radicalizar el período crítico, la vulnerabilidad del comercio exterior, la apropiación del excedente por las empresas extranjeras, la desigual distribución del ingreso, y, sobre todo, el absoluto dominio de la oferta por parte de monopolios, más interesados en vender caro que en vender mucho a precios inferiores.

En Colombia no puede hablarse de falta de créditos para los grandes monopolios industriales, cuando todos son partícipes de la orgía del dinero

caro. Apenas hace unos días Bavaria acaba de adquirir al poderoso Banco Comercial Antioqueño, y Coltejer, para sólo citar dos grandes empresas monopolistas, tiene su propia corporación financiera. Al interés siempre habrá que entenderlo como parte del beneficio. Y los problemas de la crisis de producción y consumo de un país como el nuestro, exige un compromiso de denuncia de sus determinantes, más allá de las trasnochadas puerilidades de la teoría monetarista del pasado, hoy en manos de la llamada Escuela de Chicago, que recoge el espíritu y las conveniencias del proceso de transnacionalización que vive el mundo capitalista, para provecho de las potencias dominantes.

Después de la posesión del señor Presidente los parlamentarios liberales y socialistas tuvieron que permanecer, casi obligados, en los corredores del Capitolio Nacional, porque la salida se encontraba bloqueada por los miles de conservadores que en ese momento le escuchan la lectura de su discurso en la Plaza de Bolívar. En sus dos intervenciones el señor Presidente trató el tema de la paz y las relaciones internacionales con tanta emoción, que sus palabras, no puede negarse, contagiaron optimismo y esperanza. Recuerdo que unos minutos más tarde, cuando aún sonaban los ritmos de porro de las bandas que acompañaron a las delegaciones de muchos municipios, salí en compañía de Gilberto Vieira y Simón Bossa López. Los tres, sin decirlo, estábamos complacidos por esa nueva modalidad de fiesta democrática y algarabía, distinta a la rigidez protocolaria y la lobería bogotana, tan dada al sacoleva y al hablar susurrante.

A Vieira y a Bossa López les pedí sus conceptos. Yo antes hablé, comentando que el señor Presidente había abierto una brecha significativa en favor de la dignidad del país. La enunciación de una nueva conducta política internacional, era, por sí sola, merecedora de respeto. Fue tan desacertada la posición

asumida por el gobierno anterior en el caso de las Malvinas, que las palabras del nuevo Presidente parecían rescatar la dignidad y el espíritu latinoamericanista del pasado. Y, más aún, ahora cuando, además, se notificaba a los legisladores del posible ingreso al grupo de los países no alineados. Vieira y Bossa López compartieron esas opiniones, y expresaron deseos de que todo aquello tuviese salidas concretas.

La lucha por la paz es la actividad más importante del hombre. La paz debe ser evangelio de la humanidad. Porque la paz, se supone, es inseparable de la justicia social, la democracia y la libertad. Si la paz no existe la opresión está presente. Las guerras son la historia de la conquista, el dominio de unos países por otros, y la búsqueda del sometimiento. En todos estos actos el hecho económico aparece al fondo. En los conflictos internos, la violencia de unas clases sociales sobre otras, con sus privilegios, dominio de los recursos, explotación del trabajo, etc., son emboscadas permanentes contra la paz. No importa que se imploren unas normas jurídicas, cuando el pueblo se conmueve e insurge, porque todo ese derecho y pretendido orden, responde a un andamiaje institucional impuesto.

El sólo deseo de trabajar al servicio de la paz es por sí mismo, un propósito loable del señor Presidente. Pero la paz no puede reducirse a la simpleza de negociar la entrega de unas armas, ni al regreso a la vida corriente de unos insurrectos. Ella involucra el compromiso de la búsqueda de soluciones a los fenómenos que condujeron al conflicto. En Colombia significaría el camino hacia un ánimo de reformas que invaliden el hambre, el analfabetismo, la insalubridad, la falta de vivienda, en fin, a todos esos malestares colectivos que encuentran su causa en las características de la propiedad sobre la tierra y el capital, hoy en manos de terratenientes y monopolistas, sólo interesados en acrecentar riqueza y poder. La profunda desigualdad económica de los grupos sociales facilita el camino a la miseria de las masas, al desempleo, a la deformación democrática, a la inflación, a la inseguridad, al delito, en otras palabras, a la ausencia de la paz.

En cuanto al rescate de una independencia en el manejo de la política internacional, es programa que exige el respaldo del pueblo. Y es en el pueblo donde el señor Presidente debe buscar ese respaldo que no pueden ofrecerle desgastados dirigentes que acuden hasta la osadía de intentar desvirtuar el sagrado pensamiento del Libertador, para defender sus tesis reaccionarias y humillantes de un panamericanismo unilateral, siempre aprovechado por una nación incorregiblemente imperialista.

Bolívar y la ciencia social

Para despedir a los graduandos de la Universidad Simón Bolívar, el 24 de julio dije las siguientes palabras:

Afortunados ustedes, señores graduandos, que reciben sus títulos de abogados, economistas, educadores, sociólogos o trabajadores sociales, hoy día del segundo centenario del nacimiento del Libertador. Fecha envidiable para todo el que quisiese recordar, de manera más espléndida un suceso memorable de su vida. Por eso, para bien de ustedes, esta promoción llevará el nombre de Simón Bolívar, como un testimonio de gratitud con el gran padre de la Patria latinoamericana.

Y nada más oportuno, por cierto. Porque Bolívar fue brillante exponente de un pensamiento jurídico, económico y social auténtico. Hacedor de leyes y constituciones, sus aportes en el campo del derecho son estudiados ahora como modelos de originalidad. Precisamente, la semana que pasó, voceros del derecho administrativo estuvieron reunidos en Cartagena rindiendo homenaje al creador del Consejo de Estado. Pero lo mismo han podido hacer los constitucionalistas, laboralistas o civilistas. Porque Bolívar fue el legislador fecundo y el conocedor a fondo de la teoría jurídica. *Las leyes*, solía decir, *"deben ser relativas a lo físico del país... al género de vida de los pueblos... a sus riquezas, a sus costumbres... ¡he aquí el código que*

debe consultarse, y no el de Washington"! Palabras lapidarias, sin lugar a dudas, que podrían servir de epígrafe a todo ideario de afirmación genuina. En el campo de la economía, Bolívar es precursor de una estrategia defensiva que cada vez más se enuncia como imperativo en el camino del desarrollo independiente de nuestros pueblos. La integración, que está por hacerse, tendrá que realizarse bajo los supuestos bolivarianos para poder asegurar sus conveniencias. La integración bolivariana persigue la seguridad del desarrollo autónomo. Es realista, y sus postulados conservan la vigencia de su tiempo. Pero, además, Bolívar sentó tesis en sus concepciones sobre el comercio internacional, la planeación del desarrollo integral y la industria. Para él los pactos bilaterales, entre poderosos y débiles, a la larga sólo beneficiaban a los primeros. De ahí la trascendencia de una conducta integracionista que como medio eficaz, englobase también convenios comerciales comunes.

En el campo del crecimiento, con sabiduría Bolívar opinaba que "la agricultura, el comercio y la industria son el origen de la abundancia nacional, y el verdadero y más inagotable manantial de las riquezas". Y su razonar lo acompaña con la acción. Por eso el 21 de mayo de 1820, desde la Villa del Rosario, expide un decreto para "promover la agricultura en todos sus ramos y procurar el aumento y mejora de la ganadería... fomentar la industria... facilitar el transporte..." y difundir la cultura y las ciencias entre el pueblo. En los muros de esta universidad pueden leerse los criterios de Simón Bolívar sobre la educación. En todas sus doctrinas está presente su preocupación por la instrucción de las masas y la enseñanza científica. En diciembre de 1825 dejó consagrado que "el primer deber del Gobierno es dar educación al pueblo". Por eso, de manera inmediata, ordenó que "sin pérdida de tiempo, se proceda a establecer escuelas primarias para recibir a todos los niños de ambos sexos, que estén en estado de instruirse". Y sus propuestas sobre "poder moral" se yerguen como retos a las mejores prácticas morales que

tanta falta hacen. Bolívar fue el creyente apasionado del papel de la universidad.

Las organizó en las ciudades, reformó sus programas de estudio y superó, como en el caso de la Universidad Nacional de Caracas, estatutos discriminatorios.

Al ser la Sociología y el Trabajo Social ciencias que versan sobre las leyes del funcionamiento de la sociedad y del comportamiento de los hombres, sus principios más altruistas están involucrados en las inquietudes intelectuales de Bolívar. Por la validez de su pensamiento y de su obra, y por el significado de su portentosa existencia al servicio exclusivo de la libertad y los derechos humanos, los envidiamos a ustedes, señores graduandos, que reciben sus títulos en esta fecha bolivariana de tanto significado para los hijos de América Latina.

Bibliografía Bolivariana

Para inaugurar la Exposición Bibliográfica Bolivariana de la Universidad Simón Bolívar, dije las siguientes palabras:

En el programa de homenajes al Libertador hoy se inaugura la Exposición Bibliográfica Bolivariana y se presentan los libros *Changó, el gran putas*, de Manuel Zapata Olivella, y *Bolívar habla de sí mismo*, de Vicente Pérez Silva.

Puede uno imaginarse cuántos estudios se han escrito para analizar la vida de Bolívar, si se tiene en cuenta que en pocos días, después de iniciar la tarea de recoger algunos libros entre amigos más cercanos, y tres bibliotecas, los estantes del Salón Rojo resultaron insuficientes. Ya la Universidad cuenta con quinientos volúmenes sobre su obra y pensamiento. Bolívar es un tema

que apasiona, y su personalidad, como su razonar, ofrecen, en cada amanecer de esperanzas, motivos nuevos de divulgación interpretativa.

Este mes ha sido de fiesta latinoamericana. Pero una fiesta de entusiasmo desbordante y revelador. Todo parece indicar que la fuerza vital del mensaje de Bolívar emula en importancia a la realidad de su epopeya. ¿Por qué es Bolívar tan necesario doscientos años después de su muerte? La América Latina vuelve los ojos hacia el camino de su unidad. Hay un despertar, y en sus propósitos de defensa los idearios integracionistas de Bolívar están incólumes y promisorios.

La grandiosidad de la proyección histórica de Bolívar hace par con su gesta libertadora. Ningún otro ser humano puede ofrecer, con tanto esplendor, la virtud de una doble misión libertadora: La que cumplió en vida y la que cumple después de su muerte. Ante el peligro de nuevas intervenciones en sus territorios por parte de potencias dominantes, y ante la voluntad de sus pueblos de defender su autonomía, América Latina vuelve a pensar en Bolívar, para intentar, como pronosticara Martí, lo que él no alcanzó a hacer.

El conocimiento del legado bolivariano es imperativo. En esta Universidad la cátedra bolivariana es prioritaria. Y la juventud responde plena de certidumbre. Los libros aquí exhibidos también están en la Biblioteca José Martí. Y en verdad que hay aquí joyas e incunables. Muchos son fotocopias de originales de las bibliotecas Nacional y Luis Ángel Arango. Y resulta oportuno observar que el aporte costeño es significativo. Bastaría traer al caso el suplemento de más de cuatrocientas páginas, editado por el periódico *La Nación*, de Pedro Pastor Consuegra, hace cincuenta años, para conmemorar el sesquicentenario del natalicio.

Que esta noche, hermanos en Bolívar, el original estudio de nuestro profesor

visitante, historiador Vicente Pérez Silva, se sume, con todo el derecho de su autorizada pluma, a la fecunda bibliografía sobre la obra inmortal del Libertador. Y que hagamos fiesta también con la entrega del esperado *Changó*, obra cimera de Zapata Olivella. Martí pedía, con afirmación vernácula, que cada libro nuestro fuese recibido con campanas en rebato. Momento propicio este, pues, para extender las manos, y acoger, con el regocijo de la amistad de siempre, este nuevo libro de Manuel Zapata Olivella, con todo acierto considerado por uno de sus críticos, como la epopeya de los negros y la gran novela de las Américas.

EL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO

Pensamiento Económico mexicano

En los cinco tomos de su *Historia y Pensamiento Económico de México*, el profesor Diego López Rosado dedica buena parte de su trabajo al estudio de la organización económica y social precolombina. En el campo agrícola y comercial, por ejemplo, existía una estrategia entre los aborígenes. Por un lado se daba una producción intensiva en las chinampas, con sembrados de hortalizas, maíz, chiles y fríjoles. Por el otro, la organización en el intercambio, con precios y calidades controlados, señalaban un esplendor que asombró a los europeos. Cortés describe en sus apuntes la disposición racional de los mercados de las grandes ciudades, con extensas galerías apropiadas para atender a decenas de miles de personas que diariamente comerciaban los alimentos y utensilios. Estas modalidades propias respondían a orientaciones previstas. En la hacienda pública los aztecas dieron muestra de madurez: Contaban con sistemas impositivos adecuados para su organización social que les permitía obtener tributos en especie de acuerdo a los recursos naturales de cada región.

En la etapa colonial, como sucede en toda la América Latina, las recomendaciones e ideas aparecen en los documentos oficiales. Y aunque siempre se ha creído que la economía de la Nueva España giraba alrededor de la minería, lo cierto es que el uso y propiedad de la tierra es el tema predominante,

hasta el punto de que parece una constante que habrá de extenderse hasta nuestros días. Humboldt, en su acuciosa descripción tiene el cuidado de hacerlo saber así, y Revillagigedo y Abad Queipo, entre muchos, denuncian en el apogeo del siglo XVIII, la concentración de la propiedad territorial, entonces en manos de la Iglesia y el mayorazgo, como "obstáculos para los progresos de la agricultura y el comercio".

De la Independencia para acá el pensamiento social mexicano ha sido fecundo: En su libro *El Pensamiento Económico de México*, Jesús Silva Herzog examina el aporte de treinta y ocho autores, y en las setecientas cuarenta y ocho páginas de su minuciosa historia del *Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810-1964*, son ya cincuenta y cuatro los personajes estudiados, y eso que apenas se ocupa de los fallecidos hasta ese momento.

La razón de su lucha la explicaban los dos grandes libertadores, Hidalgo y Morelos, en términos económicos y políticos. En 1810 Hidalgo decretó la libertad de los esclavos y la distribución de la tierra. Sus proclamas dejaban al descubierto la presencia de los extranjeros en América Latina. "Ellos, decía, no han venido sino para despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados baxo sus pies". Por su parte Morelos se yergue con un pensamiento radical. En su famoso bando expedido en noviembre de 1810, ordena: "Nadie pagará tributo y no habrá esclavos en lo sucesivo". Y siguiendo la tradición de sus antepasados, y no las de Roma o Bizancio, como piensa el maestro Silva Herzog, fija los precios de los artículos de primera necesidad para evitar los efectos de la inflación de guerra. Años después, el benemérito Benito Juárez, tercero de la gran trilogía de los libertadores, al lado de sus reformas políticas, tiene tiempo para ocuparse del razonar económico. Juárez es poblacionista, porque considera que "la falta de población produce la falta de consumo". Y en el

campo del desarrollo valora el papel de la industria, la educación y la tierra. Además prevé el lugar que le corresponde a una adecuada infraestructura que pudiese facilitar la movilidad interna de las mercancías, libres de las alcabalas coloniales. También, en ese siglo de luchas y contradicciones, hombres como Francisco Severo Maldonado, Tadeo Ortiz, Lorenzo de Zavala y Mariano Otero, expusieron tesis originales en el campo de la economía.

De la época dorada de la Revolución merecen destacarse, al lado de lo decretado por Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas, las ideas de Ricardo Flórez Magón y Narciso Bassols, hasta llegar, en nuestros días, a esa pléyade de cientistas sociales que encabezan Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Pablo González Casanova, Arturo Bonilla, Edmundo Flórez, Leopoldo Solís, Óscar Soberón, José Luis Ceceña, Víctor Urquidi, Francisco Zamora, Rodolfo Stavenhagen, Ramón Martínez Escamilla, Arturo Guillén y tantos otros.

La cultura del maíz

Siempre se suele hablar de tres grandes culturas en el mundo de acuerdo a un alimento base: La del trigo, la del arroz y la del maíz.

La cultura del trigo tiene su cuna en el Mediterráneo, y se extiende a Europa. Decenas de investigaciones se han hecho para indagar el origen del trigo. Muchos países reclaman con orgullo su paternidad, y en todas partes se le rinde tributo divino. Los chinos, que lo cultivaban hace cinco mil años, lo tenían como un don del cielo. En la Biblia siempre está presente en distintos pasajes, y hasta llega a confundirse con el cuerpo de Dios. En nuestros días esos pueblos lo veneran y le cantan. En una visita que hice en años pasados a varias ciudades de la Unión Soviética pude darme cuenta de que, en las obras teatrales y en las canciones, casi todos los temas estaban dedicados a

exaltar la defensa de la Patria y las bondades del pan. En esas expresiones, aparentemente de gratitud y valoración hacia el milagro de un grano que facilita la existencia, se involucra también un contenido de identificación, unidad y carácter.

Al oriente se le señala como cultura del arroz. Y esos pueblos se muestran orgullosos siervos de su oryza. El arroz está en todas partes y, como el té, parece más bien un hábito. En 1961 viví tres meses en el Japón. Fueron días muy intensos de estudio del despertar de la posguerra. Con mis profesores y guías recorrí el país, y visité sus fábricas, museos y campos. Y en todas partes, en los trenes, parques y estadios, el arroz se vendía como golosina. Alguna vez, fatigado por el calor del verano, me acerqué, en las calles de Kyoto, la ciudad sagrada, a un carrito semejante a los que distribuyen los helados en Barranquilla, pero sólo tenía paquetes de arroz, en forma de paletas, que los niños consumían mientras jugaban.

El maíz, con la yuca y la papa, alimentaba a toda la población autóctona de la América. Los indios, como ninguna otra raza, valoraban la importancia de su grano. En sus hermosas leyendas, dice Diego López, le conceden la gracia de ser la materia prima en la creación del hombre. Los huastecos lo llamaban To-Nacayo, que quiere decir nuestra carne. Y Linneo lo registra así teniendo en cuenta que en las islas del Caribe su nombre es *mahis*, que significa causa de la vida. Cinco mil quinientos años antes de llegar los conquistadores a imponer otras costumbres, el maíz se cultivaba en estas tierras. Aquí había nacido de manera espontánea en su ambiente natural y propicio.

Pero el dominio colonial del pasado obligó al consumo del trigo traído de Europa. En las tierras de América Latina, sólo en la Argentina y parte del sur, existen suelos apropiados para la siembra del trigo. En el resto de

naciones se gastan las divisas en la compra de un cereal que desplaza al maíz. En Barranquilla por ejemplo, de tarde en tarde aparecen nuevas panaderías mientras las mazorcas que se ofrecen en las puertas de los cines, por sus precios y escaseces, parecen rarezas exóticas. Las arepas y bollos son desplazados por los panes de trigo. Aún en Antioquia la tradición perdura, pero el apego a la defensa por lo nuestro se resiente ante el empuje de la dependencia. Y hasta en los pueblos del Atlántico empieza a venderse pan de trigo en las tenduchas. El campesino ya casi no puede consumir su maíz porque carece de tierra para sembrarlo. La semana pasada fui a Cartagena y no pude ver en la carretera los antiguos sembrados de maíz. Ahora esas tierras pertenecen a propietarios de la ciudad que las tienen a la espera de valorización o en ganaderías extensivas. Y mientras más nos alejamos de lo nuestro, la idiosincrasia se deteriora y le facilita el dominio a lo ajeno.

Alonso Aguilar y los orígenes del subdesarrollo latinoamericano

Con el título de *Orígenes del Subdesarrollo* la editorial Plaza y Janés ha recogido en un libro los aportes más sobresalientes de la obra del científico social mexicano, profesor y doctor Alonso Aguilar Monteverde. Se trata del volumen sexto de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina.

Entre los economistas y sociólogos latinoamericanos que se han dedicado a indagar las causas del subdesarrollo, el maestro Aguilar ocupa un sitial destacado. En el terreno de la refutación y crítica a las interpretaciones que sobre el tema ofrecen los investigadores de los países dominantes, tal vez sus libros recogen las observaciones más correctas y aclaradoras. Con minuciosidad y raciocinio vital, el veterano catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México conduce los argumentos subjetivistas a su óptica

estructural e histórica, para poner al descubierto sus intenciones y falacias.

Pero Aguilar no se limita al juicio y a la censura. En toda su obra, al lado de la reprobación aparece la tesis, o la sugerencia teórica. En este campo el autor participa de la escuela del grupo de ideólogos que encuentran en el proceso histórico que arranca en la Colonia y se extiende hasta nuestros días, las reales causas del atraso y el sometimiento. El subdesarrollo y la dependencia, para Aguilar, son caras contrapuestas de un mismo transcurso que han facilitado unas estructuras sociales que en el presente actúan como mamparas que impiden el cambio.

El libro comentado, en sus 269 páginas involucra el contenido medular del aporte, que en sus cuarenta años de infatigable estudioso, Aguilar ha entregado a la ciencia económica latinoamericana. Los primeros capítulos muestran, lo que podríamos llamar, el compromiso: La posición afirmativa en el deber que intenta explicar lo que acontece en nuestros países. Y aunque es ésta, por demás, tarea difícil, lo importante ha de ser la responsabilidad. Como se sabe, el pensamiento social del hombre ha sido siempre reflejo de la estructura económica imperante, ya para servir de soporte a las instituciones, o para el juicio crítico de lo prevaleciente. La base estructural determina el mensaje del análisis. Ese discurrir ha servido, en el paso de la historia, para defender y justificar lo establecido, o para enjuiciar contradicciones e injusticias. Aguilar, en este caso, toma partido, y se enrola en el servicio a la causa de la independencia económica, la liberación y la justicia social.

Los capítulos finales ofrecen una continuidad: Son versiones ampliadas de los primeros enunciados. A medida que se avanza en la lectura del pensamiento de Aguilar, puede gozarse de su vigor y erudita penetración. En su tarea parece no ofrecer tregua: Refuta y despeja caminos.

Alonso Aguilar forma parte de una generación de investigadores que tienen

su trinchera en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Unam. Allí están mexicanos, argentinos, uruguayos, guatemaltecos, en fin, gente de toda nuestra América Latina. Ellos como tantos otros que en las universidades y diversos sitios trabajan en nuestros países en busca de soluciones teóricas a la complejidad de problemas que maltratan a sus pueblos, han hecho posible que se expresen conceptos, como el emitido por un famoso economista norteamericano, cuando dijo: "Pocas partes hay en el mundo donde pueda verse con mayor claridad cómo la abundancia de recursos humanos y materiales no ha podido convertirse en base de un rápido progreso económico y social... pero también hay pocas regiones en el mundo en que, como América Latina, tantas personas dediquen toda su energía, todo su talento y todo su valor a la lucha por un futuro mejor".

Celso Furtado y el Crecimiento Económico

La Editorial Plaza y Janés, que dirige en Colombia el intelectual Virgilio Cuesta, ha entregado a los lectores del continente y de España el volumen quinto de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina, que recoge las *Obras Escogidas* del prestigioso economista brasilero, doctor Celso Furtado.

El propio autor, que al lado de Raúl Prebisch y Aníbal Pinto representa lo más valioso de la llamada escuela estructuralista cepalina, se encargó de seleccionar el material del libro mencionado. Según su concepto allí está lo significativo de su fecundo trabajo de investigador.

Las tesis de Celso Furtado sobre el crecimiento económico han enriquecido el pensamiento social latinoamericano. Pocos cientistas sociales pueden ofrecer tanta copiosidad en el campo de las ideas y de la práctica. Autor de

una docena de libros, catedrático en el exilio, ejecutor de planes e investigador de la Cepal por muchos años, se desempeña en nuestros días como director de la Escuela de Estudios Sociales de la Universidad de la Sorbona, en París.

Furtado forma parte del grupo de economistas y sociólogos brasileros comprometidos con el destino de su pueblo que, por razón de sus ideas democráticas, han tenido que pasar la mayor parte de su vida en el extranjero. Él, como Josué de Castro, Fernando H. Cardozo, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, Helio Juagaribe, para sólo citar a los que han estado vinculados a mi revista *Desarrollo Indoamericano*, es genuino exponente del pensamiento social contemporáneo de su país.

Las *Obras Escogidas* de Furtado, editadas con la pulcritud indispensable, son muestrario elocuente del trabajo creador. Sus capítulos se complementan de manera tan armónica, que parece que hubiesen sido escritos con el propósito de recoger un sinnúmero de tesis dispersas en libros, ensayos y polémicas. El autor inicia su recorrido, en el estudio de los problemas del subdesarrollo y la dependencia, con el análisis del papel que le ha correspondido al excedente en la historia del crecimiento económico capitalista, hasta llegar a los supuestos de un nuevo orden internacional, capaz de permitir que los pueblos ejerzan sus funciones sin debidas presiones externas.

Para algunos investigadores norteamericanos, como es el caso de Albert O. Hirschman, la economía del desarrollo parece haber entrado en un estancamiento. Contrario a ese parecer, Celso Furtado opina que los economistas latinoamericanos que participan de esa corriente siguen trabajando con los mismos bríos de las décadas de los años cuarenta y cincuenta. En mi caso particular, ha declarado, continúo con el entusiasmo de siempre. "Paralelamente a mis actividades de profesor, confesaba con fe y convicción, he

seguido en los esfuerzos por descifrar el enigma del subdesarrollo, emitiendo, de tiempo en tiempo, tesis nuevas con la esperanza de que ellas animen a otros a llevar más adelante el esfuerzo de reflexión y hallazgo. Durante los siete años que he enseñado en París, he redactado un libro sobre la teoría del subdesarrollo, dos más sobre la América Latina, y otros dos sobre el Brasil. Mi tarea, pues, no ha sido vana, ya que en este período los latinoamericanos han comprado más de doscientos mil ejemplares de mis obras. Y aunque esta cifra no tenga importancia alguna por sí misma, me ha mostrado que no estaba equivocado al suponer de antemano que existía en América Latina una inmensa sed de ideas".

Nada más oportuno y necesario para ese ya numeroso ejército de estudiosos de los fenómenos económicos de nuestros pueblos, y con especialidad para estudiantes y profesores no alineados o sometidos al rigor de la dependencia ideológica, que la publicación de este libro, parte significativa en la totalidad del patrimonio auténtico de la economía política de nuestra América Latina.

El pensamiento venezolano, la dependencia y el subdesarrollo

Con este sugestivo título, *Dependencia y Subdesarrollo*, la Editorial Plaza y Janés ha dado a conocer el volumen séptimo de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina. El libro recoge ensayos de diez autores venezolanos, que representan lo más significativo de la investigación social y el discurrir auténtico del hermano país. Son ellos, Salvador de la Plaza, Francisco Mieres, José Moreno Colmenares, José A. Silva Michelena, Gastón Parra, Pompeyo Márquez, Héctor Malavé Mata, Armando Córdoba, Max Flórez Díaz, Ramón Losada Aldana y Teodoro Petkoff. La presentación de los autores y de su aporte a las doctrinas económicas latinoamericanas, está a cargo del consagrado publicista y

catedrático, doctor D. F. Maza Zavala.

Tiene razón el maestro Maza Zavala cuando dice que el pensamiento social de Venezuela es joven pero vigoroso y promisorio. Porque en ninguna otra parte se ha podido lograr tanta afluencia y cultivar el compromiso de la creación y la entrega en apenas dos largas décadas. Tal esfuerzo ejemplar ha sido posible gracias a las condiciones que la Universidad permite en estos últimos años de alejamiento de las dictaduras represoras.

Desde el 9 de abril de 1948 viví en Caracas y fui testigo de la iniciación de los trabajos de la nueva ciudad universitaria. Más tarde, en 1961 llegué a Maracaibo a dictar un ciclo de conferencias sobre planificación. Y tuve que exponer mis tesis en el amplio recinto del Concejo Municipal, pues las instalaciones de la recién creada Universidad del Zulia eran inadecuadas. Los profesores de entonces, casi todos extranjeros, buena parte de ellos españoles, más que teóricos de la ciencia económica fungían de estadísticos y matemáticos, un poco a espaldas de los problemas concretos de una economía compleja bajo el signo contradictorio de una riqueza natural encadenada en los marcos de la dependencia y el subdesarrollo.

Hoy las cosas han cambiado, y Venezuela, pese al mantenimiento de las estructuras peculiares de los países capitalistas dependientes, es patria de una pléyade de teóricos que, al lado del enjuiciamiento y la crítica, involucran en sus análisis formulaciones para estrategias que en el futuro habrán de servir de herramientas en las motivaciones de cambio y liberación.

Para comprobar lo comentado el contenido del libro *Dependencia y Subdesarrollo*, es, por cierto, elocuente. En cada uno de los temas que se tratan —todos ellos universales y propios de la problemática latinoamericana, aunque algunos se refieran a fenómenos venezolanos— la seriedad científica,

auténtica y comprometiente avala el contenido.

Hay una frase muy usada por los comentaristas y bibliógrafos, que es oportuno traer a cuento para referirse al nuevo libro de la Colección Apesal. Podría ser cierto, y pienso que es así, que allí no están todos los que son. Pero lo que sí no puede dudarse es que todos los que están forman parte de ese grupo de cientistas sociales de la América Latina que traspasó el límite de la divulgación pasiva de lo foráneo y dominante, para enrolarse en el compromiso de la afirmación creativa, a través del estudio revolucionario de una realidad espacial, histórica y política.

Bolívar y San Martín

La posición correcta de la América Latina en el caso de las Malvinas, responde a la obra y el pensamiento de sus libertadores. Si se toman sus figuras más destacadas, Simón Bolívar y José de San Martín, es fácil de interpretar la actitud solidaria, anticolonialista y promisoria de estos pueblos hermanos.

Bolívar y San Martín fueron grandes porque unidos lucharon por los idearios de la independencia y la dignidad humana. Sus vidas son nítidas y altruistas. No hay en sus propósitos ninguna mancha. En buena hora Vicente Lecuna, en su libro *La Entrevista de Guayaquil*, dejó al descubierto la cizaña de las cartas apócrifas de Lafond y Colombres Mármol. Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, los presenta en su dimensión, cuando dice: "En el gran drama de la revolución hispanoamericana, que tiene por teatro un vasto territorio igual a la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el Golfo de México y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que, partiendo de extremos

opuestos, convergen en un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen".

Bolívar es el padre del latinoamericanismo. Su pensamiento en este campo es tan necesario y sabio, que siglo y medio después conserva su vigencia, y se yergue como imperativo futuro en el camino de la liberación y el desarrollo de nuestros países. En su tiempo el genial Libertador no sólo valoró el papel de la unidad y la integración, sino que supo distinguir a los imperialistas de siempre: "Los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto los ingleses lo son mucho", le escribía a Santander desde Arequipa el 20 de mayo de 1825. Y cuatro años más tarde, el 5 de agosto de 1829, le sentencia a Patricio Campbell: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad". Para Bolívar los ingleses y norteamericanos "eran unos aliados eventuales pero muy egoístas", capaces de todo en la búsqueda del dominio económico y comercial. En cuanto a su gran Patria Latinoamericana, desde la Carta de Jamaica la deseaba como la "más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria".

San Martín, por su parte, es enfático cuando se dirige al Gobierno de Buenos Aires, el 28 de enero de 1819, para decirle: "No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana". El Libertador del Sur se mantuvo siempre a merced de la independencia americana. En 1825, antes de su encuentro con Bolívar, escribió: "Yo no tengo libertad, sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo; sino a la causa del continente americano... Voy a encontrar en Guayaquil al libertador de Colombia".

Al final de su gloriosa existencia San Martín tiene noticias de la invasión

inglesa a la Argentina. Entonces acaricia de nuevo su espada y ofrece sus servicios a la Patria. El 11 de enero de 1846 escribe al Presidente Rosas, desde Palermo. Está débil y enfermo, pero toma fuerzas para decirle: "Reconozco que mis servicios serían inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía un viejo defensor de su honra e independencia".

El recuerdo de la acción y pensar de Bolívar y San Martín continuará siendo guía de la América Latina en su lucha contra los vestigios colonialistas. Pueden perderse batallas, pero nuestros pueblos seguirán siempre adelante para cumplir el legado de sus libertadores.

Presencia de Martí

Para agradecer el homenaje rendido a José Martí por los escritores cubanos Onelio Jorge Cardozo y Manuel Cofiño López, y la intelectual Luz Elena Zabala, dije las siguientes palabras:

En nombre de la Universidad Simón Bolívar expreso a ustedes nuestros sentimientos de gratitud por la visita que han hecho esta tarde a la Biblioteca José Martí, y por el homenaje rendido al Apóstol y Padre de la Patria cubana. Nuestra Universidad, señores visitantes, es sencilla, popular y democrática. De sus limitaciones económicas hace el esfuerzo, a veces sí milagro, de convertir lo poco en algo definido que permita entrever la razón de sus propósitos. Por ejemplo, esta biblioteca, que se ha hecho sin ayudas oficiales o extrañas, intenta recoger en sus estantes el mayor número de libros latinoamericanos, en las áreas de la ciencia social, la historia, la literatura y el arte. Queremos responder así a los sueños y afirmaciones ideológicas de Simón Bolívar y José Martí, patronos de nuestra institución.

¿Y por qué José Martí?

Porque Martí, el humanista, el poeta, el político, el revolucionario y el apóstol es, también, el gran pensador de América Latina. Sus palabras, que fueron guía y sustento doctrinario de los patriotas que hicieron posible la independencia de Cuba, siguen siendo en nuestros tiempos expresión idónea de todo compromiso revolucionario auténtico.

Ya decíamos hace unos años, recogiendo las proclamas de los héroes legendarios de la Sierra Maestra, que Martí fue el pionero y el visionario de una nueva etapa de la historia. Aparece él como la figura descollante de un proceso revolucionario que se inicia en la lucha anticolonial, se afianza con las guerrillas liberadoras y se mantiene en la forja de la sociedad socialista.

Caso curioso el de Cuba: Se retarda en la independencia y se adelanta en la liberación. Y caso privilegiado también. De sus entrañas brotan dos personajes de leyenda: El gran pensador y apóstol de la libertad —figura sobresaliente de finales del siglo de las luces—, y el conductor y artífice de la revolución socialista; sin lugar a dudas el hombre más importante de la América Morena de nuestros días. Martí y Castro emergen de un espacio geográfico limitado, de una isla. Pero sus pensamientos y sus obras irradian el subcontinente. Por eso sus actuaciones e ideas pertenecen a los pueblos de América Latina.

La semana pasada, en este mismo sitio, se me acercaron tres estudiantes para decirme que estaban organizando el Centro Cultural José Martí. Entonces yo les pregunté si conocían bien su pensamiento. Y ellos, con la sinceridad propia de la juventud, me respondieron que para eso se agrupaban, para estudiarlo y comprenderlo mejor. Y sus palabras fueron correctas, porque toda la América Latina, incluso la Cuba socialista, encontrará siempre en el ideario de Martí, herramientas defensivas para un devenir antiimperialista y sin dependencia de ninguna clase, ni económica, ni política, ni

cultural. Martí supo definir la economía y la ciencia social como materias sin leyes inmortales; y con riguroso tino afirmó que "el influjo económico de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político". Anhelaba la paz como nadie, pero sabía que ella sólo puede afianzarse con el poder revolucionario. Su gran amor fue siempre la América Latina: ¡Aquí en mi madre América, dijo en su canto, la hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace; tierra mía americana, tan maltratada, y tan hermosa, tan desconocida, tan amable, tan buena!

Siempre, señores y amigos, estaremos con Martí. No importa que a veces la incomprensión interesada no nos comprenda. Con el camino despejado, o con obstáculos, en esta Universidad, y particularmente, en esta Biblioteca, la sentencia de Martí nos servirá de guía: "Hombre es algo más que ser vivo: Es entender una misión, ennoblecerla y cumplirla".

Sociedad Martiana

Para dar inicio a la sesión inaugural de la Sociedad Martiana, dije las siguientes palabras:

Estamos aquí reunidos para dar comienzo a un viejo propósito de organizar una agrupación de amigos y divulgadores del pensamiento de José Martí. En el presente año a nuestra Universidad la tomó como sede la Sociedad Bolivariana del Atlántico y esta nueva entidad, que hoy inicia labores, vendría a cumplir un papel parecido de estudio y valoración, de análisis y compromiso.

En el contexto de los idearios que animaron a sus fundadores, la universidad tuvo a bien acoger como sus símbolos la búsqueda de la autenticidad por los caminos de una América Latina nuestra. Los problemas de los tiempos actuales son el subdesarrollo y la dependencia. Fenómenos éstos que

aparecen entrelazados y actúan recíprocamente como causa y efecto. Pero tal vez por lo sutil y pluriforme, la dependencia exige un juicio que muchas veces no suele ser aceptado por los que, en una u otra forma, y por diversas razones, les es difícil liberarse de ella. En ese campo y a través de la historia de nuestros países, Bolívar y Martí son los máximos exponentes de la originalidad, y los más fecundos críticos de la moral sometida. Al lado de sus obras libertadoras, de su entrega por la causa de la independencia política, están sus mensajes unitarios para recordarnos, en todos los amaneceres, que nuestro destino depende de lo que hagamos con nuestras propias manos. Tanto para Bolívar como para Martí, la América Latina es la Patria común, y en las posibilidades de su integración se desprende buena parte de su porvenir independiente.

Martí solía decir: Lo que no hizo Bolívar está por hacerse en nuestra América. Pero ahora debe agregarse que también todos estos pueblos tienen por delante, para su provecho, el legado del ideario universal de José Martí. Porque en todas las aristas de su razonar, Martí ofrece una rica e inagotable fuente de afirmación. Cuando Fidel Castro declara a todos los vientos que su lucha fue la continuación de la obra y el querer martiano, responde, con seriedad, a una interpretación correcta. Porque Martí fue soldado del antiimperialismo y abanderado de una liberación más allá de los lineamientos de la organización social capitalista.

En la entrada de la Biblioteca José Martí de la Universidad Simón Bolívar, hay dos placas de mármol que recogen diversos pensamientos del Apóstol, especie de síntesis de sus conceptos sobre el libro y la estimación de lo nuestro. Están allí esas palabras para recordarle al visitante el significado de lo vernáculo y el saber: "Es amargo el vino criollo, pero es fruto de estas tierras morenas". Y más allá de la cultura extraña debe estar el conocimiento del legado de nuestros antepasados, y el empeño de la creación propia. Con

trompetas y alborozos, recordaba el gran soldado de la latinoamericanidad, merece ser recibido cada nuevo libro solariego.

En la poesía, la prosa, la acción política y el pensamiento social, Martí prodigó altruismo humanista y ejemplo genuino. Pingüe dejación, por cierto, para dedicar todas nuestras vidas a enseñarla a la juventud estudiosa.

Esta noche están aquí, identificados con el ideal martiano, escritores, artistas, catedráticos, sindicalistas, profesores, estudiantes y trabajadores. Y, como para apadrinar el acto, se cuenta con la presencia de tres exponentes de la cultura de Cuba y Colombia: los escritores Onelio Jorge Cardoso, Presidente de la Sección de Literatura de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Manuel Cofiño López, premio Casa de las Américas y Luz Elena Zabala, directora de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia. Ante sus estimulantes presencias el entusiasmo brota para seguir adelante.

POR UNA TEORÍA ECONÓMICA PROPIA

Un texto de economía política

HE INICIADO el año de 1983 con el propósito de escribir un nuevo texto de Economía Política. Hace veinte años se editaron mis *Apuntes de Economía Política*, aceptados por algunos profesores y facultades de Economía como libro de consulta. Sin embargo, debo reconocer hoy, su contenido casi se limitaba a la simple divulgación del pensamiento extranjero. Eran otros tiempos, apenas de despertar e insurgencia.

En nuestros días la única manera de justificar un libro más con pretensiones de texto auxiliar en el estudio de la Economía Política para universidades de países subdesarrollados y dependientes, es entendiendo a esta ciencia como eminentemente social, política e histórica. Lo que quiere decir que ha de basarse en el supuesto de rechazar cualquiera pretensión de neutralidad o subjetivismo de sus principios reguladores, por cuanto es necesario partir de la hipótesis de que toda actividad económica responde a unos objetivos, conveniencias y resultados particulares, que se desprenden de la orientación que le imprime la organización social prevaleciente. Esto ha sido así en todos los tiempos y etapas del desarrollo social. Siempre ha existido una estrecha relación entre la economía como tal y la conducta o estrategia. Lo que ha venido en llamarse política económica, no es más que la herramienta o palanca que facilita el logro de designios para provecho de las personas, grupos, clases o estados que poseen o dominan los factores y medios de

producción. Inclusive en la etapa conocida como liberal, todo su andamiaje filosófico del dejar hacer, leyes naturales, manos ocultas, librecambismo y especialización internacional del trabajo, era, simplemente, la manera sutil y disfrazada de imponer (por cierto, con todo el rigor de la imposición respaldada a veces por flotas guerreras de las grandes potencias) unas reglas de juego de interés exclusivo para los países industrializados de Europa, empeñados en dejar las cosas como estaban, con regiones productoras de materia primas e importadoras de manufacturas, por un lado, y productoras de manufacturas e importadoras de materias primas, por el otro. El marginalismo neoclásico cumple una misión parecida, al intentar despojar a la economía de su cualidad científica-social, para limitarla al papel de inquietud especulativa, de ciencia menor, como diría Celso Furtado, que se valía de trucos verbales (el último vaso de agua, la última porción de mantequilla) para explicar hechos objetivos de tanta trascendencia como el valor de las mercancías, el precio de los salarios, o el volumen de la producción. Para entonces, en una fase distinta, de monopolio y total dominio del mercado, la capacidad de decisión habría de quedar en manos de los empresarios monopolistas que de acuerdo con sus cálculos de utilidad óptima (marginal) impondrían las condiciones hasta llegar a encontrar en el trabajo a un elemento estéril en la creación de la riqueza, cuando su oferta iba más allá del rigor de sus acomodos. El intento actual, en la llamada Escuela de Chicago, de resucitar creencias místicas alrededor de funciones reguladoras del mercado, es simple expresión que se desprende de la voluntad de las corporaciones multinacionales, empeñadas en aplastar obstáculos en sus ánimos definidos de dominio de la riqueza y el trabajo de los países del tercer mundo. Otras tesis, como la mercantilista y la keynesiana, fueron más explícitas en la presentación de sus propósitos. Sin ningún escrúpulo la primera, por ejemplo, dejará establecido que su meta es la de utilizar el comercio para lograr saldos favorables —comprando barato y vendiendo caro— que faciliten el acceso al oro y la plata, como medio de acumulación

de capitales al servicio del crecimiento económico de sus países. Y en la segunda toda su intención es la de buscar aliciente para superar el marasmo de los recursos disponibles en el período de crisis en los centros cíclicos. Lo que quiere decir que nada tenía que ver con los problemas de las economías dependientes, que exigen planes y políticas defensivas de largo plazo, puesto que sólo se aspiraba a dejar a un lado el automaticismo regulador del mercado que pregonaban los neoclásicos, para dar forma a un intervencionismo anticíclico encuadrado en las particularidades de las economías capitalistas dominantes.

Contribuir al conocimiento y respeto de la ciencia social latinoamericana es un compromiso de tiempo completo. Pero lo intentaré.

Economía, tiempo y espacio

A través de la historia las definiciones y conceptos sobre la Economía Política han sido variados. Naturalmente corresponden a una situación concreta y a unos intereses particulares. En el apogeo de la etapa industrial del capitalismo, a la economía se le entendió como la ciencia del estudio de la producción y reparto de bienes y riquezas, en sí y de por sí, dominada por leyes naturales perpetuas y ajenas a la voluntad de los hombres. Lo que significaba, por una parte, el negar su posible relación con el humanismo, la justicia social o el compromiso y responsabilidad de los usufructuarios del sistema, y, por la otra, la aspiración de extender, en el tiempo, la organización prevaleciente. Antes, los mercantilistas la habían acatado como una suma de estrategias al servicio de la búsqueda de saldos favorables, capaces de incrementar la riqueza nacional. Los marginalistas la confunden con disciplinas subjetivas, y los matemáticos pretenden otorgarle rigores de exactitud. Y, para los socialistas europeos, la ciencia económica es vasija de relaciones sociales entre los hombres en la actividad productiva. La Economía Política

no trata de cosas, decía Engels, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases. Y Lenin, siguiendo el mismo derrotero, afirmaría también que "La Economía Política no se ocupa en absoluto de la *producción*, sino de las relaciones sociales de los hombres en la producción, del régimen social de producción".

Yo insisto en mi cátedra en la necesidad de entender a la Economía Política como una ciencia eminentemente social, que estudia los fenómenos y relaciones que surgen entre los hombres en el proceso de la producción, distribución y consumo de los bienes materiales, con leyes objetivas que se desprenden de una situación política, en un momento histórico y bajo un marco geográfico.

Quiere decir lo anterior que, no obstante estar la Economía Política provista de leyes, ellas sólo pueden entenderse como universales en tanto existan, para su cumplimiento, condiciones similares en lo político, espacial e histórico. Cada realidad, en un tiempo particular, exigirá una deducción teórica que fundamente la estrategia para el alcance de unos designios. Lo que ha sido o es bueno para la economía de un país o de una región necesariamente no tiene que dar los mismos resultados en otras, y mucho menos cuando en la correlación las ventajas fueron o son aprovechadas por una de las partes. Si, por ejemplo, el sistema de producción capitalista impuesto en la América Latina engendró la dependencia y el subdesarrollo, todo lo que siga haciéndose a través de sus recomendaciones y teorías, sólo servirá para alimentar el proceso del subdesarrollo y la dependencia. Las crisis que en estos países se muestran a la orden del día, son testimonios elocuentes de dichos supuestos.

Todo lo anterior para recordar que la América Latina necesita y exige su propia Economía Política. Y el compromiso de sus investigadores debe continuar siendo con la formulación de los enunciados para sus estrategias,

sea cual fuese el orden económico imperante. Porque la Economía Política socialista pregona la sujeción de la ciencia social a los determinantes mencionados, y sus analistas son muy cuidadosos en su defensa.

Sin embargo, la verdad sea dicha, por la complejidad de la dependencia, los profesores de Economía Política, al lado de su pretendida ideología, la convierten en apologética para recitar en las clases, los conceptos aprendidos en los manuales escritos en Norteamérica, Unión Soviética, Europa o Asia. Y más aún, desprecian o califican, con el lema de turno, a los que se empeñan en reclamar creación y autenticidad. Es tan grosera la actitud de algunos divulgadores alineados, que a veces se viene a la memoria la ironía del genial novelista. Porque, alguna vez, refiriéndose a la literatura, Balzac sentenció: "No inventes; te tomarán por loco o criminal, copia y sé dócil y vivirás feliz como todo idiota". Y, para el caso de la ciencia social, también se podría comentar: Si investigas, formulas o creas, te tomarán por revisionista, y te despreciarán; repite, recita y traga entero, y vivirás feliz como los idiotas de las sectas.

Los sistemas económicos

El estudio de los sistemas económicos es imprescindible en la Economía Política. Sólo así puede apreciarse su condición de ciencia social, política, histórica y espacial. El esquema de la división de la historia del desarrollo económico es lo que se conoce con el nombre de Sistemas o períodos. Cuando se acepta a la economía política en su dimensión dialéctica, con un cuerpo de leyes y teorías que expresan particularidades de acuerdo a las estructuras e instituciones prevalecientes en un marco geográfico, se le despoja de la superficialidad subjetiva y se le asigna su auténtica dimensión de ciencia social.

El examen de los sistemas económicos involucra un profundo significado

político, por cuanto permite comprender que los modos de producción han sido y son etapas en el transcurso del desarrollo social de los pueblos. Ningún modo de producción puede considerarse imperecedero, como tampoco es correcto aceptar una identificación integral en sus características y resultados en regiones o países diferentes. Equivocado sería pensar que un sistema, digamos el capitalismo o el socialismo, ha existido o existirá siempre, tal como se conoce en nuestros días. De la misma manera se yerra al creer que las estrategias o política económica que cada región continental o país ha de aplicar dentro del marco general de un sistema económico determinado, necesariamente deban corresponder a las mismas de otros países o regiones. Los países llamados subdesarrollados y dependientes se encuadran en las peculiaridades del sistema capitalista mundial: Propiedad privada sobre los medios de producción, iniciativa económica particular. Sin embargo la acción económica no ofrece los mismos resultados: En algunas regiones la gran revolución del sistema capitalista —producción en serie, uso de maquinaria, ampliación del mercado, libertad de contratación y mano de obra especializada— fue génesis de la acumulación y el crecimiento de las economías dominantes, mientras en otras, como es el caso de América Latina, su imposición ha sido camino expedito para el saqueo de sus riquezas y el aprovechamiento de su mano de obra. Quiere decir lo anterior que lo adecuado y provechoso para algunos países, dentro del marco de un sistema, de manera indefectible no lo es para otros. Y es este un criterio valedero para todas las relaciones sociales de producción, ya se trate de la capitalista o la socialista.

Puede hablarse de sistemas capitalista y socialista en términos genéricos. Pero no puede olvidarse que dentro de esa generalidad es indispensable tener en cuenta, y respetar, particularidades que responden a una estructura, un espacio y otros objetivos. De otra manera carecería de importancia la estrategia y la teoría de la política económica, herramientas vitales para

cada espacio económico en un momento histórico. Puede hablarse así, y con razón, de un capitalismo dominante y de un capitalismo dependiente, y de un socialismo industrializado y de un socialismo que emerge.

Cuando los supuestos anteriores no se tienen en cuenta es difícil entender el fenómeno de la dependencia, y mucho menos intentar conductas defensivas para su superación. Las diferencias y luchas entre naciones —caso de las guerras de independencia y liberación en el mundo capitalista, o distanciamientos e insurgencias en el ámbito socialista— son muestras expresivas de la veracidad de estos conceptos.

Los mercantilistas

Contrario de lo que han pensado los analistas de las doctrinas económicas —tal vez demasiado influidos por las críticas y desprecios de los clásicos— el pensamiento mercantilista comprende todo un variado ramillete de estrategias para el crecimiento económico, que fundamenta una doctrina que habría de responder en plenitud a ese momento histórico de las primeras etapas del capitalismo europeo.

Por lo tanto no es muy correcto suponer que los aportes de sus partidarios no dieron méritos para pensar que crearon escuela o expusieron teorías. De ahí que peque de radical mi buen amigo el historiador mexicano Jesús Silva Herzog, cuando en su presentación de un libro de Thomas Mun, que incluye los ensayos *La Riqueza de Inglaterra por el Comercio Exterior* y *Discurso acerca del Comercio*, afirma que "no fundaron una escuela ni elaboraron una teoría o doctrina en el estricto rigor de los términos". Porque si la teoría se toma como flujo del análisis del fenómeno concreto, nadie más ajustado a esa norma que los mercantilistas. Ellos no sólo explican lo que estaba sucediendo en el campo de la actividad económica de sus países, sino que

trazan pautas para lo que debe hacerse con el fin de lograr mejores objetivos. Y podría decirse, como se ha dicho, que ante todo los mercantilistas son enunciadores de teorías de política económica, más que de economía pura. Pero al fin y al cabo una teoría determinada, en el campo de la ciencia social, tendrá importancia si puede trasladarse a la política, para servir de respaldo a la conducta o estrategia que se acoja.

La verdad es que detrás de la simplicidad aparente de la confusión del dinero con la riqueza, los mercantilistas sabían muy bien que los saldos favorables, en oro o en plata, logrados en el comercio, habrían de convertirse en capitales para ampliar la producción, en muchos casos financiados por el propio sector comercial. Esos saldos, en otras palabras, eran plusvalía doble: De importación, originada en la venta de productos por encima de los de compra, en las regiones conquistadas y sometidas, y de exportación, de los salarios de hambre que pagaban a los trabajadores de sus propios países.

En sus miras de encontrar en el comercio el instrumento fundamental del proceso de la acumulación, los mercantilistas son muy cuidadosos al recomendar toda clase de tácticas y prácticas. Y fueron tan propias del capitalismo que, aunque se diga lo contrario, siguen acogiéndose. Por eso tampoco acierta René Gonnard, cuando en su *Historia de las Doctrinas Económicas*, piensa que "se apartaron de la ciencia y la moral". Por el contrario, desde el punto de vista de la moral capitalista, de obtención de lucro e individualidad utilitaria, se presentan como sencillamente prácticos. No esconden sus objetivos, ni mucho menos buscan como chivo expiatorio a manos invisibles de hipotéticas leyes naturales. Saben que un mundo donde la economía descanse en la búsqueda de la utilidad, toda relación comercial tiende a perseguir ventajas de unos sobre otros. No van a decir, como más tarde lo pregonan los liberales, que las mercancías se cambian por valores iguales. Son prácticos y explican los hechos económicos tal como son en la realidad: Relaciones entre los hombres.

El legado mercantilista puso énfasis en la teoría cuantitativa de la moneda, la intervención del Estado para dirigir la economía, el proteccionismo, los subsidios y estímulos a la producción, la sustitución de importaciones, la inmigración de mano de obra calificada, el dumping, el fortalecimiento del estado nacional, y el uso del comercio como fuente de riqueza. Con su presencia en la América Latina, de rapiña, expoliación de sus recursos, y dominio colonialista, se inicia el subdesarrollo y dependencia de nuestros pueblos y la industrialización capitalista europea.

La dependencia penetra de manera tan sutil que modifica costumbres y gustos. En estos casos la vía expedita es la clase social dominante, siempre presta a la imitación, al cultivo de lo foráneo y al desprecio de lo autóctono. En su propósito enfermizo de separarse de lo común y de mostrarse distinta, la burguesía es vasija receptora y permeable de costumbres exóticas, algunas veces de apariencia intrascendente, pero ricas en contenidos habituales. De tanto significado es el fenómeno, que los analistas de los orígenes del subdesarrollo y la dependencia le otorgan una responsabilidad de primer orden. Por ejemplo, la Cepal estudia el 'efecto demostración', que para el caso viene a ser lo mismo, como un hecho particular causante del atraso y el sometimiento de las economías latinoamericanas.

En estos días los niños, que antes salían a pedir angelitos con coplas graciosas y vestidos típicos de sus regiones, festejan el 'halloween', disfrazados de brujas y super hombres y super mujeres gringas, símbolos de un sistema de dominio, racismo y descomposición social.

Pero lo delicado del remedo son sus implicaciones económicas: Para algunos autores la anormalidad del consumo atasca el crecimiento, por cuanto desper-

dicia los recursos potenciales de inversión, o induce a actividades productivas diferentes a las que concierne a una demanda social.

Sin embargo se hace necesario aclarar que esa tesis, de innegable implicación, no puede entenderse de manera subjetiva como pretenden explicarla sus exégetas. Es cierto que las clases dominantes y, en nuestros días, con los llamados grupos emergentes, derrochan en forma inconmovible parte del ingreso nacional, obtenido a través de altas tasas de plusvalía, fraudes fiscales, operaciones especulativas o ilícitas, etc.... Pero hay que tener en cuenta que se trata apenas de una parte de ese ingreso por cuanto la otra y en mayor proporción se pierde a través de utilidades, intereses y gastos de servicios que se van al exterior sin contraprestación reversible. Además, la fatuidad y el plagio no son innatas a personas, clases o grupos. Nadie se atrevería a conceptuar, por ejemplo, que un ostentoso guajiro de hoy, y humilde campesino de ayer, llevara en sus venas todo ese complicado engranaje del arribismo. La verdad es que el efecto demostración encuentra su razón de ser en estructuras e instituciones propias del subdesarrollo capitalista: La deforme distribución del ahorro, que se genera en las formas de tenencia de propiedad, condiciona el uso irracional de la riqueza dineraria. Con terratenientes y empresarios que sacan provecho de una inflación crónica, con especuladores de utilidades fáciles y una organización institucional (gobierno, leyes) a su servicio, el efecto que surte la realidad de un consumo apropiado para economías desarrolladas, es subyugante y tentador. Si una persona, una clase social, o la sociedad en su conjunto, se inclina hacia compras y satisfacciones antes no practicadas, es porque la estructura predominante así lo facilita. Si en nuestra televisión, sea el caso, sólo se anuncian, con insistencia alienante, cosméticos y detergentes extranjeros, es porque conviene así a la falsa industrialización dependiente y a la estrategia del mercado libre que se impone. En esos casos la oferta y la demanda se desprenden de una misma base estructural que la define y orienta. Mientras

tanto el país malgasta sus escasas divisas, provenientes de sus mal pagadas exportaciones primarias, que son el fruto del trabajo y el sudor de un pueblo, en mercadería suntuaria. Y tan insólita se yergue la dependencia que, casi sin resistencia, conduce al olvido de la dulzura del níspero y el zapote por el insípido sabor de peras y manzanas extranjeras que se ofrecen en los kioscos del Prado o la Sierrita, dos barrios antagónicos de Barranquilla, con cierto aire de distinción.

Los Premios Nobel de Economía

La selección de los Premios Nobel de Economía carece de la legitimidad propia, digamos el caso, de los de Literatura. En los últimos años, por ejemplo, sólo se le han otorgado a teóricos norteamericanos o del área del capitalismo dominante, dedicados al estudio de hipótesis que no corresponden a la realidad, ni se enmarcan en la naturaleza de la Economía Política, como ciencia eminentemente social, histórica, y geográfica. La economía es una disciplina científica, por cuanto se vale de leyes y supuestos que se cumplen en el proceso de la producción, distribución y consumo. Claro está que no con el rigor de las ciencias exactas, como las matemáticas, pero al fin y al cabo inexorables en relación con el espacio, las condiciones estructurales y políticas y el momento histórico. Sin embargo, desde la escuela marginalista para acá se ha pretendido desvestir a la economía de su carácter objetivo para convertirla en un juego de especulación ajeno a la realidad. Se la quiere despojar de su espíritu y compromiso humanístico involucrados en la solución de los problemas de los hombres, para convertirla en ejercicio mental académico. Por ejemplo, en el epicentro del mercado imperfecto y del monopolio que impone condiciones y doblega alternativas y en el clímax de la crisis del sistema, desde torres de cristales, como en el pasado idílico del esquema liberal y su "mano oculta", pero ahora con el complemento del abuso econométrico, se ofrecen enredados análisis del comportamiento

espontáneo de la oferta, la demanda y el precio, y se dibujan curvas debidamente adornadas con signos griegos o algebraicos, para intentar explicar supuestos imaginarios. Y es esto, precisamente, lo que los Estados Unidos proponen a la Academia Sueca, y ésta lo acoge como meritorio. Algo como si en vez de premiar los *Cien años de Soledad*, de García Márquez, se escogieran las novelitas de Corín Tellado, donde al final el príncipe, el terrateniente o el burgués, se casa con la sirvienta o la obrera, para vivir feliz el resto de sus días con el beneplácito de súbditos y amigos. O de otorgar el premio de medicina al inventor de una pomada sin ninguna aplicabilidad. Tanto es así que alguna vez a Hayek, autor de la *Teoría Pura del Capital*, le preguntaron si sus razonamientos tenían que ver con la realidad, y respondió con orgullo, que no sabía ni le interesaba como tampoco le hubiese importado la desorientación del hombre común. En términos parecidos se ha expresado el señor Assar Lindbank, presidente del Comité de Premios Nobel, en la información que publicó *El Heraldo*, al dar a conocer la razón de la escogencia, y decir que las "técnicas analíticas de Gerard Debreu, esencialmente demostrando matemáticamente cómo funciona la ley básica capitalista de la oferta y la demanda, *no tienen aplicación práctica*".

Ante los anteriores conceptos hay poco que agregar. Apenas si dejar la constancia, pese al regocijo que puede brindarle a tanto ejecutivo y máster con formación foránea y dependencia ideológica, que esas conjeturas teóricas nada tienen que ver con la exigente realidad de las situaciones económicas de un tercer mundo doblegado por el hambre, mientras sus recursos se explotan para servir a los dominadores, y mientras los precios de las mercancías que importa y exporta, se someten a precios y condiciones desiguales impuestas por las conveniencias de las multinacionales. En buena hora, en la correcta interpretación de las causas de esos fenómenos, trabajan los investigadores y científicos sociales de nuestros países, aportando

deducciones que hoy son materia valiosa de doctrinas auténticas que han venido a enriquecer la economía política. Vale decir, de la verdadera ciencia económica de Smith, Ricardo, Marx, Keynes, Prebisch, Maza Zavala, García, Furtado, etc.

TEMAS
INTERNACIONALES

García Márquez y las Malvinas

POCO AFORTUNADO ha estado nuestro gran Gabriel García Márquez al tratar el tema de las Malvinas. En verdad no hay que culparlo mucho porque es éste un asunto complicado, propio de la complejidad de las ciencias sociales, y bastante difícil de interpretar si se le enmarca en el relato eminentemente literario. Si acaso lo censurable se albergaría en la insistencia en ofrecer argumentos que sólo convienen a un colonialismo condenado por la historia y por la lucha liberadora de nuestros pueblos.

Con motivo del primer aniversario de la presencia de los soldados argentinos en un pedazo de su patria usurpada por el colonialista europeo, García Márquez escribió, el 3 de abril, un artículo en *El Espectador*, que se inicia con una historieta sentimental de un soldado mutilado y una madre egoísta dispuesta a no permitir cambios que pudiesen mortificarla en su tal vez monótona, pero para ella cómoda existencia. Y se viene también con cuentos sospechosamente preparados por las agencias internacionales al servicio de las grandes potencias, sobre el suministro de drogas a la soldadesca patriota, y cerca de la invencibilidad y disciplina de los superhombres del imperio británico.

En verdad si esa primera mención hubiese sido cierta habría de servir tan sólo para reprochar la conducta de una madre carente de los más elementales

principios de solidaridad con una causa que mereció el respaldo de todos los pueblos latinoamericanos y de los países socialistas. Y aunque apenas sea una frase aquello de que el imperialismo es un tigre de papel, la verdad es que en todas las épocas y en las circunstancias más adversas, los pueblos, en determinadas coyunturas del desarrollo social, han hecho de su espíritu y voluntad el arma más poderosa de todos los tiempos. El criollísimo Bolívar logró con tropas descalzas y hambrientas, lo que Miranda creía posible únicamente con ejércitos disciplinados y de uniformes relucientes al estilo europeo, hasta vencer a punta de lanza nada menos que al ejército que había expulsado de España a las fuerzas napoleónicas. Y, para no ir muy lejos, los famélicos vietnamitas, que apenas comían arroz y calzaban sandalias, infligieron la más estruendosa derrota al ejército de la primera potencia económica y militar del mundo.

La adversidad en las Malvinas —si así se le puede llamar a una batalla perdida— hay necesidad de estudiarla desde un ángulo más pertinente. En vez de una guerra nacional, que es la que tienen que librar las naciones que buscan su liberación, hubo allí un enfrentamiento entre dos fuerzas militares desiguales. Como se trataba de una refriega bajo el predominio de la rigurosa logística militar moderna, vino la entrega —como en el caso de jugadores versados de ajedrez— apenas se presintió la superioridad de las armas adversarias. En las Malvinas se derrotó a un comandante acobardado, como lo acaba de reconocer el propio ex presidente Galtieri, pero jamás al pueblo argentino. Y aunque los colonialistas ingleses festejan su pírrica victoria, hoy más que nunca esa escaramuza devino en feliz motivo para un promisorio despertar de la América Latina, que comprobó, entre otras cosas, que la realidad de los intereses económicos de las grandes potencias capitalistas, está por encima de falsas posiciones, como es el caso de los Estados Unidos y su pretendido panamericanismo.

Los hombres progresistas de América Latina distinguieron con sobrada

claridad, como lo hice yo en esta misma columna, entre el caso Malvinas y la dictadura militar argentina. Y eso no tiene discusión. Por lo tanto están de más las palabras de García Márquez, cuando al finalizar su comentario, dice que "muchos argentinos, e inclusive (tal vez quiso decir incluso, que es más correcto) algunos amigos personales, no entendieron bien esta distinción". Lo que no se entiende es el lloriqueo de mal gusto, que lo mismo podría ser valedero para los patriotas de El Salvador o Nicaragua, enfrentados con tanto coraje y patriotismo a los soldados, mercenarios y asesores dirigidos y financiados por el poderoso imperialismo norteamericano.

Después de las Malvinas

Son muchos los frutos que se cosecharán con la decisión histórica de la Argentina de rescatar su territorio de las Malvinas, usurpado por el estado colonialista y la piratería de Inglaterra en 1833.

Ante todo, y como prueba irrefutable de su posición antilatinoamericanista, se yergue la actitud de los Estados Unidos, de respaldo al espíritu belicoso de Inglaterra. Ya lo dije en el primer comentario que escribí en *El Heraldo*, apenas al iniciarse el problema. Entonces observé que mal podía servir de árbitro en un conflicto en que estaban en juego la defensa de la soberanía, por un lado, y el ultraje colonial, por el otro, quien ocupa la poca honrosa posición de primera potencia imperialista del mundo actual. Si los Estados Unidos mantienen sus fuerzas de ocupación en territorios de Cuba, Puerto Rico, Panamá, etc., jamás podrán estar del lado de los países que reclaman soberanía e independencia en sus decisiones. Y esto no es de ahora. Desde los albores mismos de nuestra gesta emancipadora, los libertadores se quejaron de la posición poco amistosa y marcadamente pragmática del poderoso vecino. Bolívar, con su visión genial y su ánimo latinoamericanista, dejó el testimonio imperecedero de su denuncia: "Los americanos del norte, por

sólo ser extranjeros, tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo, jamás seré de opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos", le decía a Santander en carta escrita desde Arequipa el 30 de mayo de 1825. Y, desde Potosí, el 21 de octubre de 1824, recordaba a su vicepresidente que las grandes potencias "se entendieron muy bien para hacernos valer su mediación, y por supuesto, hacerla pagar".

De manera más enfática, en otra carta a Santander, fechada en Lima el 8 de marzo de 1825, declaró: "Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas". Y al propio representante de los Estados Unidos en Venezuela, señor B. Irvine, le hace saber, que su país condena a Colombia a destructivas desventajas y da armas a los verdugos de América Latina. Y el 29 de julio de 1818, en reclamo elevado al agente de los Estados Unidos, ante el problema surgido con dos goletas de bandera norteamericana que entraron a territorio de Venezuela, para proveer de armas y otros pertrechos a las tropas españolas, el gran Libertador desenmascara las maniobras de falsa neutralidad, cuando objetó: "En cuanto al daño de neutrales, que V.S. menciona en su nota, yo no concibo que puedan alegarse a favor de los sueños del Tigre y la Libertad los derechos, que el derecho de gentes concede a los verdaderos neutrales. No son neutrales los que prestan armas y municiones de boca y guerra a unas plazas sitiadas y legalmente bloqueadas... Mr. Colbert ha demostrado plenamente en su semanario la parcialidad de los Estados Unidos a favor de la España en nuestra contienda".

Otro hecho que quedará señalado en la historia del latinoamericanismo, es la incomprensible determinación del Gobierno de Colombia, a todas luces del lado de los Estados Unidos y en contra de los intereses latinoamericanos, aunque sus voceros pretendan esconder la maniobra con cortinas de humo. El Padre de la Patria, Simón Bolívar, hizo saber a tiempo, en su proclama a los soldados de Urdaneta, desde Pamplona en 1814, que "para nosotros la

patria es la América" Latina. Y en otros momentos difíciles de Argentina, en su mensaje del 12 de junio de 1818, dijo: "¡Habitantes del Río de Plata! La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido a los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea Unidad en la América Meridional".

Más aún, y como para adelantarse a calificar la conducta de los que en su tiempo y en el futuro tomaran un camino distinto, identificándose con los mandatarios norteamericanos cuando estuviese en juego el destino de una nación latinoamericana, en carta a Santander, desde Potosí, el 21 de octubre de 1825, le llama la atención por el contenido de algunos de sus escritos, para aconsejarle: "Aborrezco a esa canalla (los presidentes de los regatones americanos) de tal modo que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos".

La invasión a Granada

El mundo se aterra cuando el Presidente de los Estados Unidos declara que la condena de las Naciones Unidas a sus actos en Granada no le perturba ni el desayuno. Es un lenguaje desfachatado que pinta de cuerpo entero la soberbia de un mandatario sin un centímetro de respeto por el derecho internacional ni la soberanía de los pueblos. Pero en verdad nada de esto es extraño o nuevo en la historia de un país caracterizado por el expansionismo armado, la intervención inconsulta y el desprecio por la dignidad de los países débiles. Lo de Granada es un episodio más en la cadena de ultrajes y sometimientos a los territorios de nuestra América. Igual que Reagan han actuado siempre la mayor parte de los mandatarios de esa nación ávida de poder, incluso los exhibidos por la burguesía doblegada y dependiente de América Latina como personeros de democracia y libertad.

Como bien lo recuerda Gregorio Selser en su libro *Diplomacia, Garrote y Dólares*, desde 1823 John Quincy Adams, Secretario de Estado, estimaba que la Doctrina de Monroe era la concreción del destino manifiesto para la expansión territorial de los Estados Unidos. El visionario y genial Simón Bolívar entendía todo esto con claridad, y de ahí que sin conocimiento de los documentos secretos del gobierno norteamericano de la época, analizados por cierto, con lujo de detalles en sus libros por Indalecio Liévano Aguirre, resumió en frase profética todo el proceso futuro de vergüenza y dolor: "Los Estados Unidos, afirmó el Libertador, parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad".

En carta a Santander el 23 de diciembre de 1829, Bolívar describe el porvenir oscuro de su América amada, al comprender la insaciable voracidad norteamericana. "Hallo, denuncia son sobrada clarividencia, que está a la cabeza de nuestro gran continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo". Y sus juicios no se hicieron esperar: En 1831 los Estados Unidos atacan a la Argentina, y en 1833 protegen la invasión británica a las Malvinas, proeza que se repite hace apenas un año; en 1845 se anexan los territorios de Tejas y California, de la nación mexicana. Dos años más tarde invaden a México, para despojarlo de Colorado, Arizona y Nuevo México, y ofrecen a España cien millones de dólares por Cuba. Es tanta la actividad belicosa e imperialista, que "Stephen Douglas sostiene en el Senado que su país está destinado a la hegemonía de los países del continente por el arbitrio de acorazados y cañones". Para esos días actúa el filibustero William Walker en El Salvador y Honduras, abanderado de la muerte, el incendio, el saqueo y la esclavitud. En 1898 invade a Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas, y se anexa a Hawai. En 1901 sus ejércitos se quedan en Guantánamo e impone la llamada Enmienda Platt; en 1912, el Presidente Taft, conocido como "una barriga rodeada de pillos", declara que su bandera habrá de flotar en Panamá, el Polo Norte y el Polo Sur. Ese mismo año su marina desembarca

en Nicaragua. En 1917, en vez de propiciar la independencia de las Islas Vírgenes, las compran a los europeos, tal como han hecho siempre en otros territorios como si sus habitantes fuesen vacas y toros. En 1924 sus tropas desembarcan en Honduras; en 1927 el gran patriota César Augusto Sandino declara al mundo y a los invasores yanquis que seguirá luchando bajo el lema de "patria libre o morir". En 1954 sus aviones inician bombardeos contra ciudades de Guatemala para poner fin a la reforma agraria del Presidente Arbenz, que afectaba los intereses de la United Fruit, y en 1961, bajo el gobierno de Kennedy, la CIA y mercenarios desembarcan en Playa Girón, para ser derrotados, días después, por el pueblo de una Cuba libre.

Lo anterior es apenas una síntesis de toda una larga historia de agresión, sólo comparable a la conquista genocida ibérica y a la acción colonialista de Inglaterra, Francia y resto de Europa.

Carlos Marx

Hace cien años, el 14 de marzo de 1883, murió Carlos Marx, fundador del socialismo científico y una de las figuras cumbres de la ciencia social. Economista, sociólogo, pensador político, filósofo y periodista, incursionó con fortuna en casi todas las disciplinas intelectuales, dejando en ellas el feliz legado de su aporte creador. Con sobrada razón, su amigo inseparable y compañero de ideario, Federico Engels, dijo en su discurso de despedida, al pie de su tumba, que había dejado de pensar el más grande pensador viviente.

Mi devoción por Carlos Marx se inició a los pocos días de haber ingresado a la Universidad Nacional. Recuerdo muy bien que fue él, hasta cierto punto, responsable de mi primer trasteo en Bogotá: Por utilizar los cuarenta y cinco pesos que mi padre me había enviado para el pago de la mensualidad

en la pensión –que era así como se les llamaba a los modestos hoteles de estudiantes— en la compra de todos sus libros, tuve que cambiar, sin esperarlo o quererlo, de residencia. Pero desde entonces conservo a mi lado los cinco tomos de *El Capital* y los tres volúmenes de la *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, en las pulcras ediciones de esos años del Fondo de Cultura Económica y de Ediciones Fuente Cultural.

De regreso a Barranquilla, al terminar la década del cuarenta, solía reunirme en mi casa de la calle Obando, casi de manera clandestina, con un grupo de amigos para estudiar *El Capital*. Esa especie de tertulia fue como un refugio en los años de la violencia conservadora. Todas las tardes, y en compañía de Aníbal Pineda, para entonces secretario en el Atlántico del Partido Comunista; Edgardo Mastrodoménico, brillante matemático; Rafael Rash Ferreira, periodista javeriano pero proletario por hambre y convicción intelectual; Luis Felipe Palencia y Carlos Conde, estudiaba con todo el entusiasmo y la entrega de la juventud, los principios del materialismo histórico y dialéctico y los conceptos sobre la plusvalía. Desde entonces no he abandonado la costumbre de repasar, por lo menos una vez en la semana, algún texto del mensaje científico marxista. Tanta ha sido mi devoción que aún doña Anita me recuerda, con sonrisa indescifrable, que en los días de nuestra luna de miel en Puerto Colombia, yo pasaba buena parte de ese tiempo precioso con el Anti-dühring de Engels entre las manos.

Carlos Marx revolucionó la ciencia social en todos sus campos. Pertenece al mundo de los clásicos en la historia de las doctrinas económicas, pero su análisis de la plusvalía, que dio claridad y fundamento científico a la teoría del valor, sirvió también de respaldo a la doctrina política de los trabajadores. En el campo de la dialéctica sus concepciones enriquecieron al materialismo y pusieron fin a toda una época de confusión y dominio idealista. Sus palabras fueron sencillas pero de un profundo contenido: El hombre piensa

como vive y no vive como piensa. El modo de producción de la vida material, condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en su conjunto: No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino al contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Los sistemas económicos y políticos no son imperecederos. Cada estructura, representada por modos de producción y relaciones sociales, prescribe las ideologías. El estudio de esa realidad es la cantera inagotable en el tiempo y el espacio para la deducción científica en la búsqueda de posiciones ideológicas y en las estrategias revolucionarias o defensivas de las clases explotadas o de los países dependientes.

La vida de Marx, fue la más fiel consagración a la investigación científica. No era un dios, sino un hombre, en la más exacta expresión de la grandeza humana. Y como hombre tuvo sus desaciertos, tal fue el caso de sus juicios sobre otro genio y gloria de la humanidad: Simón Bolívar. Él mismo era sumamente cuidadoso en la defensa de sus tesis, al concebirlas no como dogmas sino como un método de estudio de cada momento histórico. Su espíritu luchador y su entrega a la causa socialista, lo convirtieron en uno de los hombres más perseguidos y calumniados en su tiempo. Hoy, cien años después de su muerte, los pueblos agradecidos del mundo, rinden homenaje al gran pensador y al ideólogo de la revolución social del siglo veinte.

Marx y América Latina

Algunos amigos, entre ellos el catedrático e intelectual chocoano doctor Carlos Calderón Mosquera me han enviado cartas para solicitar información y bibliografía de posibles escritos de Carlos Marx sobre América Latina, y acerca de su influencia en el proceso revolucionario de nuestros pueblos. Tengo entendido que en Cuba y otras partes se han abierto concursos sobre

dicho tema con motivo de cumplirse el centenario de la muerte del gran pensador alemán.

Como lo recuerda Pedro Scaron en su prólogo al libro *Materiales para la Historia de América Latina*, nuestro subcontinente "rara vez fue objeto de atención preferente, o siquiera sostenida por parte de Marx y Engels". En el estudio indicado se recogen todas las menciones que en su vasta obra hacen estos autores sobre América Latina en las distintas etapas de su historia. Pero son simples referencias en cartas, artículos y libros. Apenas si hay un ensayo, si así puede llamarse al libelo de Marx contra Simón Bolívar. Y es que Marx, como todos los europeos de la época, poca importancia concedían a nuestra América Latina, si no fuera para menospreciar a sus habitantes o valorar el aporte de su oro en el crecimiento económico europeo. Bastaría con recordar los ridículos conceptos de Hegel, quien repetía, con la euforia propia del racismo alemán, que por ser los indios tan abúlicos los curas tenían que repicar las campanas a la media noche para recordarles el cumplimiento de sus deberes conyugales, porque ni para eso tenían iniciativa.

En el campo teórico los criterios de Marx sobre las colonias están llenos de contradicciones. Tal vez por apego a su esquema, en algunos casos llega hasta justificar la expansión imperialista, al suponer, equivocadamente, que la presencia del capitalismo industrial de Inglaterra o Estados Unidos, podía llevar condiciones adecuadas a la India o a México, para el surgimiento de una clase social revolucionaria. Diferente a eso, como más tarde fue denunciado por Nehru, tanto el ferrocarril (especie de varita mágica para Engels) como el capital metropolitano, sólo dejaron y siguen dejando, miseria y subdesarrollo capitalista donde penetran y actúan. Sin embargo, bueno es aclarar, en los últimos años de sus vidas Marx y Engels dejaron a un lado el respaldo que dieron a la expansión norteamericana, para iniciar su crítica y condena. Contrasta la posición —en términos generales— anticolonialista

de los clásicos del marxismo con la de los enciclopedistas e ideólogos de la Revolución Francesa, casi todos partidarios del colonialismo existente en su época.

En cuanto a la presencia de Marx en la América Latina, el académico soviético Emil Dabaguian acaba de adelantar una investigación que permite saber que en 1854 en las librerías de Santiago de Chile ya se vendía el libro de Marx, *Miseria de la Filosofía*. En 1888 se publicó en México *El Manifiesto Comunista*, y dos años antes de finalizar el siglo, en 1898, Juan B. Justo, fundador del partido socialista argentino y director de *La Vanguardia*, periódico que sigue editándose, tradujo y publicó el primer tomo de *El Capital*. En los tiempos presentes la divulgación del pensamiento marxista es amplia en América Latina, con las excepciones impuestas por las dictaduras represivas de turno. En cuanto a su influencia en las luchas revolucionarias nadie puede negarlo. No obstante, los triunfos obtenidos en Cuba y Nicaragua, donde la acción y la mística estuvieron respaldadas por las banderas y legados de Martí y Sandino, prueban que en el camino socialista de América Latina, han jugado y jugarán el papel prioritario los que siguen la guía revolucionaria de sus antepasados, y los que anteponen los intereses de sus pueblos a las conveniencias estratégicas de naciones de otros continentes que ya acogieron la organización social socialista.

Los principios universales del método marxista mantienen su vigencia en su concepción materialista y dialéctica de la historia. Y están ahí para su utilización y enriquecimiento con la fuente deslumbrante de la realidad. Como también están ahí los conceptos equivocados y las diatribas de Marx contra Bolívar. Y es esta una materia que exige el estudio para comprender mejor cómo hasta el propio Marx, sometido a la prueba de la idoneidad de su doctrina, tampoco pudo del todo superar la influencia del medio social, y, hasta cierto punto, pensó en este caso tal como vivía, bajo el influjo del esplendor victoriano.

Bolívar y Marx

Hace unos años dicté una charla en la Casa de los Periodistas sobre los juicios que le merecieron a Carlos Marx la obra y la vida del Libertador Simón Bolívar. Para entonces era ese un tema novedoso, pues sólo se conocían los conceptos de marxólogos dogmáticos, por un lado, y de antisocialistas, por el otro. Los primeros se encargaban de repetir lo recogido por la enciclopedia soviética de la era estalinista; y los segundos, con el estímulo de la Embajada norteamericana, hacían uso del mismo material para confundir, al presentar el marxismo como doctrina adversa a los sentimientos y la historia latinoamericana. La situación era digna de análisis, pues hasta pensadores de la talla de Aníbal Ponce, recibieron, sin beneficio de inventario, el legado de su ideólogo para minimizar, con mal gusto y poca fortuna, la grandeza del genio americano.

Hoy las cosas han cambiado. Por ejemplo, son muchos los documentos que se publican y en la propia Unión Soviética, sus científicos sociales e historiadores, se han encargado de rectificar las antiguas posiciones, para referirse a Bolívar a la luz de lo verdadero, y más allá de la distorsión y la miopía de Marx y Engels. Incluso, el propio jefe del Partido Comunista Colombiano, Gilberto Vieira, publicó un folleto oportuno y meritorio. Por mi parte, hace rato acaricio el propósito de escribir un librito, y en mi escritorio aguardan turno varios documentos, apuntes y obras consultadas. Porque es cierto que se cuenta ahora con muy buenos trabajos y compilaciones, pero algunos, más papistas que el Papa, siguen pensando que el tema es escabroso y delicado. Para esos resulta duro aceptar que Marx fue un hombre, y un hombre europeo sometido al rigor de su tiempo, deslumbrado por un capitalismo en esplendor, y, hasta cierto punto, prisionero de su propio esquema dialéctico.

Tal vez por eso, en busca de pretextos, se cae en el error, por parte de algu-

nos marxistas, de ofrecer disculpas que enredan más la trama: Buscar diferencias por ejemplo, entre la seriedad del libro y la simple gacetilla cuando se exponen ideas, carece de sentido. Entre otras cosas porque el libelo de Marx fue escrito para una enciclopedia. Como en nada favorece, tampoco, pone en duda los principios morales y la dignidad humana de quien, por cierto, las tuvo desbordantes, el tratar de interpretar la "venta" de su pluma por dólares que le permitiesen subsistir. Nada de eso hace bien al autor de *El Capital*. La verdad es que el odio de Marx hacia Bolívar, como el desprecio racista y subjetivo al pueblo mexicano que, entre cosas, son negaciones del propio marxismo, exigen exámenes diáfanos que contribuyan al enriquecimiento de una teoría en el camino de la liberación auténtica y socialista de América Latina. Si se carece de dureza para enjuiciar errores del pasado —sea el caso de la justificación de la toma de California por los yanquis que hicieron Marx y Engels— no hay autoridad para rechazar las invasiones del presente a Granada y Centroamérica.

Marx es, como dijera Engels, el más grande pensador europeo de su tiempo. Su aporte a las disciplinas (economía, sociología, política, filosofía), divide la historia del pensamiento social, y dota a los revolucionarios socialistas de una doctrina conveniente y necesaria. Y Bolívar es el nuestro: Libertador, visionario, latinoamericanista, revolucionario, antiimperialista, demócrata, conductor de pueblos. Más aún, ante la realidad de la lucha liberadora de los pueblos subdesarrollados y dependientes, el pensamiento integracionista defensivo de Bolívar es bandera viva y palpitante.

Que se analice, sin esguinces y para bien de los idearios bolivarianos y marxistas, los errores de sus prístinos exponentes, es tarea que contribuye en el camino de la búsqueda de nuestra identidad y conveniencia.

ESCARCEOS EN POLÍTICA

Mi experiencia en el Congreso

EN LOS DÍAS ANTERIORES al 9 de abril de 1948 visité por primera vez el Capitolio Nacional. Para entonces me desempeñaba como periodista, en representación de los diarios, *El Nacional*, de Barranquilla, y *Jornada*, de Bogotá, ante la Novena Conferencia Panamericana. El edificio había sido retocado, y sus salones principales, que hoy sirven de sede a las comisiones de trabajo del Senado y la Cámara, cambiaron de muebles. Después, mientras duró el llamado Gobierno de Unidad Nacional, acudía allí con frecuencia en compañía de mis colegas universitarios, Aniano Iglesias, Luis Felipe Palencia Caratt, José Francisco de la Hoz, Marceliano Polo Restrepo. Con ellos redactaba una página que todas las semanas, por generosa acogida del doctor Juan B. Fernández O., se publicaba en *El Heraldo*, con el pomposo nombre de *Pensamiento de Izquierda* e íbamos en busca de noticias. Me gustaba la política y mientras escuchaba los discursos de los oradores de turno, solía soñar con los años por venir, en que habría de llegar a sus instalaciones, con mi credencial de parlamentario en el bolsillo.

Ahora estoy en el Salón Elíptico. Llevo tres horas oyendo discursos cortos sobre un mismo tema intrascendente. A veces me distraigo indagando detalles de la mano creadora de los artesanos que construyeron las paredes y la cúpula. No puedo ocultar que me gustaba más la antigua localización

de la mesa directiva, con el hermoso mural de Santiago Martínez Delgado al fondo. Siempre me impresionaba la efigie del Libertador acompañado de los legisladores de la Villa del Rosario en todo el frente del recinto. Era para mí como un reto. Ahora ha quedado a un lado, y detrás del proscenio sólo hay un muro vacío como símbolo indescifrable. El ambiente de la sesión es propicio para el desconcierto: Los jerarcas de los partidos tradicionales firmaron un convenio para elegir dignatarios y Contralor, con candidatos honestos y capaces. Lo que quiere decir que no todos los parlamentarios ofrecen esas virtudes. Es un irrespeto a los miembros del Congreso y una limitación a su autonomía. Pero no existe una inquietud solidaria para rechazar el exabrupto. Parece que el temor de perder las cuotas burocráticas pesa sobre la voluntad de los ofendidos.

Ha pasado una semana. Hoy me han invitado a una reunión especial para conversar sobre aspirantes a la dirección de la Contraloría General de la República. A los costeños se les rechaza como candidatos. Existe una fobia general hacia los hijos de nuestra región. El jefe del Nuevo Liberalismo, por ejemplo, ha insinuado públicamente una veintena de nombres, pero no menciona a un solo costeño, para él los tratadistas del derecho, la economía, y los conductores políticos de siete departamentos, carecen de importancia. En una de las habitaciones del Hotel Tequendama el anfitrión expone su estrategia. El candidato debe ser un senador, porque, según él, en la Cámara no hay una sola figura sobresaliente, ni de confianza del ex presidente Pastrana. Mientras habla, yo recuerdo a Forero Benavides, con las manos cargadas de libros, y a ex magistrados y catedráticos del Atlántico y Bolívar, que he saludado en los pasillos del Capitolio. Pero eso no parece contar. Pienso que nada tengo que hacer en este sitio, y con disimulo busco la puerta de salida.

Esta noche del miércoles aires distintos refrescaron el ambiente. La bancada

conservadora de la Cámara se ha rebelado contra la imposición antidemocrática. Más tarde se aclamará el nombre de Rodolfo González García. Es un economista y profesor universitario. Toma la palabra para agradecer, y su discurso es brillante y valeroso. Aclara conceptos sobre moral, para desenmascarar a sus falsos apóstoles, y pregonar la necesidad de la lucha por los idearios de izquierda y la justicia social. La sesión termina y salgo a la calle. Regreso al hotel con mis puntos de vista sobre los problemas del desarrollo nacional que aspiraba a exponer en la plenaria que no llegó. Habrá que esperar otra oportunidad. Y aunque me satisface y reconforta la actitud de los ciento ochenta y dos representantes que supieron defender su autonomía y la voluntad popular me miro la solapa y no puedo resistir la tentación de cambiar el reluciente botón que tanto añoré en el ayer, por el que siempre he usado, y me acredita como rector universitario.

El escándalo de las centrales de abasto

En las últimas sesiones de la Comisión Octava de la Cámara de Representantes se han debatido temas de importancia para la comunidad.

Con la presencia del señor Ministro de Agricultura y del gerente de Corabastos, de Bogotá, se llevó a cabo un debate que yo consideré, en mi intervención, de trascendencia nacional, pues en distintas ciudades del país, entre ellas Barranquilla, se trabaja en proyectos similares que a la larga, en su funcionamiento, pueden caer en los desaciertos y anormalidades que sufre en estos momentos la gran distribuidora de la capital de la República, cuyos propósitos altruistas se desvirtúan para convertirse en un centro de acaparamiento dominado por pocas personas para su exclusivo provecho.

La citación estuvo a cargo de los señores representantes Luz Castillo de Melo, Rafael Cortés Otálora, Olegario Barboza y Alfonso Cano Molina.

Corabastos se creó con aportes de organismos oficiales como Idema, Incora, Cofiagro y Distrito Especial. Fue en su tiempo el gran intento del gobierno en busca de la comercialización masiva de los productos de primera necesidad. Se encaminaba a facilitar la defensa del pequeño productor de la tierra y de las masas consumidoras, víctimas de los intermediarios y especuladores. Más tarde surgió Cabsa, con un capital pagado de 112 millones de pesos, de los cuales más de 105 fueron aportados por la propia Corabastos, seis millones por Cofiagro y unos veintiún mil pesos por veintiún mayoristas, a razón de mil pesos por mayorista. Sin embargo la junta directiva de Cabsa quedó integrada por siete miembros, cuatro del sector oficial, que aportó más de 111 millones, y tres de los mayoristas. Algo increíble, pero cierto, en un país en donde los avivatos se apoderan de las empresas que pertenecen al pueblo en su conjunto, con el beneplácito y el estímulo del Estado, tal como ha venido sucediendo desde tiempo atrás con las iniciativas del Instituto de Fomento Industrial. Modificaciones posteriores de la composición orgánica de la Central de Abastos, permitieron la fusión de Corabastos y de Cabsa y el dominio completo de los 21 mayoristas privilegiados. El patrimonio de Corabastos debe ser ahora de miles de millones de pesos, en poder de veintiún personajes del increíble mundo de Ripley que invirtieron veintiún mil pesos. En la actualidad existe un Comité de Arrendamientos y Cesiones a cargo de los mayoristas y del Gerente, que maneja a Corabastos y determina los cánones de arrendamiento. Una de sus últimas medidas fue la de reajustar en quinientos por ciento las primas de cesión y en cuatrocientos por ciento la tarifa de alquileres.

Después de escuchar los análisis y denuncias que hicieron los honorables representantes de la Comisión, llamé la atención al señor Ministro sobre las implicaciones inflacionarias de las alzas en los costos de operaciones de una empresa en cuyas manos reposa la responsabilidad del mercadeo que afecta a los desposeídos y asalariados. Como sucede con el fenómeno de la

traslación de los impuestos indirectos, a la larga las nuevas cargas, que en un principio afecten a los arrendatarios, serán trasladadas a los precios de las mercancías para incidir en los presupuestos familiares. Por otra parte, el cambio del espíritu de servicio y control de Corabastos, es un hecho que debe investigarse en todas sus implicaciones sociales, pues al ser imitado por empresas similares que se organicen en el país, frustraría las esperanzas de los consumidores y de los campesinos, agobiados en el presente por mayoristas, especuladores, comisionistas, etc. Las Centrales de Abasto jamás pueden cumplir un papel regulador y de control en favor del pueblo si sus decisiones están en manos de la economía privada. Mucho menos puede explicarse la conversión de una empresa oficial, como Corabastos o similares, en particular, para usufructo de unos pocos que apenas aportan irrisorias sumas de dinero en comparación con las de los organismos públicos.

Los portuarios, la Costa y el Gobierno

Mientras el señor Presidente preside los actos de la burguesía antioqueña, y declara con entusiasmo que no ahorrará esfuerzos en la tarea de recuperación del liderazgo económico de su gente, tan venida a menos con los escándalos financieros, da muestra de una aparente indiferencia ante la grave situación de los puertos marítimos.

Lo que obliga al reclamo es la actitud inexplicable ante un problema de profundas repercusiones sociales y económicas para la Costa. Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, como Buenaventura y Tumaco, son ciudades cuya actividad económica se desprende de sus puertos. Son centros urbanos de economía portuaria. Buena parte de su actividad comercial e industrial depende del movimiento de mercancías por sus puertos. Un desmedro o paralización de sus puertos repercute en la vida económica de la región

costeña. Por lo tanto, la negligencia ante fenómenos que afecten su estabilidad, no compagina con el entusiasmo derrochado a favor del progreso de las otras.

Desde el punto de vista social la posición asumida por el Gobierno no corresponde a los buenos y afirmativos oficios del señor Presidente en la política internacional, ni mucho menos a sus discursos sobre la justicia social. El señor Presidente se ha negado, desde meses atrás, a recibir a los directivos de la CTC, y en los propósitos oficiales de regatear prestaciones y derechos adquiridos por los trabajadores, colocó en la gerencia de la Empresa Puertos de Colombia a un militar, mientras se legisla para sacar del naufragio a banqueros inescrupulosos o incapaces.

El señor Presidente no puede eludir la responsabilidad que le corresponde en el conflicto de los puertos. Fue él quien escogió a un funcionario que, por su formación, está más cerca de la intransigencia que del diálogo comprensivo. El militar está educado para recibir y acatar órdenes. Y detrás de él puede encubrirse el juego de un gobierno dispuesto a negar derechos laborales, con el sospechoso propósito de evitar que los trabajadores de otros sectores reclamen salarios más justos.

Nadie puede acusar a los trabajadores de los terminales de revolucionarios izquierdistas. Por el contrario, siempre los políticos conservadores y liberales, se han aprovechado de sus votos y respaldos.

Por otra parte, los noticieros de la televisión, patrocinados y sometidos por las conveniencias de los grandes grupos financieros, se empeñan en mostrar a los trabajadores y jubilados como una clase privilegiada devengadora de fabulosos salarios. Cuando en verdad se trata de remuneraciones y pensiones módicas, si se comparan con los multimillonarios ingresos de los integrantes de la clase social propietaria de los medios de producción, de la distribución

comercial y el poder financiero. En la Universidad Simón Bolívar, tal vez la de menor presupuesto en el país, trabajan varios jubilados del Puerto de Barranquilla, entre ellos los legendarios dirigentes sindicales Ignacio Salebe y Manuel Figueroa. Sin embargo, las remuneraciones que reciben allí, son dos o tres veces mayores que sus pensiones de retiro.

Hay, pues, necesidad de entender que la defensa de la causa de los trabajadores y de la estabilidad del servicio de los puertos, es la defensa de la economía de la Costa y del salario de un buen número de sus hombres de trabajo. Y el señor Presidente de la República, tal como lo hizo en Medellín, está obligado a parar el atropello, los despidos y evitar los muertos que ensombrecen el porvenir de un grupo social que tanto ha contribuido con su trabajo creador al desarrollo económico del país.

Liberalismo, proteccionismo y oposición

La Comisión Política Central del Liberalismo presentó un informe a la Junta de Parlamentarios, en el cual, aunque muy a la ligera, se tratan algunos temas económicos dignos de analizarse. En verdad sería interesante indagar si ciertos planteamientos responden a la tradición ideológica de esa colectividad, y si encajan en cualquiera pretendida actitud oposicionista, más allá de los alcances de la estrategia del gobierno actual.

En el documento mencionado se dice que "el proteccionismo a ultranza en contra de los bajos precios y la calidad que favorece al consumidor y sin medida alguna conducente a la modernización de nuestra industria... son síntomas preocupantes, casi peligrosos, de un equivocado manejo económico con el cual el liberalismo no puede solidarizarse".

Para cualquiera organización política que se respete en un país subdesarrollado y dependiente, la bandera del proteccionismo es indispensable. Más

aún, cabe decir que la inclinación a la izquierda puede medirse en la mayor afirmación hacia el compromiso protector, hasta llegar a las medidas integrales del socialismo, a través de la nacionalización del comercio internacional. El proteccionismo en sí, no puede regatearse, ni mucho menos es válido mencionar las viejas falacias del liberalismo europeo de siglos pasados sobre ventajas en menores precios. Porque valdría preguntar ¿cuáles precios bajos... los del libre comercio o los del contrabando?

Después de dos siglos de refutación y práctica de los argumentos de Adam Smith y su escuela, y después de que sólo a través de la protección a sus industrias y a sus recursos las grandes potencias económicas capitalistas y socialistas de hoy pudieron ocupar el sitio que el librecambismo les impedía, todo argumento trasnochado de tinte no intervencionista, hay que interpretarlo a la luz de la independencia ideológica neoliberal, cuyos resultados han sido tan funestos para el crecimiento económico y la democracia política de países como Chile o Brasil.

Discutir la protección a la industria es una bandera sin piso en la realidad nacional. Otra cosa sería ofrecer como alternativa de poder un proteccionismo condicionado al desarrollo social y armónicamente regional del país, capaz de asegurar la equidad en los beneficios del control. Porque el proteccionismo unilateral e incondicionado que propugna el gobierno deviene en privilegio de grupos, sectores y regiones, para alimentar la concentración y la desigualdad.

Por el contrario, un proteccionismo democrático y nacionalista debe responder a una rigurosa planeación capaz de cuidar al consumidor con el control de precios y calidades, de fomentar y obligar la modernización de la industria, de extender la acción protectora a la agricultura y a la producción de materias primas, y de regular al capital extranjero, para impedir que el sacrificio que supone la restricción protectora, a la larga sea para beneficio

único de las grandes multinacionales extranjeras que sacan provecho de un mercado monopolizado, donde pueden imponer a su antojo bajos salarios, precios altos de sus mercancías y calidades de segunda clase.

El proteccionismo no puede discutirse. Lo que exige análisis es su forma adecuada de aplicación, a fin de que sus beneficios sean para la comunidad en su conjunto.

Pancartas, política y centralismo

Hace unos días con motivo de la visita a la ciudad de las directivas del Partido Liberal, *El Heraldo* publicó una curiosa fotografía de la multitud que dio la bienvenida. Lo llamativo del caso es que de las ocho pancartas de saludo a los ilustres visitantes, que pueden observarse, seis eran patrocinadas por los sanandresitos.

La comitiva venía acompañada por los expositores a un foro donde se analizarían temas de tanta importancia para Barranquilla y la región costeña, como la integración con el Caribe y las Antillas y los problemas fronterizos. Dichos expositores, según el programa y como corresponde al colonialismo cultural centralista, eran bogotanos o personajes radicados en Bogotá. Vale decir, que esos compatriotas del interior, como suele suceder en estos casos, llegaban desde sus alturas geográficas e intelectuales, a enseñarnos cómo es el asunto de las relaciones comerciales con nuestros vecinos, y a ponernos a meditar acerca de la trascendencia de estar al lado de los otros países expoliados del tercer mundo, pese a que estas cosas no se consideraron de interés en los gobiernos que acaban de pasar, y de los cuales ellos formaron parte.

El coctel de pancartas, política y centralismo me ha hecho recordar ciertos acontecimientos paradójicos de nuestra historia, un tanto particulares y

auténticos, que en algo se relacionan con el presente. Por ejemplo, la actividad comercial ilícita se genera en Colombia por motivos distintos a los comunes. Siempre la limitación en las importaciones ha sido en todas partes causa de matute. Pero entre nosotros, gracias al centralismo colonial, que desde la metrópoli o la capital del virreinato legislaba para las grandes extensiones teniendo en cuenta tan sólo las conveniencias del dominador, la práctica se origina en las restricciones de la política económica de la época, que limitaba la diligencia productiva de los habitantes de la Nueva Granada, particularmente los de La Guajira. Con objetividad, y hasta cierto punto desacuerdo, así lo hace saber, en 1776, Manuel Guirior en su *Relación de Mando*, cuando escribe que en las "provincias de las costas de ambos mares, no pudiendo los vecinos lograr ropas y efectos de lícita entrada a cambio de las producciones de su mismo país, se dedican a comerciar con los extranjeros, dándoles la madera, cebos, mulas, algodón, palo de tinte, cuando en España no se admite otra cosa que el oro y la plata". Y agrega más adelante: "Ofrece prueba convincente de esta verdad la provincia del Río del Hacha, que en sí y sus cercanías tiene frutos comerciales, ya de palos, ya de cuernos, mulas, sebos y oros apreciables que no le es fácil traficar ni expender lícitamente... dando pretexto para abrir campo al contrabando". Por otra parte a los indígenas o nativos de Riohacha, o Guajira, se les despojaba de sus riquezas minerales y de sus tierras y hasta se les negaba el derecho al trabajo, al traerse mano de obra africana que, según el colonialista, era de mayor rendimiento. Desde entonces se organizó un cuerpo policivo para reprimir el contrabando.

Ahora sucede algo parecido. En el territorio guajiro se explota su carbón, su gas, su sal. Al indio se le desaloja de sus tierras con entrañas de tesoro. Pero se le niega el trabajo, y las fabulosas utilidades las reciben las multinacionales extranjeras o las empresas con sedes en Bogotá. Y el guajiro tendrá que seguir contrabandeando, y rogando, como en el canto de Escalona,

que hundan en Corea, o en otras partes, a los barcos que carecen de autoridad moral para ajusticiarlos por sus procederes comerciales ilegales, por cuanto son los mismos que protegen a los que llegan de fuera a llevarse su riqueza.

La dieta de los parlamentarios

En el mes de agosto viajé a Bogotá, invitado por don Julio Borelly, Representante principal, para que, en mi condición de suplente, me juramentara, asistiera a la posesión del señor Presidente de la República, y participara en las elecciones de la Junta Directiva de la Corporación y del Contralor General. Así lo hice, y durante los diez días que permanecí en Bogotá, tuve el cuidado de concurrir a todas las reuniones que me citaron. Recibí, después de haber firmado los recibos correspondientes, una credencial, un escudo, un maletín y el libro de reglamentos de la institución. Todos esos objetos los guardo con sumo cuidado para poder devolverlos en 1986.

Fui a la capital sin recibir pasajes de la Cámara, y jamás cobré un solo centavo por el tiempo en que la generosidad de mi principal permitió que ocupara su curul. No he puesto telegramas con franquicia, y además, desde entonces, por respeto a mi investidura, he dejado de acercarme a las oficinas y agencias donde, desde dieciocho años atrás, solía llegar a vender páginas o, como se acostumbra a decir, a solicitar avisos para mi revista *Desarrollo Indoamericano*. Más aún, el mes pasado envié una carta a don Julio Borelly pidiéndole el favor de que mientras yo tenga el título de miembro de la Cámara de Representantes, se abstenga de incluir a la Universidad Simón Bolívar, de la cual soy Rector, en la nómina de auxilios que las normas del Congreso permite a sus integrantes distribuir. Y le he suplicado que haga conocer mi decisión a todos los senadores y representantes, para que procedan de manera idéntica. Naturalmente, jamás me acercaré, tampoco, donde ningún contralor, gobernador o alcalde, a reclamar puestos para amigos políticos.

Si todo esto puede servirme de motivo, o concederme un poquito de autoridad, debo declarar que la actitud de los señores parlamentarios en busca de un salario acorde a las exigencias de su rango es, sencillamente, justa y necesaria.

Sobre los sueldos y canonjías de los legisladores se hacen críticas exageradas, buena parte de ellas con propósitos de descrédito a la institución parlamentaria. Los actuales estipendios de los senadores y representantes son irrisorios si se les compara con las altas remuneraciones de los llamados ejecutivos, de los sectores privados y públicos, y con los ingresos de los accionistas, especuladores, terratenientes, empresarios, etc. Cualquier propietario de un modesto almacén, funcionario de mando medio, o locutor afortunado, recibe una entrada más allá de los ochenta mil pesos mensuales de un parlamentario que tiene que pagar altas tarifas de hoteles, vestuarios especiales, etc.

El salario limitado de los parlamentarios sirve para contribuir a la deformación de la democracia representativa, puesto que al Capitolio Nacional sólo podrían llegar los pudientes, los que se dan el lujo de atender exigencias con sus entradas particulares, y financiar costosas campañas electorales, que de hecho, invalidan la presencia de los que carecen de recursos dinerarios.

En una verdadera democracia representativa habría que pensar seriamente en los salarios adecuados de los parlamentarios, y además, en la responsabilidad del Estado en atender los costos de las campañas políticas de los aspirantes, que garantice igualdad de condiciones y asegure la erradicación del clientelismo, o reparto burocrático. Con esas condiciones mínimas puede pensarse que en un futuro alcancen el respaldo de las masas, no los más acaudalados e intrigantes, sino los comprometidos con las causas populares, con la defensa de los intereses regionales y el desarrollo independiente del país.

Más que la cuantía de las dietas lo que importa, y en esto deben gastar sus energías los críticos, es que los parlamentarios cumplan con el trabajo encomendado, y lleven a cabo las promesas e inquietudes que expusieron a sus simpatizantes y electores. De otra manera el Parlamento será albergue de ricachos, terratenientes, oligarcas y políticos clientelistas.

Liberalismo y socialdemocracia

Tanto en el campo de la economía, como en el de la política, siempre he considerado que los países de América Latina deben actuar de manera autónoma. Por sus características raciales, su lengua, su historia, pero, ante todo, su enjambre de problemas propios del subdesarrollo y la dependencia, la orientación de la estrategia obliga a la originalidad. En el ámbito de las ciencias sociales, y esto no admite discusión, la conducta económica o política responde a las conveniencias de cada zona territorial, de acuerdo al grado de desarrollo de sus fuerzas productivas. Y debe entenderse que este supuesto es válido para todo tipo de organización social, ya sea capitalista o socialista.

Una muestra elocuente de lo comentado, quedó al descubierto en el conflicto de las Malvinas: Todos los países europeos, ya sea la Francia del socialista Mitterrand, o la Alemania socialdemócrata, se alinearon fervorosamente al lado de la colonizadora Inglaterra y del imperialismo norteamericano.

Y si esa es la realidad, ¿cuáles son las ventajas para que un partido político colombiano que pretende de popular y democrático, ingrese a internacionales socialdemócratas manejadas desde Europa?

En mi concepto el liberalismo no necesita de esas alianzas para hacer gala de una aspiración socializante. Si apenas bastaría con volver al pasado, e intentar convertir en realidad el legado ideológico de sus más destacados

dirigentes. Rafael Uribe Uribe pregonó las bondades de la propiedad comunal. El interés privado, decía, es egoísta, imprevisor y transitorio. "Su imagen está en el explotador de nuestros bosques, que derriba al árbol sin importarle nada lo que venga atrás, siempre que él alcance la plenitud de su provecho. Sólo el Estado, que es perpetuo, representa los intereses perpetuos de la sociedad." Claro está que debe entenderse que Uribe Uribe pensaba en términos de un Estado al servicio del pueblo, distinto al Estado monopolista de nuestros días, calanchín y soporte de los grupos financieros criollos y de los intereses foráneos. De ahí que pensara que en Colombia, "sólo el esfuerzo colectivo, bien dirigido y honradamente manejado, puede sacarla de la postración (porque) el socialismo es de naturaleza: Las hormigas, las abejas, los castores, lo enseñan, así para realizar las obras comunes como para defenderse".

Gaitán, por su parte, es aún más enfático. En el caso de la tierra, por ejemplo, dijo: "Mientras la propiedad de la tierra siga siendo individual, no hay esperanzas de mejora. Esa propiedad es injusta, esa vida social que ella engendra es un crimen, y los hombres que la explotan marchan por las pautas blancas del Código Penal".

Sin embargo utópico sería pretender dar marcha atrás. Hoy el partido liberal es émulo del conservatismo en la defensa de la preservación del status. Apenas si sus masas, como fuerza potencial indiscutible, esperan que surjan los conductores no alineados, que piensen y actúen revolucionariamente, en favor de un socialismo nuestro auténtico, enraizado en nuestra realidad, y para provecho exclusivo de nuestro pueblo.

Política y burocracia

En el campo de las ideas la actividad de los partidos colombianos es sencillamente deplorable. Sólo el señor Presidente de la República, como

jefe del gobierno, crea situaciones, con sus medidas oficiales, dignas de interés. Pero la gestión pública apenas si se ve respaldada por agrupaciones más inclinadas en cuidar de la participación burocrática. Porque cierto es que en calles y corrillos la burguesía y los gamonales ganaderos encuentran en las posiciones dignas y latinoamericanistas del doctor Belisario Betancur, pretendidos ensayos de peligroso sabor revolucionario. A veces da la impresión de que las actitudes nacionalistas y espontáneas del señor Presidente no más que reciben el visto bueno del pueblo raso.

Por los predios del liberalismo no existe ningún propósito en favor del rescate de inquietudes que en el pasado lo mostraron como una organización popular y de vanguardia. Ni la intervención estatal socializante de López Pumarejo ni la afirmación restauradora de la moral de Gaitán, ni, mucho menos, los postulados descentralistas de los constituyentes de Rionegro, se recuerdan como doctrinas de agitación. Apenas si se alza la voz para denunciar un reparto burocrático inequitativo, o para fomentar foros de no muy claros propósitos, como acertadamente los enjuiciaba Juan B. Fernández en reciente editorial. Más aún, para sorpresa de todos, se ha llegado a ciertos límites sospechosos en la defensa de actividades de distribución y venta de mercadería extranjera de procedencia ilícita, conducta que repele con el proteccionismo en favor de la producción nacional que defendieron sus ideólogos de otros tiempos.

En lo local el ambiente es todavía más deplorable. Los miembros de las corporaciones públicas y los dirigentes de grupos se trenzan en jugarretas para el dominio y usufructo de migajas burocráticas, y se expresan, en comunicados de mal gusto, contra personalidades de su propia ciudad que han logrado llegar a posiciones respetables en la dirección de su Partido. Y nadie puede decir que no existe un campo abonado para asumir posiciones correctas en favor de la colectividad que le ofrece su confianza. La verdad es que toda la región costeña sigue soportando el peso del abandono

centralista. Hace poco estuvo acá el señor Presidente. Y hubo expectativa por escucharlo el día de Barranquilla. Sin embargo sus discursos nada tuvieron que ver con los agobiantes problemas de la urbe. En el Teatro Municipal, por ejemplo, el señor Gobernador presentó una especie de pliego de peticiones, o de memorial de agravios, al señor Ministro de Fomento y al Gobierno Central. Y el señor Presidente, en su discurso de respuesta, se dedicó a explicar el programa de la Universidad a Distancia, que hasta ahora nada ha tenido que ver con el Atlántico, y a emular con el profesor Guillén en metáforas y figuras literarias.

Ante esta crisis doctrinaria se hace necesario abrir un frente de posibilidades que faciliten el acercamiento al pueblo. Más allá de las buenas intenciones de la política económica oficial, es indispensable ofrecer la alternativa de las reformas estructurales capaces de lograr que la tierra, el capital y todos los factores de la producción, garanticen el derecho al trabajo, a la salubridad, la educación, la vivienda y la paz auténtica. Pero, sobre todo, hay que asegurarle al elector, que quienes aspiren a recibir su respaldo, están dispuestos a dejar a un lado todo ese andamiaje de prácticas y fallas que facilitaron el deterioro que sigue ensombreciendo el porvenir.

Salud, agua y vivienda

En el pasado la mayor parte de la actividad del Parlamento se llevaba a cabo en las sesiones plenarias del Senado y la Cámara. Eran los tiempos de los grandes debates y la elocuencia tribunicia, y el pueblo bogotano, que carecía entonces de recreaciones, se divertía en las tardes y noches en el Capitolio escuchando los discursos floridos o los chispazos mordaces de los oradores de turno. Ahora la situación ha cambiado, y el papel de la discusión y el análisis le corresponde a los recintos de las comisiones. Allí se puede apreciar el trabajo de los legisladores, y es en donde sus inquietudes

y cuidados en busca de soluciones a los problemas del país y de sus regiones, pueden servir para sopesar sus méritos.

En comentarios escritos en esta columna he sido partidario de la reforma legal que obligue a los elegidos a rendir cuentas a sus electores de la misión encomendada, que en tal caso debe responder a un mínimo de los programas y promesas divulgados en las campañas proselitistas. Para acomodarme a esa conducta rendiré, con regularidad, un informe de lo acontecido en la Comisión Octava de la Cámara, la encargada de la creación, supresión, reformas, funcionamiento y presupuestos de los establecimientos públicos y empresas industriales y comerciales del Estado.

El miércoles pasado asistieron a una cita previa los señores Ministros de Salud y Directores de Insfopal e Inas. Los honorables representantes Barboza, Vargas y Valdés abrieron el debate solicitando a dichos funcionarios explicaciones sobre hechos que inquietan al país, pues ante la gravedad de los problemas de la salud y del déficit de agua potable, las partidas presupuestales para tales servicios han sido recortadas en los proyectos de inversión.

Después de escuchar al señor Ministro hice uso de la palabra para anotar que su intervención fue rica en contradicciones, y permite suponer que el Gobierno Central carece de una política adecuada para el suministro de agua potable al cuarenta por ciento de la población colombiana que carece de ella. Por ejemplo, el señor Ministro dijo que los recursos financieros son posibles y abundantes, pero no hay capacidad de gestión por parte de los organismos responsables, como Inas e Insfopal. Mientras tanto, los propios directores de esos institutos recordaron, con cifras y documentos, que de manera oportuna habían entregado proyectos para nuevas obras, y el alto Gobierno las dejó a un lado. Así, Insfopal programó gastos por doce mil

millones de pesos, y apenas le asignaron cinco mil quinientos millones. Más aún, en el primer semestre del presente año, con un presupuesto de dos mil millones de pesos para inversiones, sólo recibió la irrisoria suma de veinticuatro millones. Por su parte al Instituto Nacional de Salud se le recortó su presupuesto para el próximo año en un treinta y cinco por ciento.

Las explicaciones de los Directores de Insfopal e Inas fueron correctas. Hasta podría decirse que ellos hicieron el debate al Gobierno. La situación es crítica, y los problemas se acumulan ante el descuido de las altas esferas. En sus señalamientos el director de Insfopal hizo saber que los créditos externos frustrados pueden explicarse por el desinterés del Gobierno en la apropiación de las contrapartidas que se exigen en ese tipo de operaciones. También la Comisión escuchó la promesa de ese alto funcionario de investigar las denuncias publicadas en *El Heraldo*, que yo llevé como pruebas, acerca de la incorrecta modalidad de Empotlán, organismo empeñado en el despilfarro burocrático y en permitir la utilización del acueducto destinado a surtir a Puerto Colombia, en nuevas urbanizaciones, que no construyen viviendas, pero sí aprovechan el agua para regar los prados de sus lotes en busca de engorde.

Recuerdos de Néstor Carlos Consuegra

Conocí a Néstor Carlos Consuegra en mi plena adolescencia. Para entonces Gaitán reiniciaba la actividad agitante, y como aún no había en Barranquilla universidades, los estudiantes de bachillerato jugaban al papel de vanguardia de la juventud. Yo dirigía el Semanario *Frente Nacional*, y en sus páginas se fustigaba a todos los políticos del oficialismo liberal. Entre esas víctimas de la intrepidez estudiantil estaba Néstor Carlos Consuegra.

Después, en 1945, llegó Gaitán a Barranquilla. Las masas lo aclamaron, y

pasadas las manifestaciones, los candidatos a las corporaciones públicas se reunieron con él en su habitación del Hotel El Prado. Los simpatizantes se dividían en dos grupos: Los fundadores y ortodoxos del Movimiento, y los nuevos gaitanistas, pero ya curtidos luchadores populares. Este último lo encabezaba Néstor Carlos, candidato al Senado, acompañado por su amigo, Alonso Hernández Barreto, aspirante a la Cámara. Gaitán aceptó a Néstor Carlos pero quiso ignorar a Hernández Barreto. Las discusiones fueron largas, y yo permanecía atento con el interés del principiante. Ante la intransigencia de los íntimos del caudillo, Néstor Carlos tomó de la mano a su compañero y se alejó en su pequeño automóvil a recorrer los barrios de la ciudad y los pueblitos apartados del Atlántico. A toda hora, de madrugada o en el medio día, su espíritu indómito se paseaba por las salas de los hogares humildes voceando las tesis de la restauración moral y democrática. Y con el escudo de su dignidad, simpatía desbordante y capacidad de servicio inagotable, el domingo de las elecciones, como disidente, superó en votos la lista oficial de Gaitán.

Años después escuché a Néstor Carlos en una comisión del Congreso. La claridad de su exposición y el entusiasmo en la defensa de sus tesis, borraron para siempre mis prejuicios y empecé a admirar a una figura símbolo de la democracia.

Néstor Carlos era un político nato. Pulcro y autodidacto, superó toda clase de obstáculos para llegar a las más altas posiciones representativas. Y habiendo tenido el poder en sus manos, sólo lo utilizó en beneficio de la comunidad. Bastaría recordar que después de ocupar la Presidencia del Senado, pasar por la Cámara, Asamblea y Concejo de Barranquilla, y manejar con su influencia a gobernadores y alcaldes, en la dictadura de Laureano Gómez, pobre como seguía siendo, se puso a vender arroz en la calle de Las Vacas para ganarse así la vida.

Néstor Carlos conoció la cárcel, pero por revolucionario. El 9 de abril, con el respaldo de su pueblo, se tomó la gobernación. Después el gobierno revanchista le castigó su osadía. Y allí también estuvo con su cabeza en alto, orgulloso de su gesto insurgente.

El día de su muerte los representantes del Atlántico, encabezados por el doctor Hernán Rincón, firmaron e hicieron aprobar, una nota de duelo. Yo, después de adherir, con la tristeza del recuerdo, menos pude comprender la razón de un debate sobre historia de millones y riquezas mal habidas que se ventilaba esa noche en el Salón Elíptico de la Cámara, y anhelé regresar el tiempo para estar en un pasado donde las ideas y los principios doctrinarios eran los temas comunes del foro. Entonces reafirmé mi admiración por Néstor Carlos Consuegra.

El decreto sobre arriendos

En la organización social capitalista uno de los fenómenos más lacerantes del presupuesto familiar de los asalariados es el alquiler que se paga por el uso de una habitación ajena. En los nuevos conceptos de justicia social, la vivienda propia se eleva a la categoría de un derecho humano, como el derecho al trabajo y a la educación, que ya están consagrados en las constituciones de países con otros criterios sobre la responsabilidad del Estado ante la colectividad. En Colombia, por el contrario, los trabajadores deben ocupar el más alto porcentaje de su ingreso, a veces hasta la mitad, en el pago de arriendos. A lo anterior se agrega la humillación y los obstáculos que soportan los inquilinos, sometidos al rigor de exigencias inauditas de los caseros y agencias de arriendos.

Los contratos de arrendamientos son leoninos. Han sido hechos para proteger a los propietarios. Casi siempre los que conocen su contenido suelen decir

que quien los lee no los firma por propia voluntad. Así es. Los estudiantes de derecho de hace unas décadas recuerdan a un ilustre profesor y patricio liberal, pero también usurero y rentista, que mucho tuvo que ver con la redacción de esas normas. Las casas de arriendo son hoy en todas nuestras ciudades verdaderos baluartes de la insensibilidad social, con ejércitos de abogados cobra cuentas a su servicio, dispuestos a hacer cumplir la voluntad de los propietarios. Hablar de leyes de oferta y demanda en la regulación del precio del arriendo, es una simple mamarrachada. Las economías donde el propietario domina la oferta a su antojo, y llega hasta los predios del delito social de quemar las cosechas, matar los pollos o arrojar los huevos al río, para impedir la baja de los precios, no se puede disfrazar la realidad con la mención de hipótesis de un pasado liberal y no intervencionista, que tuvo a su haber un camino expedito para la injusticia y el enriquecimiento acelerado.

Teniendo en cuenta lo anterior, las providencias decretadas por el actual Gobierno deben acogerse como saludables en el camino de la solución futura de uno de los problemas sociales que soporta el pueblo. Hasta el momento los arrendadores gozan del privilegio sin límites que les permite imponer los cánones por encima, en varias veces, de los avalúos catastrales. Se enriquecen con una valorización desbordada que marcha en armonía con la tasa de arrendamiento, pero no correspondida por las cargas tributarias. Es correcta, por lo tanto, la medida oficial que va más allá de los propósitos fiscales, por cuanto descarta los llamados avalúos comerciales, que expresan la voluntad soberana de la clase propietaria, y acoge el avalúo oficial, no sólo para impedir la evasión, sino, además, para controlar el abuso. Y esto será factible si el gobierno, a través de sus oficinas de catastro, regula los avalúos con mira de protección a la clase desposeída, y no por mera solicitud e injerencia de los propietarios.

En el campo de la ocupación y de los trámites de procesos, la nueva disposición supera lo previsto hasta el presente. Ahora es necesario que los organismos judiciales hagan cumplir el espíritu del Decreto evitando la burla que intentan hacer los arrendadores, con especialidad en lo concerniente al uso real como habitación propia, durante un año mínimo, del inmueble. Tal vez lo que demandará más cuidado será lo referente a la facultad de obtener la licencia para reparaciones "que no puedan ejecutarse sin la desocupación". La caución prevista en la norma viene en protección de la parte débil, que en ese caso es el arrendatario.

Si las medidas anteriores se complementan, como lo tiene ofrecido el señor Presidente, con una política activa de construcción de vivienda popular, nadie puede dudar que la situación soportada hasta el presente, comienza a tener halagüeñas perspectivas.

Liberalismo, Izquierda y casatenientes

En estos días se habla mucho de confusión. Y en verdad que el ambiente se enrarece y los acontecimientos inesperados desconciertan. Amenazas de guerra, intervenciones de los poderosos, crisis económica, son hechos que doblegan optimismos. En el caso interno las circunstancias son aún más complejas, porque, a la realidad agobiante se suma la ausencia de clamor para discernir lo adecuado.

Una experiencia vivida en la sesión de la Cámara de Representantes del miércoles pasado, me permite suponer que los problemas sociales que aquejan a nuestro pueblo —al fin y al cabo erguidos como génesis de la descomposición general— seguirán acumulándose para estrechar el camino. Por ejemplo, hace meses el Gobierno reglamentó el alquiler de viviendas, en un intento de protección a los inquilinos. Fue una medida correcta dentro

del marco de la intervención estatal capitalista. Nadie podría tildarla de socializante, por cuanto la propiedad privada no recibía ni rasguños. Apenas si se obligaba a los propietarios a sujetar sus pretensiones en razón de un avalúo catastral y se ofrecía a los arrendatarios algunas garantías que nunca antes habían tenido.

Naturalmente tal disposición no fue del agrado de los grandes rentistas, acostumbrados a imponer libremente sus condiciones a través de agencias de arriendos al servicio exclusivo de sus poderdantes. Y la acción galanista presentó un Proyecto de Ley que aplastaba el intento justiciero, para entregar de nuevo todo el privilegio opresor a los poseedores. O sea, que en vez de emplazar al Gobierno para hacer más afirmativa la medida, a nombre, nada menos que del partido de López Pumarejo, que introdujo el artículo 32 de la Carta para garantizar la modalidad interventora en busca de justicia social, se regresa a una libertad de contrato, de la cual sólo sacará provecho el arrentado. Y para dar respaldo al exabrupto, todas las tardes una claque atemorizadora, se apodera del frontis del Capitolio Nacional con gritos desafiantes contra el Presidente Betancur y contra quienes intentan oponerse a sus exigencias.

El artículo 11, del mencionado proyecto —y esto basta para sopesar su espíritu y contenido— establece que el precio del arrendamiento será materia de acuerdo entre las partes, propietario e inquilino. Como si los contratos de arrendamiento no fuesen hechos por los propietarios, con toda clase de ventajas, y como si el papel de los inquilinos no haya estado siempre reducido a su obligatoria aceptación.

Cuando llegó el momento de votar, observé perplejo que toda la bancada liberal y el solitario vocero del partido marxista se ponían de pie para dar su voto afirmativo al proyecto. Quise intervenir, y solicité la palabra, pero no

costumbre, porque a la larga quien paga es el sistema democrático.

Contrastan esos lamentables episodios de las plenarias con el trabajo y la entereza en las comisiones. Sea el caso de la Comisión Octava, de la cual formé parte, en donde se adelantaron debates a los responsables del manejo de los organismos descentralizados, y se escucharon sus informes, para, en algunos casos, cuestionar sus actividades, tal como se cumplió la última vez, con funcionarios de la Superintendencia Bancaria y del Instituto de Crédito Territorial, a quienes se les hizo observaciones concretas acerca de la falta de vigilancia a las numerosas urbanizaciones piratas o no, que a lo largo del país aprovechan las necesidades del pueblo en el campo de la vivienda, para engañarlo y para lastimar su precario patrimonio.

Electrificación, intereses y marxismo

Para referirse a un nuevo programa de interconexión de la energía producida en la Costa que se lleva al interior del país, el señor Gerente de Corelca ha concedido a *El Heraldo* un reportaje, en el cual suministra informaciones dignas de análisis crítico. Por ejemplo, el doctor Ricardo Bray "explicó que no solamente se consiguió una financiación al 4.5 por ciento, que no se encuentra en ninguna parte, sino que además se acordó que se le pagará a los soviéticos con productos nacionales, de los cuales debe haber un mínimo del 30 por ciento de tales ventas, de bienes semielaborados o elaborados". Los productos que entregará Colombia a la Unión Soviética en dicho convenio, son: Arroz, café, azúcar, textiles y confecciones.

Para un ejecutivo de la economía capitalista este tipo de transacción es normal y favorable. En las relaciones comerciales entre países dominantes llamados desarrollados, y países dependientes, llamados subdesarrollados, el pago de interés es normal, aunque el protocolo señale todas las carac-

terísticas de un trueque. El pago de interés forma parte de la moral capitalista, y en las épocas modernas aparece como un instrumento de explotación y sometimiento. En nuestros días, por ejemplo, buena parte de los ingresos de América Latina por concepto de sus exportaciones, se pierden en el pago de intereses. La crisis del presente encuentra su mayor expresión en una deuda externa castigada por financiaciones agobiantes. Pero cuando se trata del comercio y la política crediticia donde participa un país socialista, es necesario, aunque sea a manera de constancia, reclamar un tratamiento acorde con los principios teóricos del marxismo.

Los manuales soviéticos de economía enseñan que "el interés es una parte del beneficio que obtiene el capitalista en la actividad productiva. Y como el beneficio es una forma modificada de la plusvalía", el interés por lo tanto, es también una parte de la plusvalía. Cuando un país, capitalista o socialista, está recibiendo interés en operaciones con otro país, se apropia de plusvalía, vale decir, de parte del valor del trabajo de sus habitantes. Esta situación poco meritoria para un país socialista que pretenda hacer respetable su doctrina, es mucho más incomprensible cuando se trata de protocolizaciones de intercambios de mercancías, como es el caso que se comenta. Marx decía que el interés es una parte del beneficio que el capitalista industrial ha de pagar al capitalista del dinero en la urdimbre de la explotación al trabajador. La escuela capitalista tiene, por su parte, una docena de teorías para justificar el interés. Pero cuando no hay entrega de dinero sino de mercancías para recibir mercancías, la presencia del interés es sencillamente aberrante. Si los soviéticos van a entregar equipo de electromecánica y los colombianos productos alimenticios y vestidos, ¿por qué debe pagarse una prima especial que toma el nombre de interés o financiación? En el orden de las necesidades vitales primarias del hombre los alimentos y vestidos tienen prioridad. En tal caso podrían ser los colombianos los de la ventaja para pensar en ese tipo de cuota privilegiada, y no al revés.

Pero como se trata de un simple canje de unas mercaderías por otras, el interés aparece como una modalidad que desarmoniza con los principios socialistas. No importa que la rata de interés sea más baja si se compara con la común del mercado capitalista. La verdad es, dígase lo que quiera, que cuando un país recibe intereses de otro se está apropiando de parte de su trabajo. Más aún cuando las mercancías que se cambian entre economías subdesarrolladas y desarrolladas están bajo el signo de relaciones de intercambios desiguales impuestas por los que dominan en el mercado capitalista, con precios bajos de materias primas y manufacturas primarias que se exportan, y precios altos de maquinarias y equipos que se importan.

Liberalismo e imperialismo

En sus grandes jornadas ideológicas el Partido Liberal de Colombia siempre fue abanderado del antiimperialismo y rechazó la presencia del coloniaje en la América Latina. Sus pensadores y dirigentes señalaron, en los momentos necesarios, una clara posición acorde con los intereses de los pueblos de nuestro subcontinente. Más aún, con énfasis se defendió la explotación de los recursos para el aprovechamiento propio, el regreso a la doctrina bolivariana, y los postulados democráticos, izquierdistas y auténticos.

En las tesis nacionalistas, los más destacados conductores liberales fueron afirmativos. Rafael Uribe Uribe, en 1912, con ironía criticaba a los gobernantes de turno por sus posiciones dependientes: "Así tenemos en Colombia, escribía en *El Liberal*, por boca de sus representantes diplomáticos, asistiendo al destino manifiesto y providencial de los Estados Unidos como maestros de la democracia cristiana en América, acatados como profesores de justicia aplicada a las relaciones humanas, reconocidos como participantes fieles de la justicia ajena a toda violencia". Y el propio, y muy moderado, Eduardo Santos, cuestionó el mal llamado panamericanismo: "...Vivimos

entregados a un narcisismo político, que nos impide mirar lo que no sea nuestra propia imagen, decía, mientras se ha presentado una nueva interpretación de la doctrina Monroe que reduce prácticamente a muy poca cosa la soberanía de las Repúblicas Latinoamericanas". Benjamín Herrera es todavía más celoso en el rechazo de la penetración imperialista: Criticó la presencia de las empresas petroleras extranjeras y la orientación de la política económica recomendada por misiones foráneas, como la Kemmerer. Gaitán, con su estilo de valeroso denunciante, levantó su voz en el Capitolio Nacional, para dejar al desnudo las actividades de la United Fruit y la represión oficial: "Creemos que las naciones latinoamericanas tienen un peligro cierto en los imperialismos... y dolorosamente sabemos que en este país el gobierno tiene la metralla homicida para los hijos de la Patria y la temblorosa rodilla en tierra ante el oro yanqui".

La prensa liberal de comienzos del siglo XX, responde también con entusiasmo a los preceptos antiimperialistas. Ante las pretensiones norteamericanas para la firma de tratados que facilitarán la explotación del petróleo, los periódicos rechazan las maniobras. Gerardo Molina, en su volumen segundo de *Las Ideas Liberales en Colombia*, adelanta un recuento elocuente de la posición de la prensa bogotana. El *Diario Nacional* hizo saber que el país había entrado en la era del colonialismo moderno: "Aproximándose a grandes pasos el protectorado americano sobre Colombia, los hombres que hoy tienen en sus manos la suerte del país lo pactarán".

Por su parte, *El Tiempo*, en su edición del 3 de diciembre de 1923, comentaba: "El brutal derecho de conquista lo ejercieron en América sólo los Estados Unidos, por la fuerza en México después de una guerra de resultados seguros, por las artes de la intriga en Panamá, por la intervención directa en Santo Domingo y Haití con carácter provisional y con el pretexto de asegurar allí el buen gobierno". Y *El Espectador*, al conceptuar sobre las conferencias

panamericanas, dejaba su veredicto: "La Conferencia actualmente reunida en Washington por iniciativa de los Estados Unidos, es una nueva amenaza para el porvenir autónomo de la América Latina. Nuestros diplomáticos van a esas asambleas únicamente a declarar que sus patrias son incapaces de gobernarse. Esta humillación crónicamente consentida, divorciada de la opinión pública, va mermando el orgullo de la raza, y encaminándose a la aceptación del definitivo vasallaje".

En las citas podría ser interminable. Tan sólo las he traído a cuenta, para poder decir, con cierta autoridad histórica, que la posición asumida, en el caso de las Malvinas, por gobernantes y voceros liberales de hoy, no corresponde a la tradición y el pasado de su partido.

Aduana, Colpuertos y Centralismo

Con más de cien asistentes, entre ellos funcionarios de la Aduana, Colpuertos, Zona Franca, industriales, comerciantes, sindicalistas, catedráticos y periodistas, se llevó a cabo en el salón principal de la Librería "Arsenio Gutiérrez", de la Universidad Simón Bolívar, la sesión informal de la Comisión Octava de la Cámara de Representantes, integrada por los honorables representantes Humberto Gómez Molina, como Presidente, Pilar Villegas de Hoyos, Vicepresidenta, Alcides Guerrero, Rafael Cortés, Olegario Barboza, Elmo Cruz, Julio Borelly y José Consuegra.

Las intervenciones sirvieron de argumentos irrefutables, una vez más, para comprender la estrecha relación que hay entre los problemas que aquejan a las dependencias oficiales y el centralismo indolente que agota la paciencia de la región colombiana, y se yergue como obstáculo fundamental en sus posibilidades de desarrollo. Por ejemplo, el señor Director de la Aduana dio a conocer unas cifras sencillas y elocuentes: El recaudo diario de la

Aduana de Barranquilla supera los sesenta millones de pesos, mientras su presupuesto de gastos suma en un año 123 millones de pesos. Lo que quiere decir que con sólo cuatro días de recaudo se cubre todo el renglón de los egresos. El resto del dinero, más de veintiún mil millones de pesos, ingresan a la Tesorería Nacional para una utilización centralista y excluyente. Mientras tanto, la Aduana sigue funcionando en anticuadas instalaciones rodeadas de aguas negras y con archivos y escritorios con cuarenta años de uso. Además, la construcción y dotación de un nuevo edificio se hace con los recursos del Fondo de Rotación que, a su vez, los obtiene de la venta de mercancías retenidas por contrabando. Lo que quiere decir que si se deja de incautar mercancía extranjera de procedencia ilícita, la Aduana jamás podrá superar la falla de su inadecuada ubicación.

En el caso de Colpuertos fueron muy oportunas las intervenciones del señor Gerente local y de los dirigentes sindicales. Lejos de la tendenciosa información de los noticieros de televisión patrocinados por los cuestionados grupos financieros del país, se conocieron datos ilustrativos que permiten observar que los salarios promedios de los estibadores en Barranquilla son de veinte mil pesos, en Santa Marta de doce mil, y en Cartagena de veintidós mil mientras las remuneraciones de los operadores de equipos y wincheros, fluctúan entre cuarenta y cuarenta y ocho mil pesos mensuales. Y son estos los obreros que trabajan bajo un sol de más de treinta grados, muy distintos, por cierto, a la burocracia instalada en Bogotá, que venía recibiendo hasta hace poco el cuarenta por ciento del producto de los puertos, y que recibe el total de los aportes de los numerosos muelles privados. Las rebajas de tarifas para beneficio de los usuarios privados, la corrupción administrativa del pasado, el despilfarro en compra de equipos obsoletos, el clientelismo político, etc., y no los salarios de los obreros, han sido, sobre todo, las causas, de los desajustes presupuestales últimos de Colpuertos.

Por mi parte, en mis intervenciones en el auditorio de la Zona Franca, me referí a la necesidad de promover un frente común que demande del Gobierno Central las inversiones indispensables para la construcción adecuada de la vía que une a la ciudad con su puerto, la administración directa de los muelles privados por los terminales, y la orientación doctrinaria de Colpuertos, empresa estatal, que no puede administrarse con el criterio de lucro sino como entidad de servicio, puesto que sus ingresos y egresos, como el cuidado de su eficiencia, deben de estar prioritariamente, en razón de la conveniencia de las costas.

El gobierno y los gamines

En noches pasadas un noticiero de televisión presentó un informe sobre los gamines de Bogotá. Las escenas eran sencillamente dramáticas. Después de verlas el sueño se convirtió en reposo imposible. Es difícil entrar en el mundo de la nada, o de la fantasía subconsciente, al observar la imagen de una realidad que apena y avergüenza. Y no estoy seguro qué me entristeció más: Si las caras sucias, los trajes harapientos y piojosos de los niños, o el desparpajo de una funcionaria y aristocrática señora, fiel intérprete de la insensibilidad social, que con la altanería propia de los encopetados, explicaba el cierre de un albergue infantil. Y, al recordar, en esos momentos, que apenas unas horas antes había recibido un mensaje de un asesor del señor Presidente de la República, por medio del cual se solicitaba mi concurso para que el poeta Jorge Artel fuese a Palacio a dar un recital, tampoco comprendía cómo un gobernante mecenas del arte y la sensibilidad poética, podía permitir en su mandato tales hechos que se muestran en revistas extranjeras como imposibles de creer.

Es cierto, podría argüirse, que los niños hambrientos que vagan por las calles son la consecuencia de una organización social que no garantiza el tra-

bajo, la educación y la seguridad económica del hogar. En estas economías de capitalismo dependiente la indolencia parece no tener límites. Verdad es que no son lacras del presente, como suele argumentar la falacia del neomalthusianismo. Bogotá, a través de los años, ha visto convivir la miseria al lado de la opulencia. Más aún, desde hace tres siglos, como otras ciudades del país es muestrario de mendigos, desocupados hambrientos y niños abandonados. Pero, desde entonces también, la tierra ha estado en manos de pocos, las riquezas mineras se las llevan los extranjeros, y el capital se concentra entre privilegiados. En su *Relación de Mando* de 1776, Manuel de Guirior se refiere a la abundancia de vagabundos y desempleados que deambulan por las calles de Bogotá, mientras los ricos son "dueños de inmensas tierras que no labran, ni para ello tienen facultades, ni permiten que otros las cultiven, quedándose yermas". Y téngase en cuenta que para esos años la población de la capital era apenas de 16.233 habitantes. Hacia la mitad del siglo pasado cuando la población bogotana sólo había aumentado unos miles más, Salvador Camacho Roldán observaba en sus *Memorias* que la mendicidad seguía siendo la plaga, puesto que "las haciendas de la Sabana, muchas de las cuales tenían más de mil y hasta tres mil hectáreas", eran patrimonio de unos cuantos.

En nuestros días la insaciable voracidad del centralismo que succiona buena parte de la riqueza nacional para gastarla en construcciones fastuosas, avenidas modernas, palacios y palacetes, tampoco distrae su atención desarrollista en la solución de un problema que horroriza. El presupuesto distrital, por su parte, es de miles de millones, y los proyectos de vía subterránea son fabulosos. Sin embargo, el orgullo de los alcaldes de turno es el de levantar puentes en pocos días, sin importarle la existencia de centenares de niños que escamotean los recipientes de basuras en busca de desperdicios.

La mácula social del gaminismo bogotano tiene un origen lejano. Pero tal

vez no sería iluso esperar algo de un Presidente que gusta de rodearse de los que cantan a las flores y a los niños. Por cierto, que en sus campañas proselitistas, solía hacer mención de su vida de estudiante que supo de penurias y del rigor de las madrugadas lluviosas en las bancas de los parques.

Centralismo, debates y Evita

Hacía un año no visitaba Bogotá. Los cambios que pueden observarse en la ciudad son el reflejo fiel de un fenómeno tantas veces denunciado: Afirmación del centralismo que distorsiona la imagen del país y pone en peligro su unidad futura. Bogotá se agiganta, y su endemoniado crecimiento urbano se yergue como un desafío al atraso de otras regiones. He recorrido sus nuevas avenidas del norte en compañía del académico soviético Pedro Yacolev, del jurista Arturo Valencia Zea y del economista Isidro Parra Peña, y llegamos a la conclusión de que tanto derroche de lujo en nuevos edificios y multialmacenes no se da en muchas capitales de países desarrollados. Allí está, en esa suntuosidad provocadora, la mayor parte del trabajo y la riqueza nacionales.

Pero la macrocefalia también genera situaciones disímiles: Al lado del esplendor y el derroche, la miseria y los tugurios aumentan. Cada día que pasa la inmigración involuntaria llega en torrentes. Y es ella la consecuencia natural del centralismo y de las estructuras que prevalecen. Si en la Carrera Séptima o en los pasillos del Capitolio Nacional deambulan, pongamos por caso, cada vez más cordobeses o guajiros, es, simplemente, porque el manejo centralista en la explotación de las riquezas mineras, o las formas de tenencia de la propiedad territorial en sus departamentos, niegan el trabajo a sus habitantes desposeídos. Para esos desocupados el centro de poder y decisión se convierte en refugio o atractivo espejismo.

He llegado a Bogotá como parlamentario. Pero mi papel en la Cámara ha sido hasta ahora de simple espectador en un debate que deprime. La discusión ideológica está en receso. Se ventilan actividades que en otros tiempos formaban parte del quehacer de los llamados bajos fondos. Y lo desconcertante del caso es que una especie de denominador común parece dominar en el ambiente: Dime tú que yo te diré; mal de muchos consuelo para todos. Como neófito en las ideas parlamentarias no alcanzo a dar crédito a todo lo que se dice, especialmente en los corrillos. Pero la situación debe ser muy grave y de gran deterioro moral cuando en los debates hasta los personajes de la crónica roja de los diarios, se hacen presentes en las barras con la arrogancia que les facilita estos tiempos incomprensibles. Sin embargo, ante la lluvia de injurias y la modalidad poco académica del foro, surge la esperanza de que todo sea para bien de la ocupación política.

Para cambiar de escenario he asistido a la presentación de "Evita". Y en el Teatro Municipal Jorge Eliécer Gaitán la pesadumbre se ha trocado en indignación. El espectáculo es humillante. El desprecio del europeo por lo latinoamericano se muestra en todos los detalles. Inglaterra jamás ha perdonado la dignidad histórica del pueblo argentino. Y como para vengarse intenta ridiculizar a los personajes más destacados de su insurgencia moderna. Para los ingleses el Che Guevara es incapaz de comprender las razones y alcances de la agitación popular; Evita, una pícara meretriz insaciable de poder, y Perón un segundón carente de personalidad y objetivos. ¿Por qué los compositores y músicos ingleses que tienen a la mano tantos temas de sus ministros homosexuales, sus princesas díscolas, sus reinas que sorprenden a extraños en sus alcobas, o su pasado y presente colonialista y genocida, tienen que saciarse con los pueblos que luchan por su liberación, para maltratarlos con interpretaciones insolentes, deformadoras y provocadoras?

La nacionalización de la banca

En buena hora la crisis financiera de México llegó a los extremos divulgados por la prensa, para que el Gobierno decretara la nacionalización de la banca. El pueblo, como en las épocas de Cárdenas, ha dado su respaldo, y seguirá en la lucha para que el proceso continúe en las grandes empresas dominadas por las multinacionales.

En Colombia ha debido hacerse lo mismo. Porque, igual que en México, acá el sistema entró en plena bancarrota, y señaló con crudeza las fallas de la dirección privada en la delicada misión del manejo del ahorro nacional. Pues no se trata del caso aislado de un señor, o de un grupo financiero. El emergente personaje antioqueño es simple chivo expiatorio de todo un sistema con abundante prontuario en las actuaciones de sus usufructuarios. Antes, el más sólido de esos grupos, fue denunciado, desde la Comisión de Valores, y nada menos que por un vocero inobjetable de la gran burguesía, rico empresario e ideólogo de su clase social.

Los tratadistas de la Economía Política le otorgan tanta importancia al ahorro que se han puesto de acuerdo en la necesidad de pregonar su administración directa por conducto del Estado. El ahorro es la parte del ingreso que no se consume. Y ese ahorro se puede convertir en inversión. No se da el caso de manera automática como pensaban los clásicos, o lo esbozó Keynes en la simplicidad de una ecuación. En el caso de los países dependientes y explotados, el ahorro, sea cual sea la tasa de interés o la eficacia marginal del capital, se fuga, en su mayor parte, por la vía irreversible de las utilidades de las empresas extranjeras, de los intereses de los capitales prestados, de las regalías, pago de servicios, turismo, consumo suntuario de mercancías importadas, o, simplemente, a través de la expatriación de capitales que llevan a cabo los pudientes criollos que envían divisas al exterior como depósitos, o para la compra de bienes raíces, acciones, etc...

Si no se ahorra no se puede invertir. Y si no hay inversión se carece de nueva actividad productiva y, por lo tanto, de nuevos ingresos. El incremento del ingreso nacional, que es lo que importa a un país en la búsqueda del desarrollo económico, reposa en el ahorro que, a su vez, es el fruto exclusivo del trabajo. De ahí que los economistas foráneos, que no estudian, ni les conviene estudiar, el fenómeno del derroche y evasión del ahorro de los países dependientes, se limiten a recomendar la necesidad de los créditos y las inversiones extranjeras, que, a la larga, agudizan la dependencia y el subdesarrollo.

El ahorro, pues, no puede dejarse en manos de entidades sólo comprometidas con la obtención del lucro por la vía más segura y rápida. Y así como las reservas nacionales y la emisión del dinero pasaron desde hace mucho tiempo a manos de una banca central nacionalizada, o dominada por el Estado, en las economías modernas el crédito, en su conjunto, debe orientarse de acuerdo a las conveniencias de la estrategia de la política económica oficial. El Estado, por lo menos hipotéticamente, garantiza el mejor uso del ahorro en la realización de programas económicos y sociales. La selección y democratización del crédito con fines de fomento agrícola, industrial, minero, del transporte, la educación, vivienda, etc., se facilita con una banca nacionalizada. Y la especulación, el autopréstamo y demás artimañas, pueden allanar su control. Claro está que un análisis radical podría decir que el Estado es una superestructura al servicio de la clase dominante. Y esto es correcto. Pero la verdad es también que en una empresa nacionalizada la vigilancia de las fuerzas populares se facilita mucho más allá de la reserva y la autonomía de la propiedad privada.

En el volumen primero de su obra *Dinero y Crédito*, Albrecht Forstmann recuerda que "el carácter problemático de las relaciones existentes entre el crédito, los ahorros y la formación de capital, se debe, como dice Keynes,

al hecho de que las decisiones son tomadas por dos distintos grupos de personas que están guiadas por consideraciones completamente diferentes. Y eso es así. Un ahorrador, digamos el caso de un empresario o un trabajador, estaría satisfecho al saber que sus depósitos, multiplicados por la magia del encaje, que permite y determina el gobierno, es utilizado racionalmente en el ensanche de actividades para su provecho, y el de la comunidad. Y este compromiso se hace más viable en manos del Estado. Además, al fin y al cabo, en los descalabros financieros de las instituciones particulares, el gobierno, como acaba de suceder, aparece como garante.

Todo lo anterior permite deducir que los parlamentarios progresistas están en la obligación de presentar un proyecto de Ley sobre la nacionalización de las instituciones de crédito, más allá de las inquietudes de la bancada del galanismo, cuyo proyecto, publicado en *El Heraldo* se refiere, única y exclusivamente a la organización de una sección de fomento en el Banco de la República.

BREVEZAS LITERARIAS

Ataques a García Márquez

EL NOVELISTA ESPAÑOL Fernando Arrabal se ha aprovechado de su visita a los Estados Unidos para dar rienda suelta a su amargura y a su desafecto por la literatura latinoamericana. Le ha tocado el turno a nuestro Gabriel García Márquez, calificado por el lenguaraz y barbudo escritor de aburrido narrador y militante socialista. Las palabras de Arrabal rebosan sectarismo de tinte reaccionario.

Esta actitud de un personaje español no es nada extraña. Con frecuencia por las máquinas impresoras suelen pasar escritos que son muestrario de un colonialismo intelectual trasnochado de críticos que se resisten a reconocer la capacidad creadora del mundo latinoamericano. También Juan Ramón Jiménez, no obstante su altura poética, usó epítetos duros y desobligantes contra nuestro Pablo Neruda. Jiménez, en un momento de soberbia, maltrató a Neruda con frases que más bien parecían coces de Platero. Y en el campo de la historia, Salvador de Madariaga, como símbolo del despecho y la aflicción, se vino en contra del más grande soldado de la libertad, Simón Bolívar, porque en su tiempo expulsó de estos suelos a nada menos que al Ejército y al despotismo del imperio.

El año pasado a los científicos sociales de esta parte del Tercer Mundo los directivos españoles de la editorial Espasa y Calpe pretendieron someterlos

a una censura inaceptable. Se inició en esa editorial —por cierto, con figuras de la política y las finanzas nacionales en la directiva colombiana, como el actual Presidente de la República y el gerente del Banco Central Hipotecario— la publicación de los primeros volúmenes de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina. Un día fui informado de que los jerarcas de Barcelona exigían el envío de los originales para estudiarlos previamente y emitir conceptos sobre su posible impresión. Entonces, por conducto del tratadista de Derecho Civil doctor Arturo Valencia Zea y de la poetisa Lucía Muelle, gerente de dicha casa editora en Colombia, les hice saber que en mi condición de economista y catedrático no sabía de ningún español que tuviese autoridad científica para calificar o censurar la obra de Raúl Prebisch, José Carlos Mariátegui, Josué de Castro, Celso Furtado, José Ingenieros, Antonio García, Alonso Aguilar, D. F. Maza Zavala, etc., porque apenas, en la etapa mercantilista del siglo XVII, algunos autores de ese país ofrecieron sus aportes a las doctrinas económicas. La sugerencia de los modernos inquisidores fue tan absurda que condujo a la protesta y al retiro de la señora Muelle.

Pero no todo en España se mide por el mismo rasero. Por encima de los amargados y de los apóstoles del arte por el arte, una multitud de hombres libres, y su pueblo en general, retoman caminos de grandeza y afirmación política que hacen volver los ojos hacia esa tierra de cultura y libertad. Bastaría con tener en cuenta la voluntad socialista de su pueblo, y el espíritu comprensivo de tantos cultores del intelecto que en la hora presente degustan, como si fuera propio, el homenaje que la Academia sueca acaba de rendir al más grande de los novelistas del mundo actual. Hombres como el humanista Miguel de Unamuno, que escribió una de las más bellas semblanzas sobre el Libertador; el periodista J. Fernández Figueroa, que en su revista *Nuevo Índice*, clama por una España con América, o, acá en Colombia el crítico Virgilio Cuesta, que patrocina un premio de literatura y edita libros

colombianos por montones, bastan para restarle importancia a egoísmos, complejos y salidas falsas al estilo de la de Fernando Arrabal.

Recuerdos de García Márquez

Si todos los latinoamericanos están de plácemes por el premio otorgado a Gabriel García Márquez, con mucha más razón gozan los que en una u otra forma han compartido momentos de su apasionante existencia. En estos días llegó a mi casa una carta de un compañero de estudios de bachillerato, que hace ya unos treinta años no veo. Se trata de Roberto Meisel, condiscípulo en el Colegio San José.

Roberto me dice: "En la revista *El Día* publican una foto de García Márquez con sus compañeros de secundaria. Ahí estamos los de entonces, ese grupito de "troublemakers", integrado por él, tú, Jorge Dangond, Valmiro Donado, Edgardo García, Hernando Astrálaga, el Chino Herrera y yo. Éramos los indisciplinados, pero también los de inquietudes intelectuales, si así se puede llamar a los cuartetos que escribía Gabito para burlarse de tu apellido, el de Arteta, y de toda la disciplina mortificante de los jesuitas, o a tus cartas de amor y poemas en prosa que publicabas en el periodiquito *Tribuna Estudiantil.* Yo he vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Estoy recién llegado a mi Barranquilla de siempre y todos los lunes leo tu columna en *El Heraldo* donde quiero que recuerdes esos días inolvidables y cargados de presagios".

Yo no puedo hablar del alcance que pudo tener para Gabriel García Márquez su paso por el Colegio San José, de la calle Las Flores. Para mí, que durante seis años recorrí sus anchos pasillos, fue de una total significación. Recuerdo que en la primera tarea de redacción me turbé con las correcciones del padre Zaldívar. En una frase yo había escrito haiga y agüaite, por haya y

mire. Así se hablaba en mi pueblo, pero eso era ya un castellano en desuso. Entonces comprendí por qué a los pueblerinos nos decían "coralibes", que equivale al "corroncho" de nuestros días: Éramos los de las costumbres y el hablar añejo, los silvestres y libres de las complicaciones y modernismos de la ciudad.

García Márquez pertenecía al grupo de provincianos, los de la misteriosa imaginación, que seguían creyendo en los espantos y las malas horas. Era tímido y descarnado, pero sabía vengarse de la soltura de sus compañeros con la ironía de sus versos. Y más que amigo de juegos y confidencias, fue mi compañero de infortunio: Casi todas las tardes nos dejaban castigados, y como penitencia nos ponían a escribir versos y cuentos. Años después supe que el padre Zaldívar y el padre Posada creían que teníamos aptitudes para esos oficios, y buscaban la manera de estimularlas. Si aún viven tan pacientes educadores, gozarán como Roberto Meisel y yo, del placer de saber que el pupilo de Aracataca sea hoy el más famoso novelista del mundo.

La enseñanza en el San José era eminentemente literaria. El padre Núñez, un indio boyacense que llegaba al salón impoluto y perfumado, se paseaba con soltura por el camino de la metáfora. Oír su clase era asistir a un recital en manos de un maestro que sabía transmitir el mensaje de la belleza que habita en la palabra escrita. Rafael Marriaga, que enseñaba la historia; Héctor Rojas Herazo, el dibujo; Enrique Bernier, la geografía; Pedro U. Socarrás, las matemáticas, etc., eran también, en el fondo, literatos que respondían así a ese ambiente propicio. De esa formación intelectual son frutos el escritor García Márquez, el periodista Juan B. Fernández Renowitzky, el jurista Jorge Dangond, el médico José Benavides, el financista Álvaro Jaramillo, el compositor Mario Gareña, el político Juan B. Arteta, el poeta en receso Luis Eduardo Consuegra, el arquitecto Cristian Ujueta, y tantos otros que han sobresalido en sus profesiones. Y aunque Gabriel García Márquez estuvo

poco tiempo en el San José, sus inquietudes literarias expuestas en las clases y registradas en la revista *Juventud* dejaron la huella y el testimonio que alimenta la dulce nostalgia por ese ayer en que tuvimos la feliz oportunidad de compartir, en el esplendor de la infancia, alegrías, travesuras y sueños.

El centenario de Barba Jacob

Tres amigos me escriben de sitios diferentes para recordarme que en este año de 1983 se cumple el centenario del nacimiento del poeta Porfirio Barba Jacob. Desde Punto Fijo, Venezuela, su pariente Hugo Castro Cadavid anuncia su presencia en los actos que prepara la Universidad Simón Bolívar; el historiador nariñense residenciado en Bogotá, doctor Vicente Pérez Silva me habla del extraordinario escritor y temible periodista que estuvo vinculado a la prensa barranquillera; y Carlos Pardey, desde su estudio y refugio del barrio San José, me envía varios escritos sobre la vida y obra del consagrado hombre de letras.

Buena parte de la vida intelectual de Barba Jacob se llevó a cabo en Barranquilla. Él mismo la relata en su libro *Corazón Iluminado*. Y cuenta de la alegre y fecunda actividad creadora de un grupo de poetas y periodistas que integraban una especie de peña calificada como resplandeciente. La sede era la escuela donde enseñaba Lino Torregrosa. "Regíala Leopoldo de la Rosa... que nos traducía a Chenier y, ante todo, se traducía a sí mismo en unas visiones helénicas, ebrias de miel, encantadas, mirríficas, con un nocturno resonar de cadenas dolientes entre el aletear de las ondas marinas... Hermes Cepeda, de melodioso numen, explicaba la armo ía del mundo por ecuaciones matemáticas... Miguel Rasch Isla, aristocrá co, algo insó ito en las veladas, muy dulce, de amoroso romanticismo. Enriquito d la Rosa, célebre por haber compuesto medio soneto...".

Cuando el poeta llegó a Barranquilla era todavía Miguel Ángel Osorio. Así

firmaba el nueve de junio de 1902 en carta (inédita, por cierto) que, desde su Santarrosa, le escribe a Rosario Osorio de Cadavid. Entre otras cosas en ella le dice: "Dentro de ocho días me voy para Barranquilla. Quiero buscar trabajo en donde honradamente consiga dinero para tener el glorioso privilegio de ser independiente. Los sufrimientos que me aguardan en esa tierra extraña, aún no puedo medirlos con la vista". Pero no fue así. La Arenosa de entonces, como la Curramba de hoy, ha sido siempre albergue generoso para el buen inmigrante. Sus colegas lo recibieron como hermano: Lino Torregrosa lo llevó a vivir a su casa; Marta lo acogió en su revista *Mundial*, y Leopoldo de la Rosa lo paseó por sus calles en la sencilla y mágica bohemia de noches rociadas de aguardiente. Y tanto se empapó de la ciudad que después, cuando ya estaba lejos, solía exclamar con nostalgia y gratitud: "Barranquilla, esa tierra donde yo quisiera disolverme".

En Barranquilla el poeta se llamaba Ricardo Arenales. Escribía prosa y versos para periódicos y revistas. De esa etapa de juventud y jolgorio abundan la anécdotas. Una noche, cuenta en la biografía que le escribió su amigo y compadre Víctor Amaya González, recorrió muchas tiendas bebiendo ron y cerveza. Al día siguiente no recordaba dónde había dejado un legajo de poemas de Leopoldo de la Rosa. Estaba desesperado y triste, pero al fin, después de una búsqueda afanosa, llegó al sitio. Nervioso y airado reclamó los versos a la tendera. Entonces un tanto despechada por no poder conservarlos, los sacó de la gaveta del mostrador, y le dijo: "¡Toma tus papelotes que a mí no me sirven ni para envolver cinco de panela!".

Los exiliados de Ramón Molinares

Si para los emigrantes voluntarios el recuerdo del paisaje lejano se tiñe de saudade y melancolía en los atardeceres, el exilio, inesperado y arbitrario, con el tiempo se acerca a la tristeza, y en muchas ocasiones al desasosiego.

En un comienzo los que abandonan la patria de manera violenta y ante el peligro de la muerte o la cárcel, encuentran consuelo en la odisea del escape, y, después, en la esperanza del retorno. El exilio obliga entonces al encuentro y la hermandad. Los que luchaban por una misma causa, pero apenas si se conocían, estrechan sentimientos y buscan la amistad. Y aunque lleguen a un sitio acogedor, en algunos casos, de ciudades y regiones muy bellas, sus vidas siguen girando alrededor de su pueblo, o de su tierra abandonada, sedientos de noticias, y pendientes de sucesos. Con el tiempo el exilio doblega. La dura realidad somete, y el desespero va calando en los sentimientos.

Buena parte de mis amigos de América Latina, literatos y pensadores sociales, han vivido bajo el rigor del exilio. Y de ellos recibo con frecuencia sus misivas, algunas de ellas con la confesión de la pena por el retorno añorado. En una de sus cartas, días antes de morir, el gran Josué de Castro, sin lugar a dudas el primer pensador social contemporáneo de América Latina, me decía: "La verdad es que todos somos unos regionalistas encantados y seducidos por las imágenes de nuestros años de formación. Yo nunca olvido el nordeste del Brasil, donde nací: La ciudad de Recife, donde mis ojos se abrieron al mundo, y Río de Janeiro donde entablé las grandes luchas para imponer mis ideas y convicciones. Me juzgo a veces un espíritu universal, más preocupado por los problemas del mundo que por las cuestiones regionales o locales. Pero de vez en cuando la sensibilidad protesta, y el hambre de lo regional, de lo íntimo, de lo familiar, se exacerba. En estos momentos pienso que vivir fuera del país donde se nace y crece es siempre una mutilación, por bien que se viva. En París gozo de la consideración general, pero eso no es todo". Y hace unos días, Óscar Waiss, ideólogo del socialismo chileno y director del diario *La Nación*, en la época de Allende, me escribió desde Madrid: "Realmente no sabes hasta qué punto son afortunados quienes no se han visto obligados al desarraigo de su medio y

se ven precisados a reconstruir, desde muy lejos, el ambiente nacional. Para nosotros, exiliados, el oprobio de la dictadura se nos cae sobre muchas cosas pero, especialmente sobre la pérdida del elemental derecho de todo hombre a vivir entre los suyos".

El exilio es complejo y agobiador. En todas sus formas el destierro golpea. Por eso, cuando se recoge en el milagro de la palabra escrita, las diversas actitudes del hombre exiliado, no sólo se hace literatura, sino, además, se rinde tributo a un aspecto convulsivo de la conducta humana. Y es eso, por cierto, lo que ha hecho un compatriota nuestro, el escritor Ramón Molinares Sarmiento.

Molinares Sarmiento ha editado su novela *Exiliados en Lille*, un bello documento, un poema en prosa, que relata la vida de un grupo de expatriados chilenos en una ciudadela francesa. Los problemas de Rosa y su marido, el dirigente sindical que se confunde con su conducta apresurada, son descritos por una pluma vigorosa y promisoria. El autor estuvo en la escena, pero no se contentó con transcribir, ni retratar lo externo. Supo, con maestría, penetrar en el alma de cada uno de sus personajes, para dejar constancia del sacrificio y los sueños de los que anhelan volver, por los caminos de la libertad.

De Lisboa a Sevilla

Por razones de itinerario aéreo adquirí una agradable costumbre de cruzar a Portugal en automóvil para visitar a Sevilla. La ruta del avión de Aeroflot que viene a la América Latina y que inicia su vuelo en Moscú, sólo hace escala en Frankfurt, Lisboa, La Habana, hasta llegar a Lima. Para visitar a España yo tenía que quedarme en Lisboa, por cierto con el agrado de pasar unos días en esa ciudad llena de encantos, vinos y sardinas asadas.

Mis amigos de Lisboa no son intelectuales ni universitarios. Están en las

esquinas del Paseo del Marqués de Pombal. Allí pasan el día vendiendo manteles, baratijas y periódicos. Ellos me informan de todo lo acontecido en el año, y los domingos me invitan a compartir su mesa en los prados del parque. Cuando les digo que pienso visitar a Sevilla se encargan de buscarme un buen chofer, algunas veces un empleado en vacaciones que desea dar el paseo sin el costo de la gasolina, comida y hospedaje.

De Lisboa siempre parto en las madrugadas frescas de verano. La campiña con su paisaje de olivos, alcornoques, acueductos romanos y castillos medievales, obliga a mantener los ojos abiertos. De ida tomo la ruta que lleva a Badajoz, para después regresar por Huelva. Son topografías distintas. En la primera está la placidez bucólica de las llanuras con las siembras de trigo y el pastoreo; en la segunda de pequeñas serranías y verdes bosques. El derrotero que cumplo los primeros días en Sevilla es casi siempre igual: De noche a cenar a la orilla del Guadalquivir, en el restaurante Río Grande; de tarde a pasear por el parque María Luisa, para sentir el aleteo de sus blancas palomas y estar cerca de Bécquer; y en las mañanas de visita al Archivo de Indias. Después, la Giralda y la Catedral, para volver a mirar en sus museos el oro que los sanguinarios conquistadores le despojaron a nuestros antepasados con la espada y la cruz. Sevilla es una Cartagena más antigua. Pero yo pienso que nuestra ciudad le lleva ventaja, porque al lado de sus zonas históricas, tiene el esplendor y la belleza natural del verde de su mar y el azul de su bahía. La diferencia entre el barrio Santa Cruz de Sevilla y el centro amurallado de Cartagena está, a primera vista, en el ancho de sus calles. Cuando se construyó Cartagena el urbanismo había cambiado un poco y ya las aceras estaban más distantes. Pero en verdad los vericuetos de Santa Cruz conservan su encanto. Yo siempre los recorro con doña Anita con ánimos diferentes: Ella, toda curiosa, mirando por las ventanas abiertas los jardines interiores de las casas, y yo siempre de prisa por llegar a Los Laureles, la hostería de las aventuras de don Juan Tenorio.

En Los Laureles comemos paella, aunque mi amigo Manolo, el mesero, no deja de recordarme que son otros los platos típicos de Andalucía. Y mientras él lleva el mensaje del pedido, yo vuelvo a leer los versos de Zorrilla que adornan las paredes. Allí está, en la parte principal, el memorable diálogo entre don Diego y Buttarelli:

"¿La Hostería del Laurel?
En ella estáis, caballero.
¿Está en casa el hostelero?
Estáis hablando con él."

Ahora estoy un poco cansado de viajar. Pero de vez en cuando me acosa el deseo de volver a gozar de la gracia de los sevillanos, el pueblo más cercano en España al hombre costeño.

Recuerdos de Cartagena

Igual a la mujer amada, de Cartagena es tanto lo que puede decirse de su belleza y virtudes, que a veces es mejor rendirle el homenaje de estar a su lado para contemplarla en silencio. Donde quiera que yo voy no puedo esquivar la tentación de ponderar sus cualidades. Por lo menos de lo que conozco de América Latina, es el pedazo de tierra que recoge más recursos para expresar en un conjunto lo añejo y lo moderno, la creación del hombre y el embrujo del paisaje natural. Ninguna otra ciudad del pasado colonial mantiene tan vigente la arquitectura religiosa, de vivienda y guerra. Puede que algunos, caso de Quito, Puebla, Lima, tengan templos más monumentales, pero carecen de fuertes y murallas. La propia capital de Cuba, tan ponderada por naturales y extranjeros, es menos completa en atributos del pasado. Y, como si todo eso fuera poco, el azul de su bahía y el verde de su mar, facilitan el goce a sentidos sedientos de emociones estéticas.

Como economista podría escribir muchas páginas para ponderar su impor-

tancia en la historia del desarrollo nacional y el pensamiento económico latinoamericano. No sólo era el centro comercial por excelencia en la época de la Colonia, sino sitio obligado de entrada y salida de buena parte de la mercaduría que se daba o consumía en el sur del continente. Los más originales economistas de la Nueva Granada y de la Independencia, nacieron o se formaron en su ambiente.

Pero no deseo, en estos días de fiesta y aniversario, hablar de murallas, barcos, piratas o barriles de aceite. Quiero referirme al hombre cartagenero, a su personalidad y espíritu altruista. Durante diez años presté mis servicios en la Universidad. Y fueron tiempos de gustación de la alegría de vivir. Con Roberto Burgos Ojeda, Jorge Child, Fabio Morón Díaz, Carlos Calderón Mosquera, Gumersindo Serje, y muchos otros, hacíamos de las tardes y las noches ocasiones propicias para el diálogo y la bohemia intelectual. Los descansos de las tareas académicas eran los encuentros con recitales, cantos y *Tres Esquinas*, en los familiares rincones de las casas de Cecilia Porras y Petra Villalobo. Cuando pretendíamos de serios y críticos políticos entonces íbamos a *El Universal* a escuchar la palabra moralizadora de López Escauriaza, y a oír anécdotas sobre los pasajes de rebeldía y autenticidad de su hermano, el legendario Tuerto.

Fuera del claustro universitario también me abundaban los amigos. Podría decir que todos los cartageneros que trataba eran mis amigos. Pero mi personaje inolvidable fue Tito Bechara, una especie de Alfredo de la Espriella o Elías Chegwin, un poco menos culto que el primero, pero mucho más calmado que el segundo. Tal hacen ellos con Barranquilla, él amaba a su ciudad por encima de todo, y sabía de su historia y sus angustias. Don Tito me paseaba los domingos en la noche por sus calles estrechas, cuando ya no había peatones presurosos, para descubrir detalles en las paredes vetustas: Allá arriba del frontis, estaba un escudo de armas, o, en cualquiera fachada,

el rasgo creador del artesano criollo. Era como un juego de niños que gozábamos con la emoción de la sorpresa, ajenos al conocimiento previo. Como catedrático entregué mi entusiasmo en la formación de los economistas que el progreso económico de Cartagena exigía. Hoy esa generación ha pasado a ocupar con responsabilidad y eficiencia, las posiciones de mando que la aristocracia decadente le negaba a los hijos del pueblo. Y en la Universidad, los discípulos reemplazaron a sus maestros con suficiente crédito.

Recuerdos de Beirut

Conocí al Líbano en un momento de crisis y esperanzas para el pueblo árabe. Venía de Bagdad, en donde había asistido a un congreso sobre economía petrolera de los países del Tercer Mundo. Después del encuentro quise aprovechar la oportunidad para visitar al Medio Oriente. De Irak fui a Siria. Días después, en un carro de alquiler, seguí hasta el Líbano.

Era el año de 1972, y la estrategia se orientaba hacia el uso del petróleo como arma de defensa contra la agresión imperialista. Recuerdo que las conclusiones de mi comisión casi se redujeron a recomendar que se cerraran las válvulas en los momentos oportunos. Ya se sabía que potencias industriales de Europa, y el Japón, se preocupaban mucho ante la posibilidad de la falta de combustible. Y esto resultaba de suma importancia en el desmedro de la unidad en el campo capitalista que respaldaba la conducta agresiva de Israel.

Para ese entonces el ambiente era de optimismo. Existían razones dignas de justificar esa situación anímica. La religión mahometana cumplía un papel unidor. Pero, ante todo, un nacionalismo vital, estimulaba los preceptos mínimos de la defensa de una historia, una cultura y unos intereses comunes. Sin embargo nadie presagiaba hasta cuándo podría durar la alianza. Porque

la verdad era que la diferencia de riquezas y de regímenes políticos, a la larga, como así sucedió, fue permeable a las maniobras de los adversarios.

Contrario a Bagdad, Damasco o El Cairo, Beirut parecía una ciudad un tanto despersonalizada y sin alientos. El orgullo de sus habitantes era mencionar sus casinos y considerar a su urbe la París del Mediterráneo. Casi todos pretendían ser europeos, y regresar a las frivolidades de la explotación del turismo. Las calles estaban repletas de limosinas y cadillacs de alquiler, con choferes italianos y españoles, en buena parte, y almacenes a la espera de los turistas. Los hoteles también reflejaban la tragedia de la inestabilidad de una actividad económica dependiente de caprichos y contingencias foráneas. El "Fenicia" por ejemplo, con sus anchas escaleras de mármoles y alfombras, parecía una postal del abandono. Nadie quería en Beirut sacrificios que pudiesen estorbar comodidades. Por el contrario, el nivel de vida y las liberalidades de la fortuna, les daban aires de superioridad. De vez en cuando, incluso los intelectuales de izquierda, hacían comparaciones discriminatorias con sirios e iraqueses.

No puedo negar que como turista estuve muy bien en esa Beirut, complaciente y servicial. Sus cafés, a la orilla del mar azul, y en frente de las rocas, donde las olas de milenios han esculpido figuras y cuevas por donde pasa el agua cristalina, son sitios de encanto, para mujeres y hombres, que agitan los pulmones respirando tabaco en los tradicionales arguiles. No obstante, como ser político, me llené de tristeza. Una noche, en una comida que amigos libaneses del Consejo Mundial de la Paz ofrecían a doña Anita y a mí, no pude contenerme, y les dije: Por paradoja, la paz, en este mundo de rivalidades e intereses encontrados, exige definición. Hay que tomar conciencia del subdesarrollo para poder luchar contra sus causas. Y, en lo bélico, el peligro está cerca, y debe entenderse así.

Yo quería ver a un pueblo libanés más comprometido con la causa de sus

hermanos, integrado a la lucha, y dispuesto al sacrificio. Pero tal vez ellos pensaban, que conservando cierta neutralidad, el enemigo respetaría su territorio. Y, lamentablemente no fue así. Desde hace varios años, el bello paisaje de la campiña libanesa perdió su sabor bucólico, para convertirse en teatro de guerra, y en los días que pasan, en Beirut los tanques y cañones de los invasores israelíes, llenan de escombros y de muerte, sus calles limpias del ayer.

Recuerdos de Popayán

Ahora puedo decir que tuve la fortuna de ejercer por algún tiempo mi oficio de catedrático en los dos lugares más apropiados del país: Popayán y Cartagena. Además de ser estas las ciudades con personalidades definidas, saben valorar a sus centros de educación superior como instituciones dignas de respeto y orgullo.

En 1958 era yo decano de la Facultad de Economía de la Universidad del Atlántico, y como tal llegué por primera vez a dictar un par de conferencias a la Universidad del Cauca. Para entonces estaba al frente de la Facultad de Derecho de esa ilustre casa de estudios el doctor Jorge Illera Fernández, dinámico educador empeñado en vincular a su centro docente a profesionales que él consideraba, en esos años, como autoridades en las diferentes áreas del programa de estudios. Ya tenía a su lado al civilista Arturo Valencia Zea, los penalistas Luis Carlos Pérez y Benjamín Iragorri, todos ellos ex magistrados de la Corte Suprema de Justicia, que llegaron a sumarse a los doctores Salazar, Saa Velasco, Bonilla Fernández, Zúñiga, Solarte, Cerón, consagrados juristas con libros escritos sobre laboral, constitucional, tributario, etc.

En Popayán me rodearon de todos los halagos para que decidiera hacerme

cargo de las cátedras de Economía Política y Economía Colombiana. Pero en verdad aquello no era necesario. Desde el primer momento la ciudad me conquistó: El orgullo de su gente por las gestas libertadoras de sus antepasados, la admiración a sus poetas, el cuidado por la conservación de sus monumentos históricos, en fin, los rasgos hidalgos de su pueblo invitaban a hacer mía también —en medio de la insurgencia de su juventud estudiosa, las cigüeñas blancas de su parque central y la hermosa arquitectura del pasado— la alegría de vivir.

Hoy he visto en la televisión las ruinas del legendario Hotel Lindberg. Allí viví con mi familia un año, en todo el frente de la Universidad. Desde mi ventana podía ver de noche, y en los días feriados y domingos, al Mono Lemos, como cariñosamente llamaban sus paisanos al rector y prestigioso historiador, doctor Antonio J. Lemos Guzmán. El doctor Lemos se paseaba por la acera de la cuadra como un cuidadoso vigilante, tal si temiera que en un descuido suyo alguien pudiese mancillar los predios que fueron albergue de docenas de presidentes colombianos y de figuras excelsas de las letras nacionales.

Como en ninguna otra parte del país, en Popayán se rinde homenaje permanente a las costumbres añejas y a la autenticidad. Su pueblo valora al foráneo pero reclama simpatía por lo suyo. Recuerdo que en la Semana Santa el doctor Lemos Guzmán se me acercó, y me dijo: Usted puede ser todo lo socialista y librepensador que quiera, pero hoy es el día que le corresponde a la Universidad. Y esa noche estaba yo allí vestido de negro llevando el paso en la procesión al lado de Álvaro Pío Valencia y de los otros profesores.

A Popayán se le puede dejar de conocer. Pero una vez que se goza el horizonte bucólico de su valle se siente de cerca la armonía de su arquitectura

y se comparte la generosa amistad de sus hijos siempre se acaricia la esperanza del retorno. Por eso me duele tanto su desgracia.

Abejas, mar y silencio

Las abejas siempre gozaron de mi simpatía. No sólo en los poemas he leído desde niño las hermosas descripciones de su laboriosidad, sino en la literatura de la ciencia social. Economistas, sociólogos y políticos han gustado de encontrar en la organización de la colmena ejemplos dignos de imitar por el hombre. Hasta el propio Keynes, en medio de la aridez y la abstracción de sus hipótesis, encuentra un lugar, en el capítulo 23 de su *Teoría General*, para incluir el texto completo de la Fábula de las Abejas.

Pero yo sólo conocía la especie silvestre de las abejas, esas que en mi pueblo llaman canatos. Cuando niño era un empedernido buscador de canatos. Para encontrarlos, tenía una vista prodigiosa: Con la mirada extendida en las ramas del bosque, buscaba en el aire al insecto o escuchaba su susurro, para seguir su vuelo hasta los huecos de los árboles. A veces los descubría en las flores, y allí esperaba paciente su retorno a la colonia. Los canatos son mansos, hasta incapaces de defenderse. Por eso los campesinos suelen mantenerlos en sus ranchos en calabazos especiales que se abren para extraer la miel, en los días de Semana Santa.

En estos días los albañiles que reparan mi casa, se han quejado de los peligros de belicosas abejas que han hecho su panal en el techo. A mi escritorio también llegaron y me han dejado sus aguijones. Yo no entiendo esa actitud, y mando a llamar a mi buen amigo y apicultor, profesor Víctor Vacca.

El doctor Vacca llega con escafandra e insecticida, e inicia una verdadera batalla. Las abejas se defienden heroicamente y atacan a todo ser viviente.

Dos perritos y unas gallinas mueren, y mi amigo y yo tenemos que buscar refugio apresurado. Desde la ventana nos divertimos viendo correr a los trabajadores y vecinos por los montes de los lados. Pero después me hundo en arrepentimiento y nostalgia. Aquella guerra repele con el azul y la quietud del mar que tengo enfrente. Y poco a poco me vuelvo solidario con esos soldados suicidas que defienden su morada. El doctor Vacca me explica que las abejas gustan del silencio, y por eso su conducta. El ruido del martillo, y hasta el teclear en mi máquina, las asusta y exaspera. Y a lo mejor nos consideran intrusos, perturbadores de su refugio.

Yo pienso entonces en el valor de la soledad, en el significado del retiro, en el goce del mutismo. Se me viene a la memoria las gestas heroicas de los pueblos que han dado sus vidas en defensa de sus territorios, y me pongo sentimental. Entonces le digo a mi amigo: ¿No sería posible buscar una tregua e intentar conseguir que me dejen teclear mi máquina y les prometo no fumigarlas más? El doctor Vacca recuerda que un común amigo, el profesor Lucho Bula, dice que habla con ellas en su finca. Y sale a buscarlo, para que les transmita mi mensaje mientras yo espero intranquilo, pero más consciente del significado del silencio y de la paz.

Turipaná y la carretera al mar

Jorge Child comenta mirando el atardecer: Siempre le decía a Alejandro Obregón que este sitio es lo más bello del Caribe nuestro.

Estamos en las lomas de Pradomar, y el mar de octubre se mece con pereza. No contesto nada, porque como vecino del lugar me considero impedido. Entonces él agrega: A la derecha está el Castillo de Salgar, en su roca desafiante, y a la izquierda el muelle de Puerto Colombia, con parte de su cuerpo enterrado, pero seguro de su fortaleza.

El paisaje de invierno es digno de tarjetas postales. Hay azul, verde y manchas de color de arena. Las orillas son blancas, con la blancura que riegan las espumas. En las noches de luna el espectáculo sorprende, con la impresión de estar encima de las aguas. Un cartagenero que sabe de esas cosas, el médico Olegario Barboza, no se atreve a contradecir, y apenas agrega: Aquí, en tu biblioteca, me siento como en la proa de un barco grande.

Pero todo el Caribe es igual, siempre el Caribe. Yo suelo llevar a mis amigos de otros lados a mirarlo desde todas partes. El domingo me fui con Osvaldo Brand, de la Universidad de El Salvador, rumbo a Turipaná. Para evitar el polvo de la inconclusa "autopista" transitamos la antigua carretera. Él no comprendía: Si aquí no hay guerra como en mi país, ¿por qué este abandono y esta ruina? Quise explicarle lo del centralismo y la desidia de las administraciones regionales, pero la presencia de playas extensas y silvestres obligaba al olvido de los baches.

Turipaná es un complejo de recreación admirable. Nada tiene que envidiarle a ningún sitio hermoso del mundo. Están allí, en todo su esplendor, la naturaleza y la creación del hombre. Su bosquecillo, con arroyo al fondo, y miles de agujeros de cangrejos, invita al convite familiar. Es cierto que a veces perturba el sonido alto de alguna grabadora pero, por lo menos, está el atenuante de que son las notas simples de un vallenato o de una cumbia. Y mis amigos de otras tierras lo encuentran agradable, porque admiran la proeza de un pueblo que escucha con orgullo su folclor sin importarle un pito los esfuerzos que se hacen, desde la radio o la televisora, por distorsionar sus gustos con la permanente emisión de la decadente música extranjera. Las playas son inmensas, limpias, y enfiestadas con los colores de las toldas. Por todas partes se pueden tomar los refrescos y cervezas bien frías, o degustar la carne asada y el pescado frito, ausente de salsas exóticas que hacen perder el sabor original. El nuevo parque, a su vez, deslumbra por su

limpieza, el verdor de sus prados y la comodidad de sus servicios, atendidos, por cierto, por muchachos de Juan de Acosta, en su gran mayoría, sin pizca de malicia para la picardía de las clavijas citadinas, ni la complicación de los meseros disfrazados, sino tal como le gusta al pueblo.

Mi amigo Osvaldo disfruta de todo ese mundo para el regocijo y el descanso. Y mientras mira a los niños gozar de la cascada en la piscina principal, parece memorar el abandono de las carreteras, y me dice: "Ahora comprendo menos...".

Mi pueblo, ayer y hoy

Camino por las calles de mi pueblo. Mejor dicho, por su calle. Porque mi pueblo sólo tiene una calle larga. Es de noche y la luz eléctrica se ha ido. Yo estoy contento, y mi gozo sorprende a mis acompañantes. Entonces me detengo, como solía hacerlo, cuando niño, en la loma de la iglesia, para contemplar el cielo. Y allí parece estar, como antes, con sus estrellas y luceros.

En el pasado era esa la mejor distracción nocturna: Nos gustaba jugar a la contemplación y los deseos. Acostados en la peña, boca arriba, pasábamos las horas mirando las Siete que brillan, las Tres Avemarías, los Ojitos de Santa Lucía... Y sabíamos distinguir entre las estrellas rutilantes y los luceros. Después venía el momento de mirar el horizonte para descubrir el descenso fugaz de los meteoritos. En los pocos segundos de su incandescencia había que pensar en los anhelos. Los míos eran casi siempre los mismos: Hallar, después de la lluvia, una moneda de un céntimo para poder comprar guarapo. Porque la calle tenía tanta arena que era difícil encontrar las monedas cuando se les caían a los mandaderos. Claro está que cuando se perdía una moneda de diez o veinte, de pura plata, todos los vecinos estaban allí

con sus totumas y coladores buscándola. Al pasar la fuerte lluvia, los niños caminábamos con la vista clavada en la tierra, convencidos del presagio celeste.

Mientras miro, un punto luminoso sigue un camino largo. Pregunto qué es, y me dicen que un satélite. Ya los campesinos los conocen, como conocían antes el lucero de la mañana, que les servía de compañía, en las trochas solitarias, cuando marchaban, encima de los burros, a sus rozas, en las madrugadas claras.

Me sorprende aquello, y comparo el presente con el ayer. Alguna vez, admirando las virtudes de la sociedad socialista en la Unión Soviética, al responder a mi intérprete, que orgulloso describía el espíritu comunitario y la moral sin egoísmo, le dije: Igual que en mi pueblito, cuando era niño, apenas si se diferencian porque allá existía la propiedad privada sobre la tierra al lado de los ejidos. Entonces recuerdo las fajinas y convites para limpiar los caminos, quemar los prados de las siembras, recoger las cosechas o construir las casas. Las frutas eran silvestres. Todos los campos se cubrían de cerezas rojas, juangarrotes, jobos, mamones y piñuelas. Y las frutas sembradas, como los mangos y cocos, y se obsequiaban. Yo comandaba un grupo de muchachos, que competía con los pajaritos todo el año, buscando ciruelas y guayabas. Con las flores sucedía lo mismo: En las tardes las mujeres se iban de paseo a recoger margaritas y San José, la orquídea silvestre.

Después vino el desarrollo del subdesarrollo capitalista. Detrás de la carretera llegó el poderoso de la ciudad, que se robó las tierras comunales, compró los terrenos y desalojó al campesino. Las palmas, que suministraban el techo de las viviendas, y los árboles que daban la madera y los frutos, se tumbaron para sembrar las hierbas de una ganadería extensiva que no ocupa mano de obra.

Ahora hay luz eléctrica, pero en casi todas las familias los padres y hermanos no están, porque deben emigrar a Venezuela en busca de trabajo. Y los campesinos no tienen flores ni frutos. Y hasta el cielo parece haber perdido las estrellas.

El Teatro Municipal

Mi historia del Teatro Municipal, que acaba de inaugurarse, está exclusivamente asociada al doctor Rafael Juliao. Desde niño comencé a saber de sus sueños. Eran los años de la década del cuarenta, cuando él prestaba sus servicios de médico en el Colegio San José, de la calle Caldas. Para entonces la llamada Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo, y todo el mundo pensaba en soldados. Hasta se encontraban simpatizantes de la organización militar. Uno de esos era un curita, llegado de Europa, que hacía de Prefecto de Disciplina, bautizado por sus discípulos con el mote de Pecho de Piedra, por su andar de tipo marcial, más cercano a un campamento de infantería nazi que a un claustro de la Compañía de Jesús.

Al pintoresco curita se le dio por convertir al Colegio en un cuartel. Con una vara de mando nos puyaba las costillas cuando no alineábamos bien, y hasta contrató los servicios de sargentos, con fusiles, espadas y cornetas, para ensayar maniobras. Fue entonces cuando yo decidí sacarle provecho a mi hernia inguinal derecha. Sin embargo Pecho de Piedra obligaba a los incapacitados a visitar semanalmente al médico en busca del permiso. Esto me permitía todos los lunes subir al segundo piso, donde estaba el despacho del doctor Juliao. La mayor parte de los clientes del médico eran los niños y jóvenes que participaban en lo que podría llamarse las actividades intelectuales: Teatro, coros, bibliotecas, etc. Yo intervenía en los actos de las sesiones solemnes de fin de año, siempre con papeles cortos, por mi mala memoria. Y más que mi propia actuación me gustaba escuchar al doc-

tor Juliao, cuando dejaba a un lado su fonendoscopio, y comenzaba a hablarnos de la necesidad de construir en Barranquilla un teatro, exclusivo para presentaciones vivas, que superara las deficiencias del Apolo, albergue de las inquietudes del Profesor Biava, las hermanas Altamar y Amira de la Rosa.

Unos años después, ya en la pubertad, seguía visitando al doctor Juliao en su consultorio de la calle Bolívar con 20 de julio. Y, más que todo, lo hacía para poder ver a Beitina, su bella enfermera, con quien mantenía una especie de amor platónico. Y allí seguía el médico con su cantaleta sobre el bendito teatro. La verdad es que mientras él me hablaba con entusiasmo y brillo en los ojos de sus proyectos, yo miraba a Beitina. Pero tanto le había escuchado el tema, que no me era difícil escribir los reportajes para mi periódico *Tribuna Estudiantil.*

Desde entonces para mí, pensar en teatro era recordar la obsesión del doctor Juliao. Sus amigos, como Ezequiel Rosado —patriarca inolvidable— y Néstor Carlos Consuegra, solicitaban apoyo para su compañero de civismo. Y en todas partes, en la calle, en las reuniones privadas y públicas, estaba el doctor Juliao divulgando sus esperanzas. Nadie puede decir ahora que no lo escuchó, porque su voz llegó a todos los rincones de nuestra ciudad. Había veces que los contertulios de la "Peña Alicia", teníamos que esperar turno, porque doña Alicia Rosales, contagiada también con el entusiasmo del doctor Juliao, le cedía los espacios de varias semanas. Y yo, sin poderlo evitar, en mis viajes al exterior, cuando asistía a representaciones teatrales en México, Buenos Aires, Madrid, Moscú o Leningrado, dedicaba buena parte del tiempo en inspeccionar los interiores, para imaginar cómo sería el teatro del doctor Juliao. Y debo confesar ahora, que si hice el esfuerzo de disfrazarme la noche del 25 de junio, fue más que todo para buscar la manera de abrazar a un hombre tenaz que por fin pudo saborear el fruto de su empeño ejemplar.

Mi admirado amigo, el doctor Rafael Juliao, como él mismo lo ha declarado, puede retirarse tranquilo a recordar sus esfuerzos, porque ya le dejó esa gran obra a su ciudad.

Defensa de las calles de mi ciudad

Distinguido señor Alcalde de Barranquilla:

Molesto su atención para contarle que desde hace más de un año vengo empeñado en construir un edificio adecuado para el mejor funcionamiento de la Universidad Simón Bolívar. Y, como dicen las señoras, le he tomado cariño a la obrita. Desde un comienzo les dije a los directivos y proyectistas, que la nueva edificación habría de respetar la casa antigua, acomodándose, en todo lo posible, a su estilo. Siempre he pensado que vale la pena hacer esfuerzos para conservar las hermosas construcciones del antiguo Prado, único testimonio de la arquitectura de comienzo del siglo, que fue el resultado del trabajo creador de nuestros maestros de obras, dispuestos siempre a complacer los caprichos de los inmigrantes y burgueses de entonces.

Día y noche, señor Alcalde, he estado metiéndome en todo, para sacar el mejor provecho a los escasos recursos dinerarios. El buen amigo, doctor Roberto Márquez Rueda, es testigo elocuente: Desde hace unos meses viene tratándome la sinusitis que me produjo el polvo del granito pulido. También los arquitectos y trabajadores deben estar aburridos con mis intromisiones. Pero ellos comprenden las razones universitarias. Por ejemplo, mis sueños son los de entregarle a mi ciudad y a su juventud estudiosa, la más bella biblioteca de la Costa, tanto por su dotación como por la comodidad de sus instalaciones, al lado de una librería-cafetería que invite al diálogo y estimule la adquisición del libro. En la terraza estará el salón de actos culturales, para la presentación mensual de los libros que publica la Universidad, recitales, teatro, exposiciones, etc.

Y no se trata, señor Alcalde, de nada fastuoso. Todo es sencillo, pero con deseos de responder al espíritu de la Universidad y a la exigencia del lugar. La verdad es que nuestra Universidad no puede darse otros lujos. Esta modesta construcción la hacemos con sacrificios, y aprovechando la generosidad de hombres universitarios, de escasísimos sueldos. En Barranquilla sus universidades han sido posibles así. Todas se han iniciado en estrechas residencias de alquiler, y gracias al desprendimiento de sus fundadores, son hoy respetables casas de estudios.

¿Y por qué le comento todo esto, señor Alcalde?

Porque en la mañana del miércoles, al acercarme a la construcción con los deseos de ver las placas que recogen los pensamientos del Libertador sobre la educación del pueblo y la enseñanza de las ciencias, he encontrado, que en todo el frente, como para tapar la fachada de mi añorada Universidad, se piensa colocar un aviso de cigarrillos extranjeros, con la imagen de un gringo cabelludo y frívolo. Y como sé de su buen gusto y de su amor a su ciudad, puesto de manifiesto en su acertada administración municipal, deseo suplicarle sus buenos oficios.

Yo podría alegarle, señor Alcalde, que hay leyes en Colombia que prohíben ese tipo de propagandas, pero he de limitarme a sus cualidades personales. Es cierto que esos desmaños son el fruto del subdesarrollo y la dependencia. Porque en los Estados Unidos a nadie se le ocurrirá colocar anuncios en favor del vicio en los predios aledaños a las universidades, o en los propios estadios y sitios de deportes. Tal vez alguna entidad cívica considere que para que la ciudad progrese debe parecerse a algún pueblo norteamericano, cuando deberíamos estar evitando vallas con el objeto de que se viesen mejor las flores de las acacias, de las lluvias de oro, de los matarratones, de los robles, y los vernáculos gajos de cocos. Sin embargo es ese tema de otro

costal. Porque ahora, señor Alcalde, sólo debe quedar presente mi súplica, que tiene el respaldo de más de tres mil estudiantes, hijos del pueblo, que aspiran a mostrarle muy pronto a sus paisanos, y con orgullo, un rincón rodeado de árboles que estimule el estudio, libre de carteles que inviten a fumar cigarrillos foráneos.

Navidad y juguetes

Las calles de la ciudad están llenas de juguetes. Poco le pertenecen al pueblo, pero allí están. Casi todos han llegado del Japón o de otros sitios como símbolos de civilizaciones electrónicas y automatizadas para desplazar, sin mediar permiso, los simples pero auténticos objetos que pulían las manos de artesanos siempre prestos a complacer los caprichos de los niños con sus mueblecitos, guitarras, y buses de madera o lata pintada al estilo de los cuadros costumbristas de Noé León. La abundancia de ellos, ofrecidos en aceras y calzadas, es engañosa: En verdad si hay muchos vendedores ambulantes es porque carecen de trabajo fijo, y en la lucha por la vida esperan a los padres de ingresos limitados que sacrifican gastos prioritarios para evitar la frustración de sus hijos.

En mi niñez no conocí los aguinaldos navideños. Los niños de mi pueblo teníamos que fabricar nuestros propios utensilios de juego. Con los calabazos tiernos hacíamos los toros y vacas del corral, después de colocarles cinco palitos a manera de patas y rabo. Éramos creadores y sabíamos manejar el cuchillo viejo o los vidrios de botellas rotas, para construir las varillas de las cometas o dar forma a los trompos.

Las costumbres han cambiado mucho. En el ayer, los niños pasábamos todo el año ocupados proporcionándonos los medios de las distracciones. Cada mes o en cada estación se practicaba un juego distinto: En el invierno,

los zancos; en el verano, los trompos; en agosto y diciembre, las cometas. Los mejores trompos eran de guayacán, canalete o ceiba. Tan sólo de Barranquilla se llevaban las pitas y los papeles de colores. Hasta hace poco yo seguía haciendo las cometas de mis hijos, con arandelas zumbadoras, adornos de estrellas y rabos de trapos. Después vinieron el yo-yo de la multinacional Coca-Cola, con jóvenes exóticos que exhibían sus habilidades y trucos, y los globos de plásticos. Lo arraigado y nuestro cedió el paso a lo extraño y complicado. Ya los niños no quieren jugar a la *uñita*, que obliga a pensar en estrategias defensivas o deleitarse en las escondidas, que impulsa al ejercicio y el ingenio. Ahora permanecen sentados horas y horas delante de máquinas que tragan monedas para enseñarle el diabolismo de la guerra, con la destrucción de aviones, submarinos y tanques.

Ya la Navidad no es la Navidad. La fiesta religiosa, con símbolos de pesebres modestos que a pesar de su origen oriental semejaba el mismo hábitat de nuestros campesinos, con sus asnos, gallinas, ovejas y terneros, entró en el torbellino del comercio, con un Papá Noel rodeado de nieve y con talego repleto de obsequios como muestrario de una opulencia tan distinta a la pobreza y el recato del hijo del humilde carpintero.

La Navidad se aleja y los que no podemos detener el tiempo, ni desandar lo andado, cuánto daríamos, como lo anhelaba el poeta, por el dulce milagro de "niñez temblando, a un alba de inocencia renacer".

Tener casa propia

En mí no se cumplió el viejo dicho. Había sembrado, en mi condición de niño campesino, muchos árboles, criaba tres hijos y tenía dos libros publicados. Sin embargo sólo me sentí hombre cuando supe que el Banco Central Hipotecario me aceptaba entre sus deudores. Antes había soportado el

rigor de habitar en casa ajena, con el permanente hostigamiento de las agencias de arriendos. Hasta recuerdo que una mañana hace veintisiete años, cuando departía ilusiones de urbanismo e intentaba, en compañía de Cristian Ujueta, Raúl Oñoro Amador, Carlos Eduardo Esmeral, Alfredo de la Espriella y un grupo de asesores extranjeros, programar el crecimiento de la ciudad desde la Oficina del Plan Regulador, me llevaron la noticia que una descuidada jueza me había ordenado el desahucio por atraso de unos días en el pago del arrendamiento. En esos momentos de soberbia y angustia, juré que no descansaría hasta obtener mi techo propio. Y así fue. Años después estaba en Bogotá desempeñándome como miembro del Consejo Nacional de Planeación, en representación de la Cámara de Representantes. Y aunque, por la holgura de mi alto salario, me daba el lujo de vivir en el muy burgués barrio del Chicó, en la primera oportunidad que se me presentó cristalicé mis anhelos: Un día la Editorial Tercer Mundo me hizo entrega de un cheque por concepto de derechos de autor, y de inmediato viajé a Barranquilla a buscar mi nido. Lo encontré en el *Paraíso*, el barrio de los obreros de la Electrificadora del Atlántico. Y a pesar de que sus calles estaban intransitables, carecía de alcantarillado sanitario, y en las noches las nubes de mosquitos dejaban al pasar su estela de picadas y angustias, me pareció sencillamente encantador. Meses después estaba allí, sembrando los robles y cauchos que me siguen dando sombra, y regando una mata de yuca que después pasó a ser legendaria por su enigmática robustez.

Por eso yo no entiendo cuando algunas personas, con exagerada mentalidad mercantil se atreven a vender la sede de sus hogares, con el propósito de utilizar el dinero en actividades especulativas, después de calcular unos beneficios monetarios mayores a las tasas de alquiler. Porque olvidan ellas que la integridad de la familia se asegura mejor bajo un techo propio, que impide las molestias del cambio periódico de ambiente, vecinos, y paisajes, y, por el contrario, facilita la dulce iniciativa de introducir comodidades en el hábitat.

Esas experiencias del pasado me sirvieron siempre de estímulo en los propósitos de contar con sede para la labor universitaria, y de afiliarme a todas las inquietudes que se adelanten en favor de los desposeídos de vivienda. Ya en algunos países, como en la Unión Soviética, en las constituciones ha quedado establecida la obligación del Estado de otorgar a cada familia su vivienda. Es este un derecho que debe garantizársele al pueblo, como el trabajo, la salubridad y la educación.

Todo hombre lleva en su mochila la ilusión de su techo. Alguna vez, al llegar a mi casa el poeta Jorge Artel, me dijo: Esta no se hizo con ladrillos, sino con libros. Y yo le agregué: Y con sueños también.

Un hombre y un zoológico

Mi niñez fue un desasosiego permanente. Según cuentan mis amigos campesinos, era el muchacho más inquieto del pueblo. Con la cauchera en las manos todo el día, me dedicaba a perseguir pajaritos, matar los lagartos que por acá llamamos lobos, y recoger frutas silvestres. En las épocas de verano los adultos me dejaban que los acompañara en la búsqueda de iguanas, para aprovechar mi capacidad de distinguir su mimetismo en el follaje de los árboles. Y con las varitas untadas de piñique utilizaba los barrancos del arroyo para coger los mochuelos, las candelillas, montañeros y canarios. Yo nunca entendí la importancia del vuelo libre de las aves, ni la melodía de sus cantos en la rama de un guayabo. Pájaro suelto, era pájaro para cazar con la honda, o para buscar la manera de enjaularlo.

Después vino la sensibilidad intelectual y la conciencia política. El amor por la naturaleza, la comprensión de su respeto. Tal vez por el pasado de mi infancia, y como una especie de compensación a mis travesuras del ayer, entendí mejor las prédicas de los ecologistas, y la posición de los ideólogos

que defienden los patrimonios nacionales en contra de la rapiña y el saqueo de los monopolios foráneos. A tal punto llegó mi entrega que hasta presidí una organización de defensa de los recursos naturales y asistí a varias conferencias sobre ese tema. E, incluso, la Universidad Simón Bolívar, abrió sus puertas, hace unos cinco años, para recibir, en su Casa de la Cultura, a científicos del mundo que se dieron cita en un caluroso salón principal.

Y recuerdo cómo una tarde, en compañía del escritor David Sánchez Juliao y del geógrafo Joaquín Molano Campuzano, invité a los delegados de los Estados Unidos, Unión Soviética, México, Japón, Filipinas, etc., a conocer nuestro zoológico. Es esta una costumbre que practico hace tiempo. Siempre, con orgullo, llevo a ese lugar a los catedráticos y personajes que llegan a la Universidad.

Todos aquellos científicos quedaron admirados. A pesar del cautiverio, los guacamayos parecían más alegres y parlanchines, los micos más divertidos y los tigres menos fieros. León y perro, hermanos de crianza, se lamían y jugueteaban; la mona albina extendía su mano amiga por medio de las rejas pidiendo rositas de maíz. En aquel ambiente de jolgorio, me preguntaron, quién cuidaba el hábitat. Y de prisa les dije: Hay un hombre que ha hecho posible este jardín ocupado por animales de Colombia y el mundo. Trabaja sin desmayo, y estudia en el cuidado y la investigación. Ama su mundo, pero comparte su dicha con los que llegan aquí. Podría decirse que es un autodidacto de la belleza y de la ciencia. El amor a su obra está presente en cada rincón de este sitio. Museo, biblioteca, colores y sonidos, son el testimonio de su enjundia. Todos en Barranquilla lo queremos y ese hombre se llama *Ricardo Tinoco*.

El Museo Arqueológico de Tubará

Para inaugurar el Museo Arqueológico de Tubará, dije las siguientes palabras:

Nadie se atrevería a pensar que lo que sucedió en Tubará y en esta región

oriental de nuestro departamento del Atlántico hace cuatrocientos cincuenta años, sea digno de festejar. Porque es ésta una fecha de recuerdos tristes. Un episodio sangriento en la historia de la Conquista, época de genocidio, de rapiña y destrucción de la cultura vernácula. Y mucho menos podemos hacer nuestro el lenguaje de los europeos para hablar de descubrimiento. Porque aquí estaban nuestros aborígenes, sin ocultarse de nadie, en los cerros más altos de su modesta serranía, desafiando el viento y contemplando desde lejos el azul de su mar.

Tubará era una ciudad que respondía a las expresiones más representativas de la cultura Mocaná. Sus habitantes, como lo observa en sus investigaciones el profesor Aquiles Escalante, aquí presente, cultivaban la tierra en terrazas artificiales, manejaban el hilado y adornaban sus cuerpos con ornamentos surgidos de su capacidad creadora. Y entonces Heredia llegó, no en son de paz sino de guerra, destrucción y vandalaje. Pocos días antes había incendiado a Oca. "Hubo en Tubará recuento fiero", dicen los versos del cronista. Porque aquí los tubareños, hombres y mujeres, defendieron su terruño. Los venció la civilización de la pólvora y el hierro. Y sus tesoros sagrados, como el puercoespín de Cipacua y los patos de Cornapacua, invaluables piezas de las orfebrerías de entonces, fueron fundidos para calmar la codicia del extraño y pisotear la cultura y los sentimientos espirituales de estos pueblos. Por cierto que no hubo otro sitio de esta parte del mundo donde el bárbaro conquistador obtuviera, de una vez, tanta cantidad de oro.

Se podría alegar que ya no es tiempo para el resentimiento. Y puede ser correcto. Somos ahora triétnicos, y a la cultura antigua se sumó la del foráneo, que hoy se expresa en un idioma, una religión y unas costumbres asimiladas. Como también una organización social, de capitalismo dependiente, que extendió en el tiempo la explotación interna de las masas desposeídas y facilita aún en lo externo el saqueo de los recursos naturales y del trabajo

del hombre latinoamericano, y que permanece como un reto que le exige cambio al porvenir. Pero si hacemos mención de eso es para dejar constancia de rechazo y condena a todo lo que signifique conquista, invasión, coloniaje, o sometimiento, provenga de donde provenga, ya se haga en nombre de Dios o del diablo, del capitalismo o del socialismo.

Y porque valoramos y nos enorgullecen nuestras raíces, hoy estamos aquí, representando a la Universidad Simón Bolívar, —y es ésta la razón de la fiesta y la alegría— para inaugurar el Museo Arqueológico de Tubará, que se inicia esta tarde con el propósito de recoger y preservar todas las reliquias del arte y la cultura antigua de la región.

Que el Museo sea para los habitantes de la Tubará de hoy, un motivo de afirmación autóctona, de valoración de su pasado y de compromiso creador, son nuestros deseos. ¡Gracias!

La ruta de Zapata

Siempre que llego a México me hospedo en el Hotel El Prado. Y no lo hago por encontrarse en un sitio adecuado, enfrente del Alameda y a unos centenares de metros del teatro de Bellas Artes y del Zócalo. Más que todo eso me atrae el famoso mural de Rivera de su salón principal. Muchas horas he estado allí contemplando esa obra maestra que recoge la historia de México, descubriendo personajes, y escuchando a los amigos intelectuales que explican con entusiasmo sus detalles y símbolos. Uno de esos apasionados es el profesor Ramón Martínez Escamilla. Él ha escrito dos libros sobre Emiliano Zapata, y como discípulo de Jesús Silva Herzog, comparte su cátedra de economista con la investigación histórica.

Mientras Martínez Escamilla me habla de la Revolución Mexicana, hace

una pausa, y me dice: La mañana está fresca y bañada de sol. Lo invito a conocer la ruta que siguieron los ejércitos campesinos de Zapata. Y sin dar oportunidad a comentarios, lo tomo del brazo para partir. En la calle encontramos a la doctora Irma Manrique, y también se suma a la excursión. Pronto dejamos la ciudad para entrar a las carreteras del Estado de Morelos. Todo lo que se encuentra a nuestro paso es digno de recordarse: Las cañerías del antiguo acueducto de la urbe, la organización comunitaria de las aldeas, las cañadas en las altas montañas, por donde trajinaban los insurrectos. En Milpalta, que significa sembrado de maíz alto, Zapata promulgó la nacionalización de la tierra y su entrega a los campesinos. Desde el mirador de ese sitio, un antiguo volcán, la sensación del paisaje es contradictoria: En el horizonte la lejana belleza del nevado de la Mujer Desnuda, pero, más acá, la nube de humo que cubre, como un paracaídas, a México, para presentarla como la ciudad más contaminada del mundo.

Descendemos un poco hacia el Valle de Morelos, para visitar a la güera (rubia) Emilia Jiménez Beltrán. Es una reliquia viviente de ochenta y cinco años. Sus ojos son azules y sus cabellos blancos, pero quiso tanto a su revolución como los más auténticos descendientes de los aztecas. Tenía dieciséis años y bailó una noche con el héroe. Aunque es dueña de un restaurante que sazona las comidas con las veinte especies de chiles que se cultivan en San Pedro, el pueblo vecino, sigue viviendo en la parcela que la reforma zapatista le entregó a sus padres. Se sienta a nuestro lado, y comienza los relatos. El general llegó en un caballo negro. Era hermoso como nadie. No olvido que le faltaba un dedo en una de sus manos. Él me presentó un soldado que yo vi después morir. Todos lo querían y respetaban. Y no es cierto que haya muerto. Él está escondido, en el extranjero tal vez, y algún día volverá a nosotros. Aquí lo seguimos esperando. La güera se pone de pie, y comienza a cantar el corrido en honor a los treinta y dos generales de Zapata. Los campesinos ancianos se han ido acercando, y todos comparten

el mismo sentimiento: El general está vivo, y ellos lo esperan, para que la revolución vuelva a encontrar su destino. Y, como a la güera Emilia, se les llenan de lágrimas unos ojos cansados de mirar la lejanía en busca del retorno de su jefe de siempre.

A la una de la tarde llegamos a Anenecuilco, el pueblito donde nació Zapata. En la puerta de su casa hay una de sus frases célebres: *"La tierra es del que la trabaja con sus propias manos"*. En realidad son restos de lo que fue la casa. Apenas quedan las paredes construidas hace doscientos años. Antes habían vivido en ella dos generales más: Aniseto, su abuelo, y Gabriel, su padre. El guía que conoció a Zapata, nos trae el libro de citas. Martínez Escamilla lo hojea en busca de célebres frases de Lázaro Cárdenas. Pero allí ya no están. Entonces el guía, con nostalgia dice: Un estudiante arrancó las páginas. Con frecuencia los jóvenes hacen eso. Son los mismos alineados que prefieren valorar a los extranjeros. Ellos tienen otros ídolos, y se burlan de nuestros revolucionarios. Son otras épocas...

Apenas si tenemos tiempo para tomar tepache y comer tacos, visitar en Cuautla a uno de los cuarteles de la División de Oriente, mirar de prisa el museo que está en la casa que habitó Morelos, y a Villa Ayala, donde se proclamó el Plan Ayala, fundamento de la reforma agraria. Hay deseos de llegar a Chinameca, en donde las balas de los cobardes homicidas, dieron fin al proceso revolucionario. En la alta chimenea del antiguo trapiche, está el lema de la causa revolucionaria: "Tierra y Libertad". Los huecos de las balas, disparadas por fusiles en manos temblorosas y cobardes ante la presencia del coloso, están en las paredes y la puerta principal. Sin embargo se han hecho arreglos que distorsionan los testimonios. Simón Santos, el celador, exclama: Mi abuelo Pedro Santos peleó con el General. Él nos relataba las batallas. Aquí sólo estaba la hacienda de un español. Los ladrillos de esta casa fueron cocidos por Felipe Neri, un peón de la hacienda que después fue general de la Revolución.

Ahora parecen empeñados en esconderle la historia a los niños. Hace dos años el Gobierno mandó a destruir parte de lo antiguo, para instalar una escuela de turismo. Ya esto, más que altar de la Revolución, parece un sitio moderno adecuado para distraer turistas. Tanto es así, y como ustedes pueden ver, quitaron el telón blanco donde se proyectaba al visitante, las fotografías y películas de la época zapatista. Pero nosotros seguimos contándole a nuestros hijos el pasado de sus ascendientes. Todas las tardes yo los reúno en mi casa, y les pido que miren con devoción la Piedra Encimada, allá arriba, en el Cerro de Oriente, donde estaba el campamento de nuestras tropas campesinas.

No queremos dejar aquel sitio tan preñado de recuerdos. Pero todavía hay más que ver. El sol está aún radiante, y las carreteras son apropiadas. Pronto alcanzamos a Tlaltizapan, que fue el Cuartel de Occidente. En su pequeño museo se conservan, en una urna descuidada y con los vidrios rotos, el uniforme que vestía Zapata el día de su muerte, y la máquina de escribir que usaba su secretario. Más adelante están Tlaqueltenango, centro de actividades del ejército, y Jojutla, sede del último gobierno zapatista.

Ya, al anochecer descansamos en la bella plaza de Cuernavaca, penúltimo reducto de la Revolución. Se piden los refrescos en el café, pero nadie quiere hacer comentarios. Todos estamos absortos con el recuerdo de una epopeya auténtica y genuina, como han sido, y tendrán que ser siempre, todas las jornadas en favor de la libertad y la justicia social para nuestros pueblos.

Defensa del idioma

Mientras hago la cola, en compañía del doctor Bernardo Jaramillo, columnista de *El Heraldo*, para entrar al cine a ver la grandiosa epopeya de la

India y de Gandhi, de tanto servicio para comprender —más allá de los esquemas dogmáticos— que todos los caminos son posibles si se tienen en cuenta la realidad y las circunstancias, miro y escucho a los jóvenes. Son universitarios. Llevan debajo de sus brazos libros y cuadernos. Pero sus conversaciones, con abundancia de jergas y extranjerismos, resultan ininteligibles.

Es preocupante el descuido que se observa por el buen uso del idioma. En las universidades la mayor parte de los estudiantes son ajenos a la redacción correcta y a las reglas ortográficas. Y lo más lamentable es que estas cosas se dan con naturalidad, como si fuesen el signo del momento. En la expresión oral sucede lo mismo: El lexicón de la juventud apenas si comprende una media docena de palabras: vaina, man, ajá, loco, hijue..., y pare de contar. Por eso cuando un estudiante se acerca a un superior se le dificulta la comunicación. Entonces se enreda y tartamudea, y al final casi nada dice. No se pretende que cada persona sea un académico o un purista de la lengua, ni mucho menos que se desprecie el habla popular. Al fin y al cabo el pueblo es la fuente inagotable de la riqueza idiomática, y cada momento histórico exige una terminología acorde con los avances de la ciencia. Pero en las personas llamada cultas, que han tenido la oportunidad de pasar por un colegio de bachillerato, su cuidado en el escribir y el hablar debe ser distinto a lo común, con el objeto de irradiar condiciones dignas de imitarse.

Para presentar el libro *Periodismo Idiomático*, del filólogo Luis Felipe Palencia Caratt, hice saber que la defensa del idioma es una posición afirmativa y revolucionaria. En la lucha contra la dependencia cultural toda actitud encaminada a rechazar la deformación de nuestra lengua es correcta. La invasión de extranjerismos y jergas de sabor lumpista responde a situaciones negativas contra el patrimonio idiomático. Precisamente, y como hecho de gran positivez, la América Latina mantiene latente para su inte-

gración futura, en la mayoría de sus países, una lengua común. Y todo lo que se haga para salvaguardar esa heredad merece respeto y admiración.

Es cierto que el castellano fue impuesto por el conquistador genocida. Pero ya forma parte de una cultura asimilada que hay que cuidar contra la penetración disociadora de potencias dominantes. Como todas las representaciones de una cultura en particular, el idioma es una herramienta que unifica y distingue. Más aún entre pueblos hostigados por la insidia de potencias extranjeras interesadas en impedir su unidad y comprensión. En Cuba, por ejemplo, después de la revolución, al lado de las grandes jornadas alfabetizadoras y culturizantes se ha hecho hincapié en el regreso a las raíces. En el campo de la retórica la vulgaridad y la desidia de locutores y periodistas del ayer hace rato quedaron atrás. Para el caso nuestro se hace necesario volver a la costumbre de la cátedra permanente de castellano en los claustros universitarios, que permitan superar el dominio de la jerigonza.

Ciudad y árboles

Hace unas noches recibí en el aeropuerto al científico social soviético, doctor Pedro Yacolev. Al llegar al hotel, después de entrar a la ciudad por la Avenida Olaya Herrera, me dijo: Me gusta Barranquilla porque hay árboles en sus calles; los árboles humanizan la vida moderna, de ajetreos, automóviles y polución.

Entonces yo le recordé a Alma Ata, la ciudad soviética de los árboles, en donde estuve, hace ya una década, comprobando el milagro y la proeza del dominio del hombre sobre la naturaleza. Antes de la Revolución de Octubre Alma Ata, que quiere decir sitio de manzanos, era un simple oasis en el desierto, apenas habitado por tribus nómadas que levantaban allí sus carpas. Después se trajo agua por canales de setecientos kilómetros. Y los campos

cambiaron el color moreno de las arenas por el verde de los sembrados y los bosques. Hasta un gran lago azul, que parece un mar, rodea a la ciudad para deleite de los bañistas en verano y frescor del paisaje.

Cuando el agua llegó en abundancia a Alma Ata la siembra y cuidado de los árboles no tuvo límites. Hay tantos árboles en sus calles y parques, que es difícil ver de lejos los edificios y casas. Alguna vez, me contaban amigos de allá, los camarógrafos de la televisión moscovita quisieron filmar la ciudad desde un helicóptero, pero todo parecía una extensa alameda. Y los hijos de Alma Ata están orgullosos de su obra, y en todo momento hablan de ella como para que se siga el ejemplo en otras partes.

Barranquilla podría ser una ciudad más bella porque la naturaleza le ha obsequiado sus dones. Cuenta con un hermoso río y el Caribe, siempre el Caribe. Además la exuberancia del trópico, con toda clase de árboles de verdor permanente y flores polícromas. Sin embargo la ciudad está de espaldas a su mar y su río, y los árboles se siembran y destruyen a la vez. Muchas veces, el nuevo inquilino, o el constructor sólo interesado en la venta rápida de su inmueble, corta los árboles para que se vea mejor su casa o lo que vende. Hace un par de tardes pasé por la calle 79, la de los matarratones del antiguo Country, y el propietario de un nuevo edificio aniquiló como cincuenta metros de esos árboles, cantados por Amira de la Rosa y Estercita Forero, que forman parte de la historia romántica y sombreada de la urbe. Y nadie dijo nada...

Barranquilla podría ser la sede de los árboles y las flores. En febrero o marzo yo suelo pasear con los amigos visitantes de turno por las calles del antiguo Prado. Algunas veces hemos contado en una cuadra hasta veinte flores distintas. Y son flores de árboles, que no necesitan cuidado especial, como sucede con los jardines públicos de París o de cualquiera otra ciudad europea.

Y cuando la ciudad se acerque al mar y rescate las orillas de su río con árboles y flores el trajín de la existencia se hará más agradable.

Defensa del mosaico y el mármol

Hace unos meses leí un comentario de una periodista bogotana sobre el uso en residencias de Barranquilla y la Costa, de mármoles y mosaicos por parte de los llamados nuevos ricos o emergentes. Para la columnista ese hecho era muestra de mal gusto y derroche.

Sin entrar a considerar los gustos y la ostentación de arribistas e imitadores, el tema resulta interesante para intentar algunas aclaraciones que tienen que ver con la dependencia cultural, el dominio de los medios de comunicación y la propaganda alienadora, por un lado, y lo que puede convenir más a los habitantes de una región, por el otro, teniendo en cuenta su idiosincrasia, costumbres, climas y recursos disponibles.

Por ejemplo, en los últimos años, tal vez por el efecto de la televisión y la radio, y como consecuencia del complejo centralista, en estas ciudades calurosas se les ha dado por paramentar las oficinas y residencias con alfombras y tapetes traídos de Bogotá o el exterior. Las alfombras, como define la Academia, son tejidos de lana o de otras materias con que se cubren pisos y escaleras para abrigo y adorno. Cuando se entapuja una sala con capas gruesas de tejidos naturales o artificiales las posibilidades de calor aumentan, y por lo tanto, el uso de acondicionadores de aire se hace indispensable, o el rendimiento de su capacidad refrigeradora exige mayor gasto de energía. Y lo peor del asunto, como comenta el profesor Assa en la tertulia de las oficinas de Heliodoro García es que las hermosas baldosas de las casas antiguas las arropan, para estar a tono con la moda, con los arabescos productos de Cajicá.

El mosaico y el mármol son frescos y apropiados para el clima costeño. Dan belleza y facilitan el aseo. En las primeras décadas del siglo floreció una industria del piso que era orgullo de la ciudad. Muchos intelectuales y empresarios, al estilo de Benjamín Sarta, sintieron complacencia en dirigir artesanos en la producción de esos objetos. Y la materia prima y el trabajo eran nuestros. Los hogares, de ricos y pobres, adornaban los recintos habitables con las figuras y colores de los baldosines. Y el fresco natural del mármol y la piedra molida mitigaban el bochorno.

Por su parte el mármol se remonta al hábitat colonial. En la Cartagena amurallada se conservan los pisos y escaleras de mármol que suavizan el fogaje del medio día y en las noches invitan a buscar su frescor. Los colores del mármol son variados y facilitan combinaciones decorativas. Y el mármol es producto natural y nuestro. El economista Carlos Martínez, un santandereano enamorado de la Costa, habla, con experiencia y entusiasmo, sobre el mármol costeño; en las estribaciones de la Sierra Nevada, dice, está en abundancia y de una calidad que nada tiene que envidiar al extranjero. Si en el país existiera legislación y política adecuadas para su explotación, el mármol o sus derivados, como el terrazo, podrían convertirse en mercancía popular. Y debe tenerse en cuenta que ese mármol es eterno, limpio, bello por naturaleza, fresco y salido de las propias entrañas de nuestra tierra costeña. Y, además, evita las alergias que las alfombras sintéticas causan a los niños de nuestros días.

Los concursos de belleza

Lo más difícil de definir en todos los tiempos ha sido la belleza. Conceptos sobre ella se han escrito y escuchado desde los antiguos griegos hasta nuestros días. Los filósofos la acogieron como tema para sus especulaciones. Según Platón era todo lo que inspirara amor. Kant creyó que la noción de belleza se ubicaba en la razón, y que en el ser pensante existe un "principio

trascendental, indeterminado e indeterminable", que permite juzgar la cualidad del objeto, y Hume, con cierto eclecticismo digno de acato, diría que no es sólo cualidad del objeto sino fruto del espíritu que la observa. La belleza, conceptuaba Hegel, es armonía de lo ideal y real, consonancia del espíritu con la forma, aparición de lo infinito en lo finito.

Propiedad de las cosas —ya de la naturaleza o de la creación intelectual del hombre— que determina sentimientos amorosos, la belleza mantiene un valor relativo enmarcado en el tiempo, el espacio, las costumbres y el alma. Y aunque lo bello supone simetría, conjunto armonioso y, a la vez, expresión de lo previamente conocido que agrada y estimula, en ocasiones también el estado de ánimo juega un papel prioritario.

Alguna vez me contaba Manuel Zapata Olivella que estando en China en una escuela rodeado de niños que reían con malicia, preguntó, un poco molesto y prevenido al intérprete qué pasaba. Y éste le dijo: Se ríen de la forma de sus párpados y ojos, demasiado grandes y redondos. En el sureste de la Unión Soviética visité, en compañía de amigos europeos y de un africano, un hogar donde residía una anciana. Esa mujer en sus sesenta años no había visto nunca a un negro. Y libre de prejuicios lo tomó en sus brazos maternales para contemplarlo con la alegría y el amor que produce la belleza. Aquellos niños, acostumbrados a las formas oblicuas de los ojos de los suyos, encontraban extraños otras disposiciones. Y la viejita rusa, de ojos azules y piel de porcelana, descubría en los cabellos rizados y la piel oscura un encanto exótico. Los predios de la estética son tan variados como pingües.

La belleza es algo natural, simple, armonioso, auténtico, espontáneo. Es el juego de arreboles en el atardecer, la flor silvestre, la muchacha de Carranza, la del arroyuelo azul en la cabeza. Distinto, por cierto a lo artificial, al plagio, lo impuesto, comercial o maquillado.

No puede hablarse de concurso *nacional* de belleza femenina, cuando las

participantes representan tan sólo la voluntad de grupillos excluyentes y arbitrarios que actúan bajo la orientación de multinacionales extranjeras productoras de cosméticos y trajes de baño, interesadas ante todo en asegurar el éxito de sus promociones de ventas, con pautas preestablecidas no necesariamente dentro del rigor vernáculo de la calología. Allí poco está representada la configuración triétnica que caracteriza a la mujer colombiana, ni sus vestidos y galas ancestrales que son muestrarios de folclor y cultura propias. Por el contrario, el derroche de joyas y vestuarios costosos se ofrece como un reto a la miseria y a las limitaciones de un pueblo burlado que ya no festeja la gesta libertadora de sus antepasados, sino los caprichos cortesanos de aristocracias trasnochadas que aún añoran coronas y cetros reales.

¿Y quiénes son los llamados para calificar la belleza? ¿Acaso cultores del arte, vale decir, pintores, poetas, escritores, intelectuales, críticos? No. Son gente de negocios, casi siempre de un mundo de figurines y turismo, no ajena a intrigas y ocultos intereses. Y como si fuese poco, y para el caso del evento de Cartagena, en esos actos tampoco se pierde la oportunidad para machacar centralismo en el uso de la televisión, con crudo desprecio al talento cartagenero y a la región costeña, a la cual se le niega el acceso a la locución, al canto y la música, y se le lleva al triste espectáculo de enfrentar en ridículas polémicas y resentimientos a ciudades hermanas, como Barranquilla y Cartagena, unidas por el terruño, la idiosincrasia, la cultura, y el espíritu de sus habitantes.

Biografía de la caña

Como la yuca, el maíz y el millo, la caña de azúcar permanece en mis recuerdos de infancia. Buena parte de esos años los pasé en las rozas de mi padre, viviendo el milagro de la naturaleza domada por el hombre. Ahora me es difícil saber en qué momentos era más feliz: Si en los lluviosos

octubres cuando los arroyos inundaban los campos con sus corrientes juguetonas, o en los diciembres de bandadas de galanderos y cotorras que se mecían con la brisa, comiendo y chillando al pie de las mazorcas. Pero en todos esos momentos de trabajo o diversión, la caña de azúcar estaba allí, como la novia paciente, a un lado del rancho, mimada por todos, dispuesta a entregar su jugo para calmar fatigas. Yo la buscaba a toda hora, y en las noches me era grato escuchar, en las conversaciones de mayores, los relatos de Miguel Fonseca sobre su alambique, capaz de destilar el mejor *tapetusa* del pueblo.

Mis aficiones de entonces permanecen. Cuando servía como profesor en la Universidad de Cartagena, todas las semanas, al acercarse el bus a los Pendales, mi olfato descubría, en los meses de molienda, el aroma de la miel caliente. Y eran instantes de éxtasis. Una vez, al regresar de Santa Clara por una carretera de ocho vías que atraviesa cañaverales extensos como el mar, tanto le hablé al chofer que conducía el automóvil del Rector de la Universidad de La Habana del placer de sorber la pulpa blanca, que de pronto, sin yo pedírselo, detuvo la marcha, se bajó, y sin la ayuda del machete, partió con sus manos varios trozos de caña que gusté por varios días en la fastuosa habitación del hotel Habana Libre.

Ahora tengo en mis manos una especie de biografía de la caña de azúcar, escrita por el estudioso atlanticense, doctor Alfredo Celedón Manotas. Es una monografía interesante porque en su mayor parte está dedicada a la crónica de su siembra en nuestra tierra costeña. Y es una historia dulce y amarga: Dulce porque trata del azúcar y la panela, pero amarga al mencionar la explotación del trabajo esclavo, sombra negra que se extiende hasta buena parte de la época republicana para llenarla de vergüenza.

Considera el autor que si en el pasado floreció con esplendor el cultivo de

la caña de azúcar en Berástegui, Sincerín y Santa Cruz, ha llegado el momento de volver a empezar. El centralismo que predomina en el país, puesto de presente en el triángulo Bogotá-Medellín-Cali, atropella elementales enunciados de la teoría de la localización de la actividad productiva. Es así como, sin importar los costos del transporte, la cercanía de los mercados internos y externos, las posibilidades de mano de obra e insumos, y los recursos naturales, a la extensa región costeña se le mantiene como simple consumidora del azúcar producida en el lejano occidente. Y la verdad sea dicha, como en ninguna otra parte, existe en toda la Costa una tradición de cultivo de la caña de azúcar. Los más autorizados economistas de la etapa colonial, Antonio de Narváez y la Torre y José Ignacio de Pombo, en sus diferentes documentos hacen saber que en las provincias de Cartagena, Santa Marta y Riohacha, se daba "la caña dulce de la mejor calidad" y en condiciones tan adecuadas, que su explotación podía hacerse "mucho más fácil y barata que en La Habana". Ahora se habla de un gran proyecto de explotación en los Pendales. Oportunidad que se le ofrece a la iniciativa de los empresarios costeños, tan venida a menos en los últimos tiempos. Qué hermoso sería, por cierto, que la nostalgia del poeta Artel, en su "Sinú, riberas de asombro jubiloso", se trocara en sonrisa para que el olor a molienda, como lo quiere Alfredo Celedón, conduzca de nuevo hasta el vital enjambre que extinguieron los años bajo el absurdo de un sistema capitalista indolente.

Bibliografía

Aguilar Alonso, *Orígenes del Subdesarrollo.*

Barba Jacob Porfirio, *Corazón Iluminado.*

Castillo y Rada José María, *Memorias de Hacienda.*

Celedón Alfredo, *Biografía de la Caña.*

Cruz Santos Abel, *Castillo y Rada.*

De la Plaza, Mieres, Moreno, Silva, Parra, Márquez, Malavé Mata, Córdoba, Flórez, Losada y Petkof, *Dependencia y Subdesarrollo.*

De las Casas Bartolomé, *Historia de las Indias.*

De Narváez y la Torre Antonio, De Pombo José Ignacio, *Escritos de dos Economistas Coloniales.*

De Vargas Pedro Fermín, *Pensamientos Políticos y Memorias sobre la Población del Nuevo Reino de Granada.*

Del Castillo Nicolás, *El primer Núñez.*

Estrada Monsalve Joaquín, *Núñez.*

Extractos de las Primeras Juntas celebradas por la Hacienda Económica de los Amigos del País en la Villa de Mompós Provincia de Cartagena de Indias (Fotocopia del original).

Forstmann Albrecht, *Dinero y Crédito.*

Furtado Celso, *Obras Escogidas.*

García Antonio, *Bases de Economía Política.*

Giraldo Jaramillo G., (compilación) *Relaciones de Mando de los Virreyes de la Nueva Granada, Memorias Económicas.*

Hernández Rodríguez Guillermo, *Conferencias de Hacienda Pública.*

Lecuna Vicente, *La Entrevista de Guayaquil.*

León Diego, Fray, *Discurso sobre la Economía Política.* (Incluido en el libro de Oreste Popescu, Un Tratado de Economía Política en Santa Fe de Bogotá, en 1810).

Liévano Aguirre Indalecio, *Rafael Núñez.*

Madiedo Manuel María, *La Ciencia Social o el Socialismo Filosófico.*

Mitre Bartolomé, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana.*

Molina Gerardo, *Las Ideas Liberales en Colombia.*

Molinares Sarmiento Ramón, *Exiliados en Lille.*

Nieto Arteta Luis Eduardo, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia.*

Pabón Juan Manuel, *Fundamentos de la Ciencia Económica.*

Palencia Caratt Luis Felipe, *Periodismo Idiomático.*

Popescu Oreste, *Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea.*

Rosado Diego León, *Historia y Pensamiento Económico de México.*

Scaron Pedro, (compilación) *Materiales para la Historia de América Latina (Marx y Engels).*

Selser Gregorio, *Diplomacia, Garrote y Dólares.*

Serrano Camargo Rafael, *El Regenerador.*

Silva Herzog Jesús, *El Pensamiento Económico de México.*

Torres M. Rafael, *Los Juegos de Azar y la Especulación.*

Valencia Zea Arturo, *Origen, Desarrollo y Crítica de la Propiedad Privada.*

EL COMPROMISO DE UNA TEORÍA ECONÓMICA PROPIA

Presentación

En días pasados, ordenando papeles, encontré unos manuscritos del libro sobre Economía Política, que hace años estaba escribiendo el profesor José Consuegra, con el propósito de publicarlo como tercera edición de sus Apuntes de Economía Política, *de los cuales se hicieron dos ediciones en 1963 y 1964, y como uno de los volúmenes de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social, Apesal, que él dirige en la Universidad Simón Bolívar.*

Para mal de mis pecados, como antes decían las abuelas, hice entrega del hallazgo al doctor Consuegra, y al hojearlos se entusiasmó tanto, que de inmediato me suplicó siguiera buscando el resto del material.

Como él dice en la introducción, la misión de los Apuntes... *era apenas pedagógica y divulgadora. En cambio, el presente trabajo se distingue por la posición afirmativa en la búsqueda y defensa de un razonar latinoamericano, apropiado para economías en desventajas que exigen interpretaciones y estrategias genuinas.*

Lo curioso del asunto es que la prestigiosa casa editora Grijalbo, publicó a finales del año pasado (1997) la tercera edición de los Apuntes de Economía Política, *y tres meses después, a comienzos de este año de 1998, la*

cuarta. Tendrá, pues, el doctor Jorge Pérez que esperar que encuentre el resto de los manuscritos, para imprimir la quinta edición.

Sin embargo, antes de esa posibilidad, el doctor Consuegra desea escuchar opiniones de los entendidos en la materia. Lástima que la parte final del presente capítulo, sobre los Sistemas Económicos, no contenga el análisis del socialismo planificado como él lo escribió en los años de existencia de la Unión Soviética, y que recoge, entre otras cosas, las observaciones que le escuchaba en Moscú, Leningrado o Najodka, cuando lo invitaban a dictar conferencias, o a participar, en representación de Colombia, a los congresos mundiales sobre la defensa de los recursos naturales. El material sobre dicho subcapítulo —porque aún no he encontrado el de entonces— lo redactó el autor en estos días, compilando comentarios escritos en El Heraldo *y* Desarrollo Indoamericano *que aparecen en su libro* Desde mi Columna.

Ana Bolívar de Consuegra
Noviembre, de 1998

Economía, tiempo y espacio

LA ÚNICA MANERA DE JUSTIFICAR un libro más con pretensiones de texto auxiliar en el estudio de la Economía Política para universidades de países subdesarrollados y dependientes, es entendiendo a esta ciencia como eminentemente social, política e histórica.

Leyes y Teorías

Cada economía particular, o conjunto de economías con características parecidas, exige una Economía Política, en la cual la deducción de los hechos, o la teoría explicativa de sus fenómenos, responda a su realidad, con el objeto de deducir el conjunto de estrategias de su política económica. Y aunque pueda aceptarse el concepto de universalidad de ciertas leyes económicas, siempre hay que pensar que deben responder al rigor de las condiciones hipotéticas que suponen, para que puedan jugar un papel de referencias en el campo de las decisiones. La realidad supera la imaginación y desborda la hipótesis idealista. Cada realidad es fuente y madre de las deducciones o teorías propias de sus fenómenos.

Es cierto que la Economía Política, como ciencia, está provista de leyes. Pero ellas sólo pueden entenderse como universales en tanto existan, para su cumplimiento, en los sitios donde se apliquen, condiciones semejantes

en lo político, espacial e histórico. Cada realidad, en un tiempo particular, exigirá una deducción teórica que fundamente la estrategia para el alcance de unos objetivos. Lo que ha sido o es bueno para la economía de un país, o de una región, sea cual fuere el sistema político, capitalismo o socialismo, necesariamente no tiene que dar los mismos resultados en otras, u otra, y mucho menos cuando en la correlación las ventajas fueron o son aprovechadas por una de las partes. Si, por ejemplo, el sistema de producción capitalista impuesto en la América Latina engendró y coadyuva a la dependencia y el subdesarrollo, todo lo que se siga haciendo a través de sus recomendaciones y teorías generadas en los centros de dominación, habrá de servir nada más para alimentar el proceso del desarrollo del subdesarrollo y la dependencia.

Durante mucho tiempo ciertas leyes económicas formuladas en Europa recibieron la acogida de verdades indiscutibles. Nadie en el pasado se atrevía a dudar del papel inapelable de las leyes de la oferta y la demanda en la formación del precio, o de la cantidad de dinero como determinante del poder adquisitivo de la moneda. En nuestros días los aportes de la investigación en las economías sometidas han permitido esclarecer la razón de principios divulgados e impuestos para conveniencia de unos contra otros.

Definiciones y conceptos

A través de la historia las definiciones y conceptos sobre la Economía Política han sido variados. Naturalmente, corresponden a una situación concreta y a unos intereses particulares, en el proceso del desarrollo. Así, en el apogeo de la etapa industrial del capitalismo europeo, a la Economía Política se le entendió como ciencia del estudio de la producción y reparto de las mercancías, en sí y por sí, dominada por leyes naturales perpetuas y ajenas a la voluntad de los hombres. Lo que significaba, en otras palabras, por una

parte, el negar su posible relación con la justicia social, o el compromiso de los usufructuarios del sistema, y por la otra, la aspiración de extender en el tiempo la organización prevaleciente. Antes, los mercantilistas la habían definido como una suma de estrategias al servicio de la búsqueda de saldos favorables capaces de incrementar la riqueza nacional. Para los socialistas de Europa, la ciencia económica tiene que ver con las relaciones sociales entre los hombres en la actividad productiva. La Economía Política no trata de cosas, decía Engels, sino de relaciones entre las personas y, en última instancia, entre clases. Y Lenin, siguiendo el mismo derrotero, afirmaría también que "la Economía Política no se ocupa en absoluto de la producción, sino de las relaciones sociales de los hombres en la producción, del régimen social de la producción".

Marx, por su parte, enmarca los conceptos en los principios dialécticos del materialismo histórico, pero bajo el rigor de un esquema que, en algunos casos, deviene en deducción mecanicista acerca del papel que puede corresponderle a ciertos agentes de la escena: El capitalismo generaba su contrario en relación directa con su desarrollo, para facilitar el advenimiento a un nuevo sistema: La revolución habría de iniciarse en los países más industrializados por el mayor volumen de proletarios. Aunque el capitalismo llevaría el progreso (o desarrollo) a las regiones atrasadas. Por eso Marx, Engels y Hegel justifican la expansión norteamericana en México o la presencia colonialista inglesa en la India y, hasta de manera subjetiva, como lo hiciese Hegel, se tilda a los habitantes de nuestros territorios de perezosos, o se difama —con epítetos increíbles— la obra y el pensamiento de Bolívar.[1]

¿Qué es la Economía Política?

Si se aceptan las observaciones mencionadas, habrá que entender a la Economía Política, como una ciencia eminentemente social, que estudia

los fenómenos y relaciones que surgen entre los hombres en el proceso de la producción, distribución y consumo de los bienes materiales, con leyes objetivas que se desprenden de una situación política, en un momento histórico y bajo un marco geográfico.

En otras palabras, lo anterior sirve de base al criterio de la necesidad de escudarse —en este caso en la América Latina— en una Economía Política propia y apropiada para sus pueblos, en momentos oportunos de estrategias defensivas tendientes a la superación del subdesarrollo y la dependencia.

Economía y Desarrollo

En verdad el estudio de la Economía política es, al fin y al cabo, el estudio del desarrollo económico y social. Cada sistema, o cada etapa dentro de un sistema con una estructura, determina sus instituciones. Pero el hecho económico es fruto de la conducta del ser humano, y, como tal, su orientación y resultados se entrelazan a su voluntad y a su interés social. No basta, por lo tanto —especialmente en el campo internacional— con dejar al arbitrio del esquema hipotético del sistema el logro de objetivos, ateniéndose tan sólo a los supuestos teóricos deducidos en condiciones diferentes. Así como algunos países capitalistas —Estados Unidos y Alemania— necesitaron de un cuerpo de doctrina, hasta cierto punto antítesis de lo clásico (el proteccionismo de Hamilton, y los conceptos nacionales de crecimiento; rechazo al librecambismo y a la especialización internacional de List), para alcanzar la etapa industrial, en las economías socialistas las divergencias entre la Unión Soviética, China y países balcánicos, fueron, simplemente, la expresión de roces de intereses encontrados en la estrategia, o aplicación de políticas económicas que respondían a desiguales grados de desarrollos, o miras distintas.

Por eso el compromiso de los economistas de América Latina —conjunto

de economías bajo el peso, unas más otras menos, del subdesarrollo y la dependencia— debe cobijar el objetivo de la formulación de los enunciados de la estrategia, sea cual fuese el orden económico imperante. Lo anterior obliga a despojarse de la influencia de una formación intelectual sometida y extranjerizante, porque, la verdad sea dicha, ante la complejidad de la dependencia, los profesores de esta materia suelen convertirla en apologética, para recitar en sus cátedras los conceptos emitidos en los manuales escritos en Estados Unidos, Unión Soviética[2] o Europa, sin importar que dichos manuales suelen cambiar periódicamente sus conceptos, como consecuencia del cambio natural de las estructuras y conveniencias de esas regiones.

Objetivos

Hace veinte años escribí el libro *Apuntes de Economía Política.*[3] De esa obra se hicieron dos ediciones,[4] y en muchas facultades de Economía fue acogida como texto auxiliar. Sin embargo, casi se limitaba al papel de la divulgación. En el presente volumen se sigue el mismo estilo didáctico, pero consciente, con los pies puestos en una realidad concreta. Lo que quiere decir, que al lado de las distintas explicaciones teóricas que en el tiempo y el espacio se les ha otorgado el carácter de leyes o teorías, estarán sus interpretaciones, sus razones y el por qué, además de los juicios, aportes y críticas necesarias. No se trata, pues, de una cartilla divulgadora de la teoría económica generada en los centros de poder económico. Tampoco se pretende excluir nada de lo conocido. Lo que se intenta es explicar cada interpretación de acuerdo con un origen definido. Y, sobre todo, hacer presentación de nuestros puntos de vista, que corresponden a nuestra realidad social. En este sentido no sólo hago uso de los aportes más generalizados del pensamiento económico de América Latina, sino, además, de los que he tenido oportunidad de exponer en mis libros anteriores, especialmente los concernientes al desarrollo, la población, la inflación, el interés, los salarios, etc.

En nuestro medio toda actitud de idoneidad es mal vista. La alineación es ciega e intolerante. Cualquiera posición que se salga de los moldes de lo acatado es cuestionada. Pero si algo ha de justificar este esfuerzo es la respuesta afirmativa a los cientos de latinoamericanos que en todas partes se encuentran empeñados en estudiar nuestros problemas a la luz de nuestra realidad. En este aspecto el riesgo es necesario y atrayente. Ya decía Balzac, refiriéndose a la literatura: "No inventes; te tomarán por loco o criminal; copia y sé dócil y vivirás feliz como todo idiota". Para el caso de la ciencia social también cabría comentar: Si investigas, formulas o creas, te tomarán por revisionista, y te despreciarán; repite, recita y traga entero, y vivirás feliz como los idiotas de las sectas.

Pero, en fin... vale la pena correr el riesgo, y recordar la antigua frase: "La verdad es siempre revolucionaria". Y, no sólo la verdad en sí, como prueba tangible, sino además, agrego yo, su búsqueda y el compromiso con su encuentro.

Sistemas económicos

El estudio de los sistemas económicos es imprescindible en la Economía Política. Sólo así puede apreciarse su condición de ciencia social, política, histórica y espacial. El esquema de la división de la historia[5] del desarrollo económico, teniendo en cuenta las relaciones sociales de producción, es lo que se conoce con el nombre de *Sistemas*.

El examen de los sistemas económicos involucran un profundo significado político, por cuanto permite comprender que los modos de producción han sido y son etapas en el transcurso del desarrollo social de los pueblos.

Esto permite considerar que la división de la historia de la economía en períodos determinados estima la necesidad de estudiar las características

típicas de los medios productivos de acuerdo con la utilización que de ellos se haya hecho o se haga para explotar los recursos naturales, lo mismo que las relaciones de carácter social que se lleven a cabo entre los hombres como consecuencia de la estructura predominate. "En este sentido la producción es la acción del hombre sobre la naturaleza. Pero el hombre existe y produce, no como individuo aislado, sino como miembro de la sociedad. Por lo tanto, el proceso de producción implica una determinada relación, no solamente entre la sociedad y la naturaleza, sino además, entre los hombres mismos".[6]

Aunque a veces se habla de sistemas o períodos históricos, es necesario distinguir: Los períodos históricos se relacionan con la densidad de población y los instrumentos de producción; mientras los sistemas se fundamentan en las relaciones sociales de producción. De la prehistoria se estudian los períodos **paleolítico**, **neolítico** y **calcolítico**.[7] A cada uno de ellos corresponde una densidad de población (hordas, gens, tribus) y unos instrumentos de producción (estacas, hachas, flechas, etc.). Pero cuando se define el sistema colectivo primitivo, el concepto abarca, además de densidad de población e instrumentos de trabajo, las características de la actividad productiva y la apropiación del producto. Por ejemplo, en la etapa actual las economías capitalistas y socialistas utilizan tecnologías semejantes y, en algunos casos, hasta iguales, pero las relaciones sociales de producción se distinguen: En una existe propiedad privada sobre los medios de producción, y en la otra propiedad estatal. De este hecho estructural se desprende una superestructura para, en su conjunto, caracterizar a cada uno de los sistemas. Es correcto decir que las herramientas de trabajo sirven para distinguir períodos en la historia del desarrollo, pero no lo es para referirse a los sistemas, por cuanto en un mismo sistema pueden darse períodos distintos de acuerdo con los cambios que se llevan a cabo en su tecnología.

Estos conceptos, como ya se ha hecho caer en la cuenta, deben entenderse

en forma dinámica: Cambios de técnica que determinan otras relaciones, toma de conciencia y contradicciones acumuladas que desempeñan el papel de herramientas modificadoras, etc.

En el estudio de los sistemas se recomienda tener en cuenta fenómenos como los de la **interdependencia**, la **coexistencia**, los **linderos históricos**, los **desarrollos desiguales**, y muchos otros que son objeto de mención por parte de los analistas de la materia, y a los cuales yo he agregado los de la **dependencia** y el **subdesarrollo**. Así, en una economía nacional superviven peculiaridades de sistemas pasados, al tiempo que se incuban, en el calor de las contradicciones, motivos para una etapa superior. O puede darse el caso, como ya se hizo mención, de la aparente operancia de un sistema, con resultados no idénticos. En América Latina hay un modo de producción predominante, el capitalista, y al lado de él, en muchas de sus regiones aún existen comunidades indígenas semejantes a las más primitivas de los lejanos tiempos de la humanidad. Y ese mismo sistema capitalista se manifiesta, actúa y prevalece como apéndice de otro capitalismo que genera dependencia y subdesarrollo.

Definiciones de Sistemas

Las opiniones que se exponen sobre los sistemas económicos son variadas, aunque se acoja la acepción general de períodos históricos enmarcados en unas relaciones sociales de producción.[8]

Para el colombiano Antonio García los sistemas económicos son "conjunto de relaciones típicas de producción y de formas de satisfacción de necesidades sociales".[9]

El economista salvadoreño Salvador Osvaldo Brand los define como "conjuntos coherentes de relaciones económicas relativamente estables,

derivadas en un módulo organizativo de las fuerzas de producción, que operan con dependencia de una estructura determinada".[10]

El francés Josep Lajugie los acepta como "un conjunto coherente de instituciones jurídicas y sociales en el seno de las cuales son puestos en práctica, para asegurar la realización del equilibrio económico, ciertos medios técnicos, organizados en función de ciertos móviles dominantes".[11]

"El conjunto de las actividades económicas de cada individuo y las acciones de la autoridad social, la cual, sobre la base y el ámbito del ordenamiento jurídico político, tiende a coordinar los fines individuales con el fin de la sociedad (desarrollo y elevación de la persona humana) nos da la idea del sistema económico", conceptúa el italiano Francesco Vitto.[12]

Serían interminables las citas de autores latinoamericanos y europeos. Y aunque los aquí mencionados inician sus conceptos con la palabra conjunto, y en apariencia su contenido parece similar, la verdad es que, como ya he observado, resulta de suma importancia distinguirlos, ya sean idealistas o materialistas, para sopesar mejor el papel de este tema en la aceptación de la Economía Política como una ciencia social, cuyas leyes responden a períodos históricos que deben ser conocidos por los integrantes de la sociedad para deducir las estrategias convenientes. "Las relaciones sociales de producción, escribía Marx, varían, se transforman, al cambiar y desarrollarse los medios materiales de producción, las fuerzas productivas. Las relaciones sociales de producción, forman en su conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distinto".[13]

Estructuras e Instituciones

Cada sistema económico, en términos generales, está representado por

estructuras, superestructuras e instituciones. La estructura, en este caso, comprende las formas de tenencia de los factores de producción, como la tierra y el capital, los recursos productivos, los instrumentos de producción, la tecnología, las relaciones sociales de producción, etc.

La estructura es el andamiaje económico, con sus formas de producción, herramientas, técnicas y características que utiliza el hombre en su trabajo. En el sistema feudal, por ejemplo, los instrumentos de producción estaban representados en las herramientas que el artesano empleaba en su trabajo y para su propio provecho; en el capitalismo la producción en serie mantiene una maquinaria de propiedad del capitalista, que es manejada por operarios especializados que venden o contratan su capacidad de trabajo. En el socialismo esas mismas máquinas pertenecen al Estado, el cual se encarga de remunerar al trabajador y distribuir en la sociedad, según sus planes y estrategias, el producto social del trabajo colectivo.

Las superestructuras expresan, en el mundo de las ideas, la cultura y las normas legales y morales, que son estamentos de las estructuras. Cada estructura determina una superestructura dada, la cual, a su vez, moldea y cimenta la operancia de esa estructura. La existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, por ejemplo, exigen un respaldo jurídico que se recoge en los códigos de derecho civil, comercial, penal, etc., todos ellos soportes de la propiedad privada. El derecho laboral, en la misma forma, normaliza las relaciones entre patronos y trabajadores en una sociedad de clases con intereses antagónicos. El pensamiento y las ideologías, hasta cierto punto, también como superestructuras, testimonian la base económica. Un humanista como Aristóteles llegó a pensar en la necesidad imperecedera del esclavismo porque vivió y filosofó en la plenitud de ese sistema.

Como es fácil suponer, en los conceptos de estructuras y superestructuras

hay que descartar los fatalismos. Es cierto, como lo expresa Marx al resumir sus tesis económico-filosóficas, que el hombre piensa como vive y no vive como piensa. Pero en las contradicciones que se van dando en las relaciones sociales de producción, surgen actitudes ideológicas que no sólo presagian los cambios propios del proceso dialéctico, sino que se muestran como idearios preliminares de una etapa superior.

Las instituciones estatales, entre ellas el ejército y los tribunales, juegan el papel de soportes del sistema prevaleciente. Están a su servicio para proteger los intereses y conveniencias de la clase social dominante. "Las instituciones sociales, conceptúa Brand[14], ordenan las relaciones entre los hombres, sus actividades y conductas en la sociedad". Las instituciones pueden ser políticas, económicas, ideológicas, etc. En las instituciones económicas modernas, tanto el capitalismo como el socialismo, hay que tener en cuenta los salarios, la división del trabajo y la propiedad. La prensa, la radio, la televisión, los libros, la enseñanza, juegan el papel de elementos activos de las instituciones ideológicas.

En el contexto universal de un sistema económico, las estructuras, superestructuras e instituciones, aunque cumplen un papel determinado, pueden variar sus características y efectos. No son las mismas las estructuras, superestructuras e instituciones de un país capitalista desarrollado que las de otro dependiente. Este concepto es valedero también para el sistema socialista.

Como una estructura dada determina una conducta y un pensar, estará acompañada de una ideología y una institución. Sin embargo, como contrapartida de esas condiciones aparece la ideología del cambio, ya para superar la situación dentro del sistema mismo, o para modificar las estructuras con el advenimiento de un nuevo sistema. En el primer caso opera la

estrategia defensiva la política económica; en el segundo, la acción revolucionaria. En una economía dependiente, por ejemplo, en la latinoamericana, el Estado, la cultura, la política, etc., son dependientes. Ante esta realidad insurgen los movimientos reformistas que buscan una situación distinta en el contexto del mismo sistema, o las actitudes revolucionarias en el cambio del sistema.

Los frutos de la gestión económica en los marcos generales de un sistema no cumplen la misma misión entre regiones y países. Si una región o un país opera bajo el signo de la dependencia, el fruto de su trabajo, como sus recursos naturales, serán succionados por el país o región dominante. De ahí la importancia del estudio de la realidad concreta de cada espacio económico, para poder deducir su cuerpo de teorías, esto es, su Economía Política.

Clasificación de los sistemas

Para el caso de Europa y Asia, y hasta el momento, algunos autores parecen haber llegado a un gran acuerdo en la clasificación de la historia económica del hombre de esos continentes, de conformidad con las relaciones sociales de producción. Se ha logrado así una especie de consenso en la aceptación de la existencia, hasta el momento, de seis grandes sistemas:

Colectivismo primitivo
Régimen Estatal
Esclavitud
Feudalismo
Capitalismo
Socialismo Planificado.

La clasificación no quiere decir que en las diferentes regiones sus características en la densidad poblacional, utilización de herramientas de producción

y relaciones sociales fuesen idénticas, ni que el paso de una situación a otra se llevase a cabo en tiempos y condiciones similares. Pero desde una óptica macro histórica, se conviene en aceptar que ellas pasaron, en la propia dinámica de su desarrollo, o por la imposición de otros —como sería el caso de la organización esclavista mantenida por el imperio romano durante varios siglos— por esos sistemas. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que estas clasificaciones son motivo permanente de enjuiciamientos, con especialidad por parte de investigadores no europeos. Por ejemplo, Arturo Ruiz plantea como revisable el modo de producción feudal, y Samir Amín sólo considera al feudalismo como la fase avanzada y límite de un modo de producción tributario.

Para clasificar un sistema hay que tener en cuenta el medio de producción predominante. Y esto es muy necesario, porque si no se tiene claridad en el asunto pueden darse, como se han dado, especialmente en el caso latinoamericano, confusiones. Por ejemplo, se habla de la existencia de sistemas esclavistas o feudalistas en la etapa de la Colonia, pues en ella fue utilizada en buenas proporciones la mano de obra negra esclava, o porque la modalidad de la encomienda —con su cobro de tributos en especie y metales y sus límites espaciales demarcados en la explotación y gobierno del encomendero— tuviese semejanza con el antiguo feudo. Sin embargo, las investigaciones más serias y recientes permiten comprobar que dichas modalidades, a pesar de actuar bajo el predominio, y al servicio de un sistema capitalista mercantil que respondía a los intereses del capitalismo europeo de entonces, pueden enmarcarse como una etapa particular en el desarrollo del capitalismo mercantil y dependiente de la época.

Lo anterior supone pensar, como así es, que en el proceso dialéctico de los sistemas puede suceder que en una nación donde prevalece un modo de producción subsistan modalidades propias de sistemas anteriores, o se

puedan estar dando ya manifestaciones de referencias por venir. Es esta, precisamente, la esencia vital del sistema: Su permutabilidad, su razón de cambio hacia nuevas y adecuadas condiciones en el desarrollo social de los pueblos. Los sistemas, pues, no pueden entenderse como formas rígidas e impermeables. Por el contrario, cada una de estas etapas, pese a sus particularidades de carácter universal, sienten el efecto del momento histórico, el marco geográfico y la situación política. Es así como en regiones distintas los sistemas pueden darse con resultados distintos aunque, de manera aparente, sus instrumentos de producción —maquinaria, técnica— y relaciones sociales, digamos empresarios y asalariados, parezcan iguales. En América Latina, por ejemplo, se da el sistema capitalista, pero con modalidades de dependencia, lo que impide que se aproveche en plenitud el fenómeno de la acumulación y el crecimiento, tal como sucedió en Europa, por cuanto la mayor parte de la plusvalía se va hacia los centros de dominio del capital y la técnica. La falta de una independencia en el manejo y aprovechamiento de la actividad económica en un determinado sistema, es causa de desarrollo desigual. Y esto ha sucedido y sucederá siempre si no se hace uso de una estrategia defensiva propia y una autonomía. En el pasado esclavista los territorios dominados no cosecharon jamás el esplendor de Atenas o de Roma; en las primeras etapas del capitalismo las colonias sirvieron de despensa —con el oro, las materias primas y la mano de obra— a Europa, y en nuestros días los países llamados del tercer mundo siguen cumpliendo esa misión hacia los países dominantes, como efecto del fenómeno de aprovechamiento de sus recursos que se lleva a cabo a través de las utilidades de las empresas transnacionales, los intereses de los créditos, el deterioro de los precios en las relaciones de intercambio, etc. Sea, pues, cual fuere el sistema prevaleciente, capitalista o socialista, si un país o región no cuenta con la autonomía o independencia que pueda asegurar una estrategia propia para una convivencia propia, la dependencia a la larga hará posible la realidad del desarrollo desigual.

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta es el relacionado con el cumplimiento de etapas. En algunas ocasiones se han dado saltos, asimilaciones o imposiciones de nuevos sistemas, sin que de manera mecánica se hubiera cumplido la clasificación antes mencionada. En la Unión Soviética, *verbi gracia*, muchos fueron los pueblos y tribus que la Revolución de Octubre encontró aún en condiciones primitivas. De la vida nómada de la región de Turkestán, se pasó al socialismo planificado sin cubrir el ciclo de esclavismo, feudalismo o capitalismo. Lo mismo sucedió en América: Los genocidas europeos impusieron el capitalismo mercantilista después de destruir las organizaciones colectivas avanzadas de los Incas, Aztecas, Mayas, Chibchas, Caribes, etc. Y el fenómeno se sigue dando en estas tierras: A medida que la civilización capitalista penetra en las zonas selváticas de la Amazonia o la Orinoquia, arrasando bosques y destruyendo recursos, aparecen tribus que viven en la más perfecta pureza primitiva. El irrespeto a sus costumbres e idiosincrasia por parte de un colonizador bárbaro que actúa con la complicidad de autoridades, somete y doblega hasta obligar a esos habitantes a ejercer reglas antes desconocidas, como son el trabajo salarial, el comercio, el to a la propiedad territorial, y muchas otras propias del capitalismo.

El Colectivismo Primitivo

Aunque odos los autores reconocen que esta etapa ha sido hasta ahora la más exte sa en el tiempo y el espacio, por cuanto fue conocida por todos los pueb s del mundo, hay que recordar que ella representa un paso avanzado en historia de la humanidad. Porque en un comienzo apenas si el hombre podía distinguirse de los otros animales. Ante la inclemencia de la naturalez el hombre tuvo que vivir en los árboles, en un deambular constante para obt ier frutas, extraer raíces o apresar animales. En el transcurso de su evolu ón el *homo sapiens* asimiló experiencias e inicia su lucha contra el medic en busca de condiciones menos inestables. El **aumento de la**

población obliga a la reflexión, el pensamiento, el lenguaje, la inventiva y reconocimiento de elementos indispensables para ciertos logros: Al observar lo que sucede con la germinación, el hombre sembrará semillas para recoger frutos; a los pedazos de madera les sacará punta para herir con más efectividad a los animales comestibles, o para defenderse de los otros; con las piedras y espinas de los peces prepara instrumentos para facilitar el alcance de otros peces; y a la larga se servirá del fuego y de las cuevas para preparar alimentos, utensilios y habitación. No es cosa de un día. Son centenares de miles de años que poco a poco van conduciendo al uso de la lanza y las flechas, las estacas, y palancas de siembra, los anzuelos y mallas, las vasijas y ornamentos. En el período de vida sedentaria se moldea un acontecimiento revolucionario: La primera gran división simple del trabajo. Algunos grupos, de acuerdo con los recursos naturales de su espacio geográfico, se dedicarán a la caza, la pesca o las siembras. La especialización, si así podría llamarse a un hecho tan natural, obliga y facilita el uso de instrumentos productivos más eficaces. La necesidad, en este caso, cumple una misión positiva, y a su vez es causal del excedente. El trabajo lo es todo, es la cualidad que facilita el proceso. Con su uso ya el hombre no recogerá, como los otros animales, sino que pasará a producir, a crear la riqueza que condiciona su existencia social. Al asentarse el grupo humano saca provecho para llevar a cabo el acontecimiento singular de utilizar su capacidad de trabajo para producir algo más de lo indispensable para la atención de las necesidades cotidianas. Si se obtiene en una siembra, caza o pesca, mayor cantidad de frutas, cereales o animales de las suficientes para el hambre del día, se buscará la manera de guardar el resto o de cambiarlo. Esto no sucedía en un principio. En el nomadismo no era posible. Pero en la tribu asentada el **sobrante** abrirá nuevos horizontes tanto en la estabilidad espacial como en el intercambio.

El comercio tiene su génesis en el sobrante. La primera forma del comercio

interior, dice Lajugie[15], es el intercambio ceremonial entre miembros de la tribu. Un individuo le hace a otro un regalo sin pedir nada a cambio. Pero la costumbre obliga al beneficiario a aceptar el regalo y a la vez regalar algo de su equivalente. Estos dones recíprocos están separados por un intervalo de tiempo y se hacen con motivo de las fiestas. No consisten en artículos de primera necesidad sino en objetos de lujo, símbolos de poderío, como las armas, o elementos de prestigio, como las alhajas. En consecuencia, no son intercambios de carácter verdaderamente económico que respondan a ocupaciones utilitarias. Pero no por eso dejan de desempeñar un papel importante en el despertar de la vida económica, creando una cierta circulación de riquezas y acostumbrando a los hombres a apreciar el valor de los productos.

Un poco más tarde aparece el intercambio entre tribus diferentes. En algunos casos exige un formalismo complicado debido a que las relaciones habituales entre esas tribus son de hostilidad. "El miembro de la tribu A lleva a la zona fronteriza los productos de que quiere desprenderse, los coloca y se retira. El miembro de la tribu B llega más tarde, toma esos objetos y deja otros".[16]

Estas agrupaciones humanas presentan sus características desprendidas de la realidad histórica: En un comienzo son familias o grupos consanguíneos que, en algunos casos llegaban a contar centenares de miembros. El vínculo era a través de la mujer, por cuanto ella permanecía más tiempo en los hogares por razones de oficios y como consecuencia de la promiscuidad y poliandria. Los hombres se encargaban casi siempre de la caza y de las guerras y las mujeres de las siembras. En el comienzo el matriarcado es común a la *gens*, como reflejo de esas actividades.

El colectivismo primitivo fue la consecuencia lógica de la historia del hombre en su amanecer. Existió hace miles de años en Europa y aún se da, en sitios

aislados, en América Latina, África y Asia. Donde quiera que el hombre siente la amenaza de la naturaleza agreste, tiene que mantenerse unido para adelantar en común las tareas que le permitan la supervivencia. No quiere decir esto, como lo imaginó Rousseau, que tal actitud surgía por acuerdos o contratos voluntarios, sino más bien de la necesidad que se desprende en ausencia de instrumentos para dominar el medio.

En el esplendor del colectivismo primitivo todos los recursos disponibles pertenecen a la comunidad. El trabajo es común, y los jefes, como tales, cumplen funciones esporádicas. No existe la propiedad privada.

Con el crecimiento de la tribu las diligencias se complican. En los conflictos bélicos permanentes entre tribus se hace necesaria la presencia de un conductor, por ejemplo, quien haya sobresalido como guerrero. El intercambio de productos reclama cierta periodicidad y organización; las labores de recolección, caza y pesca, demandan también guías responsables. Estas tareas son encomendadas a determinados organizadores, que con el pasar del tiempo darán origen a nuevas formas de actuar y pensar.

Para cumplir sus funciones de organizadores, a los escogidos se les otorgan poderes y privilegios, que con el tiempo sabrán aprovechar para extenderlos a sus descendientes.

El **crecimiento de la población** es el agente prioritario en el desarrollo social de la sociedad primitiva. Si la limitación en el tiempo es prolongada, entre otras razones está en primera fila, el lento crecimiento y la poca densidad de población. Este fenómeno puede comprobarse en las tribus que todavía se mantienen en algunas regiones del mundo. En ellas la limitación de sus habitantes actúa como mampara en su desarrollo social. En la historia de la humanidad los crecimientos de población se han visto acompañados

por hechos revolucionarios. Las *gens* y tribus que no pudieron resolver el problema de su crecimiento vegetativo, desaparecieron víctimas de las hambrunas o de las inclemencias de la naturaleza. El estancamiento demográfico de la Edad Media, consecuencia de las altas tasas de mortalidad y de las pestes continuas, se manifiesta en los lentos logros de la actividad productiva. En cambio los movimientos bruscos de densidad de población coinciden a la larga con las revoluciones que se dieron en la industria, el transporte, el comercio, la agricultura y el uso del dinero.[17] En nuestros días, sea el caso, la población aumenta en decenas de años lo que antes en cientos. Pero, también, nunca como ahora se logran tantos adelantos en la tecnología y el dominio de las fuerzas naturales. Incluso, para el caso de los cambios políticos, las luchas de independencia y liberación exigen respaldos cuantitativos. Los genocidas llamados conquistadores, colonialistas y, hasta colonizadores, han tenido siempre cuidado de aniquilar los pueblos para someterlos. En la América la población indígena fue reducida al mínimo, y se hizo necesario que pasaran unos siglos para poder contar con criollos y nativos para la insurgencia. Ahora los países que dominan sospechan de estas constantes, de ahí que se empeñen en campañas antinatalistas en las regiones dominadas.

Cuando la población se ensancha las necesidades aparecen en la misma proporción. Entonces la función del trabajo es más diciente, y su capacidad creadora se encamina a nuevos logros en los campos de la técnica y de los procedimientos en el desempeño productivo. Las herramientas y máquinas, lo mismo que los métodos de producción, como en el caso de la división del trabajo, son factibles cuando las necesidades de la sociedad así lo determinan. De la misma manera como el hombre no se puso a idear contratos sociales, fuera de la realidad apremiante, para formas de vida colectiva, tampoco se da a la tarea de proporcionarse inventos que no sean indispensables en el proceso ascendente del proceso social de cada momento histórico.

Y ese proceso siempre ha estado precedido por las exigencias del crecimiento demográfico y la densidad de población. El hecho de que en los sistemas de propiedad privada —esclavitud, feudalismo, capitalismo— se dé un exceso de población relativa, puesta de presente en el hambre, la insalubridad, etc., obedece, ante todo, a la estructura de propiedad privada que prevalece sobre los recursos disponibles —tierra, capital, técnica y otros—. En algunas economías socialistas —casos de China y Cuba— la utilización de parte del producto social en mantener grandes ejércitos, adquirir armas y cubrir los saldos negativos del deterioro de los precios de sus productos exportables, obligan a medidas de control natal que no compaginan con la doctrina marxista clásica.

El paso de la tribu a ciudades compele y facilita el uso de instrumentos de producción que harán rendir más el trabajo presente. El uso y dominio de los metales es de suma importancia en la obtención de sorprendentes resultados, que dejan atrás todo un largo período que se conoce con el nombre de edad de piedra. El arado en la agricultura hace posible una mayor separación entre este oficio y la ganadería. A su vez las herramientas perfeccionadas para la caza, la pesca, los tejidos, las cerámicas, alimentan la división del trabajo y el intercambio de productos. A las divisiones del trabajo que se operan en el campo, se suma, además, la gran división entre el trabajo artesanal de los poblados y del sector agrícola.

Los aumentos de la población, unidos a sus inmediatas consecuencias de división del trabajo, eficaces instrumentos de producción e intercambio comercial mayor, corroen el andamiaje de la organización social colectiva, para dar paso, en Europa y Asia, a una etapa distinta y superior con la presencia del Estado. No fue este un paso inesperado y sorpresivo. Fue el resultado de una larga descomposición en un transcurso cumulativo de caracteres contrarios a la pureza del colectivismo.

Régimen Económico Estatal

El estudio orgánico del régimen económico estatal, como modo de producción que existió entre el sistema del colectivismo primitivo y la esclavitud, o de propiedad privada, se le debe al jurista e investigador social colombiano, profesor Arturo Valencia Zea, quien recoge sus tesis en el libro, *Origen, Desarrollo y Crítica de la Propiedad Privada.*[18]

Valencia Zea analiza un sistema intermedio, o puente entre el colectivismo primitivo y el primer período histórico en que aparece la propiedad privada. Y fundamenta sus consideraciones en el papel de los Estados, como órganos reguladores de un conjunto de reglas aplicables a comunidades que habían desbordado los límites estrechos del clan o de la tribu. Los egipcios, piensa el autor, crearon el primer concepto de Estado, que tenía por objeto reemplazar la antigua organización tribal o gentilicia, el cual se extiende después a diversas regiones de Asia. Precisamente, agrega, el modo de producción asiático que estudió Marx, correspondía a situaciones de ese sistema estatal que aún perduraba en la India.[19]

Hasta ahora en los manuales de economía y sociología se había venido aceptando las agrupaciones de teóricos socialistas o capitalistas, que permitían suponer que la propiedad privada siguió a la organización social de la prehistoria. Sin embargo las primeras civilizaciones practicaron un régimen donde las formas de producción predominantes emanaban de una organización especial, bajo la responsabilidad de un Estado en manos de gobernantes, sacerdotes y burócratas que cumplían funciones directivas en la distribución de los recursos naturales, y en la producción y reparto de la riqueza.

En la descomposición de la sociedad primitiva los sacerdotes y antiguos jefes jugaron un papel importante. Los sacerdotes representaban a los dioses,

y a ellos pertenecía la tierra y demás riquezas. Esto sucedía así en las culturas mesopotámicas. En las ciudades los templos se convirtieron en unidades económicas. El sistema de casas divinas, dice Gordon Childe[20] garantizó la explotación racional de la tierra, la conservación de los canales y la producción de excedentes para alimentar la nueva densidad de población. En Egipto el Estado justificó la posesión y control del subproducto mediante la realización de una infraestructura para beneficio de la colectividad. Había para entonces dos clases sociales: Los campesinos y trabajadores, y los gobernantes o **imakhus**, "una abundante clase burocrática cuyo oficio era controlar la riqueza estatal y el subproducto social".[21] Más tarde nace la costumbre de distribuir entre funcionarios, soldados y sacerdotes parte de la riqueza estatal, que a la larga se convertirá en propiedad privada. La génesis de la propiedad privada, pues, hay que encontrarla en las etapas últimas del sistema económico estatal. Porque las ciudades-estados aparecieron como representantes de las riquezas comunales de los antiguos grupos humanos.

"El estado teocrático, con sus templos, y el estado laico, con sus palacios, van creando lentamente dos clases sociales. La primera es la de los administradores tanto de la riqueza de los templos como de los palacios (sacerdotes y funcionarios); la segunda se integra con los trabajadores de los campos y de cada ciudad". No existía la propiedad privada pero sí un estilo particular de explotación de una clase social privilegiada de sacerdotes y funcionarios, por un lado, y de campesinos y de trabajadores de la ciudad, por el otro lado. El tránsito de este tipo de organización social al de la propiedad privada es un largo proceso.

El **sistema económico estatal** se origina en la mayor densidad de población. Aunque Valencia Zea no especifica este fenómeno, se refiere a él cuando afirma que el paso de la colectividad primitiva a la civilización se pone de presente en la aparición de las ciudades.[22]

Ante la presión demográfica, especialmente en las regiones desérticas aledañas a los ríos, las tribus se agrupan en ciudades para adelantar obras de irrigación que permitan ampliar la ganadería y la agricultura.

"No debemos olvidar que la base que sirvió de tránsito de la vieja organización gentilicia o tribal a las ciudades-estados (revolución-urbana) fue la necesidad de intensificar la agricultura y la ganadería; que la función de los grupos primitivos en ciudad fue continuación directa del denominado Neolítico. El descubrimiento del uso de los metales tuvo como finalidad hacer posible grandes obras hidráulicas que no podían realizarse sin esos nuevos instrumentos de producción".[23]

La Esclavitud

El sistema esclavista europeo y asiático se caracteriza por la existencia de la propiedad privada y la utilización del hombre como una herramienta al servicio de su dueño. Lo que antes pertenecía al Estado pasa a ser explotado, para su beneficio personal, por propietarios particulares. La tierra, las minas, los ganados, las cañadas, el comercio, la producción industrial y los esclavos, formarán parte del patrimonio de unos pocos en el conjunto de la sociedad. "Desde un punto de vista orgánico, dice García, cuatro son las características fundamentales del sistema esclavista: La formación del derecho de propiedad, la definición de la economía mercantil, la estructuración del Estado y la apropiación del hombre como un instrumento de propiedad".[24]

El esclavo aparece en los finales del régimen estatal una vez que los pueblos vencedores dejan de aniquilar a los prisioneros para convertirlos en instrumentos de trabajo a su servicio. En el transcurso del sistema, las fuentes más importantes de la mano de obra esclava son los prisioneros de guerra y la usura. En muchos de los estados esclavistas el usurero estaba facultado

para someter a la esclavitud a los deudores morosos. Más tarde, en el apogeo de los grandes imperios esclavizadores, se llevan a cabo guerras con el objeto de hacer prisioneros que se venden después en los mercados de mercancía humana.

En el modo de producción esclavista el esclavo es calificado como un simple instrumento de trabajo. *Res non personae* —una cosa, no persona— decían los juristas romanos; y los griegos más ilustres, por ejemplo Aristóteles, pensaban que los esclavos eran herramientas vivas que carecían de voluntad propia. Hasta siglos después los escolásticos discutían sobre la existencia del alma en el esclavo.

En el sistema esclavista toma forma la ciudad y se afirma el proceso de separación entre la urbe y el campo. Y con el crecimiento de la ciudad se organiza un nuevo Estado como instrumento defensor de las relaciones sociales ya establecidas, "la existencia de esta nueva economía regularizada y estable es la condición misma del Estado. Sin una densa economía asentada sobre una estructura social nueva (no de clanes, sino territorial o clasista) no hay Estado, y sin Estado no puede mantenerse una estructura de la sociedad en clases, como principio motor del orden económico. El Estado sólo puede subsistir cuando la economía y la población tienen capacidad de resistir un sistema de cargas regulares".[25]

Se podrían resumir las características del sistema esclavista diciendo que durante su desarrollo: a) se conformó el derecho de propiedad; b) se amplió la división del trabajo con su natural incidencia en la producción; c) la densidad de la población se hizo significativa, especialmente en las regiones dominadas por las grandes ciudades; d) se estructuró un nuevo Estado, a consecuencia de la división de la sociedad en clases, y e) el intercambio comercial tomó tal apogeo que hizo necesario la aparición del dinero como medio de cambio.

Aunque la esclavitud ofrece la característica esencial de la explotación de los esclavizados por parte de los esclavizadores, comentan Shteerman y Sharevskaia,[26] en cada región o Estado se presentaron rasgos típicos y definitivos. Según estos autores el "régimen esclavista surgió primero en Egipto, la Mesopotamia y la India y, después en otros países del antiguo oriente".

De acuerdo con el pensamiento de los fundadores del marxismo la esclavitud fue una etapa necesaria en el desarrollo de la sociedad. "Entrando en este terreno, afirma Engels,[27] no tenemos más remedio que decir, por paradójico y por herético que ello pueda parecer, que la implantación de la esclavitud representó en las circunstancias de aquel entonces, un gran proceso y una etapa necesaria". Estos conceptos, que fueron expresados en la polémica con Duhring, compartidos también por Marx, siguen siendo motivo de controversia, dado que los enfoques rígidamente esquemáticos y radicales de la historia económica, han servido (y siguen sirviendo, como es el caso de las intervenciones militares en nuestros días de potencias capitalistas y socialistas) también, para justificar genocidios y conquistas, como las llevadas a cabo por los europeos en la América, al igual que las expansiones imperialistas, tales como las de los Estados Unidos en México, o Inglaterra y resto de Europa en Asia y África.[28]

La esclavitud en Asia y Europa se alimenta y afianza con las conquistas que llevan a cabo las ciudades-estados esclavistas, al estilo de las griegas y romanas. En cambio los Incas, en su vasto imperio, jamás sometieron a los pueblos vencidos a la esclavitud, puesto que su gran objetivo era el de incorporarlos a su sistema.[29] Tal vez el más autorizado cronista de su pueblo, el indio Garcilaso, hace saber que en las expansiones incaicas estaba prohibido a las tropas invasoras el saqueo, y, en todo lo posible, se mantenían las costumbres y autoridades.[30] La organización social Inca, la más avanzada de la

América, era totalmente distinta de las conocidas en Asia o Europa. Se trataba de una especie de Imperio Socialista, como lo llamó Baudin,[31] más allá del colectivismo espontáneo y natural, y cuyo desarrollo posterior resulta imprevisible.

Es cierto que el progreso es consecuencia de realizaciones previas, pero no significa lo anterior que las experiencias y acumulaciones, necesariamente, y para el caso de las organizaciones sociales, procedan de orígenes idénticos. Un intento de esquematización rígida sólo serviría para invalidar el carácter histórico, geográfico y político de la ciencia económica. Más aún, este tipo de interpretación fatalista y mecánico del desarrollo de la historia, ha estado siempre en alianza con el expansionismo, unas veces en nombre de la "civilización", otras de principios "democráticos", o "socialistas", e incluso de la "libertad". Algunas veces se piensa en la necesidad e importancia del avance capitalista en los países sometidos, sea como fuere;[32] otras, se pueden utilizar lemas como los del "internacionalismo proletario" o la "seguridad nacional", para justificar invasiones militares.[33]

Por lo demás es bueno recordar que este tema ha sido, en todos los tiempos, motivo de discusión. Plenajov, por ejemplo, sostuvo que mientras en Europa la esclavitud siguió al comunismo primitivo, en el Oriente lo fue el Sistema Asiático de Producción.

En la esclavitud la base económica reposa en el trabajo del esclavo. En las grandes ciudades esclavistas la mayor parte de la población está constituida por esclavos. Y aunque existían los campesinos, artesanos libres y cierta propiedad comunal, lo predominante es la mano de obra esclava. Las relaciones de producción son las que se dan entre el amo esclavista y el hombre esclavo. Como superestructuras e instituciones están presentes el ordenamiento jurídico, el ejército (en buena parte de mercenarios o soldados

profesionales al servicio de invasiones y conquistas), el Estado, la política, etc.

La base económica del sistema esclavista —de propiedad privada sobre los medios de producción, incluyendo al hombre esclavo— exige su superestructura. Las normas jurídicas, la administración pública, la literatura, el Estado, reflejan esas estructuras y se mantienen a su servicio. Pero, a la vez, se yerguen como fuerzas e instrumentos coercitivos para afianzar y extender las condiciones prevalecientes.

Sin embargo, con el **aumento de la población esclava** las sublevaciones entran al orden del día hasta convertirse en grandes jornadas, como la de Espartaco. A la larga ese mismo exceso de mano de obra —que pese a su explotación, había que alimentar—, según criterio de analistas de la época, se hizo improductiva para sus dueños.

En su apogeo el sistema esclavista europeo está representado en la ciudad-estado, que mantiene a todo un continente, y hasta parte de otros, como colonias que proveían la mano de obra esclava, los tributos y los recursos naturales. La lucha continua de cada región por su independencia y autonomía, desgasta, a la larga, el poder de los dominantes. Y en el seno de las relaciones productivas van apareciendo profundas contradicciones. Son las contradicciones propias de la sociedad de clases: Por un lado, el agente productor, el esclavo, que no tenía acceso al manejo y distribución de esa producción; por el otro, el señor, que sin la participación material en el trabajo productor, usufructuaba a su antojo el producto.

Los grandes movimientos de liberación de los pueblos, llamados "bárbaros" por los romanos, jugaban el gran papel de fuerzas demoledoras del sistema esclavista. Como sucede en nuestros días, en donde las luchas de liberación

de los pueblos, de las colonias y países dependientes contra el imperialismo han sido camino expedito hacia nuevas formas de organización social, en las postrimerías del sistema esclavista los campesinos de las regiones sometidas contribuyen eficazmente a su crisis. En todas partes de Europa y Asia donde existió la esclavitud hubo levantamientos que conmovieron su estabilidad. Unido lo anterior a la permanente insurgencia de las colonias, facilitan el derrumbe. Siglos después la esclavitud se practica en las colonias del capitalismo europeo, y en algunos países que habían logrado su independencia.

Pero ya no como un régimen predominante, sino como una modalidad acomodada y al servicio del modo de producción capitalista. Lo mismo sucede, como ya he observado, y se explicará más adelante, con ciertas prácticas de sabor feudal.

El Feudalismo

En Europa los linderos del feudalismo se suelen identificar con la Edad Media, de una duración aproximada de mil años. En algunas partes de Asia, como en China, se conoce cientos de años antes de la era moderna y se extiende por mucho más tiempo. Como sucedió y sucede con todos los sistemas, el advenimiento y desarrollo de la etapa feudal, tanto en Europa como en Asia, presenta características especiales en cada país. Sin embargo, y a manera de simplificación, el feudalismo se distingue por el orden cerrado en el comercio, la extensa propiedad territorial y la aparición del siervo.

En las postrimerías del sistema esclavista e inicios del feudal los campesinos libres jugaban cierto papel al lado del colonato. Pero a medida que fue aumentando el poder de los terratenientes la sociedad feudal delimitó en el campo las dos grandes clases de señores y siervos de la gleba.

En comparación con el esclavo, el siervo, por lo menos, tenía derecho a la vida. Ya no era simplemente una cosa, pero estaba adscrito a la gleba, hasta el punto que el propietario de las tierras podía cederlo, como parte de ellas, cuando las vendía. En cuanto al trabajo, el siervo gozaba de ciertas prerrogativas que le permitía trabajar las parcelas, una vez cumplidas las obligaciones tributarias y serviles. Entre esos compromisos estaban, entre otros, **la corvea,** o sea el trabajo gratuito que hacía en las tierras del señor, y el pago de **tributo en especie,** que consistía en la entrega de parte de su cosecha. "La explotación feudal, dice un autor, adquirió principalmente dos formas: La primera, el trabajo obligatorio que era la forma básica y primitiva; la segunda, el pago de tributos."

El feudalismo amplía la gran separación entre el campo y la ciudad. De su espíritu surgen los castillos medievales y las ciudades amuralladas.[34]

En la ciudad la actividad económica ofrece los rasgos de la autarquía. Se produce para una clientela tradicionalmente conocida, y los artesanos y comerciantes se agrupan en organizaciones rígidas. El artesano es libre y dueño de sus instrumentos de producción. No produce plusvalía, en el sentido de la parte del valor que se apropia un patrón. El valor de la mercancía que produce le pertenece, aunque en algunos casos presta sus servicios a otras personas como albañil, u otras ocupaciones. Y para asegurar el dominio del mercado se congrega en **corporaciones**, que cumplen la misión de agremiaciones rígidas, con sus estratos de aprendices, oficiales y maestros. A su vez los comerciantes se amparaban en el monopolio de las **guildas**. "Los gremios eran la forma feudal de organización de los oficios. En los primeros tiempos de su existencia desempeñaron cierto papel positivo, que contribuyen a fortalecer y desarrollar los oficios en las ciudades. Pero, a medida que fue intensificándose la producción de mercancías y ensanchándose el mercado, los gremios se convierten cada vez más en una traba para el

progreso de las fuerzas productivas."

Los autores europeos, en razón de su formación ideológica, asignan distintas interpretaciones al origen y características de la sociedad feudal. Para Marx y Engels el factor político de las grandes conquistas de las tribus germánicas y eslavas contra la Roma esclavista, es clave. "El carácter de la conquista, escribían, viene determinado por el objeto de la misma... El feudalismo no fue trasplantado de Alemania como una cosa hecha; su origen arranca de la organización militar de los bárbaros durante la propia conquista, y sólo después de la conquista, esta organización, gracias al concurso de las fuerzas productivas halladas en los países conquistados, se convirtió en feudalismo auténtico".[35]

En sus primeras etapas, según Pirenne, se vuelve a la actividad agrícola. "La tierra fue la única fuente de subsistencia y la única condición de la riqueza. Todas las clases de la población, desde el emperador, que no tenía más rentas que las de sus tierras, hasta el más humilde de sus siervos, vivían directa o indirectamente de los productos del suelo, ya sea que éstos fueran fruto de su trabajo, o que se concretaran a percibirlos y consumirlos. Toda la existencia social se funda en la propiedad o en la posesión de la tierra. De ahí la imposibilidad para el Estado de mantener un sistema militar y una administración que no se basen en aquella. El ejército se recluta únicamente entre los detentadores de feudos, y los funcionarios, entre los latifundistas. En tales circunstancias resulta imposible amparar la soberanía del jefe del Estado. Si éste subsiste en principio, desaparece de hecho. El sistema feudal es tan sólo la desintegración del poder público entre las manos de sus agentes, que por el mismo hecho de que posee cada uno parte del suelo se han vuelto independientes y consideran las atribuciones de que están investidos como parte de su patrimonio. En resumen, la aparición del feudalismo en la Europa Occidental, en el curso del siglo IX, no es más que la

repercusión, en el orden político, de la regresión a una sociedad puramente rural".[36]

En esta primera etapa, según calcula el propio Pirenne, la población de las ciudades nunca fue muy superior a la décima parte del total de los habitantes. Pero tanto en el campo como en la ciudad el orden es cerrado, y la libertad dependía de la posesión de la tierra. La estructura, pues, está representada en la propiedad territorial. Quien la posee, domina y es libre; y aunque en la ciudad existan los gremios, lo predominante es el poder sobre el feudo, y sus relaciones sociales de producción entre señores y vasallos. "**La villa** carolingia es una verdadera célula económica que debe subvenir sola a todos los requerimientos del señor y la comunidad rural."[37] Y esta autarquía y orden cerrado se expresa en valores excluyentes y **chauvinistas**: En cada sitio se precisa de lo indispensable en materias primas y personal de trabajo, y se limita y entorpece la migración, y hasta se prohíbe el matrimonio con extranjeros:[38] "Que los hombres de la tierra de San Pedro no tomen mujeres extranjeras, desde el momento en que se pueden encontrar dentro del dominio mismo mujeres a las que puedan unirse, precisan las costumbres de Beaulieu en Limousin, en el siglo XII".[39]

El localismo se refleja en el comercio. "Una multitud de portazgos ponían obstáculos al intercambio comercial. Para llevar una mercancía de una ciudad a otra se pagaban hasta veinte gravámenes."[40]

A la estructura cerrada corresponde una superestructura que mantiene en la religión su máxima muestra: Dogmatismo, intolerancia, inquisición. Las instituciones en general están bajo el peso de este signo, lo mismo que el arte, la literatura, etc. "La iglesia no fue sólo la gran autoridad moral de aquel tiempo, sino también un gran poder financiero."[41]

Con el tiempo, ante el crecimiento absoluto de la población, especialmente

de las ciudades,[42] la actividad comercial comienza a romper los obstáculos, y entonces los mercaderes encontrarán en las cruzadas su brazo armado. Las ferias son los sitios de encuentro de los arriesgados mercaderes. Ellas ofrecen un nuevo estilo de vida, alegran el ambiente. Hasta los poetas les cantan: "Cuando hay tibieza y calma... entonces los mercaderes traen sus bienes para la venta, desde la mañana hasta la tarde y llenan la ciudad. Fuera del muro establecen sus tiendas y pabellones".[43]

El mercader actúa fundamentalmente en la propia Europa, mientras los cruzados se extienden a otros continentes. "Las cruzadas, dice Grousset, representan una fase de la lucha de Europa contra Asia. El cruzado se hará conquistador y para él todos los procedimientos serán buenos —violencia, perjurio, hasta asesinato— con tal de que agranden su lote."[44] La ideología religiosa es un pretexto, como lo fue también después en las conquistas del mercantilismo europeo en América.

El nuevo tipo de comercio rompe trabas y despeja horizontes, llevando consigo sus propias manifestaciones superestructurales. "La cultura mercantil condujo a la laicización, a la racionalización de la existencia".[45] Es lo que se conoce con el nombre, aunque apenas se inicia, de cultura burguesa, porque se desarrolla en el burgo (la ciudad) con un nuevo estilo en la literatura, la arquitectura, el arte, y el humanismo en general. Para algunos autores este tránsito abarca un buen tiempo, y hasta se habla de un período feudoburgués. Fruto de la revolución burguesa que se había producido en el seno del mundo feudal, dice Romero, una sociedad feudoburguesa empezó a constituirse imperceptiblemente desde el siglo XII y creció de la manera caótica que es propia de los grandes dislocamientos sociales... el cambio en que se constituyó ese mundo... operó tanto en el sistema de las relaciones sociales como en el de las relaciones económicas.[46]

El Capitalismo

En su recorrido el capitalismo ha pasado por distintas etapas que suelen estudiarse en forma separada para sopesar mejor los cambios en el sistema. El capitalismo nace en Europa y se extiende al mundo, aunque, como sucedió en los otros sistemas, en cada región o país, se vale de estrategias para lograr determinados objetivos. Más aún, pese a la apariencia en las relaciones sociales de producción, sus resultados son distintos, de acuerdo con la modalidad estructural y su correspondencia con los centros dominantes. Por ejemplo, en la sociedad esclavista, sea el caso de Roma y sus colonias, son diferentes y desiguales los grados de desarrollo entre la metrópoli y el resto de los dominios. En las etapas del capitalismo sucede lo mismo, y en las relaciones entre países dominantes e imperialistas y colonias y países dependientes, los beneficios, plusvalía, o excedentes de acumulación, favorecen prioritariamente a los centros generadores del sistema. Este proceso histórico ha sido la causa del pleno desarrollo capitalista, por un lado, y del subdesarrollo dependiente, por el otro. La imposición exterior y la ausencia de una conducta defensiva genera la dependencia y desvirtúa las sugerencias del modelo. Sólo aquellos países que se valieron en momentos oportunos, de instrumentos propios que respondían a sus realidades y conveniencias —caso de Alemania y los Estados Unidos, a través de la política económica proteccionista en momentos de fulgor del librecambio— sacaron provecho e igualaron condiciones. El desarrollo capitalista no se cumple de manera mecánica en el transcurrir del tiempo. Por el contrario, su dinámica es fuente inevitable de desarrollo desigual entre regiones, como consecuencia de su espíritu y su basamento doctrinario.

Hasta ahora, y como síntesis esquemática, podría hablarse de las siguientes etapas del capitalismo: la **Mercantil**, la **Industrial**, la **Financiera** y la **Transnacional**. Esto en cuanto se refiere al capitalismo dominante. Porque, en su reverso, aparece el **Capitalismo Subdesarrollado y Dependiente**,

también con cambios históricos. Sin embargo, sus características se estudian más adelante, en el capítulo correspondiente al análisis de los sistemas y América Latina.

Etapa Mercantil

Sin lugar a dudas el **mercantilismo**, o etapa primaria del capitalismo, es el hecho revolucionario más asombroso en la historia económica europea. En lo cultural se abre paso el **Renacimiento** —período de esplendor de las artes y las letras—; en lo político se defienden las tesis esbozadas en *El Príncipe*, de Maquiavelo, con base en el principio de la justificación de los medios, para pregonar a toda costa la importancia del Estado nacional.[47] Hombres de pensamiento e inventores como Gutenberg[48] son, además de reflejos del momento que se vive, aportadores de idearios y herramientas para despejar el camino. "La revolución política, intelectual, religiosa y comercial ocurrida con la aparición del mercantilismo, constituye la más espectacular ruptura con el pasado que jamás había conocido la historia hasta esos días. El feudalismo cedió su puesto al Estado Nacional y la servidumbre a una clase asalariada."[49]

La economía del cambio de las mercancías supera la lenta dinámica del feudalismo, basada, especialmente, en la relación directa de un artesano que producía para una clientela conocida y tradicional. Es cierto que en dicho sistema se venían operando cambios en los instrumentos de producción que activaban los rendimientos[50] y alimentaron las funciones de los mercaderes, pero el predominio del comercio remueve ligaduras y abre trochas. Los grandes descubrimientos y la conquista de un nuevo mundo ensanchan los mercados. Sus minerales y demás recursos, con el oro a la cabeza, determinan mayores actividades y formas nuevas en las costumbres monetarias.

La aparición de los estados nacionales rompe los marcos estrechos de los feudos y las corporaciones. En la nueva economía nacional el Estado pasa a jugar un papel de primerísima importancia. El destino de la política económica queda en sus manos, y su papel interventor lo convierte en elemento regulador de la actividad económica.[51]

Si el feudalismo imperó una economía basada en la explotación de la tierra, la actividad predominante de la etapa mercantil reposa en el comercio. La riqueza se buscaba a través de los saldos favorables de la balanza comercial, al convertir el dinero (oro) en capital que ensancha la empresa manufacturera. La amplitud del comercio, pues, repercute en la industria, la agricultura, el transporte, etc. Del taller artesanal se pasa a la empresa organizada.

En todo este proceso el intermediario es agente efectivo. El comerciante, que cada vez amplía más su demanda, a la larga somete al artesano con sus avances, o con la organización de sus propios talleres. Entonces el trabajador pasa de artesano (propietario de sus herramientas o medios de producción) a la de asalariado. Los instrumentos y la dirección de la actividad productiva quedan en poder del empresario o antiguo intermediario. Los talleres aislados se juntan para facilitar la división del trabajo.

En la etapa mercantil la acumulación del capital en Europa alcanza niveles insospechados. Para los historiadores su origen es diverso. Según Ferguson, hay que encontrarlo en la actividad privada, "obtenido en toda clase de empresas legítimas e ilegitimas". Según Sombart, en los préstamos a créditos y en los cobros de impuestos y contribuciones se ve la "fuente más fecunda en los grandes descubrimientos marítimos que principiaron con las expediciones de los portugueses en el Océano Índico",[52] y Marx lo atribuye a la violencia y la expoliación a "sangre y fuego".

De manera general puede decirse que en la estructura del capitalismo se

dan los siguientes hechos predominantes: Propiedad privada sobre la tierra y el capital (maquinarias, fábricas, bancos, etc.); relaciones sociales de producción entre capitalistas o patronos y trabajadores que venden su fuerza de trabajo y reciben sueldos o salarios.

En la superestructura, por su parte, debe tenerse en cuenta el Estado, con sus normas legales (derecho civil, comercial, penal, laboral, etc.), en razón de la defensa y reglamentación de la propiedad privada, la moral o ética (de búsqueda y gozo de la utilidad o ganancia); el ejército, al servicio y cuidado de esas instituciones; la cultura (llamada burguesa), etc.

Para el caso particular de esta primera etapa (la mercantilista), el comercio es agente decisorio por su poder de acumulación e incidencia revolucionaria en la empresa. Ese nuevo espíritu exige un Estado distinto, poderoso y nacional, que garantice la protección a las exportaciones y ponga límites a las importaciones. La religión católica, que demoraba en su acomodo a las nuevas circunstancias, es desplazada, en los países mercantilistas más avanzados, por variantes cristianas (calvinistas o protestantes) que elevaron el comercio, la búsqueda de lucro y el cobro de interés, a valores morales.

Etapa Industrial

La amplitud del mercado, por la **suma de las grandes masas de población** de los territorios conquistados o involucrados al comercio europeo, obliga a una serie de acontecimientos en el campo de las invenciones para dar paso a la revolución maquinizada del capitalismo. La situación que se logra en la empresa manufacturera es de especialización, que exige un obrero para una labor determinada, tal como se pregona en los libros. En la fabricación de un simple alfiler, por ejemplo, se ocupan hasta más de quince operarios, cada uno con un encargo diferente.

Inventos como la máquina de vapor, de Watt; la corredera de torno, de Maudsley; el bastidor de agua; la hiladora mecánica, de Crompton; las técnicas de transformación del coque, de Dorbey; el fuelle caliente, de Neilson, son pilares, al decir de See, de la gran transformación que sobrevino en la segunda mitad del siglo XVIII, y que se conoce con el nombre de **Revolución Industrial.**[53]

La gran empresa capitalista aparece llevando a cabo al máximo la división del trabajo, como lo pregonaban los teóricos del sistema. La especialización y división del trabajo en el uso de las nuevas máquinas, es en sí un hecho revolucionario, cuyos efectos se perciben en rendimientos multiplicados.[54] La madurez de la empresa capitalista le otorga confianza. Ya no necesita del Estado fuerte que la protegía en su formación. Ahora más bien lo mira como un estorbo. Los ideólogos de los países dominantes reclaman la conducta del **dejar hacer y dejar pasar**. Al Estado se le asigna el oficio de **gendarme**, para cuidar el orden establecido y defender fronteras. La gran producción de mercancías necesita del **libre cambio**, para asegurar la salida de las manufacturas y la entrada de las materias primas. Es esto lo que conviene a Inglaterra, Francia y otros países europeos.

En lo político, las tesis individualistas se apoderan, entonces, del pensamiento y de la práctica. En lo económico, el mercado adquiere categoría reguladora. Ya no se produce para un consumidor particular, sino para el mercado. En el modelo, el precio es factor determinante (de la producción) y determinado (por la misma producción, u oferta, y el consumo).

La máxima especialización opaca en el trabajador el virtuosismo de otros tiempos. Porque "la precisión del trabajo no depende ya de la habilidad del operador, sino de la precisión de sus herramientas". Aparece, en su aguda expresión, el principio de la **transferencia de destreza** y **transferencias**

del pensamiento. La automatización convierte al hombre en una especie de "apéndice de la máquina." Lo que hay de verdaderamente importante en la Revolución Industrial, comenta Kimball, es que antes de ella las herramientas siempre se subordinaban a la destreza del trabajador. Los grandes inventos permitieron la transferencia de destreza hasta tal grado que la destreza del trabajador se subordina a la herramienta o a la máquina.[55]

El sistema de máquinas y trabajadores especializados determina el aumento de la producción. Las mercancías invaden el mercado, y los mayores rendimientos y menores costos, bajan los precios. "La máquina permite producir la misma cantidad de mercancías con una inversión de trabajo mucho menor, o producir con la misma inversión de trabajo una cantidad mucho mayor de mercancías."

Al lado del apogeo del capital, factor característico del sistema, nace la organización sindical de los trabajadores. En un principio ante el atropello de la máquina que desplaza mano de obra, el obrero intenta destruirla para defenderse. Es una reacción natural pero poco objetiva. Más tarde, en una posición más consciente, empieza a organizarse. Para entonces, dice Mitchel, "el trabajador de tipo medio se ha hecho a la idea de permanecer como asalariado. Ha perdido la esperanza de que algún día exista un reino en que pueda ser capitalista, y exige únicamente la recompensa de su trabajo como asalariado. Aislado, ha sido muy débil para hacer valer sus justas demandas, y ha buscado fuerzas en la unión, asociándose en diferentes organizaciones obreras".[56]

En el apogeo de la etapa, a comienzos del presente siglo, se divulgan, y ponen en práctica, los principios de la racionalización del trabajo. La diligencia productiva, en todo su proceso se dirige racionalmente en busca de máximos rendimientos con menores costos. Las técnicas aconsejadas por

Taylor, Ford, Fayol y otros, tienden a buscar eficiencia y regularidad. Se comienza a producir en cadena y el concepto de **productividad** se involucra en la agenda de la economía de empresa.

La base económica de la etapa industrial reposa en la gran empresa, que es el máximo símbolo del poder del capital. En este campo, a la manufactura le corresponde el primer lugar. Las relaciones de producción, en todos los factores, son las que se dan entre patronos (industriales, agricultores, mineros, transportadores, banqueros, etc.) y asalariados (obreros y empleados).

En la superestructura los idearios liberales son banderas revolucionarias. Libertad individual es la consigna. El derecho responde a la exigencia de una empresa ávida de libertad para contratar, competir, comerciar, explotar recursos y romper toda clase de limitativos. Los teóricos creen en fuerzas naturales reguladoras de la acción económica para conveniencias de la colectividad. El egoísmo individual se eleva a una categoría creadora. Y se piensa que cada vez que una persona busca su provecho lo está, sin pretenderlo, buscándolo también para la sociedad en su conjunto. De ahí que al Estado se le arrincona, y se endiosa a la propiedad privada.

Estos principios liberales alimentaron el esplendor de los países industrializados. Y hasta se llegó a imaginar que la libertad de comercio y la especialización internacional del trabajo, redundaban en provecho de todas las naciones.

(En nuestros días con el **neoliberalismo** y la **globalización** impuesta desde los grandes centros de poder, las bondades pregonadas en favor de esta estrategia dominadora, como también sus resultados funestos, forman parte de la política económica prevaleciente).

Sin embargo, los hechos no fueron tan simples, sino más bien complicados.

Por ejemplo, los lemas políticos sobre la libertad, que con tanto entusiasmo se pregonaron en Francia en su famosa Revolución y que, por cierto, nada tenían que ver con las colonias, al decir de sus voceros, coadyuvaron en la motivación de los movimientos insurgentes que a la larga habrían de plasmar la independencia de las Américas. Y en las contradicciones, las potencias industriales y comerciales, en busca de mercados y zonas de influencia, chocan entre sí, y a veces unas ofrecen respaldos a los insurrectos contra los intereses de las otras.[57]

No sucedió lo mismo con las tesis económicas. Por el contrario, la imposición (o aceptación por parte de los portavoces de las burguesías comerciales criollas) del librecambio devino en la configuración de subdesarrollo y dependencia. La libertad de comercio (sin trabas para importar o exportar) situó a las nuevas repúblicas en productoras de materias primas y consumidoras de manufacturas.

Etapa Financiera

En su dinámica el capitalismo tiende a la concentración. En este proceso de acumulación las crisis cíclicas juegan un amplio cometido. A la larga la libre competencia cede el paso al monopolio. En el campo de la producción y el comercio el ensanche ha sido tanto, que la empresa manufacturera necesita cada vez más, hasta doblegarse a sus fuentes, de los recursos financieros. La banca, como órgano regulador y creador de la masa monetaria, desplaza a otros sectores (industria, comercio, agricultura, minería, transporte) en la representación prioritaria.

El crecimiento del mercado coloca a la industria de los países dominantes en imposibilidad de autoabastecimiento financiero. Cada vez más la industria se verá obligada a acudir a los institutos financieros en busca de dinero.

Entonces el aparato bancario se convierte en el gran canalizador del ahorro, y entra a financiar y promover la empresa a través de operaciones con valores mobiliarios (acciones, bonos, pagarés, descuentos de letras, etc.). En la crisis y la lucha por el dominio del mercado, las grandes empresas absorben a las pequeñas. A su vez las empresas más poderosas se organizan y pactan para evitar la competencia. Entonces el precio, como instrumento teórico regulador, pierde su poder acondicionador para convertirse en fenómeno dominado. Ahora las empresas, en forma amplia y arbitraria, lo manejan para obtener las máximas utilidades. Sin embargo, la lucha competitiva no desaparece del todo, porque se lleva a cabo entre empresas monopolistas nacionales e internacionales.

El nuevo papel de los bancos lo describe Lenin, el más radical enjuiciador de esta etapa del capitalismo, de la siguiente manera: "A medida que van desarrollándose los bancos y que va acentuándose su concentración en un número reducido de establecimientos, de modestos intermediarios que eran antes, se convierten en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como de la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de varios países".[58]

En este período los capitales provenientes de los países muy industrializados penetran en las regiones coloniales y países dominados, especialmente para explotar los recursos minerales. Más que la exportación de mercancías, que tanto importó en las etapas anteriores, los centros de poder capitalista se interesan en la exportación de capitales.

Esta nueva etapa es bautizada por sus críticos y analistas como la del **imperialismo**. Aunque son muchos los que en su tiempo —finales del siglo XIX y comienzos del XX— estudiaron la fase imperialista del capitalismo,[59]

Lenin resumió con más acierto sus características, de la siguiente manera: 1) Concentración de la producción y del capital con resultados monopolísticos integrales; 2) Fusión del capital bancario con el industrial con saldos a favor de una oligarquía financiera; 3) Exportación de capitales; 4) Formación de asociaciones internacionales monopolistas para repartirse los mercados y el dominio del mundo; y 5) Terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.[60]

En su penetración financiera los países capitalistas poderosos buscan tasas de ganancias superiores a las obtenidas en sus propios territorios utilizando sus recursos financieros sobrantes. Los altos intereses de los empréstitos y la explotación de recursos naturales y de la mano de obra de las colonias y países periféricos, es fuente atractiva para el capital foráneo.

En la etapa imperialista el crecimiento desigual sigue su ritmo. En las regiones periféricas la importación de capitales se suma a los tradicionales agentes del subdesarrollo para agregar la dependencia financiera. La deuda externa de los territorios prestatarios ampliará las formas de sometimiento, mientras sus riquezas naturales (petróleo, cobre, estaño, hierro, carbón, etc.) sólo irán a beneficiar a las empresas monopolistas extranjeras.

A comienzos del siglo XX las grandes potencias se habían repartido el mundo. "Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son **únicamente** nuevos repartos en otra forma, es decir, el paso de territorios de un "amo a otro, y no el paso de un territorio sin amo a un "dueño".[61]

Pero nuevos países industriales (Alemania, Japón, Italia) pretenden una mejor participación en la escena. Y en esa lucha por el dominio territorial y los mercados, surge una modalidad especial del capitalismo: es el **nazismo**

alemán, el **fascismo** italiano y el **régimen totalitario expansionista** japonés, que intenta, y lleva a cabo, la penetración a la fuerza, pero no sólo en busca de colonias lejanas, sino además, con la invasión de países vecinos. "El **fascismo**, dice un profesor de la Universidad de Harvard, surge en ciertas condiciones históricas específicas que son a la vez el producto del efecto de las guerras imperialistas de revisión en la estructura económica y social de las naciones capitalistas avanzadas."[62]

En el **fascismo** la intervención del Estado se acentúa. Sus objetivos los resume un autor, así: Aumento de la producción de materias primas, para distribuirlas en forma adecuada entre las industrias clave y de guerra; reparto de la mano de obra, de tal manera que pudiese favorecer las necesidades militares y económicas de la industria de armamentos; incremento de la producción agrícola, especialmente de suministros indispensables para la industria, estabilidad de los precios y salarios, y control del mercado de cambio y divisas.[63]

Etapa Transnacional

En su desarrollo último el capitalismo ha tomado nuevas formas, tanto en los monopolios como en el campo de las relaciones entre los centros de poder y las regiones dependientes. La guerra de los años 39 a 45 trajo como consecuencias la quiebra del sistema colonial, y cambios en la estrategia del capital: La concentración se acentúa a través de empresas más poderosas e integradas internacionalmente, y la capacidad de decisión se concentra en un país.

En las últimas décadas la población aumentó de manera dinámica. Nunca antes su rata de crecimiento había logrado los niveles del presente. Aunque este fenómeno es más significativo en los países no industrializados, en

todos ellos los cambios desconciertan a los pesimistas. Pero también es cierto que los volúmenes de producción superan las marcas del pasado. La Revolución en la electrónica y el apogeo de la cibernética satura el mercado con toda clase de producción masiva, hasta el punto de calificarse con el término despectivo de **consumismo**, a la disposición y costumbre de adquirir y derrochar toda clase de mercancías, sean o no necesarias. Este hecho, que es más patente en los países desarrollados, se extiende a los demás. A veces la costumbre parece un hábito o un sometimiento enajenante, fruto de presiones como la publicidad y el poder imitativo que imponen los medios de comunicación al servicio del sistema (prensa, radio, televisión y cine). No obstante, a pesar de la abundancia, la estructura social de clases, en lo interno, y el desarrollo desigual, en lo externo, impiden superar el hambre de los desposeídos, y la crisis cíclica se mantiene.

En la posguerra se llevan a cabo cambios profundos en la conducta capitalista que obligan a su clasificación en una etapa no prevista por los críticos anteriores. "En primer lugar, las economías capitalistas avanzadas se han hecho sociedades de consumo masivo; en segundo lugar, los ahorros se han concentrado en manos del gobierno, de intermediarios financieros, fondos corporativos y unas pocas corporaciones gigantes; tercero, el concepto de tasa de ganancia se revalúa: En el sector supercompetitivo de las economías capitalistas avanzadas la rata de ganancia es un dato, pero en el sector oligopolítico los márgenes de ganancia se determinan por el precio corporativo, el producto y la política de inversión."[64]

Las empresas transnacionales[65] son el símbolo de la concentración y el monopolio, y representan la imagen de un neoimperialismo. En apariencia estos organismos actúan de manera independiente, pero en verdad gozan del respaldo y estímulo de los gobiernos.[66] El campo de acción monopolístico es tal, que una sola empresa puede producir desde un alfiler hasta un porta-

aviones, y en su seno mantiene sus propios organismos financieros. Isidro Parra Peña resume las características de las transnacionales: Adelantan parte importante de sus operaciones en países distintos del de la sede principal; trabajan en mercados organizados, donde están en condiciones de administrar los precios; operan en varios países, y sus inversiones, aunque copan todos los sectores, se dirigen con especialidad a los más dinámicos (químicos y metalmecánicos); dominan la producción y distribución de sus productos hasta rebasar los sistemas económicos nacionales y los Estados.[67]

En el nuevo esquema la exportación de mercancías o de capitales para la explotación de industrias primarias, cede el lugar a otro tipo de operación. Las transnacionales se apoderan de las industrias primarias de los países subdesarrollados, o las dominan tecnológicamente. Y para financiar sus operaciones se valen de los propios ahorros de las regiones donde operan, al aprovechar la falta de conductas económicas defensivas. En la interpretación del atraso se divulga el supuesto de la necesidad ineludible de financiar el desarrollo con la financiación externa. Pero en verdad la mayor parte de las inversiones se llevan a cabo con los recursos financieros nacionales, puestos al servicio de los monopolios extranjeros. Hasta las primeras décadas del siglo XX, el 90% del movimiento internacional de capitales, dice Chudnovsky, estaban representados por la inversión de cartera. Hoy esa inversión ha sido reemplazada por la directa, los inversionistas individuales por las corporaciones; los ferrocarriles y otros servicios públicos por las inversiones en industrias extractivas y manufactureras.[68]

Las multinacionales acostumbraban hacer sus inversiones en capital (equipos, maquinarias), patentes y tecnologías, que facilitan el control. "También utilizan el capital de préstamo, pero este se obtiene principalmente en el país donde se hace la operación."[69]

El esplendor de las transnacionales y su penetración en los territorios

subdesarrollados se explica, por los autores, de diferentes maneras. Para Báez el **Capitalismo de Estado**, como estímulo y promoción de gigantescos monopolios, al lado de la "enorme capacidad financiera, control de la tecnología, bajos costos de fabricación, manipulación de los precios y dominio de las técnicas administrativas y de **marketing**", han sido factores coadyuvantes en su crecimiento.[70] En cuanto a su penetración exterior, hay que tener en cuenta la búsqueda de mayores ganancias por conducto de la utilización de una mano de obra barata. En este aspecto las transnacionales, además de actuar en todos los países, se han servido de algunos, caso de Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, para localizar complejos manufactureros de artículos domésticos y electrodomésticos que invaden el mundo. "Cuando la actividad exportadora deja de ser rentable en los países altamente desarrollados, el paso hacia la inversión directa es inevitable, especialmente cuando la operación se favorece por menores costos en el exterior."

En la etapa de las transnacionales el desarrollo desigual alcanza topes imprevistos. Muchos son los libros que se han escrito sobre el dominio que mantienen las empresas monopolistas norteamericanas sobre el resto del mundo. En el *Desafío Americano* el político francés Servan Schareiber describe el poder de las transnacionales de los Estados Unidos sobre Europa. En los países subdesarrollados la expatriación de su plusvalía por distintos conductos —deterioro de los precios en el comercio, intereses de deuda, utilidades, servicios— doblega el crecimiento. En la presente crisis, en los finales de 1982, la deuda externa de América Latina llegaba a trescientos cincuenta mil millones de dólares, la inflación seguía su ritmo ascendente, mientras el índice del incremento del producto descendía.

Con las transnacionales la intervención militar de las potencias mantiene su conducta imperialista.

***

Con una visión macroanalítica puede decirse que el capitalismo ofrece unas particularidades en su transcurrir histórico: Existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, clases sociales definidas, búsqueda del lucro, libre iniciativa, desarrollo desigual. Son ellas la estructura, la moral y los resultados que fundamentan al sistema. Sin embargo, en cada una de sus etapas las estrategias de los centros de poder y dominio han servido para garantizarle objetivos y beneficios, mientras se recogían resultados distintos en las zonas sometidas (colonias y países dependientes). Así, en la etapa **mercantil**, el comercio, especialmente el internacional, sirvió de vía para la cumulación y el crecimiento; en la **industrial**, la producción y exportación de mercancías afianza el proceso revolucionario de la empresa y la máquina; en la **financiera**, con el arbitrio de los monopolios, que imponen precios y condiciones, y la presencia de banqueros y prestamistas que introducen sus sobrantes monetarios en las colonias y países en desventajas, para explotar sus recursos naturales y atender empréstitos; en la **fascista**, de lucha por la redistribución de territorios y mercados, que desemboca en guerras mundiales; y, en la actual, de las corporaciones **transnacionales**, de exportación de capitales y tecnología, para instalación de nuevas empresas, dominio de las empresas nativas y de sus mercados, de los ahorros internos, los recursos naturales y el aprovechamiento de una mano de obra barata.

(En estos últimos años, como ya se ha observado, el neoliberalismo y la globalización facilitan dócilmente el pleno dominio de las transnacionales, bajo el espejismo de una igualdad de posibilidades entre desarrollados y subdesarrollados, dominadores y dominados).

Las grandes contradicciones del capitalismo reposan en sus formas de

producción social y apropiación individual, y en las relaciones de los países dominantes con las regiones dominadas. En la primera, la plusvalía genera la acumulación que facilita el crecimiento, pero que, a la vez, limita el consumo, para incubar las condiciones adecuadas a la crisis cíclica por una inadecuada distribución del ingreso, con legado de problemas sociales. En la segunda, la repatriación del excedente, la expoliación de la riqueza, el aprovechamiento de los recursos, causas de un desarrollo desigual que determina subdesarrollo y dependencia.

Los críticos del capitalismo y los ideólogos europeos del socialismo del siglo pasado presagiaron el advenimiento de la organización social socialista. En los países industrializados de entonces la insurgencia revolucionaria de la clase desposeída sirvió de fuente de inspiración a los pregoneros de un sistema que aboliera la propiedad privada sobre los medios de producción, como garantía a un desarrollo armónico, ajeno a las perturbaciones de las crisis, de la explotación de los unos por los otros y de la distribución inadecuada de los recursos y del producto. En el esquema más conocido, el de Marx y Engels, el proceso revolucionario se iniciaría en los países más industrializados, por contar ellos con una clase proletaria desarrollada, que habría de cumplir el papel de sepulturera de la sociedad burguesa.

Sin embargo, ante la realidad revolucionaria de Rusia, que no llenaba estos requisitos, Lenin expuso la tesis de la universalidad del sistema que, como una cadena o un todo, podía romperse por cualquier eslabón.[71]

(Lo que Lenin jamás pensó, agregamos ahora entre paréntesis, como suele decirse, fue el derrumbe del Estado Soviético, sin el disparo de un solo fusil de su ejército, para defenderlo).

El Socialismo Planificado

En la primera edición de los *Apuntes de Economía Política*, hace 35 años, entonces en el esplendor de la Unión Soviética, escribí lo siguiente:

El sistema económico de la planificación socialista es el último conocido en la historia de la economía. Comenzó en Rusia con la revolución de 1917, y se ha extendido a casi todos los países balcánicos, China, Cuba.

Este sistema constituye la antítesis del individualismo capitalista, al abolir la propiedad privada sobre los medios de producción y al someter la actividad económica a planes determinados. "Desde el punto de vista jurídico, dice Lajugie, la oposición entre economía capitalista y economía colectivista es fundamental. En el socialismo la propiedad privada de los medios de producción se ha suprimido. Todos los bienes productivos, tierra, fábricas, minas, vías de comunicación, están puestos a disposición del Estado."[72]

Según un historiador de la economía soviética, profesor de la Universidad de Birmingham, los Revolucionarios de Octubre se encaminaron a "establecer una organización de la sociedad completamente nueva, una organización en la cual la producción industrial está dirigida, no por empresarios que compitiesen entre ellos, sino por la sociedad misma, de acuerdo con un plan destinado a satisfacer las necesidades de todos los ciudadanos: La sociedad expropia a los particulares de todos los medios de producción, de transporte, de distribución, y dispone de ellos conforme a un plan determinado y persiguiendo determinados objetivos".[73]

El Estado tiene en sus manos la dirección de la actividad económica. Todo el andamiaje de la economía se nacionaliza desapareciendo la iniciativa individual y la libre competencia. La oferta de las mercancías, por lo tanto,

no reposará sobre el incentivo de una demanda determinada en el mercado, ni sobre la posibilidad del beneficio para el emprendedor, sino será el resultado de una producción planeada, calculada por organismos centrales planificadores. Para este sistema los planes "son ***instrucciones*** *obligatorias que determinan el curso futuro del desarrollo económico de todo el país". Así, la industria, el comercio, la banca y la agricultura, mantienen el carácter de nacionalizadas.*

Maurice Dobb, profesor de la Universidad de Cambridge, dice: "La diferencia esencial entre la economía soviética y la economía capitalista consiste en que una se determina por las decisiones separadas de miles de empresarios autónomos, y la otra por una simple coordinación de resoluciones que constituyen el plan económico. Esta diferencia está relacionada con otra: El hecho de que en la URSS la tierra y el capital pertenecen al Estado y no a particulares".[74]

La planificación socialista no se limita a las actividades productivas: Ella comprende todos los aspectos que se relacionan con la comunidad.[75] *El plan socialista, dice un profesor francés, "es un documento que prevee y ordena, por una parte, las producciones juzgadas necesarias para satisfacer las necesidades de la población y, por otra, el empleo de las fuerzas productivas indispensables para realizar esos objetivos. El plan abarca a la vez la vida económica, cultural y social del país".*

En el aspecto económico, los planes primeramente fijan las metas de la producción de las empresas y cooperativas, una vez otorgadas las prioridades, por ejemplo, para la instalación de fábricas de medios de producción y de medios de consumo. También se ocupa de los costos y de los precios de venta y de compra, de los salarios y de las amortizaciones. En el aspecto cultural el plan prevee la organización sistemática de la

formación de profesionales (formación de personal técnico, de los trabajadores calificados), de la investigación científica, de la enseñanza general y técnica.[76] *En el aspecto social, los programas atiendan las inversiones en el campo de la higiene y de la salubridad pública.*

En la práctica, en el sistema socialista —para el campo de la Unión Soviética—, en términos generales la producción industrial se regula por los llamados ***trust*** *y la producción agrícola por los* ***sovjoses*** *y* ***koljoses****. En otros países, por ejemplo en China, se han experimentado nuevas formas y relaciones de producción, como es el caso de las comunas para la producción agrícola. "Los trusts son vastas combinaciones de explotaciones industriales, cuyo papel esencial es repartir entre las explotaciones la cuota de producción asignada por el plan." Los sovjoses son extensas granjas de propiedad exclusiva del Estado. En los koljoses, los campesinos organizados cooperativamente, mantienen un derecho indiviso de sus tierras y usufructúan sus cosechas y sus ganados.*

***

Tres décadas después la Unión Soviética se desintegró, y Rusia es muestrario del llamado capitalismo salvaje, etapa presente de dicho sistema que pregona la apertura, y que en el caso de la patria de Lenin, ha facilitado el ingreso de prácticas económicas y morales que se consideraban superadas.

Pienso que puedo tener un poco de licencia para adelantar comentarios críticos a errores o conductas en el manejo u orientación de la organización social soviética, porque tuve la oportunidad de hacerlos en su propio territorio.

En mis libros *Las Sorpresas del Tiempo* y *Desde mi Columna*, hice mención

de los puntos de vista expuestos en conferencias y congresos en Moscú, Leningrado y Najodka.

Entonces, la defensa de posiciones en favor de la búsqueda de nuestro propio camino, como añoraba Andrés Bello, me acompañaba —y me sigue acompañando— en las deducciones. Pero siempre pensé que en la Unión Soviética, en la dinámica de los aconteceres, las fallas serían superadas.

Digamos por caso, el dogmatismo casi religioso que obligaba a recordar el pasado monasterial, donde cosas simples de la vida, o del libre albedrío, se calificaban como pecado o desviaciones a costumbres burguesas.

Por ejemplo, también, mientras se excluían del consumo popular ciertas mercancías de bajo costo, los gastos en el aparato militar parecía no tener límites.

Un día, ante Sergio Mikoyan, hijo del ex presidente Anasta Mikoyan, y Víctor Volsky, Director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS, expuse juicio sobre el peligro del excesivo armamentismo.

Recordé a los clásicos europeos de la Economía Política, como Smith, Ricardo y Malthus, quienes siempre inventariaron las erogaciones en armas y ejércitos como improductivas.

Y mientras en la Unión Soviética el aparato militar se ensanchaba, los medios de consumo, en algunos casos, se limitaban a lo indispensable.

En uno de los escritos de esos días relaté la anécdota con el periodista bogotano Pedro Clavijo, casado con soviética y residente en Moscú. Una

tarde lo encontré en la Plaza Roja y me invitó a su casa a compartir la cena. Con mi lapicero, un sencillo *Paper Mate,* anotó la dirección. Entonces le dije que podía quedarse con él, pues en la maleta de viaje guardaba otros. Y de inmediato me respondió: —Sí, me quedo con él. Porque los soviéticos fabrican cohetes que pueden llegar a centímetros previstos de la luna, pero todavía no hacen un lapicero que sirva.

Después pensé que aquel comentario desapercibido involucraba todo un examen de una falla de producción y consumo.

En La Habana, también, una calurosa tarde de agosto, me hizo gracia formar parte de una cola para comprar granizado. Al día siguiente conversé con Carlos Rafael Rodríguez, vicepresidente de la República, sobre ese acontecer que no comprendía. Si Cuba, le dije, es el primer productor de azúcar en el mundo, y uno de los países con más recursos hídricos, ¿cómo es posible que no haya en cada esquina una venta de granizado, o raspado, que es hielo molido y miel de azúcar, para evitar las molestias de las colas y satisfacer, libre de incomodidades, la demandas del pueblo?

Ahora, sin olvidar los juicios de entonces que, además, involucraban observaciones sobre la libertad de expresión y pensar, no puedo ocultar mi pesar por la desintegración de la Unión Soviética.

Varias veces recorrí el vasto territorio de Rusia desde Leningrado hasta Najodka, y también visité otras repúblicas. A Najodka iba cada dos años como participante y conferencista del Simposio sobre Recursos Naturales de los Países del Área del Pacífico.

En ese bello puerto del Lejano Oriente, con espléndida bahía repleta de barcos de transporte y pasajeros, sus habitantes hacían del encuentro de

personalidades de los distintos continentes un motivo de fiesta, y en sus calles sus habitantes bailaban en honor a la amistad.

El tren transiberiano solía llegar en las mañanas frescas del verano, y allí estaban docenas de niños con ramos de flores dándole la bienvenida a los participantes del Simposio.

En otras ciudades, la costumbre era ofrecer un pedazo de pan de tortas que portaban bellas jovencitas vestidas con trajes típicos.

Y en ninguna parte de la Unión Soviética jamás vi un mendigo. En las calles del populoso Moscú sólo encontré una vez un lustrabotas, o embolador. Y los pocos vendedores ambulantes, como dos señoritas impecablemente vestidas, la una ingeniera y la otra agrónoma, que vendían en una esquina de Alma Ata jabones y caramelos, me hicieron saber que lo hacían por cuenta del Estado, mientras las ocupaban en sus profesiones.

Alma Ata la llamaban la ciudad de los árboles. Es una de las ciudades más arborizadas del mundo. Y la gracia de eso es que antes de la Revolución de Octubre todo el perímetro era desierto, y apenas en ese sitio acampaban las caravanas de las tribus nómadas. Años después todo el entorno se vistió del verde de los cultivos, con un lago azul en el fondo que semejaba un pequeño mar. El agua llega allí por canales de casi mil kilómetros de largo, construidos en los años heroicos del inicio socialista.

La Moscú de mis recuerdos mostraba su encanto por todas partes. Calles limpias, palacios del pasado retocados, rosario de edificios que habitaban los trabajadores. La Plaza Roja ofrecía el espectáculo que facilitaba la confianza.

Ahora todo es distinto. En un artículo publicado en la revista *Time*, ilustrado

con fotos, se describe el Moscú de estos días, horripilante y repleto de lacras sociales. *Time* no puede ocultar una realidad que cuesta trabajo creer. La solemne grandeza y el sentido de misión histórica, describe la famosa revista, se ha perdido: "Babushkas envejecidos pidiendo limosnas en los andenes, pandillas de niños acosando a los turistas, mujerzuelas asediando a los hombres de negocio extranjeros, banqueros recorriendo la ciudad en Mercedes blindados, mafiosos con trajes de lana que comen langostas y toman champaña en los hoteles cinco estrellas, ladronzuelos tuberculosos y un tránsito vehicular caótico como consecuencia de las ratas hambrientas que en el invierno pasado royeron los cables subterráneos que conectan los semáforos. El esplendor y la dignidad de los moscovitas que antes disfrutaban los amplios parques y asistían orgullosos a compartir la solemnidad del cambio de guardia en la tumba de Lenin, ahora dirigen sus pasos a la Plaza Pushkin en busca de papas fritas de McDonalds, bajo la sombra de un gigantesco aviso de Coca Cola".

En verdad es duro aceptar que el hombre sea capaz de destruir lo que más ama, hasta llegar a situaciones de indolencia, como razonaban los antiguos. Allí, donde a la convivencia social se rendía culto, ahora, en opinión de *Time*, sólo hay muestra del más crudo capitalismo salvaje: "Las bandas al estilo de la mafia han transformado lo que fuera bajo el régimen soviético una de las ciudades más seguras del mundo en una verdadera criminópolis. Durante los primeros seis meses de ese año de 1994, la policía reportó 813 asesinatos. También ha habido una oleada de delitos jamás visto, como el sicariato —unos cien asesinatos en 1993— y atentados con bombas. La violencia se ha convertido en negocio. Por estos días, cerca de cuarenta mil desposeídos duermen en los túneles del metro y piden limosnas en las puertas de los nuevos templos. En Tverskaya, Moscú semeja Las Vegas, con casinos, clubes nocturnos y tiendas exclusivas. Pero los únicos que pueden pagar las entradas son los *novige bogative*, o nuevos ricos. En la estación

Kursky, una de las más concurridas de Moscú, una adolescente, que se había cortado las venas, gritaba: Quiero morir, mi vida no vale nada. Odio esta vida. Una mujer de la multitud, preguntó en voz alta: ¿En qué clase de personas nos hemos convertido?".

Estos informes de las publicaciones norteamericanas son desconcertantes. Las más recientes noticias sobre la Rusia actual hacen saber que todo empeora. El diario *El Tiempo*, de Bogotá, dedica a Rusia su página internacional del viernes 19 de junio del presente año de 1998, para informar sobre su desgarradora situación. Los comentarios dicen: "El Presidente ruso guardó su orgullo y le pidió ayuda financiera a Estados Unidos, Francia, Inglaterra e Italia. La Duma iniciará un proceso de destitución contra Yeltsin por dejar al país en quiebra. A tan sólo siete años del inicio de la liberalización de la economía, el cuadro es dramático: El rublo está en franca caída, la deuda exterior asciende a ciento veinticinco mil millones de dólares, el Producto Bruto Interno (PIB) es de mil novecientos noventa dólares, inferior al de Colombia (que es de dos mil setenta dólares), y el Estado debe millones en salarios atrasados".

El Tiempo ilustra el estudio de sus redactores internacionales con fotos de mendigos que pululan en las calles de Moscú y con un expresivo gráfico estadístico de la economía rusa.

Así, de la Unión Soviética del ayer que mostraba crecimientos económicos anuales de más de diez por ciento, la realidad presente es distinta: "En 1993, el crecimiento (en % PIB) fue de menos 12%; en 1994, menos 12.6%. La inflación alcanzó 840%, en 1993; 226%, en 1994; 131%, en 1995, y el año pasado (1997) se mantenía en 15%.[77] La deuda externa, que en 1993 era de ochenta y tres mil millones de dólares, alcanzó en 1997 los ciento veinticinco mil millones de dólares. El déficit fiscal (en % del PIB), que en 1993 fue menos 9.5%, en 1997 se mantiene en menos 8%.

Por su parte, las agencias noticiosas AP y EFE, en la misma fecha, se refieren a la corrupción como el tumor que carcome a Moscú.

En los últimos años de la etapa socialista se hacían comentarios a los privilegios en la dirigencia. Y en las críticas se esperaba que esos hechos se superaran y corrigieran en el marco del sistema prevaleciente. Pero, según los analistas actuales, ninguna de aquellas fallas puede compararse con la situación actual.

Las agencias de prensa mencionadas, hacen saber: "Según un informe presentado por un centro de estudios políticos adscrito al gobierno de Moscú, Rusia pierde seis mil millones de dólares al año debido al flagelo de la corrupción, mucho más de lo que el Estado gastó en 1997 en ciencia, salud pública, educación y cultura. Los medianos y pequeños empresarios de todo el país pagan sobornos a los funcionarios públicos por un importe no inferior a los quinientos millones de dólares al mes".

***

Otros países de socialismo planificado, como China, tuvieron el cuidado de orientar su modelo de acuerdo a su realidad. En un comienzo la autonomía en decisiones y orientaciones doctrinarias —con Mao Tse Tung, como inspirador, ideólogo y conductor— produjo desavenencias y roces con la URSS. Sin embargo, dicha independencia en el actuar le ha permitido a China mantener el sistema, e iniciar, en el presente, reformas acordes a la situación actual obtenida en la actividad industrial y comercial.

***

De todo lo expuesto, en el compromiso de la búsqueda del sistema de

relaciones productivas, comerciales y sociales de conveniencia para los pueblos subdesarrollados y sometidos, como los de América Latina, hay que repetir, sin cansancio, los mensajes de los libertadores y de hombres símbolos de nuestra cultura presente.

Simón Bolívar, exclamó: "Nuestra Patria es América", para referirse a lo que se conoce hoy como América Latina. Andrés Bello, sentenció: "América tiene un camino: Su propio camino". Y Pablo Neruda, el poeta del siglo XX, predijo: "La libertad de América Latina, será hija de nuestros hechos y de nuestro pensamiento".

Sin embargo, hasta hace poco, buena parte de nuestros profesores permitían que pensaran por ellos, y en sus cátedras utilizaban los manuales soviéticos o norteamericanos, de acuerdo a su alineación política. Ahora el dominio es de los textos norteamericanos.

Se olvida al gran Simón Bolívar en su mensaje al Congreso de Angostura: "¿No dice el espíritu de las leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una casualidad que los de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución pueda determinar, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que deberíamos consultar y no el de Washington!".

Todo eso quiere decir, puede opinarse ahora: Sea cual fuese el sistema que impere en las economías dominantes, la formulación de la teoría de una Economía Política defensiva y nuestra, en procura de la superación del subdesarrollo y la dependencia, es tarea ineludible del científico social latinoamericano.

NOTAS

1. "¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían qué hacer con ella? Los enérgicos yanquis abrirán la civilización, y, por tercera vez en la historia, imprimirán una nueva orientación al comercio mundial". F. Engels, en *Materiales para la Historia de América Latina*, Ed. Siglo XXI, México, 1955. "El concepto de razas inferiores, o perezosas, replica el peruano Mariátegui, sirvió al occidente blanco para su obra de expansión y conquista". En *Siete Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana,* p. 33, Edit. Crítica.
2. Cuando fue escrita esta introducción, en 1983, todavía no se había desintegrado la Unión Soviética.
3. Son ahora, 2002, 39 años, porque fue publicada en 1963.
4. En diciembre de 1997 la Editorial Grijalbo publicó una tercera edición, y en abril del año de 1998, una cuarta.
5. Desde el punto de vista histórico, "historia quiere decir desarrollo". Kuo Mo Jo, en *La Sociedad Esclavista China*, Ed. Latina.
6. Luis Segal, en *Principios de Economía Política*, p. 12. Ed. Pueblos Unidos, Montevideo.
7. Arturo Valencia Zea, *Origen, Desarrollo y Crítica de la propiedad privada*, pp. 21 y ss. Ed. Temis, Bogotá, 1982.
8. Adolfo Weber, en su *Introducción al Estudio de la Economía Política*, p. 8, le asigna a estos períodos una duración mayor o menor hasta cuando el aumento de las fuerzas productivas hacen necesario pasar a formas nuevas.
9. García es tal vez el economista latinoamericano que estudió con más detenimiento el tema de los sistemas económicos en la década de los años cuarenta. El volumen primero, de sus *Bases de Economía Política* publicado en la Colección de la Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina, está dedicado al análisis de dicha materia.
10. En *Diccionario de Economía,* Vol. 7 de esta colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina, Ed. Plaza & Janés, Bogotá.
11. En *Los Sistemas Económicos*, p. 5 Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1961.
12. En su *Economía Política*, p. 26, Editorial Tesoro, Madrid, 1958.
13. Carlos Marx, en *Trabajo Asalariado y Capital.*
14. *Ob. Cit.*

15. J. Lajugie. *Sistemas Económicos*, Edit. Universitaria de Buenos Aires. p. 10, 1961. Segunda edición.
16. Lajugie, *Ob. Cit.*
17. Ver Juan Beneyto, en *Del Feudo a la Economía Nacional.* p. 41 y ss. Ediciones Aguilar, Madrid, 1953.
18. Publicado por la Editorial Temis, de Bogotá, en 1982. En 1978 la Revista *Desarrollo Indoamericano*, de Barranquilla, publicó en su edición No. 42 el texto de una conferencia que dictó el profesor Valencia Zea en la Universidad Simón Bolívar, de Barranquilla, en donde expuso sus argumentos centrales y defendió su tesis.
19. Revista *Desarrollo Indoamericano* No. 42 cit. pp. 15 y ss. En su libro Valencia Zea adelanta un análisis completo de los trabajos de Marx y Engels y la polémica posterior de autores socialistas y capitalistas, entre ellos Wittfagel, Mandel, Godolier y el colombiano Hermes Tovar, *Ob. Cit.*, pp. 229 y ss.
    Debe recordarse que la polémica sobre el Modo de Producción Asiático fue archivada en la época stalinista, para volver a despertar inquietudes en nuestros días. Naturalmente, su análisis facilita deducciones políticas en favor de la particularidad en el desarrollo de los sistemas, que repelen con el dogmatismo tradicional. Ver, *Primeras Sociedades de Clases y Modo de Producción Asiático*, libro que compila ensayos de nueve autores de distintos países, e impreso por Akal Editores, Madrid, 1978.
20. Citado por Valencia Zea, *Ob. Cit.*
21. A. Valencia Zea, *Ob. Cit.*, p. 105.
22. "De ahí que podamos afirmar que la civilización tuvo como génesis la posibilidad de construir obras hidráulicas y ciudades". *Ob. Cit.*, p. 237.
23. Valencia Zea, *Ob. Cit.*, p. 237. Aunque el autor hace esfuerzos para demostrar que el sistema económico estatal se dio en Europa e incluso en América Latina, tal como en Asia, la verdad es que la esquematización universal del desarrollo no es necesaria para valorar sus tesis y, por el contrario, disminuye su valor dialéctico.
24. Antonio García, *Conferencias de Economía Política*, Universidad Nacional, p. 11, 1946.
25. A. García, *Ob. Cit.*
26. E. Shteerman y B. Sharevskaia, en *El Régimen Esclavista*, pp. 23 y ss. Ediciones Suramérica, Bogotá, 1968.
27. Federico Engels, en *Anti-Dühring,* pp. 188 y ss. Ediciones Fuente Cultural, México; Traducción de Wenceslao Roces.
28. "Y le reprochará Bakunin a los norteamericanos el realizar una "guerra de conquista", que por cierto propina un rudo golpe a su teoría basada en la "justicia y la humanidad", pero que fue **llevada a cabo única y exclusivamente en beneficio de la civilización**". F. Engels, en la compilación de Pedro Scaron, de materiales de Marx y Engels, que se recogen en el libro *Materiales para la Historia en América Latina,* p. 189. Ed. Siglo XIX, México, 1979.
29. Valencia Zea, *Ob. Cit.*, p. 233.
30. Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales: El Origen de los Incas*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1968.
31. Louis Baudin, *El Imperio Socialista de los Incas*, Editorial Zig Zag, Santiago de Chile, 1970.
32. Una teoría reciente muy divulgada es la del dualismo social que explica el subdesarrollo

por la ausencia de un capitalismo moderno en el campo y regiones atrasadas del Tercer Mundo. Por su parte, en el siglo pasado, los ideólogos europeos, incluso los marxistas, como ya se ha anotado, veían con buenos ojos la dominación de las grandes potencias capitalistas a los territorios de otros continentes.

33. El profesor Arturo Valencia Zea, en una nueva versión de los errores de Marx y Engels aquí comentados, me decía, con sorpresa para mí, que toda invasión militar de un país socialista a otro capitalista era justificable, por cuanto se le favorecía con el advenimiento de un sistema superior.
34. "En conjunto, pues, puede decirse que Europa entera, como escribió don Eduardo Ibarra, se cubre de castillos, y junto a ellos se van agrupando los nuevos núcleos de población...
"Se va formando en cierta forma una economía, si no del todo cerrada, sí esencialmente autárquica". Juan Beneyto, en *Del Feudo a la Economía Nacional*, pp. 32, 38, Ed. Aguilar, Madrid, 1953.
35. Citado por Spiridonova, Atlas y otros, en *Curso Superior de Economía Política*, p. 34, Vol. 1, Editorial Grijalbo, México, 1965.
36. Henry Pirenne, *Historia Económica y Social de la Edad Media*, pp. 12, 13. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
37. J. Heers, *El Trabajo en la Edad Media*, p. 37, Editorial Columba, Buenos Aires, 1976.
38. Este fenómeno se puede apreciar en sistemas más avanzados. El orden cerrado en países socialistas (Cortinas de Hierro o Bambú), es causa de modalidades parecidas, como restricciones en la movilidad interna y externa (en la Unión Soviética sus habitantes necesitan de pasaportes de una "república" a otra, las medidas de migración son exageradas) y en la libertad de los ciudadanos para escoger cónyuges (en China, a pesar de sus mil millones de habitantes se les impedía a las personas contraer matrimonio con extranjeros). En Cuba la salida de nacionales se encuentra sometida a severas restricciones, y nadie puede entrar al país si no es invitado oficial o turista.
39. Y "que cada intendente, precisa el Capitulario de *Villis et Curtis*, tenga buenos obreros, a saber: para el hierro, el oro y la plata; zapateros, torneros, carpinteros, fabricantes de escudo, pescadores, pajareros, fabricantes de cerveza, jabón, panaderos..." Ver, Heers, *Ob. Cit.*, p. 39.
40. Arthur Birnie, *Historia Económica de Europa*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 95.
41. Pirenne, *Ob. Cit.*, p. 17.
42. "También ha de tenerse en cuenta el influjo del crecimiento de la población". Beneyto, *Ob. Cit.*, p. 28.
43. "Así durante dos o cuatro meses al año reinaba en aquellas ciudades una extraordinaria animación, como la descrita por el trovador Bertrans de Bar-sur-Aube". Jacques Le Goff, *Mercaderes y Banqueros de la Edad Media*, pp. 19, 20. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1962.
44. A la voz del Papa, respondió el grito de "Dios lo quiere" (Deus lo volt), que atravesó los siglos. Quienes lo oyeron se "cruzaron", cosiendo, como insignia de su voto, una cruz de paño en su pecho". Le Goff, *Ob. Cit.*, p. 23.
45. Le Golff, *Ob. Cit.*, pp. 116 y ss.
46. José Luis Romero, en *Crisis y Orden en el Mundo Feudoburgués*, pp. 13 y ss. Ed. Siglo

XXI, México, 1980. El autor agrega: "Lo que empezó a constituirse, en reducidísima escala al principio, fue lo que poco a poco aparecería más tarde con mayor claridad: una economía de mercado en la que el papel de la intermediación cobraría un relieve creciente".

47. Maquiavelo, ese agudo observador político, destacó en *El Príncipe* los métodos prácticos que debía seguir un monarca para crear un Estado "justo". John Ferguson, en *Historia de la Economía Política*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
48. John Gutemberg, hacia 1450, produjo una revolución inmensa en la historia de la cultura de la humanidad con la invención de los tipos móviles.
49. Ferguson, *Ob. Cit.*, p. 35.
50. El uso del arado y del caballo con su collera de tiro, "y de ciertas innovaciones, como el yugo frontal de los bueyes... caracterizan una especie de perfeccionamiento último en la historia de las prácticas agrarias del Occidente medieval". Heers, *Ob. Cit.*, pp. 23 y ss.
51. La doctrina del Estado Mercantilista puede estudiarse en el capítulo del Comercio Internacional.
52. Henry See, *Origen y Evolución del Capitalismo Moderno*, p. 48. Ediciones Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
53. H. See, *Ob. Cit.*, p. 139.
54. Ver, de Adam Smith, *Las Riquezas de las Naciones*, pp. 9, 10. Ed. Aguilar, Madrid, 1956. Las ventajas de la división del trabajo las resume Smith, así: "A tres circunstancias distintas se debe este gran acontecimiento en la cantidad de obras que es capaz de realizar el mismo número de personas como consecuencia de la división del trabajo: primera, al aumento de la destreza de cada uno de los operarios; segunda, al ahorro del tiempo que suele perderse cuando se cambia de una clase de tarea a otra distinta; y finalmente, a la invención de gran número de máquinas que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la tarea de muchos". *Ob. Cit.*, pp. 11, 12.
55. Dexter S. Kimball, *Economía Industrial*, p. 34. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
56. Citado por Kimball, p. 57, *Ob. Cit.*
57. Francia apoya, contra Inglaterra, la independencia de los Estados Unidos; Inglaterra a Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, etc., contra España.
58. V. Lenin, en *El Imperialismo Fase Superior del Capitalismo*, p. 25, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1945.
59. James O´Connor, en su ensayo *El Significado del Imperialismo Económico*, publicado en la Revista *Desarrollo Indoamericano*, edición No. 10, pp. 45 y ss., analiza el aporte de los distintos autores, observando sus aciertos y limitaciones. El mismo Lenin en el prólogo de su obra reconoce el legado de autores que le precedieron, entre ellos J. A. Hobson.
60. Lenin, *Ob. Cit.*, pp. 77, 78.
61. V. Lenin, *Ob. Cit.*, p. 67.
62. Paul M. Sweezy, *Teoría de Desarrollo Capitalista*, p. 399, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México.
63. Maxine Y. Sweezy, *La Economía Nacional Socialista*, pp. 33, 34, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

64. O´Connor, *Ob. Cit.*, p. 54.
65. Algunos autores suelen distinguir entre empresa **transnacional** y **multinacional**. César Augusto López Arias en su libro, *Empresas Multinacionales* pp. 19 y ss. Ed. de las Universidades Simón Bolívar, Libre de Pereira y Medellín, 1977, define a las primeras como monopolios privados, y a las segundas como empresas monopolistas de los estados.
66. En este caso la empresa transnacional opera como base estructural y el Estado como institución a su servicio. "Se trata de la internacionalización del mercado, o, dicho de otra manera, las relaciones comerciales entre países capitalistas se transformaron en relaciones internas de las empresas multinacionales." Orión Álvarez, en *Antioquia ante el futuro*, p. 109, Ediciones Universidad y Pueblo, Barranquilla, 1981.
67. En, *El Subdesarrollo, las Transnacionales y los Conglomerados*, ensayo publicado en la Revista *Desarrollo Indoamericano*, Ed. No. 45, p. 19. Barranquilla, Colombia.
68. Daniel Chudnovsky, *Empresas Multinacionales y Ganancias Monopólicas en una Economía Latinomericana* (Colombia). p. 16. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
69. Chudnovsky, *Ob. Cit.*, p. 16.
70. René Báez, *La Crisis del Capitalismo y el Futuro de las Empresas Multinacionales*, ensayo publicado en la edición No. 32 de la Revista *Desarrollo Indoamericano*, p. 53, Barranquilla, Colombia.
71. Resulta interesante recordar que Lenin (todavía apegado al esquema clásico) deduce en su travesía por Alemania, en carta dirigida a sus compañeros de exilio, que en su país apenas se puede pensar en la revolución pequeña-burguesa, por no existir aún las condiciones necesarias. Al llegar a Rusia en su vagón especial, la realidad lo desborda, y se pone de inmediato al servicio de la conquista del poder soviético, para más tarde, exponer la tesis mencionada.
72. *Ob. Cit.*, p. 44.
73. A. Baycov, profesor de la Universidad de Birmingham, en *Historia de la Economía Soviética*, p. 13. Ed. Fondo de Cultura Económica.
74. Maurice Dobb, en *Economía Soviética*, p. 79.
75. Este tipo de planificación, llamada integral, se ha tratado de adoptar en las nuevas economías capitalistas, pero afectando sólo al sector público. Sin embargo la diferencia en la aplicación de la planificación en los dos sistemas es rotunda, siempre condicionada a las características estructurales de cada uno de ellos.
76. Ver Lajugie, *Ob. Cit.*, p. 47.
77. En el capítulo sobre la moneda expongo la teoría oferta-precio, y señalo a la inflación como el instrumento más activo en nuestros días de la acumulación del capital privado, al lado de la plusvalía.

Bibliografía

(Autores y Obras citadas)

Álvarez Orión, *Antioquia ante el Futuro.*

Báez René, *La Crisis del Capitalismo y el Futuro de las Empresas Multinacionales.*

Baudin Louis, *El Imperio Socialista de los Incas.*

Baycov A., *Historia de la Economía Soviética.*

Beneyto Juan, *Del Feudo a la Economía Nacional.*

Birnie Arthur, *Historia Económica de Europa.*

Brand Salvador Osvaldo, *Diccionario de Economía.*

Consuegra Higgins José, *Apuntes de Economía Política.*

Consuegra Higgins José, *Desde mi Columna.*

Consuegra Higgins José, *Las Sorpresas del Tiempo.*

Chudnovsky Y. Daniel, *Empresas Multinacionales y Ganancias Monopólicas en una Economía Latinoamericana (Colombia).*

De la Vega Garcilaso, *Comentarios Reales: El Origen de los Incas.*

Desarrollo Indoamericano, Revista colombiana (de Barranquilla).

Dobb Maurice, *Economía Soviética.*

El Tiempo, Periódico colombiano (de Bogotá).

Engels Federico, *Materiales para la Historia de América Latina* (varios autores).

Engels Federico, *Anti-duhring.*

Ferguson John M., *Historia de la Economía Política.*

Furtado Celso, *Obras Escogidas.*
García Antonio, *Bases de Economía Política.*
García Antonio, *Conferencias de Economía Política.*
Heers J., *El Trabajo en la Edad Media.*
Kimball Dexter, *Economía Industrial.*
Kuo Mo Jo, *La Sociedad Esclavista China.*
Lajugie Joseph, *Los Sistemas Económicos.*
Le Goff, *Mercaderes y Banqueros en la Edad Media.*
Lenin Vladimir, *El Imperialismo, Fase superior del Capitalismo.*
López Arias C. A., *Empresas Multinacionales.*
Maquiavelo Nicolás, *El Príncipe.*
Mariátegui José Carlos, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana.*
Marx Carlos, *Trabajo Asalariado y Capital.*
Marx Carlos, *El Capital.*
O´Connor James, *El Significado del Imperialismo Económico.*
Parra Peña Isidro, *El Subdesarrollo, las Transnacionales y los Conglomerados.*
Pirenne Henry, *Historia Económica y Social de la Edad Media.*
Romero José Luis, *Crisis y Orden en el Mundo Feudoburgués.*
Scaron Pedro, *Materiales para la Historia en América Latina.*
See Henry, *Origen y Evolución del Capitalismo Moderno.*
Segal Luis, *Principios de Economía Política.*
Schareiber Servan, *Desafío Americano.*
Shteerman E. y Shareuskaia B., *El Régimen Esclavista.*
Smith Adam, *La Riqueza de las Naciones.*
Spiridonova, Atlas y Otros, *Curso Superior de Economía Política.*
Sweezy Paul M., *Teoría del Desarrollo Capitalista.*
Sweezy Maxine Y., *La Economía Nacional Socialista.*
Time, Revista norteamericana.
Valencia Zea Arturo, *Origen, Desarrollo y Crítica de la Propiedad Privada.*
Vito Francesco, *Economía Política.*
Weber Adolfo, *Introducción al Estudio de la Economía Política.*

Índice

Prólogo VII

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO CONTEMPORÁNEO.. 1

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO COLOMBIANO. 23

Presentación 25

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO COLOMBIANO. 29

IDEAS ECONÓMICAS DE CINCO CARTAGENEROS 43

OTROS COMENTARIOS SOBRE PERSONAJES DEL PENSAMIENTO SOCIAL COLOMBIANO 61
Recuerdos de Antonio García 63
Valencia Zea y el Origen de la Propiedad 65
Los Economistas y Mompós 67
Padre Nuestro, Bolívar 68
La Dependencia y el Pensamiento Colombiano 70
Políticos y Teoría Económica 72
La Política Económica y los discursos del

Presidente Betancur 74
Bolívar y la Ciencia Social 81
Bibliografía Bolivariana 83

PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO 87
Pensamiento Económico Mexicano 89
La Cultura del Maíz 91
Alonso Aguilar y los orígenes del
Subdesarrollo Latinoamericano 93
Celso Furtado y el Crecimiento Económico 95
El Pensamiento Venezolano, la Dependencia
y el Subdesarrollo 97
Bolívar y San Martín 99
Presencia de Martí 101
Sociedad Martiana 103

POR UNA TEORÍA ECONÓMICA PROPIA 107
Un texto de Economía Política 109
Economía, Tiempo y Espacio 111
Los Sistemas Económicos 113
Los Mercantilistas 115
Imitación y Dependencia 117
Los Premios Nobel de Economía 119

TEMAS INTERNACIONALES 123
García Márquez y las Malvinas 125
Después de las Malvinas 127
La Invasión a Granada 129
Carlos Marx 131
Marx y América Latina 133
Bolívar y Marx 136

ESCARCEOS EN POLÍTICA 139
Mi experiencia en el Congreso 141
El escándalo de las Centrales de Abasto 143
Los Portuarios, la Costa y el Gobierno 145
Liberalismo, Proteccionismo y Oposición 147
Pancartas, Política y Centralismo 149
La Dieta de los Parlamentarios 151
Liberalismo y Socialdemocracia 153
Política y Burocracia 154
Salud, Agua y Vivienda 156
Recuerdos de Néstor Carlos Consuegra 158
El Decreto sobre Arriendos 160
Liberalismo, Izquierda y Casatenientes 162
La Dignidad del Congreso 164
Electrificación, Intereses y Marxismo 166
Liberalismo e Imperialismo 168
Aduana, Colpuertos y Centralismo 170
El Gobierno y los Gamines 172
Centralismo, Debates y Evita 174
La Nacionalización de la Banca 176

BREVEZAS LITERARIAS 179
Ataques a García Márquez 181
Recuerdos de García Márquez 183
El Centenario de Barba Jacob 185
Los Exiliados de Ramón Molinares 186
De Lisboa a Sevilla 188
Recuerdos de Cartagena 190
Recuerdos de Beirut 192
Recuerdos de Popayán 194
Abejas, Mar y Silencio 196
Turipaná y la Carretera al Mar 197
Mi Pueblo, Ayer y Hoy 199

El Teatro Municipal 201
Defensa de las calles de mi ciudad 203
Navidad y Juguetes 205
Tener casa propia 206
Un Hombre y un Zoológico 208
El Museo Arqueológico de Tubará 209
La Ruta de Zapata 211
Defensa del Idioma 214
Ciudad y Árboles 216
Defensa del Mosaico y el Mármol 218
Los Concursos de Belleza 219
Biografía de la Caña 221

BIBLIOGRAFÍA 225

EL COMPROMISO DE UNA TEORÍA ECONÒMICA PROPIA. 227

Presentación 229
Economía, Tiempo y Espacio 231
Leyes y Teorías 231
Definiciones y conceptos 232
¿Qué es la Economía Política? 233
Economía y Desarrollo 234
Objetivos 235
Sistemas Económicos 236
Definiciones de Sistemas 238
Estructuras e Instituciones 239
Clasificación de los Sistemas 242
El Colectivismo Primitivo 245
Régimen Económico Estatal 251
La Esclavitud 253
El Feudalismo 258

El Capitalismo 263
Etapa Mercantil 264
Etapa Industrial 266
Etapa Financiera 270
Etapa Transnacional 273
El Socialismo Planificado 279
Notas 289

BIBLIOGRAFÍA
(Autores y Obras citadas) 295

ÍNDICE 297